BIBLIOTECA
GALLEGA
51

1
37011

Biblioteca Nacional de España

1
37.011

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ALCAIDE
ENCUADERNADOR
VALVERDE, 1, DUPDO.
MADRID.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

004263

51

BIBLIOTECA GALLEGA

DON BENITO VICETTO

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

(HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV)

CON UN PRÓLOGO

DE

DON NICOLÁS FORT

3.ª edición.

TOMO I

LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR
1903

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

306

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad.

Tipografía de la Casa de Misericordia.

Biblioteca Nacional de España

004263

BIBLIOTECA GALLEGA, vol. 51

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

(HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV)

POR

DON BENITO VICETTO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON NICOLÁS FORT

5.ª edición.

TOMO I

LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

1908

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BENITO VICETTO Y PÉREZ

I

NACIÓ Benito Vicetto en Ferrol á 21 de Mayo de 1824. Su padre, que tenía su nombre, era genovés y capitán de una goleta italiana, con residencia habitual en la ría de Arosa: armador y propietario á un tiempo mismo, casó con una viguense y, en segundas nupcias, con una honradísima ferrolana; la cual, al quedarse viuda y no muy sobrada de recursos, cobró ese desabrimiento que produce toda caída, cuando no hay compañero que la cuide ni camino que la distraiga. Brusca y áspera ante sus propios hijos, hizo sufrir al varón una triste y penosa niñez: no pensó ni podía darle una carrera literaria, aunque le preparó para la de pilotaje en el Colegio de guar-

Biblioteca Nacional de España

dias marinas y pilotos instalado entonces en el Arsenal, donde ingresó á los doce años de edad; pero las urgentes necesidades del momento obligaron á interrumpir los estudios y le ciñeron á la eterna amargura, á ganarse la vida desde la edad infantil, según él mismo nos dice en dos de sus obras. Sólo una hermana amorosa cuidó de su juventud.

Así fué que, apenas tuvo las condiciones reglamentarias para su ingreso en el servicio militar, sentó plaza de soldado distinguido en uno de los batallones francos que llegaron á organizarse durante la guerra civil. No conservamos más noticia de aquella época, relativa á nuestro ferrolano, que cierto trágico episodio en ocasión de recibir el mando de un pelotón de individuos de tropa para ejecutar una sentencia de muerte. Al salir hacia el lugar del fusilamiento desde *un antiguo monasterio* transformado en cuartel, se destacó de una celda inmediata la hermana del poeta, alta, hermosa y pálida, de ojos azules, vestida de blanco y con un ramo de flores en la diestra; y aquella aparición ante un condenado, que también era joven y dejaba mujer y un recién nacido, le hicieron perder la cabeza y prosternarse ante ella y solicitar el perdón. Fué preciso á Vicetto levantarle del suelo y condu-

Biblioteca Nacional de España

cirle hasta el cuadro, dejando desmayada á su hermana, para siempre mortalmente herida.

Este episodio, que describió Vicetto en una de sus fábulas, fué bastante para agriar su carácter, ya un tanto rudo por herencia y por educación: aspereza que procuró suavizar, aun en acantonamientos y cuarteles, escribiendo sus primeras poesías, y leyendas, y novelas. La primera de estas últimas, *El caballero verde,* está firmada en Sobrado de los Monjes en 1841, cuando no tenía más de 19 años y cumplía el servicio de perseguir unas fuerzas pronunciadas. Disueltas las dos falanges literarias que habían predominado durante el reinado de Fernando VII y que dirigían, por cierto, dos ilustres gallegos (1), germinaba entonces la escuela romántica, acaso menos en la agitada vida de las capitales, que en los turbulentos cuartos de guardia y en las cuadras de tropas: prescindiendo de cátedras, y más espontáneos tal vez de lo que ha llegado á suponerse, impresionábanse aquellas cabezas juveniles ante los monumentos y ruinas artísticas que desmoronaban á cañonazos, ante los apasionados amores de otros siglos aun con el

(1) D. Luís López Ballesteros y el ferrolano D. Manuel Fernández Varela.

Biblioteca Nacional de España

frecuente trato de las hetairas y ante el ensueño de la tradición y la patria que ensangrentaban y desgarraban desde uno y otro campo; y en las pistoleras de los generales, y en los maletines de los oficiales y jefes, y en las mochilas de los soldados, se guardaban toda clase de composiciones, verdaderas genialidades que fueron mejor comprendidas que los que se empeñaban en sostener el ya caduco clasicismo,

De todos aquellos hombres inteligentes fué Vicetto uno de los más originales, porque precedió en algunos años á los novelistas de nota y de moda: no imprimió sin embargo, *El caballero verde* hasta 1844; pero bastó esta publicación para que se le abrieran las columnas del *Semanario pintoresco español* y de *El museo de las familias,* primeros periódicos ilustrados que se editaron en Madrid. En el primero apareció la leyenda romántica *La loca de Roupar* y en el segundo las dos novelitas *Un crimen y una venganza* y *La roca sangrienta*. Los dos primeros periódicos que vieron la luz en su pueblo natal, *El águila* y *El ferrolano,* solicitaron también su colaboración, y empezó á escribir aquella colección heterogénea que llegó á reunir bajo el título de *Horas de insomnio:* aún se recuerda en Ferrol por algunos que llegaron á alcanzar la primera

Biblioteca Nacional de España

mitad del siglo XIX, la profunda impresión que produjo una de sus narraciones, que tenía por teatro una vieja casa de la calle del Castro; y allá iban los niños, á enterarse de todo y á contentarse con admirar una negruzca fachada.

Esto le obligó, ya terminada la guerra civil, á pedir una licencia para Ferrol y á embarcar en uno de los puertos del Cantábrico, con la cabeza llena de ilusiones y un drama en la cartera. Alto de estatura, de rostro hermoso y varonil, ojos negros, cutis bronceado y espaciosa frente, aunque de cabeza relativamente pequeña, tal como nos lo presenta el autor de *Los precursores,* soñó más que conoció, durante la travesía, con aquella *Cristina* á quien prestó una vida ficticia en su *Víctor Basben:* la dejó en la Coruña para pasar á Ferrol, donde se sintió descorazonado por la falta de vida del moribundo Arsenal; pero esto no le privó de ofrecer á una compañía dramática *El arquero y el Rey.* Vicetto debió quedar profundamente agradecido ante aquellas entusiastas noches teatrales del mes de Septiembre de 1845, durante una de las cuales, entre aplausos y versos, le fué entregada una corona de plata.

Antes de terminar el año, regresó por León á Madrid para ingresar en el real cuerpo de Ala-

Biblioteca Nacional de España

barderos y continuar escribiendo en todos los periódicos de Ferrol y de la corte: son de aquella época las leyendas *Macías el enamorado, La infanzona de Mesía, La corona de fuego,* etcétera, que están fechadas en 1845, 46 y 47; año este último en que inició sus estudios históricos con dos artículos sobre *La torre de Hércules* y *La ciudad de Tuy,* que llegaron á publicarse en el citado *Semanario pintoresco.* Hasta 1848 no se imprimió *El arquero y el Rey* y siguió luego ocupado en coleccionar sus *Crónicas de Galicia,* ya completas en 1850, cuando aparecía en *El Miño* la narración *El salto de Santiago* y concluía el tiempo de servicio militar, que abandonó para siempre: como una pobre recompensa de sus tareas en el Ejército, se le hizo caballero de la orden de Carlos III y recibió el cargo de furriel en el presidio de Sevilla; en cuya ciudad permaneció hasta 1852.

Si fuéramos á creer en las afirmaciones del mismo ferrolano, la ciudad de Sevilla, donde empezó á sentir y á querer, según nos confiesa, fué su patria adoptiva, con preferencia á Ferrol; pero esta predilección es inexacta, porque, en cuanto pudo obtener una licencia, realizó otro viaje á su pueblo para encontrarse en Puentedeume el 21 de Mayo de 1851 y comprometer-

Biblioteca Nacional de España

se á escribir la *Historia de Galicia;* y porque, de regreso por Lugo y Badajoz en la risueña capital andaluza, sólo se ocupó de Galicia, publicando *Las crónicas españolas, Los Hidalgos de Monforte* y, un año más tarde, la novela *Cristina,* así como escribiendo la poesía *El asedio de Ferrol en 1800.* En sus trabajos literarios, que publicaron los tres periódicos de Sevilla, *La aurora, El eco de la juventud* y *El telégrafo,* resplandecía siempre el recuerdo de lo ausente, hasta el punto de que D. Ramón Rúa y Figueroa, al dedicarle la composición *Nostalgía,* le aconsejaba volver hacia la madre tierra, inclinación y consejo que le obligaron á pedir su traslado al penal de la Coruña.

Aquí, y como mayor del presidio, residió otros cuatro años, de 1853 á 1856, salvo algunas breves excursiones por Madrid y Ferrol, y aquí se enamoró de unos *cabellos de oro,* cuya poseedora se alejó muy luego para Inglaterra y que no olvidaba Vicetto mucho tiempo después. En la mejor época y edad de su vida, con un regular destino civil, libre de obligaciones y cuidados, ya conocido por sus obras y, sobre todo, como autor de *Los Hidalgos de Monforte,* fué muy bien recibido de la buena sociedad coruñesa: á esto se debió la acogida que obtuvieron sus

Biblioteca Nacional de España

nuevas producciones, el *Diario de un calavera, Poesías* y *Rojin Rojal,* dedicada esta última á la Condesa de Espoz y Mina; y á esto se debió también que se le diera en 1856 la dirección de *El Clamor de Galicia,* periódico que sostenía la causa del provincialismo. Al propio tiempo recibía de Madrid nuevos lauros y plácemes sobre su novela *Los Hidalgos,* de la cual tuvo que tirar una segunda edición y, para que todo le fuera favorable, recibió un ascenso en su carrera y el destino de comandante del establecimiento penal de Alcalá de Henares.

Predominaba entonces por la vecina Corte una Bohemia literaria que se entretenía en correrías nocturnas con amoríos de la calle de Sevilla: por ofuscación ó por inocencia, llevaba la adoración á una simple frivolidad, se enfangaba en cuerpo y en alma; y á los dolores, torturas, angustias y heridas que atormentaron á aquella juventud bullidora, achaca Murguía la triste opinión que se formó entonces de la mujer, revelada en casi todas las novelas contemporáneas y ocasionando en todos cierta decadencia moral é intelectual. Ha llegado á suponerse que no pudo librarse Vicetto de semejante obsesión, de la cual era más culpable la época que su juventud; pero aun admitiendo su caída en tales

Biblioteca Nacional de España

desventuras, salvó la eterna pasión, inalterable siempre, su hondo amor á Galicia. Si de este nuevo episodio nació una nueva narración, *Magdalena,* lo cierto es que llegó á publicarla todo lo más lejos posible, en *El Jévora* de Badajoz, el mismo año de 1857: sin familia que le contuviera, ni amistades que le aconsejasen, se aisló de la vida social, encerróse en los muros del presidio y pasó el año siguiente con la pluma en la mano y el ensueño en su tierra; y así fué que, cuando pudo obtener una vacante, volvió á la capital coruñesa, para residir otros tres años, de 1859 á 1861.

Aparte de otra excursión realizada á Villagarcía á bordo del vapor *Cádiz* y un viaje á la sierra de la Jarilla en 1860, aprovechó el tiempo en publicar *Los reyes suevos de Galicia, Las crónicas galaicas* y *El lago de la Limia:* obras todas ellas en que ya manifiesta su incredulidad y su desesperación, hasta el punto de apostrofar á su país y á los suyos. Al frente, sin embargo, de *El Diario,* que editaba D. Castor Míguez, empezó á escribir é imprimir la prometida *Historia de Galicia:* se nos ha asegurado que cuando rasgueó las primeras cuartillas, no tenía en su mesa de escritorio más que las diferentes ediciones de sus numerosas novelas y una colec-

Biblioteca Nacional de España

ción nada escasa de recortes de periódicos regionales; detalle singular, propio de una gran inventiva, pero harto extraño en un historiador. Y, sin embargo, apenas se conocieron sus primeros cuadernos, cuando se le ofreció un banquete el 21 de Mayo de 1861 en la fonda Inocencio, por cerca de 40 comensales, que le dedicaron brindis y discursos en prosa y en verso.

Más práctico en ésto que en lo otro, estableció los primeros juegos florales en Galicia, á que concurrió personalmente señalando temas y presentando la balada *Al enamorado Macías:* el tribunal le concedió el primer *accesit;* pero Vicetto achacó la falta de premio á la influencia de cierta condesa, muy resentida con él, como se quejaba de muchos amigos por motivos que se ignoran. Adivínase, sin embargo, su frialdad con los compañeros, por la convicción de que todo se lo debía á sí mismo y no á ajenas enseñanzas: aislado de la vida social y encerrado en los tabiques de una cárcel, veía á sus contemporáneos como á través de una nube, más bajos que él en estatura, de más pobre imaginación que su claro entendimiento; y así *decayó en el error del orgullo,* siempre menos criticable en Vicetto que en los favorecidos por el nacimiento, por la educación y por la veleidosa

Biblioteca Nacional de España

fortuna. En cuanto á su disgusto con la de Espoz y Mina, es de sospechar que radicaba en aquellas honrosas visitadoras de presos, instituídas por la noble coruñesa en unión de otra no menos eminente ferrolana, Concepción Arenal; porque Vicetto debía considerar aquel humanitario cuidado como un simple entrometimiento en sus deberes oficiales: él, que tenía y aún se conserva en poder de su familia, un ejemplar del reglamento de cárceles, anotado artículo por artículo de su puño y letra.

Ante aquella sobreexcitación del espíritu no halló otro recurso que volver á ausentarse en el año de 1862. Pasó, en efecto, por Ferrol y Madrid para encargarse de la Comandancia del establecimiento penal de Toledo: en Toledo no tardó en permutar con el jefe del de Ceuta y aprovechó la ocasión para visitar á Tanger; de Ceuta, y ya en el verano de 1863, se trasladó á igual destino del presidio de Granada, donde publicó otra colección de poesías titulada *El ángel de mi amor*; y de esta última localidad pasó á la de Barcelona, para declararse vencido y escribir su sentida *Nostalgía,* una verdadera y profunda *Mourrinha*. Nadie mejor que Vicetto podía repetir la hermosa imagen del héroe índico de uno de los poemas de Calidasa:—«Mien-

Biblioteca Nacional de España

tras mi cuerpo marcha, hacia adelante, mi alma queda hacia atrás, como el vuelo de un estandarte que, en sentido contrario del que lo conduce, ondea á impulso del viento.»—Aun quiso luchar y se hizo cargo del presidio del canal de Isabel II; pero muy pronto renunció á la comandancia para presentarse otra vez en la Coruña por el mes de Enero de 1864. Fué su último cargo en la carrera de penales.

Porque después de otro entretenimiento amoroso, Amelia, que reemplazaba á una desconocida Ildara, pasó á Ferrol para entenderse con Nicasio Taxonera, y reanudar la publicación de la *Historia de Galicia:* Míguez la había interrumpido con la impresión del segundo tomo; y Vicetto quería dar cima á empresa tan arriesgada, ya no como una enseñanza á los noveladores, sinó como un desafío á los eruditos. Aunque con más riqueza de datos que la vez primera, rellenó las naturales lagunas á fuerza de cascote, no con una sólida mampostería, creando personajes y pueblos á su gusto y antojo; y ante el aplauso de los legos y el casi absoluto silencio de los hombres cultos, apoyado en los primeros y desafiando á los que tenía por pedantes, pretendió engrandecer el tomo III de la obra á fuerza de paradojas, que tomó por

Biblioteca Nacional de España

ideas originales y como un credo filosófico. No faltó un representante de la beatería que denunciara la disertación, por heterodoxa, al obispo de la diócesis de Mondoñedo: este prelado, que debió comprender el poco fundamento de tales extravagancias, se contentó con dirigir á Vicetto una atenta carta, datada el 8 de Enero de 1867, proponiéndole recoger ó reformar la entrega delatada; pero ante la arrogancia del autor, que publicó la carta y quiso refrendar su teoría «de una manera incompleta y algunas veces hasta absurda», según él mismo confiesa años más tarde, en el número 2 de la *Revista Galaica*, y acaso, acaso estrechado por ajenas influencias, el obispo Ponciano le exigió el 22 de Julio una retractación en forma, vista su falta de enmienda.

Rebelóse Vicetto, y el Gobernador civil de la Coruña mandó suspender la publicación y recoger los ejemplares que se hallasen en poder del editor, como así fué ejecutado. Vicetto y Taxonera resolvieron entonces presentarse ante el arzobispo de Santiago y exponerle los perjuicios que se les irrogaba: el arzobispo puso por condición la retractación más absoluta; y como Vicetto, según él mismo nos dice, tratara de presentar algunas objeciones, le interrumpió

Biblioteca Nacional de España

el cardenal airadamente:—Si ese Dios de V. es el tiempo, yo le escupo á su Dios.—Pues á ese Dios apelo, contestó Vicetto, sin advertir que desvirtuaba sus propios errores. Desde Santiago marchó á Madrid, donde no obtuvo mejores resultados y regresó á Ferrol, atraído por el Jubia, para firmar en 1.º de Octubre el prólogo de una nueva novela, *Las tres fases del amor*.

Un año más tarde ocurrió la revolución de Septiembre y recibió Vicetto el empleo de superintendente de la fábrica de moneda de Jubia. Había invocado al tiempo, y el Dios de nuevo cuño no podía menos de favorecer á su único catecúmeno y sacerdote. Pudo, pues, dedicarse á escribir la continuación de la *Historia* desde 1869 y mucho más desde que quedó cesante por la supresión de la fábrica de cobrería: el cuarto tomo se publicó en 1871, imprimiéndose los dos siguientes en 1872, al propio tiempo que renunciaba á un nuevo destino en Barcelona; concluyendo con el séptimo y último volumen en el año de 1873. Tuvo entonces el buen acuerdo de renunciar á las teorías sustentadas; pero en cambio, al empezar el 15 de Mayo de 1874 la publicación en Ferrol de la *Revista Galaica,* no sólo se empeñó en soste-

Biblioteca Nacional de España

ner una inútil polémica, sinó que pretendió rebatir á todos los filósofos antiguos y modernos. La falta absoluta de discípulos fué achacada por Vicetto á lo extemporáneo de tales estudios: —«Sólo tu podrás apreciar si mi libro es inferior á mi época ó la época fué inferior á mi libro,» había escrito al dedicar la *Historia de Galicia* «A la posteridad.»

A principio de 1876 suspendió la *Revista* para desempeñar la jefatura de un negociado en el Gobierno de la Coruña: aquí imprimió su último libro, *El Cazador de fantasmas;* y otra vez cesante y ya casado, pasó á Madrid, donde escribió el prólogo del *Romancero de Galicia,* editado por la presente BIBLIOTECA GALLEGA. En la corte se sintió mortalmente enfermo y aquel hombre, que puede ser criticado en todos sentidos menos en su intenso amor á Galicia, tuvo el enérgico arranque de pretender descansar para siempre donde había nacido, y volvió á este su pueblo, entre horribles dolores, para morir, tal vez satisfecho, á las once de la noche del 28 de Mayo de 1878.

No puede juzgarse en la actualidad la obra y los libros de Vicetto sin retroceder á su tiempo y á sus contemporáneos; y para explicarse el papel que llegó á representar, sería preciso es-

Biblioteca Nacional de España

cribir una historia más que una biografía: quizás hayan sido otros los precursores; quizás no haya sido notada la ausencia más que por su mujer y su hija; pero lo que nadie puede negar es la energía con que sostuvo la bandera del regionalismo, siempre, en nuestro concepto, más literario que político, y la vida que dió á aquel emblema, hasta entonces privado de escudo, con su breve é inolvidable inscripción DEUS FRATRESQUE GALLÆCIÆ.

II

Agrupó Vicetto todas sus obras en cuatro secciones. Como NOVELAS HISTÓRICAS consideró *Los Hidalgos de Monforte, El lago de la Limia, Rogin Rojal, El caballero de Calatrava* y *Los reyes suevos de Galicia:* como TRADICIONES CABALLERESCAS las *Crónicas españolas* y las *Crónicas galaicas:* como NOVELAS SOCIALES Y DE COSTUMBRES las tituladas *El último Roade, Cristina, Las tres fases del amor, El Conde de Amarante, Magdalena* y *La baronesa de Frige*; y no dió, en fin, nombre alguno á sus otros libros *Ecos del alma, El arquero y el Rey, Diario de un calavera,*

Biblioteca Nacional de España

Horas de insomnio é *Historia de Galicia*. Todo esto formaba un total de 50 volúmenes, según él mismo nos dice en el número 12 de la *Revista Galaica* correspondiente al 30 de Octubre de 1874: la clasificación es, como puede notarse, bastante literaria; pero se prefiere el orden cronológico, porque parece relacionarse mejor con la parte biográfica.

I. *El caballero verde* | Novela caballeresca | del siglo XIV | Original de D. Benito Vicetto y Pérez | Madrid | Imprenta de D. J. C. de la Peña, calle de la Independencia, núm. 4 | 1844. =Un vol. en 8.º, de 208 págs. Se publicó la segunda edición con el título de *El caballero de Calatrava*, en Madrid.—Imprenta de la *Biblioteca Universal*, en 8.º, 1863.

Es, dice Murguía en sus *Precursores*, una penosa leyenda, legítimo fruto de la escuela romántica, asomo y promesa de algo más formal y literario, aunque nadie podría sospechar llegara á tener tan gloriosa sucesora.

II. *Horas de insomnio*.—Colección de leyendas históricas, cuadros sociales y artículos literarios.

No fué un libro, aunque pensara en publicarlo, sinó una colección de narraciones impresas en los periódicos de Ferrol y Madrid desde el

Biblioteca Nacional de España

año 1844, escritos que conservan la frescura y el enciclopedismo de la edad juvenil.

III. *Biblioteca dramática.* | *El arquero y el Rey* | Drama original en tres actos y en verso, precedido de un prólogo, por D. Benito Vi | cetto y Pérez. | Dedicado al Excmo. Sr. D. Saturnino Calderón Collantes, antiguo Ministro de la Gober | nación del Reino.=Folleto en folio á dos colores, de 16 págs. que termina con la nota editorial: Madrid, 1848. | Imprenta de D. Vicente de Lalama | calle del Duque de Alba, núm. 13.

Mereció unas décimas escritas por D. Leandro de Saralegui (padre) y un soneto de J. Evaristo del Pozo, que fueron arrojadas al autor y actor de la obra en el teatro de Ferrol.

IV. *Crónicas españolas* | por | D. Benito Vicetto | Sevilla | Imprenta de la Aurora, calle de las Navas, núm. 8 | 1851.=Dos volúmenes en 8.º, de 127 y 131 págs. La segunda edición en la *Biblioteca de la Verdad,* Madrid, 1861.

Colección de leyendas y tradiciones anteriormente publicadas en varios periódicos.

V. *Los Hidalgos* | *de Monforte* | por | D. Benito Vicetto | Sevilla, 1851. | Imprenta de Gómez, á cargo de D. J. J. | Franco, calle de la Muela, núm. 7.=Cuatro tomitos en 16.º de

Biblioteca Nacional de España

199, 222, 224 y 232 págs. precedidos del retrato y autógrafo del autor y con la variante, en los dos últimos volúmenes, del título de la obra: *Los hermanos de Galicia* | Segunda parte de | *Los Hidalgos de Monforte* | Por, etc.

Segunda edición: *Los Hidalgos de Monforte* | Novela histórica caballeresca | por | D. Benito Vicetto | Coruña, 1856 | Imprenta del Hospital.=Dos tomos en 4.º, de 235 y 248 págs.

Tercera edición: J. J. Martínez, editor. | *Los Hidalgos de Monforte* | Historia caballeresca del siglo XV | por D. Benito Vicetto | J. J. M | Madrid | Imprenta y Litografía de D. J. J. Martínez, Desengaño 10 | 1857.=Tomo en fólio de 517 págs. y 9 láminas.

Cuarta edición: *Biblioteca del Imparcial*, etcétera; publicábase en Madrid cuando tuvo lugar la muerte del autor y fué inmediatamente agotada.

De los *Hidalgos de Monforte* se escribió mucho y bueno. Apenas publicada en Sevilla, dedicóle D. Ramón Rúa y Figueroa, en el año de 1852, la poesía *Nostalgia*, en que aconsejaba á Vicetto la vuelta á la patria encantadora; el que más y el que menos veía en la figura de Pardo de Cela, el prototipo del caballero gallego; pero la época en que fué más elogiada, coincidió con

Biblioteca Nacional de España

la aparición de las otras dos ediciones. Encomióla Murguía en *El Correo Universal* el año 1856 y reprodujo su opinión la *Gaceta:* la obra entera, decía, la tradición, la pintura, los nombres, personajes, creencias, aspiraciones, todo era de Galicia y para Galicia; é inspirado por su lectura, dedicó una poesía á Ildara de Courel y un soneto á Pardo de Cela. En el mismo año firmaba una epístola D. Ricardo Puente y Brañas, dedicada á Vicetto, en que le recordaba que los *Hidalgos* era, según un crítico de la corte, la segunda novela producida en España.

Julio Nombela no fué menos parco en elogios, el siguiente año, al considerar la novela «como una obra de verdadero mérito y de un género enteramente nuevo»: no sólo encontraba pureza en el lenguaje, sencillez en el estilo, claridad, elegancia, belleza, originalidad, interés dramático, amor al país y á la poesía, sinó que ensalzaba el delicado tipo de la princesa Ildara, como una creación divina; y lo único que criticaba era cierta languidez en ocasiones, demasiado indiferentismo en la condesa Maret. Por su parte D. Leandro de Saralegui, en *Galicia y sus poetas,* reconocía que la novela histórica no existiera en Galicia hasta que Vicetto se había propuesto aprovechar las innumerables bellezas

Biblioteca Nacional de España

y los magníficos cuadros que ofrecía nuestra rica y variada historia á la imaginación y el talento del novelista.

Carlos Bousingault en su juicio sobre *Los Hidalgos de Monforte,* Valentín Lamas Carvajal en su soneto *Pedro Pardo de Cela,* en una palabra, todos los escritores de la época ponderaron aquella producción: fué más tarde cuando empezaron á notarse sus más pequeños defectos, en ocasiones con tal ligereza que dieron más relieve que desprestigio á la novela criticada; y puede recordarse, entre otros artículos, el publicado en la *Revista contemporánea* por D. Leopoldo Pedreira, número correspondiente al 30 de Octubre de 1893, donde se menciona á los *Vicettistas* y al lema inventado por Vicetto y achacado por sus admiradores al mariscal Pardo de Cela.

VI. *Cristina* | Páginas de un diario | por | D. Benito Vicetto | Sevilla, 1852—Imprenta de Gómez y Oro, editor, calle de la Muela, número 7.=Dos volúmenes en 8.º, de 179 páginas cada uno.

Cristina | Páginas de un diario | por | D. Benito Vicetto.=Publicada la primera parte en el folletín de *La Gaceta de Madrid* desde el 31 de Enero al 24 de Febrero de 1857.

Biblioteca Nacional de España

Víctor Basben | Páginas de la vida íntima | por | D. Benito Vicetto | Coruña | Establecimiento tipográfico de Castor Míguez—1860.= Volumen en 16.º, de 46 págs.

Amores del | *Conde de Basben* | por | D. Benito Vicetto | Coruña, 1874 | Imprenta de Abad. Con este mismo título empezó su reimpresión en el tomo III de la *Revista Galaica.*

La primera crítica de *Cristina* fué publicada en *El Porvenir,* de Sevilla, y reproducida en *El Clamor de Galicia,* correspondiente al 27 de Julio de 1856.

Víctor Basben, dice el autor de *Los Precursores,* es un libro curiosísimo, una especie de autobiografía ideal, que más revela lo que Vicetto quería ser, que lo que realmente era: cada una de las iniciales responde á una existencia; pero todo es ficticio, como simple expresión de las visiones y deseos del autor.

VII. *Diario de un calavera* | Cuadros de costumbres.

Mucho sentimos declarar que, muy á pesar nuestro, no hemos podido adquirir este libro, impreso, de todas maneras, por la época que nos ocupa.

VIII. *Rogin Rojal* | *ó* | *el page de los cabellos de oro* | Novela histórica caballeresca del

Biblioteca Nacional de España

siglo XI | por | D. Benito Vicetto | Coruña, 1855 | Imprenta del Hospital.=Dos tomos en 4.°, de 240 y 247 págs.

Rojin Rojal | *ó* | *el paje de los cabellos de oro* | Historia caballeresca del siglo XI | por | D. Benito Vicetto | J. J. M., editor | Madrid: | Imprenta y litografía de D. J. J. Martínez, Desengaño 10 | 1857.=Tomo en 4.° mayor, de 381 páginas y 7 láminas.

Inspiróse en esta novela D. Segismundo García Castro para escribir el poema *Rojin Rojal,* que dedicó á Vicetto y fué publicado en la *Revista Galaica.*

IX. *Poesías* | *de* | *D. Benito Vicetto* | Coruña: 1855 | Edición de *El Clamor de Galicia.* =Vol. en 12.°, de 216 págs.

El Ángel de mi amor | Poesías | de | D. Benito Vicetto | Granada, 1863 | Edición de *El Eco Granadino.*=En 12.°

Segunda edición de *El Eco de mi amor.* | Coruña, 1864.=Otra de sus *Poesías* en 1866.

Biblioteca de El Porvenir | *Poesías* | *de* | *Benito Vicetto* | Ferrol | 1869?=Un tomo en 8.°, de 339 págs.

Todas ellas debían reunirse en un solo libro titulado *Ecos del alma.* D. Leandro de Saralegui, en *Galicia y sus poetas,* le tiene como un

Biblioteca Nacional de España

poeta de corazón más que de formas, con una inspiración robusta y una imaginación rica y flexible, de éxito satisfactorio casi siempre, de resultados brillantes muchas veces, lírico, patriota, religioso, pero mejor caracterizado por su acendrado amor á Galicia.

X. *Magdalena.*—La primera edición fué publicada en *El Jévora,* periódico de Badajoz, el año en que se escribió, 1857. La segunda en *El País,* de Pontevedra, 1858. La tercera en *El Diario de la Coruña,* 1859. La cuarta en *La Verdad,* de Madrid, 1861. La quinta en *El Eco Granadino,* 1863. La sexta en su pueblo natal, en la siguiente forma:

Magdalena | Páginas de una pasión | por | D. Benito Vicetto | Ferrol, 1871 | Edición de *El Porvenir.*=Vol. en 12.º, de 124 págs.

Magdalena, dice Murguía en su citado libro, es otro episodio de la vida del poeta: los dolores, las torturas, las angustias y las heridas que describe fueron reales y formaron la triste opinión que Vicetto tenía de las mujeres y que se transparenta en todas sus novelas, excepto en la figura de *Ildara* de los *Hidalgos.*

XI. *El último Roade.*—La primera edición se publicó en *El País,* de Pontevedra, el año de 1857. La segunda en *La Ilustración de la Co-*

Biblioteca Nacional de España

ruña, 1859. La tercera en *El Diario de la Coruña,* 1860. La cuarta en la *Biblioteca popular de Galicia,* 1861. La quinta en *El Museo de las familias,* de Madrid, 1862. La sexta en *La Verdad,* periódico político de la misma capital, el mismo año. La séptima y octava fueron las siguientes:

Biblioteca de la Correspondencia | *El último Roade* | por | D. Benito Vicetto | Madrid, 1864 | Imprenta de la *Correspondencia de España* | Editor, D. Hilarión de Zuluaga.=Vol. en 4.°, de 55 págs.

Biblioteca de El Brigantino | *El último Roade* | por | D. Benito Vicetto | Octava edición | Ferrol, 1867 | Establecimiento tipográfico de Pita | Real, 84.=Tomo en 8.°, de 228 páginas. Desconocemos otras tres ediciones.

Vicetto, según hemos oído, consideraba *El último Roade* como la mejor de sus novelas por el número de sus reimpresiones: Es mi *Luisa Miller,* decía; y en el prólogo firmado por R. Pita, que precede á la octava edición, exagérase, en efecto, su importancia bajo el punto de vista editorial.

XII. *Biblioteca popular de Galicia* | *Los* | *Reyes suevos de Galicia* | por | D. Benito Vicetto | Coruña, 1860 | Imprenta de Castor

Biblioteca Nacional de España

Míguez.=Dos vols. en 16.º, de 190 y 104 páginas.

Segunda edición: *Biblioteca de la Verdad* | *Los* | *Reyes suevos de Galicia* | por | D. Benito Vicetto | Madrid, 1861 | Imprenta á cargo de Federico G. de Cañas | calle de S. Joaquín, número 2, principal.=Dos tomos en 12.º, de 200 págs.

XIII. *Biblioteca de la Verdad* | *Crónicas de Galicia* | por | D. Benito Vicetto | Madrid, 1861 | Imprenta de *La Verdad*, á cargo de Federico G. de | Cañas, calle de S. Joaquín, número 2, principal.=Vol. en 8.º, de 231 págs.

Acaso exista otra edición anterior, pues este libro está escrito en 1850: no la hemos encontrado; pero de todas maneras fueron publicadas las *Crónicas de Galicia* en diferentes periódicos al mismo tiempo que las *Crónicas españolas*. Vicetto pensaba darles el definitivo título de *Crónicas Galaicas*.

Empezado á escribir este libro en Alcalá de Henares el año 1858, fué la primera obra que inició la *Biblioteca popnlar de Galicia*, empezada á publicarse el 15 de Junio de 1860, según las *Efemérides galaicas* de M. Castro López: su dedicatoria tiene la fecha de 12 de Octubre.

XIV. *Biblioteca popular de Galicia* | *El la-*

Biblioteca Nacional de España

go de la Limia | Historia caballeresca del siglo IX | por | D. Benito Vicetto | Coruña: 1861 | Imprenta de Castor Míguez.=Tres tomos en 16.º, de 199, 225 y 147 págs.

Otra edición: *Biblioteca de El Porvenir* | *El lago de la Limia* | Historia caballeresca del siglo IX | por | D. Benito Vicetto | Ferrol, 1872 | Imprenta y litografía de Taxonera | Real, 113.=Tres tomos. en 8.º, de 179, 219 y 154 páginas.

Aunque el mismo autor afirma que terminó este libro el 1.º de Abril de 1861, empezado en Badajoz el año de 1851, continuado en Alcalá en 1858 y prometido el 12 de Octubre de 1860, lo cierto es que era anteriormente conocido, porque Murguía llegó á aplaudirle en 1857, y porque Montero y Aróstegui también lo cita en su *Historia de Ferrol,* publicada en 1859. El primero decía en su crítica: «Creemos que el Sr. Vicetto jamás será olvidado, y siempre, siempre, será mirado y apreciado como una de sus eminencias más distinguidas, como uno de los hijos que más le honraron.»

XV. *Historia de Galicia.*—Empezó á publicarla D. Castor Míguez en el *Diario de la Coruña* y sabemos se imprimieron los dos primeros tomos, por un artículo encomiástico firma-

Biblioteca Nacional de España

do en el *Faro de Vigo,* cinco años después, el 15 de Febrero de 1865, por D. José María Posada.

Nicasio Taxonera, editor | *Historia de Galicia* | por | D. Benito Vicetto | Tomo... | Ferrol, 18... | Establecimiento tipográfico de Taxonera.=Siete tomos en 4.º, con algunas láminas: el 1.º de 9, más 350 págs. en 1865; el 2.º de 322 págs. en 1866; el 3.º de 278 en 1867; el 4.º de 7 más 388 en 1871; el 5.º y 6.º de 507 y 499 págs., editado en 1872, y el último de 539, en 1873.

Segunda edición completa. *Historia de Galicia,* por B. Vicetto. Montevideo, 1880. ¿Siete tomos? De esta reimpresión nos da cuenta D. Benigno Teijeiro Martínez en su reciente estudio sobre *Aurelio Aguirre y su tiempo,* publicado en Buenos Aires: el mismo año de 1880, y en la noche del 14 de Marzo, celebró el *Centro Gallego* de la última capital, una velada en honor de Vicetto, según D. Manuel Castro López en sus mencionadas *Efemérides.*

La obra en cuestión fué, en un principio, muy bien recibida: ya se han recordado el banquete celebrado en la Coruña el 31 de Marzo de 1861 y el artículo de D. José María Posada, de 15 de Febrero de 1865; y aun diez años más

Biblioteca Nacional de España

tarde, al escribir Vesteiro Torres su *Galería de gallegos ilustres*, no sólo pudo notarse la predilección por Vicetto y aun el estudio de su *Historia*, sinó que consideraba esta última como un cuerpo de doctrina íntegro y cabal, trascendental el trabajo y de halagüeña perspectiva para la literatura galaica. Sin carecer de defectos, dijo D. A. Vázquez, en sus *Efemérides de Galicia* publicadas en 1881, bastaría por sí sola para crear una reputación merecidísima á su autor.

No opinaron, por desgracia, lo mismo otros escritores. La *Historia de Galicia*, escribió Murguía en 1885, es una prueba de la decadencia intelectual de Vicetto, no suma ni nada importa para el conocimiento de nuestro pasado, es triste y penosa, como no debe hablarse siquiera de su famosa teoría del tiempo. La acalorada fantasía de Vicetto, consignó el Sr. Saralegui, unida á su absoluta falta de preparación para el orden de estudios y de trabajos en que le empeñó su generosa empresa de dotar al país de una *Historia*, de que se carece en gran parte todavía, pudo arrastrarle y le arrastró á exageraciones y delirios, induciéndole á abordar los más abstrusos y delicados problemas metafísicos; pero las consecuencias de su pasajera alucinación no lle-

Biblioteca Nacional de España

gan hasta oscurecer el brillo de sus triunfos literarios.

XVI. *El conde de Amaral.*—Publicada con anterioridad á la siguiente obra y de la cual conocemos las dos siguientes ediciones:

Biblioteca de El Porvenir | *El conde de Amarante* | por | D. Benito Vicetto | Ferrol, 1872 | Imprenta y litografía de Taxonera | Real, 113.=Vol. en 4.º, de 278 págs.

La Correspondencia de España | *El Conde de Amarante* | por | D. Benito Vicetto | Madrid | Imprenta de la *Correspondencia de España* | calle Mayor, núm. 120 | 1878.=Vol. en 4.º, de 90 págs.

Es otra novela fundada en la vida real, aunque á gusto y antojo del autor: tanto que varió el desenlace al mismo tiempo que el título.

XVII. Nicasio Taxonera, editor | *Las tres fases del amor* | Novela | por | D. Benito Vicetto | Ferrol, 1868 | Imprenta y litografía de Taxonera | Real, 113.=Un tomo en 8.º, de 268 págs.

Aunque está anunciada esta obra en los periódicos de entonces, parece que no se puso á la venta ó se retiró la edición, acaso por su exótico naturalismo, un tanto anticipado para la época aquella.

Biblioteca Nacional de España

XVIII. *La baronesa de Frige.*—Continuación de *El conde de Amarante.*—Publicada en la *Revista Galaica,* núm. 1 al 16 del tomo I, Ferrol, 1874.

XIX. *Las aureanas del Sil.*—Publicada en la misma revista, en todas las 24 entregas de 1875 y firmada en Ferrol el 24 de Noviembre.

XX. *Revista Galaica* | Este periódico se publica los días | 15 y 30 de cada mes, al ínfimo precio | de dos reales, redactado | por | D. Benito Vicetto | Ferrol | Imprenta de *El Eco Ferrolano* | calle Real, núm. 80 | 1874.=Tres tomos folio, el primero sin numeración correlativa, el segundo de 384 págs. y el tercero sin concluir, correspondiendo un año á cada volumen.

Además de las novelas que reimprimió en esta revista, reprodujo en sus páginas muchos de sus artículos y poesías, dió mayor vuelo á su célebre *Polémica* y escribió varias *tradiciones feudales de Galicia* y las más originales *semblanzas galaicas contemporáneas:* cierto es que acogió la colaboración ajena; pero es el periódico que mejor le caracteriza.

XXI. *Biblioteca de El Telegrama* | *El cazador de fantasmas* | por | D. Benito Vicetto | Coruña | Establecimiento tipográfico de V.

Biblioteca Nacional de España

Abad | Plaza de María Pita | 1877.=Vol. en 12.°, de 196 págs.

Pudiéramos añadir al anterior catálogo el título de muchos otros artículos que publicó Vicetto en casi todos los periódicos de la Península; pero como solía variarles de nombre y aun modificar el encabezamiento de capítulo ó variar el desenlace, tememos la repetición y el cansancio de los mejores bibliófilos. Basta, pues, de prólogo, seguros como estamos, con nuestros elogios y críticas, de no haber añadido ni restado un solo lector á *Los Hidalgos de Monforte;* pero sí de haber procurado complacer á un verdadero amante del país, á quien todos queremos y respetamos.

Nicolás Fort y Roldán.

Ferrol, Octubre de 1901.

Biblioteca Nacional de España

INTRODUCCION

DEUS FRATRESQUE GALLÆCIÆ

HARÁ unos diez ó doce años que viajando por las montañas de Galicia, me sorprendió un fuerte aguacero en las ventas de Narón, situadas en uno de los desfiladeros más céntricos de aquel quebrado territorio.

Detenido en ellas más de tres horas, y no pudiendo distraer mi ánimo en otra cosa que en pasar por una inmensa sala del informe caserón á que me había acogido por librarme de la tormenta, mis miradas sin alcance concluyeron por fijarse en una especie de poterna in-

Biblioteca Nacional de España

crustada en uno de sus ángulos irregulares. Cuanto más detenía en ella la vista, más y más escitaba mi curiosidad su estructura antiquísima y arqueada, la mohosidad de sus goznes, y las barras de hierro que cruzaban sus envejecidos tablones. Parecía una verdadera poterna de un castillo feudal trasladada á un mal mesón de las montañas; y esta excentricidad era tal vez lo que escitaba mi atención, lo que atraía mis ojos con la misma fuerza de acción con que absorbía mi pensamiento.

—¿A dónde conduce esta puerta? pregunté á la ventera.

—A las cuevas del parador: me contestó indiferentemente.

Y me volvió la espalda como si se tratara de un objeto insignificante.

—¡A las cuevas del parador! repetí yo como buscando una causa que justificase la existencia de unas cuevas en un mesón de nuestras montañas, cuando nunca me había detenido en alguno que las tuviera.

Poco satisfecho de aquella contestación, empujé la puerta con violencia; la cual, gracias á su inseguridad, cedió bien pronto al rápido impulso que la comunicara, yendo á chocar sus desvencijadas tablas contra las ochavadas pare-

Biblioteca Nacional de España

des de una bóveda reducida, que se presentó á mi vista repentinamente.

A aquel ruido sordo y prolongado, que resonó pavorosamente como un golpe furioso en unas catacumbas, apareció en escena la ventera.

—¡Qué! esclamó: ¡vais á bajar á los subterráneos!

—¿Los subterráneos? repetí yo: ¿y qué subterráneos hay en esta venta?

—Los que dejaron los moros.

—¿Los moros?

—Si señor, los moros: afirmó ella.

Al acabar de pronunciar la ventera estas palabras, había divisado yo la escalera del subterráneo, que se hundía estrecha y oscuramente como la escalera de un abismo.

—Dadme una luz, la dije: quiero ver ese subterráneo del tiempo de los moros.

Trajo una luz, y descendí rápidamente con un afán arqueológico que la ventera caracterizó de locura. ¿Y qué mejor distracción para mi alma romancesca y aventurera, que la investigación que iba á practicar en las profundidades de aquellas ventas?

Cuando bajé los treinta peldaños que constituían la escalera, la oscuridad era tan densa que

Biblioteca Nacional de España

apenas la luz describía un círculo de tres varas de diámetro. Me encontraba en una bóveda ochaval de reducidas proporciones; en una bóveda sin ventana, sin respiradero alguno. Parecía que me hallaba suspendido en el hondo de un pozo profundísimo, cuya atmósfera húmeda é impregnada de gas extinguiera mi respiración fatigada y dificultosa.

Nada columbré en aquella pieza. Acerqué la luz á sus negras paredes, y distinguí un gran marco de un fondo mucho más obscuro, mucho más pronunciado que el color general de cuanto me rodeaba. Me aproxime á él, y era el marco de una puerta que se comunicaba con un extenso salón cuadrangular, en donde penetré á favor de la luz que yo llevaba.

Aquel salón tenía alrededor de sus elevados muros una especie de gradería de madera, enteramente carcomida por el tiempo.

Nada más había allí. Paseé mis miradas por el suelo, por el techo y por aquellos húmedos paredones, pero ningún objeto encontré que justificase la utilidad de aquellas piezas subterráneas, abiertas en tiempo de los moros según la ventera.

Tan sólo en el fondo, en el lienzo de pared fronterizo á la gran puerta de aquella sala, dis-

Biblioteca Nacional de España

tinguí una bandera pintada de almazarrón, con estas palabras latinas en el centro:

¡Deus fratresque Gallæciæ!

Y estas palabras me lo explicaron todo.

Esta divisa no pertenecía al tiempo de los moros: pertenecía al siglo XV. Me era muy conocida ya la historia de estas palabras; y sin embargo, salí del subterráneo con un secreto más, arrancado á las ruinas de los siglos medios.

¡Deus fratresque Gallæciæ! Este grito popular había costado ríos de sangre; había conmovido los palacios teocráticos y los palacios feudales del territorio. Fué el dogma santo de una revolución que todo lo devoró sin conseguir más que dejar una idea y un sentimiento en el país, una idea y un sentimiento que vive en el corazón de sus hijos á través de los siglos que transcurren. Esta idea sin horizonte y este sentimiento instintivo, están íntimamente enlazados con la institución caballeresca de Los Hidalgos de Monforte.

¡Deus fratresque Gallæciæ! es la expresión gráfica de una historia. Os contaré la historia de estas palabras.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

EL CASTILLO DE MONFORTE

I

EL VALLE DE LEMOS

L tiempo es una inmensa historia del mundo.

Cada siglo que transcurre es un tomo, cada año un capítulo, cada día un párrafo y cada hora una letra.

Esta gran obra inmortal resume todos los hechos..... todo lo que fué..... todo lo que ha pasado en el mar y en la tierra; es el portentoso album biográfico donde se ha consignado la vida de todas las personas que han existido..... en una palabra, la vida del mismo mundo.

Biblioteca Nacional de España

Pues bien: registremos este grandioso memorandum del cielo; registremos esa preciosa crónica universal que abraza todas las razas, todas las generaciones presentes y pasadas, hasta encontrar los funestos episodios que van á constituir el fondo principal de nuestra obra, su *alma;* y pongamos de nuestra parte el colorido, la forma, el *cuerpo.*

Empecemos á averiguar las causas de las devastaciones por los escombros mismos, traduciendo estos geroglíficos con que se hallan escritos aquellos episodios en esa historia colosal, sublime, maravillosa; evoquemos después los personajes que han figurado en ellos; pongámoslos en acción, revestidos de cierto color local, y combinemos los sucesos por su relación inmediata, sin esfuerzos, sin afanes, con toda la naturalidad con que las diferentes ramificaciones del Ebro se van uniendo al cauce que desagua en el Mediterráneo.

Porque, como se ha dicho repetidas veces, uno de los mayores privilegios del historiador ó del poeta, es el de hacerse rey de lo pasado en alas de su genio y de las tradiciones. Detalla los incidentes, y depura los más adulterados por la popularidad; por los efectos sorprende las causas; y luego que ha llegado á hacerse due-

Biblioteca Nacional de España

ño de la verdad, amontona pieza sobre pieza y construye su edificio, vista sobre vista, y os presenta su diorama.

Venid con nosotros al valle de Lemos, á ese bellísimo parterre colocado por la mano de Dios dentro del ángulo que forman en su confluencia esos dos grandes ríos, el Sil y el Miño. Penetrad en esa región hidrográfica, cubierta de flores, salpicada de risueñas casas y bordada de vistosos árboles. Admirad un instante ese país delicioso, y oíd á vuestro *cicerone* fantástico, el novelista, como querais denominarle.

Ese valle tan poético, tan lujoso de luz y de colores, y tan cargado de flores diversas, que hasta en los crestones más elevados sacuden sus corolas perfumadas, ha sido un día teatro de la más sangrienta batalla..... de la destrucción más completa.

Dos ejércitos enemigos se encontraron en él; y los dos, compuestos de hijos del país. Un ejército gritaba: *¡viva el rey!* y el otro gritaba: *¡viva el pueblo!*

Era tal el odio profundo que los dominaba, que no contentos con haberse estado batiendo todo un día hermanos contra hermanos y amigos contra amigos, los del partido del rey incendiaron la colina del Ma-rojo, que está á nues-

Biblioteca Nacional de España

tra izquierda, y los del partido del pueblo el monte de Piñeira, que está á nuestra derecha.

A la rojiza y espantosa claridad que estos dos faros difundían en el valle, toda la noche se batieron ambos ejércitos en su gran cuenca.—La sangre sobre las flores; la llama sobre la sangre!....

Cuando el sol apareció al siguiente día sobre las ondeantes crestas de Cereija, no alumbró más que ruinas, gruesas espirales de humo, heridos y cadáveres. Ni hubo vencidos, ni vencedores. No hubo más que hombres espantados en presencia de aquel estrago, y que huían al acaso como si les persiguiera la voz de Dios, pidiéndoles cuenta del daño que habían hecho.

¡Oh! estamos en las márgenes del Miño, y el Miño ha consumado admirablemente las devastaciones.

Verdaderamente que para simbolizar el antiguo reino de Galicia, nada como este caudaloso río que nace y muere en él. Este caudaloso río que lo corta diagonalmente, y que á manera de un gigantesco árbol de agua acostado entre sus montañas, cuyas raíces tiene en el océano atlántico, presenta su enorme tronco, y extiende en todas direcciones sus poderosas ramas como el Arnoya, el Avia, el Sil, el Ferrei

Biblioteca Nacional de España

ra, el Neira, el Narla, el Parga y el Támboga; los cuales se subdividen en otros riachuelos sin nombre, hasta cubrirlo todo como una inmensa red de saltos de agua. Este caudaloso río Miño cuya corriente ensangrentaron tantos dramas.

Si pudiéramos recoger todas esas páginas de escombros diseminadas por los valles y montañas que atraviesa ¡qué abundante repertorio de episodios interesantes no arrancaríamos á las ruinas! ¡Qué galería tan completa de víctimas y de verdugos! Puede decirse que cuantos acontecimientos notables acaecieron en Galicia, todos tuvieron lugar en sus orillas. Cuanta sangre inocente ó culpable se ha derramado en ella desde la dominación de los celtas hasta nuestros días, toda la arrastró el mar en su marcha eterna.

Las hojas de las ramas del Miño—y permitidnos persistir en esta imagen—son historias adornadas de las supersticiones más poéticas: todas distintas; todas animadas.

La que vamos á referiros, ayudados de las crónicas antiguas del territorio, tuvo lugar en ese mismo valle á que hoy os invitamos á seguirnos, en esa gran cuenca esmaltada de flores que atraviesa el Cabe, rama del Sil y por con-

Biblioteca Nacional de España

siguiente del Miño, resbalando dulcemente bajo un embobedado de sauces y de alisos, inclinados con voluptuosidad sobre sus aguas murmurantes.

Allá, y cerca de esos dos montes que os citamos, de tan aciagos recuerdos, ya no son alisos ni sauces los que dan su sombra al río; son casas, casas blanquísimas con sus tejados encarnados, las cuales se agrupan á sus orillas en pintoresco desorden; tres conventos sombríos y un seminario magnífico.

He ahí la villa de Monforte.

Una vez que vuestras miradas cayeron sobre ella, elevadlas un poco, siguiendo la pendiente del monte cónico y aislado que rompe desde sus calles agradables, y ved otro convento en la cima, el de San Vicente del Pino, cuya pesada mole se dibuja tristemente sobre el azulado fondo del cielo.

Seguid, no detengais la vista en él, que no vais á oir aquel drama horroroso de la *Corona de fuego,* que tan popular hicieron los escritores del país. No vamos á tocar con nuestra varita mágica en sus lúgubres bóvedas, para que broten las terribles figuras del Abad y el conde D. Alonso en pos de la melancólica belleza de D.ª Elvira. Volvedla á la izquierda, fijadla en

Biblioteca Nacional de España

esas ruinas gigantescas donde anida el pájaro *da morte,* ruinas cubiertas de yedra y otras plantas parásitas que discurren por sus elevados murallones.

Deteneos ahí un instante. ¿Nada os dicen esas almenas desmoronadas, esas ojivas agrietadas y esos torreones desmantelados?... Escuchad los cantos monótonos y fúnebres de aquellas aves fieras y de mirar terrible, y esos lánguidos gemidos del viento de la tarde al batir las irregulares masas de granito... ¿Nada sacais de esa armonía tristísima y penetrante, vosotros, poetas, historiadores y arqueólogos, naturalistas de las ruinas?

¡Ay! el poeta escucha una epopeya de amor y sangre; el historiador una crónica de verdugos y de mártires, la historia del feudalismo; y el arqueólogo, más materialista, pero menos anatómico que todos, lee en esos escombros lo que puede aplicarse á todo lo creado, *fué*... y que algún día, si se realizan las visiones del Apocalipsis, se podrá aplicar al mismo mundo.

Estas ruinas son las del castillo feudal de los condes de Lemos, esos condes gallegos tan ilustres que dieron vireyes á Nápoles, padrinos al poderoso genio de Cervantes, y reinas al trono de Castilla; de esos condes gallegos tan pode-

Biblioteca Nacional de España

rosos, que acuñaban moneda con su busto, como si fueran reyes del territorio.

A este castillo, arruinado en la actualidad, debe la villa su orígen y hasta su nombre: Monforte, esto es, *Montefuerte*. Los vasallos se habían apiñado á los pies de su señor, y las casas á las plantas del castillo. De aquí una villa triste, negruzca y detestable, y una ciudadela aristocrática que era á la vez palacio y fortaleza, y cuyos condes gastaban más escudos en vivir un solo día, que todos los habitantes de ella en un año.

Hoy la villa está desconocida, es decir, bella y elegantemente tendida sobre su alfombra de flores. Es una de esas deliciosas villas que se ven en lontananza en los paisajes de Poussin; y para que nada le falte, tiene también un castillo desmoronado, en una altura.

Habeis visto, pues, la historia del feudalismo en perspectiva; y ahora os suplicamos que nos permitais retroceder á la época en que esa organización política y social, ó esa organización de hierro, por mejor decir, estaba en Galicia en todo su apogeo: á esa época en que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos á referir; y en que el castillo solariego de los condes de Lemos se elevaba orgulloso sobre su pedestal gigante.

Biblioteca Nacional de España

II

EL CANTO DEL TROVADOR

Ven, siglo XV, desarrolla en el diorama de la epopeya los cuadros amorosos y caballerescos que tengan relación con el sangriento drama que vamos á escribir. Presenta sus figuras históricas con la exactitud moral que las particularizaba. Buenos ó malos, tristes ó alegres, profundos ó superficiales, ambiciosos ó modestos, grandes en fin ó pigmeos, pon en relieve esos caracteres que desaparecieron bajo los pavimentos de las iglesias del país.

Ven, siglo XV, presenta á nuestra vista tus fortalezas feudales con sus robustos muros almenados, con sus torreones cuadrangulares, con tus salones brillantes ú oscuros, y con tus paisajes sombríos ó risueños.

Ven, siglo XV, con tus cacerías animadas, tus duelos amorosos, tus batallas revolucionarias, tus orgías, tus baladas nocturnas al pie de las ojivas, y con los sacudimientos populares

Biblioteca Nacional de España

que devastaron los palacios feudales del territorio.

¡Oh! ¡bien! Ya el castillo de Monforte resplandece entre la oscuridad de la noche, como un castillo de fuego. La iluminación es completa.

¿Qué se celebra en él? ¿Una boda, ó el triunfo de un combate?

Acerquémonos... ni un cadáver... ni un rastro de sangre... ni una lanza rota entre las matas que rodean á la gran ciudadela señorial de los condes de Lemos.

Entremos... trajes brillantes por donde quiera: el conde de Deza, el marqués de Villafranca, el vizconde de Horta, el barón de Celme... Es una reunión de los principales nobles del país entre mil y mil bujías que brillan centellantes en las cámaras; y todos felicitan al opulento conde D. Alonso López de Lemos por su enlace con Ildara de Courel.

¡Ildara de Courel! una hada, un ángel.

El conde, aunque profundamente conmovido con tanta felicidad, no olvida á su caballo árabe Abenamar, y sale del salón principal dirigiéndose solo á sus caballerizas.

Al llegar al *Castillete,* y al poner el pie en el primer peldaño de piedra de la escalera que

Biblioteca Nacional de España

comunica con el picadero del poderoso señor, se detiene estremecido. Era que un trovador canta desde los álamos negros del Campo de la Virgen, una balada sumamente triste y fatídica.

El conde, abandonando su alma á la emoción melancólica del canto, recoge una á una sus estrofas, estrofas que se gravan en su frente y en su corazón de una manera estraña.

¡Qué estrofas! ¡qué predicciones! Todas concluyen con estas terribles palabras:

«*Reid y gozad,*
porque ya amanece el día
que esas luces de alegría.
luces de sangre serán!»

Cesa el canto; y el conde D. Alonso se asoma á la almena. Mira, y á favor de la iluminación resplandeciente de su castillo, distingue al trovador que, montando en un arrogante alazán, desaparece á escape por el Campo de la Virgen, camino de Ribas-altas.

¿Quién era aquel trovador vestido de negro? y ¿por qué aquel canto agorero entre las amantes armonías de una boda feudal?

El conde quiere fijar su pensamiento en los encantos de Ildara y en la felicidad inmensa

Biblioteca Nacional de España

que le rodea; pero el aura de la noche parece repetir en torno de su frente:

«¡Esas luces de alegría
luces de sangre serán!»

III

EL REGLAMENTO DE LOS HIDALGOS

Es media noche.

Brilla la luna... brillan las estrellas... ni una nube en el horizonte.

La iluminación se extingue... el festín ha concluído.

El conde de Lemos se dirige á la cámara de Ildara, acompañado de su hermano Pedro de Courel, barón de Esperante.

Un paje levanta las colgaduras de la puerta de la primera pieza, y al ir á penetrar en ella el opulento señor, su cuñado le tiende la mano y lo detiene.

—Adiós, D. Alonso, le dice conmovido: haced la felicidad de mi hermana en nombre del cielo, y que Ildara haga á su vez la vuestra.

—Adiós, hermano; le contesta el conde: sin

Biblioteca Nacional de España

padre, sin madre, sin hijos y sin parientes, Ildara lo será todo para mí en este mundo.

Aquellas dos manos se estrecharon con emoción, y Pedro de Courel dejó al conde de Lemos para dirigirse á sus montañas de Mera del Faro.

El conde entra en la cámara nupcial, y es detenido por la voz de un paje.

—Señor, un correo del conde de Villalba.

D. Alonso se detiene nuevamente, y manda entrar el correo, el cual le presenta un pliego.

D. Alonso leyó: «Mi querido conde: mis pronósticos se realizan. El mariscal Pardo de Cela, invocando los derechos de la Beltraneja, se pone á la cabeza de los *hermanos de Galicia.* Las hordas revolucionarias del vizconde de Tuy hacen estragos en los estados del caballero Pazos de Proben, sitiándolo en su castillo, y tienen preso al obispo de Tuy, valiéndose de un gran engaño para ello; las de Lugo, á cuya cabeza figura un herrero llamado *Mao de ferro,* han asesinado al obispo; las de Pontevedra arrastraron á la condesa de Villagarcía, arrasándole el castillo; y como vos sabeis ya, las de Rivadabia arrojaron al Pozo Maimón al obispo de Orense. Poneos de acuerdo con el conde de Monterrey para que las hostigue; y vos concitad á la nobleza del país para contrarrestar los ambiciosos

Biblioteca Nacional de España

proyectos del mariscal. Sobre todo, estorbemos que lleguen á unirse las hermandades de uno y otro caudillo revolucionario. Yo he llamado á las armas á todos los caballeros del Miño, pues el mariscal se dirige á mi castillo: llamad vos á vuestra vez á los de las orillas del Sil, y Dios sea en pro de nuestra causa santa.»

El de Lemos se ha turbado con este mensaje del conde de Villalba; y en vez de dirigirse á la cámara nupcial, manda llamar á su secretario Prom de Fene y á su mayordomo mayor Juan de Grove, y les hizo redactar el siguiente reglamento:

«Nos, D. Alonso López de Lemos, conde de Lemos y señor de las casas de Ferreyra, Sober y Amarante, etc., etc.; salud, honra y valor á nuestros vasallos.»

«Sabed: que en el día de hoy hemos venido en formar una guardia de doce de los hidalgos más jóvenes, honrados y valientes que haya en nuestros estados; los cuales hidalgos se obligarán á defendernos mientras vivan, contra los hermandinos que devastan el país con gran mengua de su honra y del respeto que deben á su Dios, á sus reyes y á sus señores.»

«Cada uno de estos hidalgos acaudillará cuarenta arqueros y veinte hombres de lanza, cuyo

Biblioteca Nacional de España

acostamiento corre de nuestra cuenta, así como los vestidos, caballos, armas y demás pertrechos de guerra que necesiten los dichos hidalgos que han de ser en guarda nuestra.»

«Cada día entrarán cuatro de servicio; uno de los cuales hará centinela en la puerta de nuestra cámara, cuidando de que no entrare en ella persona sospechosa; y que los arqueros que estén también de centinela por las demás puertas y torres del castillo, vigilen por la seguridad de todos. Este centinela será relevado de dos en dos horas por otro hidalgo.»

«Si alguno de los doce supiere que se atentaba contra nuestra vida cerca de nuestra persona, ó qué alguno de nuestros parientes oscureciera el brillo de nuestra honra con una mala acción, me dará parte al instante, y yo le recompensaré esta buena obra. Pena de la vida si asi no lo hiciere.»

«Mi mayordomo mayor, Juan de Grove, cuidará de que nada les falte de lo que sea debido; y todos los jueves y domingos les dará á los dichos fidalgos cuarenta botellas de buen vino de Esperón ó del Rivero, para que se diviertan y beban á mi salud después de comer, con lo cual ellos estarán contentos de mí y yo de ellos si me sirven bien.—Dado en mi casti-

Biblioteca Nacional de España

llo de Monforte á veinte y cinco días del mes de setiembre de 1480.»

«Yo, el conde D. Alonso López de Lemos.»

Concluido este reglamento (1), el conde se retiró á la cámara nupcial, mandando á su secretario y á su mayordomo mayor que impusiesen un tributo á sus vasallos, para hacer frente á los gastos á que diere lugar la institución caballeresca de aquellos donceles.

El secretario veló toda la noche expidiendo órdenes á los hidalgos del país, y el mayordomo mayor no le fué en zaga haciendo encargos de pertrechos de guerra y de pellejos de vino de Amandi, Valdehorras, Rivero y Esperón, para los primeros *jueves* y *domingos*.

---

(1) Este reglamento es copia literal del que existía entre los manuscritos del Padre Maestro del monasterio de Sobrado de los Monjes, fray Gonzalez, que nos facilitó muchos datos curiosos sobre las familias nobiliarias de Galicia.

Biblioteca Nacional de España

PRIMERA PARTE

AMARO DE VILAMELLE

I

JUEVES

Seis meses después, y en una de las últimas tardes del mes de marzo de 1481, la mayor parte, sino todos, de los doce hidalgos de Monforte que constituían la guardia de honor del conde D. Alonso López de Lemos, y á quien este llamaba su *Apostolado,* se hallaban reunidos en uno de los salones del castillo, correspondiente al primer cuerpo del edificio.

Veíaseles á todos sentados alrededor de una

Biblioteca Nacional de España

mesa enorme, en la cual estaban algunas botellas de vino añejo de Esperón, que varios criados relevaban con otras al vaciarse, cosa que los hidalgos hacían á menudo entre sus prolongadas risas y estrepitosas relaciones.

Era de ver aquel cuadro de jóvenes nobles y aturdidos, porque nada puede imaginarse más gracioso y animado. No había uno que no se inquietase en su asiento, ya aplaudiendo frenéticamente cualquier epigrama lanzado por uno de sus compañeros contra otro, ó ya braceando con violencia para llamar la atención y pronunciar algunas palabras que provocasen nuevas hilaridades. No había uno, cuya boca no se contrajese por la más fuerte carcajada ó no se agitase vivamente al proferir picantes frases. No había uno, en fin, que permaneciese indiferente al vértigo que los dominaba á todos.

Reinaba un bullicio contínuo, precipitado, insoportable, resultado natural de hablar muchos á la vez; y las irresistibles copas de Esperón corrían de boca en boca como si hubieran apostado concluir en menos de dos horas con cuantas botellas pudiera encerrar la bodega feudal.

¡Eh!.. ¡eh! Amaro de Vilamelle—decía uno de los hidalgos á otro de los que se hallaban á un

Biblioteca Nacional de España

extremo de la mesa—: bebes como un hoyo en la arena, como si trataras de ahogar tus penas en el dulce pozo de Esperón!

—Nos podemos dar la mano, Pedro de Tor; contestó el hidalgo á quien se dirigían estas palabras; porque si yo lloro la muerte de Inés de Novaes, tú lloras los desdenes de... de... de...

Y detuvo el nombre que iba á salir de su boca, como si en ello le fuera la vida.

Pedro de Tor le lanzó una mirada de despecho tan visible, que todos sintieron los más vivos deseos de conocer á aquella ingrata señora.

¡El nombre!... ¡el nombre!... gritaron en coro.

No... no... contestó Amaro de Vilamelle.

¡El nombre! ¡dinos el nombre de esa roca que resiste sin conmoverse las miradas de fuego de Pedro de Tor!... gritó uno.

—¡De Pedro de Tor, el más buen mozo de todos los hidalgos de Monforte!... prosiguió otro.

¡Sí!.. ¡sí!.. el mejor mozo de todos los hidalgos de Monforte! corearon los demás, aplaudiendo con estrépito.

Pedro de Tor, á pesar de la inquietud extremada que lo poseía como si se hallara temeroso de que Amaro de Vilamelle pronunciara el nombre de aquella mujer, cuyo desdén tanto le

Biblioteca Nacional de España

atormentaba y cuyo amor era un secreto que creía impenetrable, por el cuidado que siempre había puesto para ello, no pudo permanecer insensible á aquella lisonja, que les agradeció con una sonrisa.

Es de advertir que Pedro de Tor, si bien en efecto era el más hermoso de todos los hidalgos, esta misma convicción le hacía insufrible, pues llegaba á creerse un ángel de hermosura ante quien todas las mujeres se habían de prosternar como esclavas.

Viendo todos que Amaro de Vilamelle guardaba un silencio profundo á las insinuaciones que le hacían para saber el nombre de la que así despreciaba al mejor mozo de los hidalgos, cogieron cada uno su botella y volvieron á preguntarlo con amenazante tono.

Amaro de Vilamelle llevó una copa á los labios por única contestación.

—¡El nombre!.. ¡el nombre!.. volvieron á gritar los hidalgos, alzando las botellas en disposición de lanzarlas sobre el pobre jóven, si persistía en su silencio,

—¡No lo dirá!.. ¡no lo dirá! esclamó Pedro de Tor, poniéndose á su lado con la espada desnuda. Si lo dice, le atravieso el corazón como á un villano.

Biblioteca Nacional de España

Y lo devoraba con sus ojos negros.

El jóven se levantó asombrado, mirando tan pronto á Pedro de Tor, que le amenazaba con la espada desnuda, como á los hidalgos que le amenazaban con las botellas levantadas.

—¡El nombre!.. ¡el nombre! ¡por última vez el nombre de esa ingrata desconocida! gritó Sancho de Remesar, á quien todos llamaban el Oso negro, por ser sumamente feo, y ante quien todos temblaban, por ser el más arrojado y perverso.

Tompoco contestó Amaro.

Entonces todas las botellas partieron sobre su cabeza con la rapidez del rayo, y fueron á estrellarse contra un lienzo del salón en mil pedazos.

Pedro de Tor y Amaro de Vilamelle aparecieron en el suelo como dos cadáveres tendidos boca abajo; y cuando todos los creían, sino muertos, al menos aturdidos por la violencia de un golpe de Esperón embotellado, los vieron levantarse rápidamente, encararse á ellos y soltar una carcajada de triunfo.

Los hidalgos también se rieron, dejándose caer en sus sillones de baqueta. Los más crueles, pesarosos por no haberles dado un botellazo, los más humanos, felicitándose por la fe-

Biblioteca Nacional de España

liz precaución que sus dos compañeros tomaran contra aquella nube de vidrio y Esperón que había pasado á dos dedos de sus frentes.

—¡Cáspita! murmuró Rodrigo de Canaval con acritud; ¿por qué no se venga Pedro de Tor de su ingrata señora, sea quien quiera, como el Oso negro se venga de todas las mujeres, cuando después de hacerles una declaración de amor le contestan que no lo entienden?

—Porque no soy tan feo; contestó Pedro de Tor, pasándose los dedos por el bigote con petulancia; pues el Oso es tan feo, que de puro feo parece un verdadero oso vestido de terciopelo.

Todos redoblaron sus risas, y aplaudieron la oportunidad. El mismo Sancho de Remesar aplaudió, como si reconociera la verdad de aquellas palablas.

Era en efecto horrible la fisonomía de aquel hombre; tenía el pelo corto y rizoso como el de un mulato; una frente convexa y de poco más de dos dedos de ancha; unos ojos diminutos y vizcos que despedían una mirada maligna continuamente, nariz achatada, boca grande, constituída por dos labios sumamente delgados y por apéndice á todo este conjunto desagradable, tenía tres cicatrices deformes, una en la frente, otra en la nariz y otra en la barba. Su

Biblioteca Nacional de España

cuerpo era atlético y mal formado; y el alma que animaba aquel ser agigantado y repugnante, era como su rostro, negra.

Pero lo que más particularizaba aún á aquel hidalgo, y lo que le valía el nombre de fiera con que lo designaban los demás, era el ser sumamente velludo; tanto, que sus manos y su rostro estaban cubiertos de un pelo negro y espeso que le daba una apariencia demasiado salvaje é irracional.

—Si yo fuera tan espantoso como él, gritó Fernán de Amande, no saldría sino de noche.

—Y yo, prosiguió Amaro de Vilamelle, me ahorcaría del roble más elevado de Brence.

—Sin embargo, contestó Sancho de Remesar; á pesar de ser tan feo como decís, ninguno de vosotros, jóvenes hidalgos, sois capaces de triunfar en menos días que yo de la dama más encopetada y desdeñosa.

—¡Rayo de Dios! gritó Pedro de Tor, como si estas palabras encerraran un insulto para él; sacas más partido de ellas que nosotros, porque..... porque..... si se niegan á tus instancias, las robas.

—¿Y nada más que eso? preguntó Sancho de Remesar con ciertos movimientos de cabeza bastante significativos.

Biblioteca Nacional de España

—Nada más. ¿Que más habías de hacer, pues?

—Escucha las ventajas que saco más que tú, siendo yo el más feo y tú el más hermoso de todos los hidalgos; le contestó Sancho de Remesar, sorbiéndose una copa de vino. Cuando las digo que me gustan y me desprecian por feo, las robo, las llevo á mi torre de Remesar, y á los tres días se las devuelvo á sus padres. Estos me compran el secreto; porque como no me pueden matar, pues soy el demonio para los lances de puñal, espada ó lanza, les conviene más echar tierra encima del suceso. Esta tierra es oro.

—¡Já!.. ¡já!.. ¡já!.. prorumpieron todos con las más estruendosas risotadas, celebrando la buena dicha del Oso negro.

—Y no acaba en eso sólo, prosiguió este con sus miradas malignas y su sonrisa de verdadero oso, si es que los osos pueden sonreirse alguna vez; pues como el rapto de la dama fué un secreto entre ella, los padres y yo, viene un noble á pedir su mano, y se casa. Si aquella mujer no satisfizo completamente mis deseos, sigue obediente á mí como una oveja, porque el temor de que estos labios revelen su nombre.....

Y se llevó los dedos á la boca con una expre-

Biblioteca Nacional de España

sión sañuda, terrible, feroz, que hizo estremecer á todos instintivamente, como si vieran á sus hermanas ó á sus mujeres á los pies de aquel hombre.

—Porque el temor de que estos labios revelen su nombre, repitió; y algunas palabras más, voto al diablo, la ligan á mi mejor que la bendición del sacerdote á la esposa y al esposo.

El silencio que sucedió á estas expresiones repugnantes, tenía algo de glacial y pavoroso.

—¿Callais?.... ¿no hay risas como antes?.... Decidme que soy feo, que soy horrible!.... ¡Hablad, señores, hablad! ¡Pronto os metí en un puño, voto al diablo!

En efecto, ni se reían, ni bebían, ni contestaban una palabra los demás hidalgos. ¿Sería porque todos tendrían hermanas ó damas?

—¿Sabes qué digo, Sancho de Remesar? murmuró Pedro de Tor sin dejar de atusarse su bigote negro; que quién había de decir que Lope de Remesar, aquel Lope que no salía de su torre sino para ir á la iglesia, había de tener tal hijo!....

El Oso negro se encogió de hombros.

—Tiene razón Pedro de Tor, dijo Amaro de Vilamelle; quién había de decir lo que pasa! ¡Tu

Biblioteca Nacional de España

padre tan bueno, tan bueno; y tú tan malo, tan malo!

—Amaro de Vilamelle, gritó Sancho de Remesar; si mi padre era bueno y yo soy malo, acuérdate de esta máxima que tanto repite el confesor de la condesa Ildara: «El hombre es según las circunstancias.» Quiero decir, que si la primera mujer que amé no me hubiera despreciado como me despreció, ni yo hubiera sido su verdugo, ni tú irías á llorar sobre su tumba de cuando en cuando.

Todos los ojos se fijaron en Amaro. El pobre jóven había exhalado un grito de lo más hondo de su pecho y había caído de espaldas en su sillón. Las últimas palabras del Oso negro eran una historia de horror, de deshonra y de muerte. Aquellas últimas palabras fueron para él una revelación horrorosa, á la cual no pudo resistir sin desfallecer por un momento.

En seguida se levantó resueltamente el pobre jóven y lanzó un guante al rostro del Oso negro.

—¡Tomad¡ gritó rojo de cólera; hoy mismo me arrojaré á los pies del conde y le pediré la venia para hacer campo con vos mañana.

—Y yo, contestó el velludo atleta recogiéndolo con calma, mañana os lo enterraré en el

Biblioteca Nacional de España

corazón con la punta de mi lanza. Pero no: yo no recojo este guante..... antes que yo está Pedro de Tor para recogerlo.

Y lo dejó caer á los pies de Pedro de Tor, el cual palideció visiblemente.

—¡Oh! ¡qué significa esto?.... esclamó el jóven hidalgo de Vilamelle; yo no tengo que ver nada con Pedro de Tor, no tengo nada que ver con él, que apenas conocía á Inés de Novaes, sino con vos, su verdugo.

—Sí, afirmó el Oso negro con ironía; pero antes que Inés de Novaes, murió vuestra pobre hermana Beatriz de Vilamelle.

—¡Poder de Dios, Sancho! ¿Qué quieres decir con eso?

—Bien claro está, mi querido Amaro: lo que quiero decir, tan claro está como una y una muerte son dos muertes, que una y una víctima son dos víctimas..... que uno y un verdugo son dos verdugos!

Y señaló á Pedro de Tor, y después á él, al concluir estas palabras.

—Por el amor de Dios, Sancho de Remesar, exclamó dolorosamente el jóven cruzando las manos; ¡por el amor de Dios, habla más claro!

—Amaro de Vilamelle, tú tenías dos hermanas.....

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh! sí..... sí..... ¡dos hermanas!....

—Pues bien; la mayor de esas dos hermanas se llamaba Beatriz.....

—¡Beatriz!.... repetía el jóven con voz dolorosa: ¡oh! ¡mi pobre Beatriz!

—Era bella como un ángel, como Inés de Novaes..... y como Inés de Novaes tan pura é inocente.

—¡Adelante, Sancho de Remesar, adelante!

—Ya conoces á Pedro de Tor, Amaro, ¿no es verdad? Es un buen mozo, todo un buen mozo..... como que dificilmente encontrarías otro mejor en todo el país..... Míralo bien, Amaro; míralo bien.

Amaro apartó los ojos de él con horror, como si pretendiera leer en las facciones del Oso negro cuanto iba á descubrirle; esto es, una segunda revelación mucho más terrible que la primera.

En tanto Pedro de Tor se hallaba inmóvil y cabizbajo como un reo. Los demás hidalgos participaban de su inmovilidad: se hallaban asombrados; pendientes de las palabras de Sancho de Remesar, pues ningún jueves ni domingo habían llegado las cosas á aquel extremo.

Este continuó con la misma calma irónica con que había empezado:

Biblioteca Nacional de España

—Es un buen mozo y yo un hombre deforme, voto al diablo; pero un buen mozo puede hacer tanto daño en una familia honrada como un hombre deforme.

—¡Pronto!.... ¡pronto!.... volvió á suplicar Amaro: ¡una palabra que como una luz ilumine el crímen oculto en las tinieblas..... esa palabra, Sancho de Remesar!.... ¡profiere esa palabra por el alma de tu padre!

—Pedro de Tor amó á tu hermana; y tu hermana, contra la costumbre de todas las mujeres obsequiadas por él, lo despreció. Pedro de Tor, que jamás se había visto despreciado por una mujer, juró su deshonra; para lo cual apeló á los mismos medios de que yo me valgo en esos casos..... Ya sabes, robo.

—¡Sí..... sí!.... ¿pero mi hermana no faltó una noche de su torre de Vilamelle..... ni media hora siquiera, Sancho?

—Es cierto; pero la torre de Vilamelle está algo arruinada, y Pedro de Tor pudo entrar una noche en ella hasta la cámara de Beatriz..... ¿no es verdad, Pedro de Tor?

Y el Oso negro se dirigió al hidalgo; pero el hidalgo, sin perder su inmovilidad un instaute, parecía como confundido ó indiferente á lo que decían de él.

Biblioteca Nacional de España

El os contestará á vos, Amaro; estoy seguro que en su interior me dará á todos los diablos...

—¡Oh! ¡sí; me contestará!.... gritó el jóven, lanzándole una mirada devoradora; yo se lo juro por la memoria de mi difunta hermana.

—Os he dicho que había penetrado en la cámara de vuestra hermana una noche..... pues bien, al siguiente día..... ella se encontró perdida por un hombre sin saber quién era. Por eso no os confesó su deshonra al morir.....

—¿Pero y su muerte?

—Su muerte fué como la de Inés de Navaes... destilaron en un vaso unas yerbas ponzoñosas... bebieron y espiraron. Tan solo ellas y yo supimos porqué morían envenenadas.

Al proferir estas palabras el Oso negro, se levantó Amaro y se dirigió hácia Pedro de Tor, que aún seguía cabizbajo.

—¡Pedro de Tor, mañana haré campo en la plaza de Monforte con uno, contigo!

Y viendo que el hidalgo no le contestaba á este reto, lo cogió de un brazo y lo sacudió violentamente, diciéndole con voz de trueno:

—¡Mañana te batirás conmigo! ¡sí..... sí!.... ¡te batirás conmigo!

—¡Contigo! esclamó por fin el hidalgo, como

Biblioteca Nacional de España

si saliera de su estupor: yo no me puedo batir contigo.

Y lo miró con desprecio.

—¿Por qué?.... gritó vivamente Amaro.

—¿Por qué?.... ¡porque tú no eres hidalgo!

Retrocedió el jóven unos cuantos pasos, como si aun otra revelación más terrible viniera á desplomarse sobre su frente; pero reponiéndose en un instante, volvió á encararse con Pedro de Tor.

—¡Déjalo, Amaro! gritaron muchos riéndose insolentemente; ¡Pedro de Tor ó se ha vuelto loco ó cobarde!

—Pedro de Tor ni se ha vuelto loco ni cobarde, contestó el mismo. Pedro de Tor dice que este jóven no es hidalgo, y por consiguiente no puede batirse con él.

—Pues sino está loco ni cobarde, volvieron á decir los mismos, está borracho.

Enderezóse entonces Pedro de Tor, como si la punta de un puñal brillara ante sus ojos.

—¡Borracho!... ¡loco!.... ¡cobarde!.... murmuró, lanzando miradas furiosas á los que tales palabras le habian dirigido. Señores, he dicho que este hombre no es hidalgo, y lo sostendré cómo y donde se quiera.

—¡Pruebas, exclamó Amaro encolerizado y

Biblioteca Nacional de España

tembloroso: ¡no basta decirlo, Pedro de Tor, sino probarlo! ¡Ya van dos veces que me lo dices! ¡Pruebas!.... ¡pruebas, ó aquí mismo te deshago entre mis manos!

Y el jóven apretaba los puños y los dientes, como si se dispusiera á hacer lo que decía.

—¡Bien!.... ¡bien! tiene razón Amaro, gritaron todos al ver abierta una de esas contiendas tan comunes entre aquella juventud revoltosa y desenfrenada.

Pedro de Tor pareció vacilar unos cortos momentos. Después, como si un recuerdo oportuno le sacara de su melancolía, la más sardónica alegría irradió en su frente.

—¿Me pides pruebas, Amaro de Vilamelle? ¿me pides pruebas, desventurado?....

—¡Pronto! ¡pronto! contestó el jóven, tambaleándose como algunos de los hidalgos que habían acariciado mucho aquella tarde el vino de Esperón.

—Allá van, pues.

—Vengan; contestaron todos, alargando las manos como si fueran á recibir nuevas botellas en prueba de que Amaro de Vilamelle ya no era hidalgo.

—Quitadle la gola, dijo Pedro de Tor, y decidme lo que tiene en el cogote.

Biblioteca Nacional de España

Arrojáronse todos sobre Amaro, y le registraron el pescuezo con avidez.

—¡Un lunar! esclamaron; ¡un lunar como un alfonsín!

—Bueno, contestó Pedro de Tor; mandad subir ahora á su arquero mayor, Clodio Espasende.

El arquero mayor fué llamado, y no tardó en presentarse ante aquella asamblea. Era un hombre bastante fornido, más alto que bajo, de una fisonomía agradable y de unos cuarenta á cincuenta años de edad.

—Miradle también á ese el cogote; gritó Pedro de Tor.

El arquero mayor le lanzó una mirada oblícua, cuyo significado no pudo nadie comprender, y se dejó revistar como si en ello no le fuera nada. En tanto, Amaro de Vilamelle no cesaba de estremecerse convulsivamente, corriendo de su frente gruesas gotas de sudor.

Cuando los hidalgos miraron el pescuezo del arquero mayor con un afán malicioso, lanzaron una exclamación unánime.

—¡Iguales!..... ¡los dos lunares iguales!....

Y una salva de risas furiosas saludó la semejanza.

—¿Estais satisfechos, volvió á gritar Pedro de

Biblioteca Nacional de España

Tor, de que Amaro de Vilamelle es hijo de su arquero mayor, Clodio Espasende, y de Elvira de Canaval, esposa del hidalgo de Vilamelle, que teniais por padre de Amaro?

—Sí; contestaron unos.

—No; contestaron otros.

—A los que dicen que nó, prosiguió Pedro de Tor, sin deponer la insultante sonrisa que desde que comenzara á hablar había petrificado en sus labios el odio que en el fondo de su alma profesaba á Amaro de Vilamelle; á los que dicen que nó, que confronten las dos fisonomías. ¡Rayo del cielo! ¡son tan padre é hijo como que yo soy el hidalgo más hermoso del mundo!

Todos convinieron en que se parecían los dos rostros cuanto pueden parecerse los de un padre y un hijo.

—Si aun hay algunos que persistan en que miento, continuó Pedro de Tor, que les cuenten los dedos que tienen en el pie izquierdo.

No faltaron hidalgos que por curiosidad quisieron cerciorarse de la identidad de esta última prueba, y como Amaro de Vilamelle se dejaba coger como un magnetizado, y Clodio Espasende se prestaba á todo cuanto querían, sin oposición de ninguna especie, los descalzaron

Biblioteca Nacional de España

el pie izquierdo y les contaron los dedos que en ambos tenían.

—¿Cuántos dedos tienen cada uno en el pie izquierdo? preguntó Pedro de Tor, dominando las estrepitosas risas de los hidalgos con su voz áspera y tonante.

—¡Seis!.... ¡tienen seis!.... contestaron todos, palmoteando de alegría.

—Y ahora Amaro de Vilamelle, ¿quieres aún más pruebas de tu.....

Y se detuvo Pedro de Tor, porque el pobre jóven, que todo lo había sufrido hasta entonces con una paciencia admirable, cayera de bruces como un árbol desarraigado.

—¡Una víctima del asesino Esperón! esclamaron á una todos los hidalgos de Monforte, viéndole caer de aquel modo sobre el duro pavimento de la cámara.

Y le pusieron un pergamino en la espalda que decía *número uno,* para saber al siguiente día quien fuera el primero que se había embriagado.

Pero Amaro de Vilamelle, á quien seguiremos concediéndole este apellido á pesar de las pruebas terribles que invocara Pedro de Tor, pues nos condolemos de las desgracias que aquella tarde le abrumaran; Amaro de Vilame-

Biblioteca Nacional de España

lle no había caído beodo como ellos suponían, había caído desvanecido de vergüenza.

En seguida todos los hidalgos llenaron sus copas, y brindaron por la salud del jóven, según costumbre entre ellos al ver caer borracho á alguno de sus compañeros.

Y mientras todos acercaban á sus labios las doradas copas, con una algazara insoportable, Clodio Espasende, el arquero mayor del hidalgo de Vilamelle, salió del salón rapidamente. Por la mirada que les lanzó al salir hubiérase dicho que la intención de aquel hombre era ir á poner fuego al castillo para que todos perecieran abrasados.

Al poco tiempo de salir de allí el arquero mayor, entró otro hidalgo llamando á Amaro de Vilamelle.

Amaro de Vilamelle se levantó con grande asombro de los demás hidalgos, que arrellanados en sus sillones parecían como aletargados bajo la poderosa influencia del brindis.

—¿Qué me quieres Fernán de Amande? preguntó Amaro al recien venido.

—¡Toma! ¿qué te he de querer? ¡ira de Dios! que vayas á hacer tu centinela.... ¡Cómo se conoce que el Esperón os hace perder la memoria de vuestros deberes!

Biblioteca Nacional de España

Amaro de Vilamelle desnudó su espada pendiente de un ancho tahalí de cuero, se encasquetó su gorra de terciopelo negro con una pluma roja, que usaban todos los hidalgos cuando se decía que los hermandinos ó comuneros se hallaban lejos de Monforte, y salió del salón con paso firme y acompasado como si nada le hubiera sucedido.

Era ya la hora del crepúsculo.

II

EL CENTINELA

Muy amenudo se repetían semejantes bacanales en aquel salón tan espacioso y lujosamente adornado de cascos, arneses y armas de todas condiciones, al cual llamaban *El salón de los hidalgos* por haberlo destinado el conde para el descanso de los doce que, como dejamos dicho, constituían su guardia de honor.

En los días lluviosos, y aun claros y apacibles, sería difícil encontrar alguno de los doce del *Apostolado* fuera de aquel salón, excepto el de centinela en la azotea del primer piso del castillo, que ocupaban los condes; pues había llega-

Biblioteca Nacional de España

do á ser para ellos lo que un café para los hombres de esta época. Hablaban, disputaban, bebían, jugaban y se batían ó se adiestraban en el ejercicio de lanza ó hacha, aquellas hachas cortas que usaban en las batallas, las cuales terminaban en una especie de moharra triangular para poder herir lo mismo por la punta que por el filo.

Aquel salón tenía además la ventaja de que correspondían á él las puertas de las pequeñas cámaras que ocupaban los hidalgos en el castillo; ventaja que los más bebedores apreciaban en extremo.

Hemos dicho que las bacanales semejantes á las que hemos presenciado, eran muy frecuentes en aquel salón, porque desde que el conde se había casado con Ildara de Courel y el mariscal Pedro Pardo de Cela se había revelado contra la autoridad del rey, poniéndose á la cabeza del movimiento revolucionario, que hacía ya bastantes años envolvía á Galicia en la anarquía más completa, había señalado dos días á la semana con ese fin, los jueves y los domingos, según habrán visto nuestros lectores en el reglamento que el conde de Lemos había establecido para el gobierno de sus estados.

Este reglamento corto, pero raro, que da una

Biblioteca Nacional de España

idea curiosa de la opulencia señorial de aquel tiempo, consta también en una crónica antigua del país, escrita por Fray Pedro Sernande, monje de San Vicente del Pino, el cual atribuye á terror aquel rasgo de la munificencia del conde; y este reglamento particular se hallaba inscrito en un gran pergamino, coronado con las armas de los Lemos, y colocado en uno de los lienzos del gran salón de los Hidalgos, á manera de tabla de vivac ó cuerpo de guardia.

Júzguese, pues, el bullicio y alegría que reinaría en aquel salón los jueves y los domingos, al encerrarse en él los hidalgos de Monforte, todos jóvenes y casquivanos, con cuarenta botellas llenas de Esperón ó del Rivero. Decididamente los *hermanos de Galicia* ignoraban estas bacanales, que terminaban por quedarse dormidos en sus sillones cuantos en ellas tomaban parte; porque, de no ignorarlo, intentarían un asalto, pues la defensa del castillo quedaba reducida tan sólo á los arqueros y hombres de lanza, los cuales, viendo á sus capitanes imposibilitados para dirigirlos, se batirían en desorden, cada uno á su manera, y la defensa sería fatal para ellos y para el descuidado y temeroso conde.

El único de aquellos valientes hidalgos que

Biblioteca Nacional de España

en circunstancias dadas pudiera ponerse al frente, sería el que se hallase de centinela; pero en días tan señalados para ellos, como los jueves y los domingos, la mayor parte de los que hacían centinela, pasada la hora del crepúsculo, apenas podían sostenerse en pie; cosa que unos y otros no se echaban en cara por ser común á todos.

Entre otras personas más juiciosas ó más interesadas en la defensa del castillo, Amaro de Vilamelle no hubiera salido del salón á hacer centinela; no se le hubiera permitido aunque él se prestase buenamente á ello, como se prestó, porque el estado en que naturalmente debía encontrarse su espíritu, después de una tarde tan horrorosa, preciso le eran algunas horas de descanso para reponerse.

Sin embargo, es de advertir en honor de los aturdidos hidalgos de Monforte, que, según su práctica, no había otro medio más excelente para disipar los vapores del Esperón, que pasearse dos horas al aire libre por la gran almena del castillo.

Pero lo que más imposibilitaba al pobre doncel de cumplir con su deber en aquel instante, no eran por cierto las enormes copas que como uno de tantos había apurado, sino las revelacio-

Biblioteca Nacional de España

nes monstruosas que le habían hecho á quemaropa, y que lo anonadaran completamente.

Al salir del salón eran sus miradas vagas, perdidas y sin alcance; le parecía que su cabeza daba mil vueltas sobre los hombros, y que una nube de hierro le prensaba el corazón dolorosamente. Al conocer el estado de su alma, diríase que más bien le guiaban los pies que su pensamiento, y que gracias á su firmeza varonil había podido llegar á la azotea del castillo, donde debía pasar dos horas de centinela.

Cuando llegó á ella se apoyó en una almena, y se quitó la gorra de la cabeza, para dejarla descubierta al aire embalsamado de la noche.

Aprovechémonos de este momento en que se nos presenta tan melancólico é interesante, para trazar su retrato á la argentada luz de esa luna de primavera, que tan graciosamente se dibuja sobre el oscuro fondo del cielo.

Empero, ¿para qué hemos de ocupar tres párrafos en él y molestaros tal vez con los detalles de su figura? Mirad, ¿no habeis visto alguna vez en esos bellos cuadros artísticos de la edad media, algún lindo paje de melena negra, cuya fisonomía os conmueva y á quien, si en efecto existiera, desearíais toda la felicidad posible, porque su rostro es triste y gracioso á

Biblioteca Nacional de España

la vez y porque creeríais hacer una injuria al Criador no amando una criatura cuyas facciones parece que revelan un alma pronta también á amar cuanto se le acerque? Pues bien, uno de esos rostros, que no son una hermosura perfecta, pero que se aman sin saber por qué, era el de Amaro de Vilamelle, colocado sobre un gallardo cuerpo de veinte años.

Y para que lo imagineis tal como lo anunciamos tan sólo por una pobre idea, os detallaremos en pocas palabras el traje que vestía en ese momento en que, melancólico é interesante, se apoya sobre una de las almenas de la azotea principal; traje en un todo igual al que usaban los demás hidalgos. Consistía en un birrete negro con una pluma roja, un gabán de terciopelo azul galoneado de oro, y por sus aberturas salían las dos mangas de piel de búfalo de un jubón verde claro; calzón corto de ante carmesí y botines negros de paño.

Mil confusos pensamientos acudían á su cerebro en aquel instante. Todas aquellas revelaciones tan fatales que habían caído sobre su frente y su corazón en tan pocos minutos, cada una de las cuales bastaría para agobiar al hombre más impasible, le zumbaban aún en los oídos continuamente y le hacían bajar la cabe-

Biblioteca Nacional de España

za, espantado de sí mismo. Por más que trataba de aclarar sus ideas, pues todas se le agolpaban en globo, le era imposible; y en medio de aquel trastorno ideológico que tan insoportable se le hacía, se quedó dormido con el brazo derecho sobre la almena y la cabeza descansando en él.

Durmió como una media hora, durante la cual ni el menor ruido vino á perturbar el silencio que reinaba en todo el castillo.

Cuando despertó, volvió á sufrir todas las angustias de aquella agonía moral, sin embargo de presentársele todo menos confuso. Recapituló las revelaciones del Oso negro y de Pedro de Tor con la mayor tranquilidad al parecer; y después brotaron algunas lágrimas de sus ojos y algunos juramentos de sus labios. Las primeras eran tributadas á la deshonra de Inés de Novaes, su ángel querido, y á la deshonra de Beatriz de Vilamelle, su hermana adorada; sintiendo más entonces aquellas dos muertes, que el día en que las había visto espirar en su lecho con los ojos fijos en él y las manos sobre el corazón.

—¡Pobres santas! murmuró dolorosamente, ¡pobres mártires!

Y clavó sus miradas en el cielo, como si á través de su negro fondo esperase distinguir sus encantadoras cabezas.

Biblioteca Nacional de España

Enseguida se cubrió la suya con el birrete y se puso á pasear en toda la longitud de la explanada en que se hallaba. No volvió á acordarse más de las dos jóvenes durante los primeros paseos. Tan sólo pensaba en el Oso negro, en Pedro de Tor y en Clodio Espasende.

Brillaba en tanto la luna como un inmenso fanal de plata suspendido en el espacio por la mano de Dios, y era tan viva la luz que difundía, que todos los objetos se recortaban como en la hora del crepúsculo.

Amaro se pasaba de cuando en cuando la mano por la frente como para despejarla de las terribles ideas que la abrumaban. Pensaba recuperar en un día de sangre su honor perdido en una noche de Esperón. Primeramente daría muerte á Pedro de Tor, haciendo campo con él en la plaza de la villa, para lo cual al siguiente día pediría la venia al conde; y después de concluir con el verdugo de su hermana Beatriz, lidiaría con Sancho de Remesar, verdugo de Inés de Novaes. Creía tan segura su venganza, que no le arredraba la lid con dos de los más temibles y esforzados hidalgos del país.

—Dios estará de mi parte, murmuraba para sí; si así no fuera, bien puede decirse que no hay Dios. Jamás causa más noble á sus ojos se

Biblioteca Nacional de España

habrá remitido á un duelo. Venceré..... venceré..... se repetía; y si sucede lo contrario..... sea. Los cadáveres no sienten ni padecen.

Y apresuraba el paso como si con eso apresurase el tiempo, para que llegara pronto el que había de emplear en el combate.

Consolado con estas esperanzas, sus facciones harto tiempo desencajadas, volvieron á recobrar su estado normal; se borró el desdén de su boca, y sus miradas caían algo más pacíficas á ambos lados de la azotea.

Pero he aquí que de pronto volvió á arrugarse su frente, se debilitó su paso y todos los músculos de su rostro expresaron el intenso dolor que devoraba su alma. Se había acordado de Clodio de Espasende, á quien había olvidado para ocuparse de Sancho de Remesar y de Pedro de Tor.

¿Era él hijo de aquel hombre?

He aquí el tema que se despertó en su cerebro, y que á cada segundo se recargaba de nuevas ideas hasta perderse entre ellas, flotar y volver á desaparecer como una flor entre las ondas de un mar sombrío y borrascoso.

Entonces pensó en la muerte, como se piensa en la felicidad que todos nos prometemos algún día. Si el deshonor y el suicidio de su hermana

Biblioteca Nacional de España

y de Inés de Novaes podía castigarlo con la de sus seductores y asesinos; si al fin podría librarse de estos por el esfuerzo de su brazo, ¿cómo se podría librar de aquel caos de dolor en que gemía y gemiría siempre su alma al recuerdo de Clodio de Espasende?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró, cayendo de rodillas con los ojos fijos en el cielo y las manos juntas sobre el pecho: ¿qué mal os hice yo para que me trateis de esta manera?

Y al levantarse con el peso de su dolor, comprimió un grito exhalado de lo más hondo de su pecho; un estremecimiento repentino agitó todo su ser, y se quedó inmóvil y pálido, con la frente tranquila y despejada y los ojos clavados dulcemente en una de las rasgadas ventanas del piso principal á que pertenecía la explanada.

A la viva claridad de la luna se había dibujado en ella una de esas cabezas de mujer y ángel, de ojos azules y rubias trenzas, que desapareció al acercarse Amaro.

Aquella aparición celeste, que él creía haber evocado hablando con Dios en la soledad, refrescó toda su sangre y despertó en su corazón nuevas emociones, y en su cabeza nuevos pensamientos.

Levantóse Amaro sin desviar la vista de la

Biblioteca Nacional de España

ventana, buscando en ella al ser encantador que le enviaba Dios como un consuelo, según creyó de pronto; pero en quien luego reconoció á Ildara de Courel, condesa de Lemos; aquella bellísima niña, que protegía tanto á Francisco Moure, el mejor escultor y arquitecto de su tiempo, y á quien él en agradecimiento esculpió como á un ángel en el retablo mayor de la iglesia del colegio de Monforte, con estos versos debajo:

«¡Veu á terra ánxel,
Anxel foi á ó ceo!»

Esperó algun tiempo Amaro, y aun se atrevió á acercarse á la ventana con una ansiedad vivísima de volver á ver aquella linda cabeza de mujer que tanto se había mezclado en sus sueños, después de la muerte de Inés de Novaes.

Miró, pues, por la ventana, deseoso de descubrirla en el fondo de la cámara á que correspondía. Esta cámara era el oratorio de la condesa, y estaba adornada con riquísimas alfombras y tapices que representaban los más notables pasajes de la Biblia. Ardía una preciosa lámpara en el centro, y á la rojiza luz que des-

Biblioteca Nacional de España

pedía en torno, Amaro vió á Ildara de Courel arrodillada en un lujoso reclinatorio de nogal con embutidos de oro.

Volvió á estremecerse el jóven al mirarla, y se retiró de la ventana, temeroso de su imprudencia.

Quiso después pasearse y no pudo. Parecía que una fuerza irresistible lo enclavaba á pocos pasos de la ventana con los ojos fijos en ella.

Quiso también volver á ocuparse de las revelaciones con que lo habían agobiado sus compañeros, y aquella cabeza de ojos azules y rubios cabellos venía á colocarse delante de las de Sancho de Remesar, Pedro de Tor y Clodio Espasende. Diríase que aquella aparición de la condesa Ildara, semejante á un soplo extraño, había apagado el odio de su pecho y secado la sed de venganza que no ha mucho tiempo lo inflamaba.

¿Qué era lo que pasaba por él? ¿Lo trastornaba acaso el amor? ¿Empezaba á sentir esta pasión en todo su vigor, y su vida así como sus movimientos é ideas tenían que someterse desde entonces al influjo misterioso de aquella joven hermosura, que había sorprendido sus pesares en el silencio de la noche?

Tal vez. Pero si aquella no era la primera

Biblioteca Nacional de España

que Amaro de Vilamelle había visto á Ildara de Courel... Y además Ildara de Courel era condesa de Lemos... era esposa... se hallaba ya unida á otro hombre... á un hombre que era dueño absoluto de su vida, y que, como señor absoluto de su vida, castigaría su amor con la muerte tan pronto como llegara á él la menor palabra.

Atengámonos, en fin, á los acontecimientos que vamos á desarrollar, que ellos explicarán mejor que nosotros todo cuanto pasaba en el alma del hidalgo.

Por segunda vez volvió á aparecer en la ventana Ildara de Courel; pero sin el temor de ser vista, como la primera.

¿Qué hora es, hidalgo? balbuceó ella tímidamente.

A su acento delicioso, fresco y de un timbre purísimo, todas las fibras de Amaro de Vilamelle parecieron vibrar al impulso de las más tiernas sensaciones de la vida; y tan dominado por ellas no pensó siquiera en contestar ni en descubrirse, como hacían sus compañeros en presencia de los condes.

—Os he preguntado la hora, hidalgo, volvió á decir Ildara con la misma voz dulcísima.

Entonces se descubrió Amaro, como si reco-

Biblioteca Nacional de España

brase el uso de sus facultades intelectuales, y balbuceó de una manera ininteligible.

—Las diez, señora.

Y saludó con la espada.

Empero, como si también el tiempo ó el reloj del castillo quisiera abrumar aquel día á Amaro de Vilamelle con nuevas desgracias, dejó oir ocho campanadas lentas y fuertes, que vibraron algunos minutos, impregnando de armonía las bóvedas del edificio.

—No son más que las ocho y habeis dicho las diez, objetó la condesa.

El hidalgo se mordió los lábios avergonzado.

—Dispensadlo, mi querida Ildara, gritó una voz que salía detrás de ella; hoy es jueves, y los jueves y los domingos mis buenos hidalgos no tienen uso de razón.

Ildara volvió la cabeza. El que hablaba así era el conde.

Ildara se estremeció al reconocerlo, y se retiró de la ventana ligeramente.

Amaro de Vilamelle apretó los dientes, elevó al cielo los ojos con una expresión terrible y murmuró con la mayor angustia:

—Dios... Dios... ¡Es imposible que haya un Dios en este mundo!

Biblioteca Nacional de España

III

UN HOMBRE Y UNA PALABRA Á TIEMPO

Parecía, en efecto, que todo conspiraba contra el pobre joven; pues apenas acabara de proferir aquellas palabras impías, cuando una carcajada irónica resonó muy cerca de él.

Esta carcajada que Amaro no creyó aplicada á su pensamiento, y sí de algún arquero de los que solían pasar por sus inmediaciones de cuando en cuando, y dirigida tal vez á otro compañero, vino á ser un nuevo motivo de disgusto para él.

Porque el que la había soltado y se hallaba á su vista, vestía igual traje que el suyo y era nada menos que Pedro de Tor, el hombre á quien quizá aborrecía más en el mundo, y cuyo aborrecimiento era justo, atendida la deshonra y muerte de su hermana.

A la vista de aquel hombre sintió Amaro que todo su odio hacia él despertaba en su mayor fuerza; agolpósele la sangre á la cabeza, é impulsado por aquel profundo sentimiento de aversión, dirigió la espada hacia Pedro de Tor

Biblioteca Nacional de España

para traspasarle el corazón y ahogar su carcajada con las bascas de la muerte.

Pero, pese á las pruebas que invocara Pedro de Tor para plebeizar á Amaro, era Amaro todo un buen hidalgo; y antes que cometer un asesinato, se detuvo.

Pedro de Tor volvió á despedir otra carcajada más estrepitosa y desgarradora que la primera, al ver la acción ofensiva de Amaro de Vilamelle.

—¡Rayo de Dios, mi buen amigo! le dijo; ¿conque querías matarme así?... ¿sin más ni más?... ¿como si te las hubieras con un villano?... con Clodio Espasende, por ejemplo!

—¡Pedro de Tor! exclamó el joven al escuchar aquel epigrama; no vengas á insultarme aquí, Pedro de Tor; no vengas á insultarme aquí, ó no respondo de mis acciones.

—¡Hola... ¡hola, rayo de Dios! ¿conque me amenazas de muerte, Amaro de Vilamelle? ¿Y todo por una sonrisa?... Decididamente el Esperón te ha trastornado la cabeza, como acaba de decir el conde. Pero el mal está en que por ser tú tan aficionado á él, pagamos también los demás, pues al encontrarte ahora á tí borracho D. Alonso, nos calificó á todos de tales.

Amaro llamó en su auxilio toda su sangre

Biblioteca Nacional de España

fría á fin de reirse á su vez de las provocaciones de Pedro de Tor. Conoció que un duelo allí tendría tan fatales consecuencias para el vencedor como para el vencido, y trató de evitarlo á toda costa. Además, en su corazón había empezado á arder una nueva llama más poderosa que la de la venganza que lo agitaba á la salida del salón. Amaba... y cuando se ama como amaba él, se desea tanto vivir!...

Era tan grande aquel amor que le abrasaba el pecho desde que, elevando á Dios sus quejas en el silencio de la noche, había visto la encantadora cabeza de Ildara de Courel, inmóvil en la ventana contemplándolo, que todas aquellas revelaciones que tan cruelmente le habían afectado, aparecían en su cerebro entre los hechos más confusos de la vida. Para él no hubo desde entonces otros recuerdos que los del momento. La aparición de la condesa Ildara en aquel instante preciso, fué para él como un fresco oasis, donde refugiaba al pensamiento en medio del abrasador desierto de su vida.

Según Amaro, aquella aparición iba á arrastrarle á un horizonte nuevo, á una felicidad sin límites, que Inés de Novaes no había tenido tiempo para mostrarle. Jóven de veinte años, con un corazón fogoso y ardiente, y la deslum-

Biblioteca Nacional de España

brante figura de la condesa Ildara flotando entre sus idealizaciones de amorosa dicha, al escuchar la armonía dulcísima de su voz en la soledad, creyó llegado el momento supremo para él en que la realidad iba á reemplazar al sueño, y en que una por una iban á evidenciarse todas las ilusiones con que había adornado á aquella hermosura soberana.

Entonces fué cuando para el hidalgo murió Inés de Novaes y su hermana Beatriz; imágenes que había borrado de su corazón y de su frente la imagen de la condesa Ildara, fija, adorable y luminosa; imágenes que tan sólo reaparecieron por un instante á la presencia de Pedro de Tor.

En su agitación visible, en el fuego de sus miradas lánguidas y vivísimas, lanzadas á la ventana del oratorio de Ildara, á pesar de la presencia de Pedro de Tor y de sus insultantes palabras, y hasta en todos sus movimientos que revelaban una impaciencia febril, diríase que aquel inmenso amor que conmovía todo su ser, no le cabía dentro del pecho.

Pedro de Tor lo creyó así, y sus ojos brillaron siniestramente, clavados en las delicadas facciones del joven; movió la cabeza con una significación feroz, y se llevó las dos manos á

Biblioteca Nacional de España

la empuñadura de la espada, como si un pensamiento terrible le asaltara.

Pero, cuando cualquiera que lo observara lo hubiera creído pronto á lanzarse sobre Amaro de Vilamelle al impulso de la cólera salvaje que sentía en aquel momento, cayeron sus manos á lo largo de su cuerpo, se despejó la nube sombría que oprimiera su frente, y soltó una de sus carcajadas habituales.

—¡Bien!.. ¡muy bien, Amaro de Vilamelle!.. dijo; ¿te da hoy la borrachera por volverte religioso?.. pues no haces más que mirar á la ventana del oratorio de la condesa, buscando el crucifijo ante quien ella acostumbra á prosternarse continuamente. ¿Por qué tienes que pedir á Dios perdón?.. ¿cuáles son tus pecados? dímelos á mí y yo te absolveré en menos de un minuto.

Amaro guardó silencio.

Este silencio despreciativo enfureció más á Pedro de Tor.

—¡Callas, miserable! le dijo; ¿no me quieres contar tus penas ó tus pecados, á mi, Pedro de Tor; el hidalgo á quien tanto debes..... á quien debes el suicidio de tu bella hermana Beatriz?

Amaro de Vilamelle lanzó un rugido como el de un tigre, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Biblioteca Nacional de España

—¿A mí, Pedro de Tor, continuó el provocativo hidalgo; á quien debes tanto... á quien debes esa maravillosa revelación que te hice no ha mucho, revelación que cualquier hijo menos insensible que tú me pagaría con toda su sangre, si le pidiera toda su sangre?

Y soltó una risa prolongada y sarcástica, que hizo agitar la cabeza de Amaro, como si la tierra le faltara bajo sus pies.

—Hablo de Clodio Espasende, continuó Pedro de Tor; hablo de Clodio Espasende á su hijo Amaro de..... no, Amaro Espasende. ¡Hum! ¿no te gusta este nombre?.. ¡Paciencia, hidalgo bastardeado; paciencia!

Grande la necesitaba el pobre joven para sobrellevar los sarcasmos de aquel enemigo implacable y detener los impulsos de furor que le impelían á un asesinato.

—¡Pedro de Tor! bramó, con los dientes apretados por el furor que lo poseía: ¡vete..... vete de aquí, por el cielo!

—¿Y por qué me he de ir?

—¿Con que es decir que para tí es un juego el atormentarme?.. ¡Pues bien, habla... atormentame con tus palabras de hiel..... pero no te olvides de que mañana nos batiremos á muerte!

—Sea.

Biblioteca Nacional de España

—¡No te olvides de que mañana tal vez pueda ser tu último día!..

—Por lo mismo quiero divertirme hoy.

—¿Y á eso sólo has venido aquí?

—A eso sólo.

—¡No!.. ¡no!.. ¡tú no has venido á insultarme á mí, Pedro de Tor!..

Y se pasó la mano por la frente, como si un pensamiento luminoso le asaltara.

—Estás enamorado, y has venido..... has venido.....

—A tomar el fresco, Amaro.

—¡No!.. ¡no!.. ¡á mendigar una sonrisa de la mujer que amas, Pedro de Tor!

—¡Amaro!

—Has venido á verla..... deliras por sus ojos azules y sus cabellos de oro.

—¡Amaro, hay palabras que cuestan muchas vidas!

—Has venido aquí porque la amas como un loco, á pesar de sus desprecios..... porque ella te desprecia, Pedro de Tor, ella te desprecia, como se debe despreciar á los miserables como tú!

Pedro de Tor le interrumpió, asiéndole de un brazo con una fuerza convulsiva.

—¡Atrás, Pedro de Tor!.. atrás ó te hundo la espada hasta los gavilanes.

Biblioteca Nacional de España

—¡Pues calla, desventurado! Eres dueño de ese secreto y si lo divulgas me perderás!...

—¿Es decir?...

—Es decir que sería la rechifla de todos los hidalgos, y que el conde me mandaría dar de palos como al último de sus vasallos. ¡Oh! tú no puedes sospechar cuan cruel sería conmigo D. Alonso, si llegara á saber que yo había osado poner los ojos en Ildara!.. ¡Tiemblo al pensarlo tan sólo!.. ¡Darme de palos! ni siquiera se contentaría con mandarme dar de palos: me arrancaría los ojos... me haría pedazos!..

Amaro tembló visiblemente, recordando el amor que él sentía también por la condesa.

—¡Todo el poder de Dios quizá no bastaría para librarme de una muerte horrorosa!.. continuó Pedro de Tor.

—Todo sería morir.....

—¡Sí, morir!.. ¡pero morir mártir!.. ¡morir por amar á una mujer que no me ama y á quien la mano del demonio más poderoso del infierno me arrastra á su lado, rayo del cielo! ¡Una mujer que no puedo olvidar ni aun durmiendo, porque hasta en mis sueños se presenta bella, adorable y divina como uno de esos ángeles que, según dicen, bullen á los pies de Dios!.. Una mujer que no me ama á mí!.. ¡á mí,

Biblioteca Nacional de España

Pedro de Tor, el más gallardo de los hidalgos de Monforte, el más hermoso de los hombres que habrá visto!

Y se mesaba los cabellos como un desesperado.

—¡Oh! ¡calla ese secreto, Amaro de Vilamelle; guarda ese secreto que tú has llegado á penetrar!.. ¡cállalo por amor á Dios! ¡Tal vez algún día me amará!.. ¡Oh! sí, tal vez llegará á amarme!....

Y se detuvo un instante, como si esperase una promesa consoladora de Amaro.

—Pero..... ¿á qué pedirte á tí nada? ¿á tí, cuando tu honor y tu vida también están en mis manos?....

Y soltó una sonrisa glacial y espantosa.

—Ve... marcha... dile al conde de Lemos, que uno de sus hidalgos, que Pedro de Tor ama á su esposa y que la persigue como una sombra... Ve, miserable; ve, y tú mismo irás á delatarte..... ¡Oh! no me mires así, que me harás reir toda la noche. Tú has sorprendido mi secreto y yo el tuyo. Los dos secretos son uno mismo, y los dos sufriremos una misma muerte.

—¡Pedro de Tor! balbuceó Amaro con espanto.

—¡Tú también la amas, Amaro de Vilamelle!

Biblioteca Nacional de España

Es cierto que yo la amo como un loco, pero tú la amas más, si es posible amarla más. ¡Desgraciados de los dos! pero más desgraciado tú, Amaro, tú, á quien ese amor ha trastornado hasta el punto de olvidar en pocos minutos cosas que el hombre menos sensible no olvidaría en toda su vida!....

—¡Ah! ¡me recuerdas que necesito matarte, Pedro de Tor! ¡me recuerdas que necesito matar al asesino de Beatriz y al que me ha descubierto un secreto infame, de una manera más infame todavía!.. Pues bien, te mataré!.. ¡te mataré! ¡poder de Dios! Ya te he dicho que mañana le pediré la venia al conde, y mañana mismo nos batiremos. ¿Te sonríes?.. ¿estás seguro de vencer, porque una vez ya me venciste en la Puebla del Brollón, cuando los dos éramos también rivales? pero esta no será así; Dios protegerá al vengador de Beatriz, y morirás... morirás, ¡poder del cielo!

—Sí..... sí, moriré; ¿no es verdad? Y después que yo haya muerto, serás feliz!.. Las primeras noches seguirá asomándose la cabeza de Ildara á esa ventana, y su voz te hará mil preguntas indiferentes, á las que tú contestarás más acorde que hoy. A las segundas noches, sus preguntas se concretarán tan sólo á sondear tu co-

Biblioteca Nacional de España

razón, á saber si has amado, si amas aún... porque como serás feliz, ella antes de darte ocasión para que la declares el amor que leerá en tus ojos y en tu timidez maldita, querrá saber el estado de tu alma como el de la suya misma. Después de la declaración, cuando ya ella te haya dicho con todo el encanto de su voz..... *¡te amo!* porque ella te ama ya ahora.

Amaro se estremeció de emoción.

—Sí, sí, volvió á decir Pedro de Tor con una sonrisa siniestra; cuando ella, en fin, haya acogido con rubor y deleite tus palabras amantes, tú cambiarás las horas de centinela con los demás hidalgos, escogerás siempre esta, la más apropósito para los amores adúlteros.....

Amaro sintió dilatársele el alma del placer más puro. A medida que hablaba Pedro de Tor precipitadamente, como si de acuerdo con su cabeza fuese revistando todas las ilusiones que habían pasado por ella, su semblante traducía las sensaciones deliciosas que experimentaba.

Pedro de Tor prosiguió en su pintura.

—Y vendrán noches en que hablando solos los dos, tierna y apasionadamente, vuestros labios se confundirán en un beso de fuego...

Amaro tuvo que apoyarse contra una almena, como si las palabras del hidalgo lo magnetizaran.

Biblioteca Nacional de España

—Y vendrán noches en que hablando solos los dos, tierna y apasionadamente, y sin muros, sin nada que os separe..... tu cabeza se reclinará sobre sus hombros de alabastro, tus manos oprimirán sus manos... y tus ojos, fijos en su rostro, verán su rostro pálido de amor... ¡Oh! ¡rayo del cielo!.... y yo muerto!.... ¡muerto!.... ¡No!.. ¡no! antes tú! ¡sea esa felicidad la mía!....

Y rechinando los dientes con movimientos convulsivos, Pedro de Tor se arrojó sobre el joven con la espada desnuda, furioso como un loco.

Indudablemente lo hubiera atravesado de parte á parte, sino lo salvara una mano milagrosa; pues en el momento preciso en que la espada de Pedro de Tor iba á penetrar en el pecho de Amaro de Vilamelle, un hombre oculto algún tiempo entre las almenas, apareció detrás del furioso hidalgo, sujetándole fuertemente con sus brazos de hierro.

En aquel mismo instante el conde y la condesa se asomaron también á la ventana, algo trémulos y espantados por el rumor de la escena; particularmente ella.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? preguntó el conde con voz sombría.

—Nada, señor, contestó el hombre que suje-

Biblioteca Nacional de España

taba á Pedro de Tor, dejándole libre; hoy es jueves, y los jueves y los domingos no sabemos lo que hacemos con el Esperón.

Y se descubrió inclinándose humildemente ante la ventana, como Pedro de Tor y Amaro de Vilamelle, que se inclinaron á su vez.

Era el Oso negro.

—¡Já!.. ¡já!.. ¡já!.. prorrumpió el conde; nos habeis asustado mucho. ¡No os lo he dicho, Ildara? Mis doce apóstoles tienen menos razón los jueves y los domingos que mi caballo árabe Abenhamar.

Y cogiendo el brazo de su esposa, que aún no se había recobrado del susto tan fácilmente como él, se internó con ella en el oratorio.

IV.

EL HIDALGO HERMOSO Y EL HIDALFO FEO

Entonces fué de ver la singular impresión que la presencia de los condes, ó más bien de la condesa, hizo en el ánimo de Pedro de Tor y de Amaro de Vilamelle. Ambos quedaron inmóviles como dos columnas, ambos con los ojos fijos en la ventana, aún después de su de-

Biblioteca Nacional de España

saparición, y ambos tan cerca el uno del otro, que si los volviera á agitar el mismo odio, antes que Sancho de Remesar, que se hallaba á pocos pasos de ellos mirándolos furtivamente y con una expresión particular que hacía de su fisonomía la de un verdadero oso, pudiera impedirlo con sus hercúleas fuerzas, se hubieran acuchillado inhumanamente.

Reinó un momento de silencio entre aquellos hidalgos, que interrumpió el Oso negro con una risotada estrepitosa.

—En efecto; los jueves y los domingos, exclamó, nos desconocemos terriblemente: de amigos nos volvemos enemigos; ¿no es verdad señores?

Los otros dos hidalgos, á quienes se dirigían estas palabras del hidalgo de Remesar, no contestaron nada.

—¡Callais!... ni os moveis siquiera! ¡Voto al diablo! ¡no parece sino que un rayo os ha deslumbrado! Vamos, mis buenos compañeros, explicad vuestra conducta; no sea cosa de que tenga que emplear la fuerza de mis puños para haceros hablar. ¡A la verdad, que no es mala idea! ¡siempre me ha salido bien! cuantas veces la he empleado, siempre hice hablar al que no quería.

Biblioteca Nacional de España

Y colocándose entre los dos, alzó los puños y los dejó caer sobre ambos; pero ninguno contestó ni hizo el menor movimiento de dolor ó de disgusto. Hubiérase dicho que había descargado aquellos puñetazos sobre dos estatuas.

El hidalgo se rió.

—¡Vaya! ¡no quereis contestar! Pues á ver quien se fastidia primero, yo de dar ó vosotros de recibir.

Y volvió á alzar los puños en la misma diposición que antes; pero esta vez los dos se apartaron de él como dos figuras movidas por un mismo resorte.

Entonces el Oso negro soltó una carcajada triunfal.

—¡Hola! al diablo con mis bromas; ¡eh! les dijo; pues bien, habeis de hablar, ó, sinó, os acoso hasta no dejaros en paz. Primeramente tú, hermoso Pedro de Tor, el querido de las damas, el hijo mimado de los amores, dime por qué habías tirado de la espada contra ese infeliz, cuyo corazón nos divertíamos en desgarrar no hace muchas horas.

—¡Qué sé yo!.... ya no me acuerdo; contestó el hidalgo, encogiéndose de hombros con desdén.

—Yo creí que éramos más amigos, repuso

Biblioteca Nacional de España

el Oso negro. Ea, dime por qué lo querías matar, Pedro de Tor.

—Demasiado lo sabes tú, que todo lo habrás oído desde el sitio en que te hallabas, Sancho.

—Sí oí algo..... no sé que cosas de: «y vendrán noches, y pasarán noches»; pero el diablo me lleve si comprendí lo que querías decir con vendrán y pasarán. Creía que tratabas de reconciliarte con Amaro de Vilamelle; que le pedías perdón de los insultos que le hiciste....

Pedro de Tor se sonrió con desprecio.

—Creía que al mismo tiempo que alcanzabas el tuyo, alcanzabas también el mío, y que todo quedaría concluído con echarle la culpa al Esperón: y ya te iba á dar las gracias por el interés que tomabas por mí, tú, Pedro de Tor, el hombre hermoso, por mí, Sancho Remesar, el hombre feo; cuando he aquí que te veo acariciar el puño de la espada de una manera alarmante, y me lanzé en socorro de tu rival.....

Y agitó la cabeza como disgustado de sí mismo.

—He dicho rival, ¿no es verdad, señores? Pues bien, no os riais; ha sido una equivocación como otra cualquiera. ¡Rivales!.... ¿Y por qué habíais de ser rivales? Eso sería imposible, á menos que Amaro de Vilamelle perdiera el

Biblioteca Nacional de España

juicio y se creyese entonces más hermoso que tu, Pedro de Tor, el más encantador de los hidalgos de Monforte.

Pedro de Tor se mordió los labios de rabia. Preciso es decirlo para explicar esta expresión de él contra su costumbre, al escuchar aquellas lisonjas. Pedro de Tor, que había seguido á Amaro cuando salió del salón, había visto á Ildara contemplándole, callada y amorosa, en tanto que este durmiera aquella media hora. Según él, Ildara amaba ya á Amaro, y he aquí por qué las palabras de Sancho de Remesar le hacían tanto daño.

—Vamos, continuó éste, seamos buenos compañeros; no nos hagamos más mal que el que podamos..... ¡Ah! ¡voto al diablo! ¡también me equivoqué esta vez..... ¡maldito Esperón! En fin, mis queridos amigos, vosotros me disimulareis las equivocaciones en que incurro, en gracia de haberos salvado á los dos la vida.

—¡A los dos! murmuró Pedro de Tor.

—A los dos..... ¿por qué no? Tú ibas á matar á Amaro, y yo le salvé, con lo que creo que nada le debo ya en este mundo; y al salvar á Amaro, ¿quién duda que te salvé también á tí? Si lo hubieras muerto, el conde te mandaría matar como á cualquiera otro asesino. Ya sabes

Biblioteca Nacional de España

sus palabras en estos casos: *vida por vida*. Bien terminantes son.

—Pero..... ¿á qué has venido aquí, Sancho? preguntó Pedro de Tor con intención siniestra.

—¿Y tú, Pedro de Tor?

—Yo..... yo.....

Y se quedó perplejo.

—Pues si no sabes á qué has venido, creo que estamos iguales. Vaya, vámonos; dejemos en paz á nuestro pobre Amaro.

—Sí..... sí..... vámonos, contestó Pedro de Tor, necesito hablarte á solas.

Y asiéndose ambos del brazo saludaron á Amaro, el cual no les volvió el saludo; circunstancia en que ellos no pararon la atención, y se dirijieron á la escalera que conducía al patio del castillo, y de allí al salón de los Hidalgos.

Cuatro ó cinco de los que habían tomado parte en la bacanal, aún permanecían en sus sillones, los demás se habían retirado á sus cámaras. Unos y otros dormían profundamente.

Pedro de Tor y Sancho de Remesar se dejaron caer sobre otros dos sillones, y cerciorado el primero de que los hidalgos que había allí, dormían con ese sueño pesado y rudo tan propio de la embriaguez, clavó sus ojos en su compañero con una mirada escrutadora.

Biblioteca Nacional de España

—Sancho, le dijo quedamente, sospecho, y no sé por qué, que te ha conducido á la explanada el mismo afán que á mí.

—Tal vez; contestó el Oso negro, devolviéndole otra mirada escrutadora.

—¿Me prometes, pues, hablarme con franqueza si yo te hablo con ella, y así nos entenderemos mejor?

—Sí.

—Pues bien, Sancho; yo amo y me desprecian.

Pues bien, Pedro; yo amo y..... ya ves, como soy tan feo, también me desprecia la mujer que amo.

—¿Es una suposición?

—Claro está. ¿Y tú? ¿un hecho?

—Un hecho.

Y el coloso se recostó en el sillón.

—Esta mujer que yo amo, Sancho, es casada.

—También esta mujer que yo amo, Pedro, es casada.

—Su esposo es poderoso, un conde tan poderoso como el nuestro.

—También el esposo de la mujer que yo amo es tan poderoso como el nuestro.

—Si este esposo tan poderoso sospechara la menor cosa, no había remedio para mí, San-

Biblioteca Nacional de España

cho; y por lo mismo jugué con más sigilo que si se tratara de la esposa de un simple hidalgo ó de un arquero.

Adelante, no esperes que yo conteste á ese preámbulo, porque yo no jugué aún.

Pedro de Tor continuó.

—Ella era y es aún recién casada; una niña de dieciseis años ó diecisiete; bella, inocente y encantadora.

—La mujer que yo amo vendrá también á tener esa misma edad y esa misma belleza.

—Como yo soy buen mozo, Sancho...

Y el hidalgo de Tor se enderezó con aire majestuoso, tosió dos ó tres veces, ó fingió toser bien, y se estiró el bigote con afectación estremada.

—Pues bien, Sancho; como yo soy buen mozo, cuantas veces la encontraba á ella, tantas veces le flechaba mis ojos negros.

Y yo, Pedro, como soy tan feo, tantas veces la encontraba á ella, tantas volvía á otro lado mis ojos vizcos.

La miraba, pues, con toda la dulzura de mis ojos, y ella también me correspondía con dulzura, según yo me figuraba.

—No es extraño que te hayas figurado eso. Ya se ve, la costumbre de verte correspondido siempre!...

Biblioteca Nacional de España

—Precisamente.

—Al grano, pues.

—Una tarde, después de algún tiempo de miradas van, y miradas vienen, me vi solo con ella. Ya ves que era una ocasión excelente para un buen mozo como yo.

Y volvió á enderezarse.

—O para un buen feo como yo, objetó el Oso negro, enderezándose á su vez, cosa que les hizo reir á los dos. Pedro de Tor, de la expresión espantosa que tomaron las facciones de Sancho de Remesar; y Sancho de Remesar, de la presunción ridícula de Pedro de Tor.

—Me hallaba, pues, solo con ella, prosiguió éste, y empezé á ponderar su hermosura de una manera que la hice ruborizar.

—No era mala señal.

—¡Ya ves!...

—Adelante.

—Redoblé mis expresiones y mis miradas, y al fin caí á sus pies declarándola cuanto la amo.

—¿Y ella?

—Ella palideció como una figura de cera, y me miró fijamente.

—Esta vez era mala señal.

—Alzóse con la majestad de una reina ofendida...

Biblioteca Nacional de España

—Peor señal.

—Y señalándome la puerta de su cámara...

—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... mucho peor.

—!Fuera de aquí! me dijo con voz medio apagada por la cólera.

—¡Voto al diablo! cuando eso te sucedió á tí, hombre hermoso, ¿qué me sucedería á mí, hombre feo?

—Yo no quería salir, pero me amenazó con que, si no salía de allí, llamaría á su esposo... ¡Ya sabes, su esposo!... ¡un conde tan poderoso como el nuestro!

¡Ya!... ¡ya!... ¡para el diablo que se esperase!

—Y salí.

—Ya lo creo.

—Pues bien, Sancho; esta mujer que me desprecia y que yo amo cada vez más, es... es... la condesa Ildara.

Al proferir este nombre, creyó el hidalgo de Tor, que su compañero se santiguaría de espanto, pero con la mayor admiración lo vió permanecer tranquilo en su asiento, y contestar con el mismo juego de palabras que hasta allí.

—Pues bien, Pedro; esa mujer que no me despreció nunca, por que también es verdad que nunca la dirijí la palabra, esa mujer, pues,

Biblioteca Nacional de España

que no me despreció por eso, y á quien yo amo como tu puedes amarla, es... es también la condesa Ildara.

El Oso negro se había figurado, como Pedro de Tor, que, al pronunciar este nombre, su compañero se haría cruces; pero le oyó decir con la mayor serenidad:

—Me lo figuraba.

Entonces el Oso negro se levantó y dió un fuerte puñetazo en la mesa gritando:

¿Por qué te lo figuraste, demonio?

—Por tu ida á la explanada y la salvación de Amaro de Vilamelle.

—Mi ida á la explanada fué con el objeto de espiarte, pues cuando le hemos tirado las botellas á Amaro de Vilamelle esta tarde, por no haber querido pronunciar el nombre de la mujer que te despreciaba, sospeché que era la condesa: por lo mismo quise cerciorarme. El haber salvado á Amaro de una muerte que traería fatales consecuencias para todos, fué instintivamente. Salvaba á un pobre joven que nunca me había hecho daño alguno, y á quien yo había ultrajado demasiado, no hacía mucho tiempo, por el solo placer de reirnos.

¿Y tú, porqué lo salvaste? ¿si será de los tres el favorecido?

Biblioteca Nacional de España

El oso negro se sobresaltó visiblemente, perdiendo su natural aplomo.

—¡El favorecido!... ¡el favorecido! murmuró, llevándose las manos á la frente como para sofocar toda idea que le asaltaba en favor del joven; ¡he ahí una circunstancia que yo ignoraba!

—Sí... sí... Sancho de Remesar; Amaro la ama y ella empieza á amarle.

—¡Empieza!...

Y respiró.

—Sí, ella empieza á amarle.

—Pues es preciso que concluya.

Siéntate, y hablaremos.

Sentóse el Oso negro en el sillón que tenía detrás; pero tan inquieto y apesadumbrado como si una desgracia le abrumara cruelmente.

—¡Oh! sí... es preciso que hablemos, dijo.

—Con ese fin he tratado de sondearte.

—Y bien, Pedro, somos tres: dos que aman y que son despreciados, y uno que ama y que es amado.

—En ese caso, preciso es que los dos que aman y son despreciados se unan contra el otro que ama y es amado, ¿no es esto, Sancho de Remesar?

—Perfectamente. Y aun la lucha tiene más ventajas por parte del que ama y es amado, que

Biblioteca Nacional de España

por parte de los dos que aman y son despreciadas. Aquel uno amado vale por cien de los despreciados.

—Quiere decir que los dos formaremos causa común... la derrota de Amaro de Vilamelle.

Habla más claro, Pedro de Tor; la muerte de Amaro de Vilamelle.

—Convenido.

—Y después que haya muerto Amaro?

—Pensaremos lo que hemos de hacer respecto á ella y á nosotros.

—¿Y porqué no ahora?

—Porque si nos salen mal los medios que pongamos para separarlos, sería haber hablado en valde.

—Nunca perderíamos más que un cuarto de hora hablando.

—Bien: otro día nos ocuparemos de ello, Sancho de Remesar. Primero á lo primero.

—Propón; ya te escucho.

—Convenidos en el punto más principal, que es la muerte de Amaro de Vilamelle, propongo, pues, para conseguirla, declarar al conde que él ama á la condesa y que ésta le corresponde.

—¡Hum! ¡hum! murmuró el Oso negro, eso es muy delicado; necesitamos pruebas y no las tenemos. No; ese es mal medio; otro.

Biblioteca Nacional de España

—Decirle al conde que está en correspondencia con las turbas de comuneros que capitanea el mariscal Pardo de Cela, para entregarles el castillo.

El Oso negro frunció las cejas al oir aquella idea, y ambos guardaron un instante de silencio.

—También eso es muy delicado... no estoy por esas delaciones, porque conozco muy bien el carácter del conde. No lo condenaría á muerte hasta que no se le probara claro como la luz del día, que Amaro era un traidor. Además, ella podría salvarlo.

—Para eso estábamos nosotros. Y á propósito de quererlo salvar ella, su interés por salvarlo vendría bien para establecer la otra acusación.

Volvió á fruncir las cejas el Oso negro.

—No... no... dijo, una cosa más pronta. Una muerte que pueda atribuirse á su torpeza ó á la casualidad. Una muerte que ni nos comprometa á nosotros, ni comprometa á nadie.

—¡Ah! respiró Pedro de Tor, me olvidaba de una cosa interesantísima. Me ha dicho Amaro repetidas veces en la almena, que mañana mismo iría á pedir permiso al conde para lidiar conmigo en la plaza de Monforte, y aun creo que contigo también.

—¡Diablo! ¿de resultas de las revelaciones?

Biblioteca Nacional de España

—De resultas de las revelaciones.

—Entonces estamos bien. Eso es justamente lo que yo quería... Una cosa así, y nos deshacemos de él.

—¡Oh! eso es seguro. Batiéndose conmigo, no le salvará nada seguramente, pues ya otra vez lo humillé de una estocada cuerpo á cuerpo.

—Por mi parte también respondo de su muerte; pero si por casualidad ó por fortuna sale con vida de los pies de tu caballo ó del mío, ¿qué haremos?

—Entonces lo de los comuneros.

—Bien.

—Ahora brindemos á la muerte de Amaro de Vilamelle, Sancho.

Pedro de Tor llenó dos grandes copas, y ambos bebieron hasta la última gota.

—¡Sorba así la tierra su sangre! dijo el Oso negro.

—El demonio te oiga. Para esas cosas tiene más oído que Dios, balbuceó Pedro de Tor, dejándose caer en su sillón al mismo tiempo que Sancho de Remesar se arrellenaba también en el suyo, dispuesto á dormirse en él.

Bien pronto un sueño profundo dejó tan inmóviles á los dos hidalgos como á los demás

Biblioteca Nacional de España

que, semejante á ellos, se habían quedado allí dormidos.

Entonces, á la rojiza claridad de la gran lámpara, que no bastaba á iluminar del todo aquel salón inmenso y que daba á las armaduras que pendían de sus paredes ciertas formas extrañas y pavorosas, vióse entrar en él un hombre que avanzaba con una lentitud calculada, violentándose para que sus pasos no despidieran el rumor más perceptible.

Acercóse á Pedro de Tor directamente; y cuando ya se hallaba bastante cerca de él, uno de los hidalgos bostezó con fuerza y estiró los brazos y las piernas, como quien despierta de un profundo sueño.

El hombre entonces se ocultó en la sombra.

Levantóse en seguida el hidalgo y se puso á dar algunos paseos por el salón, como para ahuyentar el sueño.

Trascurrieron algunos minutos, y el reloj del castillo dió las diez, cuyas fuertes y sonoras campanadas se prolongaron algunos instantes por las habitaciones silenciosas.

Al sentirlas, se dirijió el hidalgo á la puerta del salón, no sin ponerse antes el birrete y el tahalí, del cual pendía su brillante espada, y

Biblioteca Nacional de España

desapareció sin duda en relevo del que hacía centinela en la explanada.

Al verle salir, el hombre oculto en la sombra aprovechó aquella ocasión para volverse á acercar quedamente á Pedro de Tor; y tanto llegó hasta él que, sin que el hidalgo despertase ó hiciese el menor movimiento para despertar, le asió con la mano izquierda por el pescuezo.

En aquel mismo instante buscó con la otra la daga que llevaba á la cintura, y quiso sacarla con intención de clavársela en el pecho; pero sólo Dios sabe lo que pasó de súbito en el alma de aquel hombre, pues de repente abandonó cuanto tenía asido con la mano.

Después, se fué retirando con el mismo cuidado hasta la gran puerta del salón, que era la misma por donde había entrado, y la cual daba al patio de armas del castillo, y en su umbral se quedó un instante inmóvil, viendo entrar á Amaro de Vilamelle, el cual acababa de ser relevado.

Aquellos dos hombres comprimieron un grito al reconocerse, y se desviaron rápidamente sin volver la cabeza atrás, como dos sombras que se cruzasen en el umbral de la gran puerta.

Biblioteca Nacional de España

V

RECEPCIÓN

A la mañana del siguiente día, y al dar las doce el reloj del castillo de Monforte, Amaro de Vilamelle se levantó de su lecho y se dirijió al salón de los Hidalgos, desierto á la sazón contra la costumbre que ellos tenían de ocuparlo á todas las horas del día y de la noche.

Quedóse un instante parado en el centro de él, como si reflexionara acerca de lo que podría haber dado lugar á aquella deserción tan extraña; empero no era esto lo que así le preocupaba. Su objeto al entrar en el salón no era otro que armarse de punta en blanco, é ir á pedir la venia al conde de Lemos para hacer campo con Pedro de Tor y Sancho de Remesar, por asesinos ó malos hidalgos; y como necesitaba de su arquero mayor para ponerse algunas piezas del arnés, pues estos arqueros mayores hacían las veces de escuderos para los hidalgos de Monforte, él quedaba inmóvil al solo recuerdo del suyo.

Deseaba encontrarse con él para exigirle una

Biblioteca Nacional de España

palabra, una historia tal vez; pero temía tanto esta palabra ó esta historia, que evitaría cuanto le fuera posible la aparición de aquel hombre, seguro de perder su aplomo á su presencia. Además, aquel sitio no era á propósito para oirle.

Sin embargo del abatimiento que le producía esta lucha entre la necesidad y el temor, se disponía ya á llamarlo, cuando los lejanos toques de los clarines llegaron á él confusamente. Al mismo tiempo la gran puerta del salón se abrió y dió paso á Rodrigo de Canabal, uno de los mejores hidalgos de Monforte.

—¡Gracias á Dios ó al diablo que ya has despertado! gritó al ver á Amaro; ¡qué sueño tan pesado tenías, maldito! por dos ó tres veces fuí á tu cámara; pero lo mismo que si no fuera, siempre estabas como una piedra.

—Haberme despertado, si pasaba alguna cosa en el castillo...

—Sí... pasa alguna cosa... pero no valía la pena de despertarte tan pronto, porque á tí y á mí nos tocaba quedar de comandantes de él, y ya ves... son las doce... y aun no han parecido.

—¡Pero quiénes no han parecido!

—El conde y la condesa de Monterrey que están para llegar aquí. Esta mañana lo ha sabi-

Biblioteca Nacional de España

do el conde D. Alonso por un expreso que le mandaron. Ya sabes que son muy amigos los dos parientes. Además, en el estado en que están las cosas, es decir, en el estado en que están los señores feudales respecto al pueblo, les es preciso hermanarse y sostenerse contra él. El conde D. Alonso, luego que lo supo, dispuso recibirlos con tanta ceremonia como si se tratase de dos príncipes ó de los Reyes Católicos, que tanto caso hacen de los gallegos como de la primera camisa que se pusieron. Mandó que nos hallásemos listos para montar, y asimismo todos los hombres de lanza, y ni aun dispensó á los arqueros, pues tambien están con él.

—¿Luego él ya salió?

—¡Toma! y la condesa... y todos... ¡cáspita! Nadie queda en el castillo mas que la servidumbre de cocina y nuestras gentes; es decir, mis cuarenta arqueros y mis veinte honmbres de lanza. Y de los tuyos aún no todos, pues falta tu arquero mayor...

Amaro se estremeció de alegría.

—El cual, prosiguió Rodrigo de Canaval, no se ha encontrado en toda la mañana. ¿Lo has mandado tú á alguna parte?

—No; pero tal vez no tardará en venir...

—¡Ah! ahora me acuerdo, gritó el hidalgo

Biblioteca Nacional de España

dándose con la mano en la frente, de que ayer por la tarde...

Y se detuvo mirando á Amaro.

—Ya recordarás, querido... ¡lo de las señas!...

El semblante de Amaro parecía desencajarse.

—Vamos... no te apesadumbres, ¡por Santiago!... que yo no soy el Oso negro, ni Pedro de Tor. Yo te quiero bien; no hagas caso de todo eso, y el olvido se apoderará de ello.

—¡Oh, Rodrigo, Rodrigo!... exclamó el joven echándole los brazos é inclinando la frente sobre el pecho.

—¡Valor, Amaro!... Yo repito que soy buen amigo tuyo... que te quiero bien; y por lo mismo te aconsejo la mayor indiferencia sobre ese punto.

—Pero me lo echarán en cara á cada paso... ¡y cuál es mi delito en eso! Ninguno, Rodrigo... y sin embargo, yo pagaré en este mundo la falta de mi madre!

—¿Quién diablos te lo ha de echar en cara? Mira, así como te digo que olvides eso, así te digo que yo en tu lugar no dejaría pasar lo de Inés de Novaes y tu hermana Beatriz.

Rodrigo de Canabal amaba á una dama bastante linda, hermana de Amaro.

—Haz campo con el Oso negro y Pedro de

Biblioteca Nacional de España

Tor... mátalos, ¡cáspita!... y con su muerte quedarán vengados muchos. Mira, si el conde te dice, al pedirle permiso para el combate, que busques otro hidalgo que apoye tu causa para que sea de dos á dos, acuérdate de mí.

—Bien, Rodrigo, me acordaré de tí.

Y le apretó la mano con la mayor ternura.

—Ahora, haz el favor de ayudarme á poner algunas piezas de la armadura.

—Te vas á armar, Amaro?

—Es preciso, según uso, para acercarse al conde en demanda de una gracia de armas.

—Pero hoy no pidas la venia... mañana, ¡cáspita!

—No; hoy pediré la venia.

—Puedes disgustar tal vez al conde; porque, ocupado con el recibimiento ostentoso que hace á los de Monterrey...

—No, amigo mío, antes al contrario; no lo disgustaré: pues con mi reto obsequiará á sus ilustres huéspedes.

—¡Si le da el aparato de un torneo!...

—No quisiera. Quisiera lid cruda... sangrienta... lid á muerte. Con eso, si Dios me favorecía en ella, podría vengar en regla á Inés y á Beatriz, arrojando sobre sus tumbas los dos cadáveres de sus verdugos.

Biblioteca Nacional de España

—Bien; pero como todos los hidalgos llevamos hoy este traje de corte, según el conde dió en llamarle!...

Y mostró el que vestía, que era el de gran etiqueta, todo de terciopelo de colores bien combinados, y guarnecido de galones de oro y plata.

—Vas á disgustar al conde con tu armadura empavonada, Amaro!

—Cuando sepa la causa que me obliga á ponerla, verá que he obrado bien en ello.

En aquel instante volvieron á resonar otra vez las tocatas de clarines, y á la misma distancia que la primera.

Amaro de Vilamelle cubrió su cuerpo con la armadura de batalla, y su cabeza con el pesado casco, cuyo penacho de plumas blancas se movía graciosamente al menor movimiento que le imprimía.

Armado de esta manera siguió á Rodrigo de Canaval, dirigiéndose ambos hacia la gran puerta del salón, la cual, como dejamos dicho, daba al patio grande del castillo.

En él le esperaban sus arqueros y hombres de lanza, armados y uniformados con sus mejores ropas y armaduras.

—Ahí tienes tus gentes, le dijo Rodrigo de Canaval. Yo con las mías pensaba cubrir las

Biblioteca Nacional de España

puertas y almenas del castillo, y dejarte á tí cubrir el trozo de camino que desde la puerta principal hay en claro hasta los primeros arqueros de Fid de Hortelle; pero como vas armado y los demás hidalgos no, preciso es que yo vaya á cubrirlo con las mías y tú te quedes aquí con las tuyas.

—No, no, le contestó Amaro de Vilamelle; prefiero el sitio que me estaba designado. Tu te quedarás como estabas y yo iré á cubrirlo con mis arqueros y hombres de lanza.

En seguida les pasó revista y llamó ó más bien balbuceó el nombre de su arquero mayor.

Presentóse entonces ante él un mozo de membrudas formas.

—Señor, le dijo descubriéndose, vuestro arquero mayor, Clodio Espasende, me ha mandado presentar á vos con el fin de que le reemplaze en su destino; pues él ha caído peligrosamente enfermo ayer de noche, y se ha querido ir á curar fuera del castillo.

—Bien, le contestó Amaro con una alegría visible, serás mi arquero mayor en tanto que... que... Clodio Espasende no se restablezca.

—¡Quiéralo Dios, señor! pero el médico que le asiste ha dicho que no pasará tal vez de esta tarde...

Biblioteca Nacional de España

Amaro se sobresaltó.

—Ha dado una caída terrible ayer noche en las rocas de Rivas-altas.

Amaro volvió á sobresaltarse, porque todo aquello podía ser cierto, y no una fábula inventada por el que creía su padre, para no volver á comparecer más en el castillo. Entonces Rodrigo de Canaval se acercó á él y le dijo al oído:

—¡No sé por qué se me figura que Clodio de Espasende es todo un hombre!

Amaro se tranquilizó con estas palabras.

Volvióse al mozo que mandaba Clodio Espasende en su lugar, y le dijo con voz firme:

—Estás admitido. ¿Cómo te llamas?

—García Roucos, contestó aquel nuevo arquero mayor, tomando de las manos del hidalgo un pendón ligero en que se esculpían las armas de los Lemos bajo una corona condal.

—Pues bien, ponte al frente de los arqueros y condúcelos á la salida del castillo. Colócalos á los lados del camino, apoyando los primeros hombres con los caballos del hidalgo Fid de Hortelle, y dejando entre los últimos y el puente levadizo bastante espacio para mis veinte lanceros.

Desfilaron los cuarenta arqueros con su gaita

Biblioteca Nacional de España

y tamboril, conducidos por García Roucos, y fueron á colocarse al sitio designado por Amaro.

En seguida cogió el joven el brazo de Rodrigo de Canaval.

—Vamos á la almena, le dijo; quiero ver el aspecto que presenta el ejército del conde, tendido á lo largo del camino.

—¡Oh! ¡está delicioso! ponderó Rodrigo; he pasado mucho tiempo mirándolo desde ella, en tanto que tu dormías á pierna suelta.

Y subieron.

Era, en efecto, digno de verse cuanto se descubría desde la almena principal del castillo, pues, situado este en la explanada del monte, se dominaba desde ella el gran valle, como si se hallara uno suspendido en el aire por las garras del águila.

Veíanse por todo el camino que serpenteaba desde la villa hasta el alcázar de sus condes, primeramente á los arqueros de Amaro de Vilamelle con su pintoresco traje, compuesto de unos botines de cuero negro, calzones de bayeta encarnada, chaqueta de pieles blancas de carnero, y montera de pana verde.

Este traje es el que usaban todos los arqueros del conde los días de gran fiesta.

Seguían en pos los veinte hombres de lanza

Biblioteca Nacional de España

de Fid de Hortelle, cuyas armaduras brillaban á los rayos de un sol esplendoroso, y á cuya cabeza figuraba él con su lujoso traje de corte, valiéndonos de la expresión que empleaba el conde de Lemos para designarlo, y ginete en un soberbio caballo negro. Detrás de los veinte lanceros seguían sus cuarenta arqueros con su pendón, su gaita y tamboril.

Veíanse después los veinte lanceros y cuarenta arqueros del Oso negro, de la misma manera uniformados y colocados que los de Fid de Hortelle, los de Mamed de Rozabales, los de Enrique de Marcelle y los de Fernán de Amande, que terminaban en las primeras casas de la villa.

Las gentes de Alonso de Doade, de Mauro de Lecín y Pedro de Tor, cubrían las calles de la villa de Monforte que tenían que atravesar los condes para dirigirse al castillo, y las de Lope de Castillón y Alvaro de Diamonde guarnecían el trozo de camino por donde debían entrar en ella, que era el camino de Piñeira.

Cada compañía de arqueros tenía su gaita y tamboril, que tocaban de tiempo en tiempo aires de guerra, y cada veintena de lanzas su clarín, que también vibraba de cuando en cuando con notas más ó menos marciales y caballerescas.

Biblioteca Nacional de España

Veíanse, además, orgullosos nobles discurrir por entre el gentío que se agolpaba á la carrera, y hacerse lado con una importancia de reyes, é hidalgos pobres y ricos que acudían también como los demás, afanosos de presenciar la solemne entrada que habían de hacer los condes de Monterrey en el castillo de Monforte.

Jamás los pecheros del país habían asistido á un recibimiento de tanto aparato; así que se hallaban como embobados recorriendo los varios puntos de aquella carrera tan lujosamente cubierta; y en tanto que no llegaban los condes que se esperaban, se entretenían en comentar las palabras con que algunos nobles que habían pasado por Limia, pintaban sus figuras, sus caracteres y su opulencia señorial.

Cuanto más se hablaba de los recien venidos, tanta más ansia experimentaban de conocerlos. Quién decía que el conde de Monterrey era un gigante de ocho pies y siete pulgadas que daba con la cabeza en los tejados; y quién que era un hombrecillo de cinco escasos, y que el que tenía ocho pies no era el conde sino su escudero; quién, que la condesa era una niña fea, y quién que era una dama de bastantes años que no se desdeñaba de tratar con los vasallos. Por lo mismo, la llegada de los condes de Mon-

Biblioteca Nacional de España

terrey al castillo de Monforte, había hallado tanto eco en el país, que toda la parte sana de la villa y de los pueblos inmediatos había acudido á verlos pasar.

A los que extrañen este interés de los comarcanos por conocer á los condes de Monterrey, les diremos que en Galicia, donde jamás penetraron sus reyes, y si han penetrado fué en épocas muy remotas y á uña de caballo, como D. Pedro el Cruel, la llegada de un conde á cualquier pueblo era un asunto de bastante curiosidad. Bajo este concepto, no extrañen la que demostraban todas aquellas buenas gentes agolpándose á la carrera como á una gran función de armas, prontos los hombres á quitarse las monteras al pasar los condes de Monterrey, como hacían con los suyos, y las mujeres á arrodillarse ante ellos, si se les mandara con una simple seña.

Amaro de Vilamelle y Rodrigo de Canaval contemplaban todo esto desde su elevada posición, cuando allá á lo lejos, y hacia las pendientes de Gundibós, que limitaban el horizonte por la parte del Sur, distinguieron una polvareda inmensa y vieron brillar instantáneamente á los rayos del sol infinidad de lanzas, ropajes y armaduras, avanzando todo en dirección de la villa como una nube de brillantes colores.

Biblioteca Nacional de España

Al momento, y como por encanto, vieron también que todos los arqueros y hombres de lanza que cubrían la carrera en sus revueltos giros, y aun la mayor parte de la gente que se hallaba entre ellos, se agitaban en sus sitios como si tomaran cada cual mejor puesto ó mejores puntos para ver bien á las anchas cuanto iba á pasar enfrente de ellos; viniendo el movimiento desde los primeros lanceros que capitaneaba Alvaro de Diomónde, el cual, como hemos dicho, era el primero de los hidalgos con quienes habían de encontrar los condes.

Se pareció aquel movimiento al de una gran serpiente que se estremece lentamente sin mudar de sitio ni postura.

Entonces los dos jóvenes que se hallaban en la almena de la torre de homenaje, se precipitaron á su vez por la escalera principal; Rodrigo, á dar las órdenes convenientes para que sus cuarenta arqueros se repartieran por las almenas de los demás torreones del castillo que caían á la fachada, y colocar sus caballos desde el portón hasta el patio de armas; y Amaro, para lanzarse con los suyos á la entrada del puente levadizo, es decir, desde el puente hasta sus arqueros.

Lancémonos también nosotros al encuentro

Biblioteca Nacional de España

de la comitiva para verla y descubrirla mejor, antes que se pierda entre la multitud de la carrera.

VI

LA DEMANDA

Más de cien personas la componían, cabalgando sobre otros tantos corceles arrogantes.

En primer término se descubrían dos mujeres bellísimas, que hubieran llamado la atención de un rey; Ildara Courel, condesa de Lemos, y Maret de Sotomayor, condesa Monterrey.

Tendría la primera unos dieciseis años, y era rubia y pálida como una de esas delicadas y vaporosas creaciones de Shakspeare, Ofelia ó Cordelia. Desde su deslumbrante diadema de oro, cuajada de brillantes, caían sobre sus delicados hombros sus largos cabellos, graciosamente rizados; era lánguida y magnética la mirada de sus ojos azules, y tanto en detalle como en conjunto, parecía materializar una de esas idealizaciones esplendentes que embargan una sola vez la mente del poeta ó del artista, y cuya forma aérea y puramente celestial, en vano

Biblioteca Nacional de España

pueden cantar jamás, ni describir completamente.

Vestia un magnífico traje de terciopelo color de rosa, con las mangas perdidas y sembrado de finísima pedrería; y eran tan poéticos y melancólicos los movimientos de su cabeza y de su cuerpo, al parecer modelado por el de una deidad griega, que arrebataba el pensamiento, abismándolo en las creaciones más esquisitas del cielo.

Tendría la segunda diez ó doce años más; y era, por el contrario, de cabellos negros y cutis sonrosado, semejantes á esas risueñas concepciones de los pintores sevillanos. Iba ataviada con el mismo lujo que su compañera; pero lo que más la singularizaba era la viveza de sus brillantes ojos, radiantes á la vez de ternura y alegría, y la de sus movimientos sueltos y encantadores.

Al ver marchar reunidas sobre sus adornadas yeguas pías, aquellas dos hermosuras que tanto contrastaban, se hubiera dicho que la Providencia las había escogido para satisfacer este capricho.

Detrás de Ildara galopaba el conde de Lemos, y detrás de Maret el conde de Monterrey, ambos ginetes en sus mejores caballos, y ambos

Biblioteca Nacional de España

departiendo amigablemente acerca de las fechorías de los comuneros, cuyo número excedía de día en día, y cuyos desmanes, según ellos, era preciso cortar estableciendo una horca de media en media legua.

En seguida venían los dos parientes mayores de los dos grandes señores, con los pendones de cada casa; damas de las condesas, nobles é hidalgos del país, deudos de ambos, y dos respectivas escoltas de lanza, escuderos y pajes; precipitándose toda esta comitiva deslumbrante por el pedregoso camino, al largo y batiente trote de sus magníficos corceles.

A un cuarto de legua escaso de la villa, cuando ya se distinguían claramente las gentes que cubrían la carrera, volvióse dos ó tres veces con una vivacidad indecible la condesa de Monterrey al conde de Lemos, y le dijo con una sonrisa adorable por sus puntas de coquetería:

—Conde... conde... ya os he dicho que quiero conocer á vuestros hidalgos de Monforte... no olvidaros de irmelos presentando uno á uno.

El conde se inclinó con galantería.

Maret se volvió después á la condesa Ildara.

—¿Y vos, qué me decís de ellos, querida mía? le dijo rápidamente. Es preciso que me hableis de ellos, porque vos sabreis también co-

Biblioteca Nacional de España

mo el que más, todas esas terribles y amorosas aventuras que se cuentan de ellos.

Y sin esperar la contestación que iba á darle Ildara, prosiguió con una locuacidad pasmosa:

—¡Vengo tan deseosa de conocerlos! ¡Me han contado tantas travesuras de esos jóvenes hidalgos! ¡Dicen que son muy enamorados y que peligran mucho las damas á su vista, Ildara!

Ildara se sobresaltó.

Maret continuó:

—Por lo mismo tengo yo más deseos de conocerlos.

Ildara la miró como se debía mirarla en aquel instante; asombrada.

—¡Ah! no me entendeis Ildara... veo que no me entendeis, por esa mirada extraña que me lanzasteis. Mirad, tengo deseos de conocerlos, porque si son tan enamorados como dicen y tan temibles para las damas, yo, que hallo un placer grandísimo en burlarme de los enamorados, lo tendré también en burlarme de ellos.

—¡Oh!.. ¡no os comprendo, Maret! le dijo Ildara.

—¿Nunca habeis devuelto carcajadas por suspiros?.. Siendo tan hermosa como sois, mi querida amiga, ¿nunca habeis visto á vuestras plantas más adoradores que vuestro esposo? ¡Sería

Biblioteca Nacional de España

preciso que vuestros nobles é hidalgos caballeros tuvieran el corazón de hielo!

Ildara no contestó.

—Vamos, prosiguió la incansable condesa, contadme algo que os haya pasado con esos donceles tan amartelados.

—¡A mí!.. balbuceó Ildara, ¡osarían ellos poner los ojos en los de la esposa de su señor!

—¡Ay! ¡ay! querida mía, sonrió Maret; ya veo que no vamos á ser muy amigas; ¡pues parece que os habeis criado en un convento! En fin, yo arreglaré vuestro corazón como un reloj, y como á un reloj lo haré marchar con el tiempo. Sí, sí, ya vereis cuánto nos hemos de querer... vereis cuanto os divertireis con las declaraciones de los tímidos y las declaraciones de los resueltos; pues me han dicho que los hay desde los más temerarios hasta los más imbéciles.

Y se reía como una loca. Ildara también se sonrió, así de la viveza de sus palabras, como de la viveza de sus movimientos, pues aquella bellísima dama, parecía el símbolo de la vivacidad.

—¡Veis... ya os hago reir, Ildara! le dijo radiante de alegría; yo os prometo que no llegareis á hallaros nunca sin vuestra querida amiga Maret.

Biblioteca Nacional de España

—Si siempre estais como hoy, contestó Ildara, una amiga siempre contenta sería indudablemente una gran pérdida.

—Siempre... siempre, Ildara; siempre estoy contenta, viva y feliz.

Y volviéndose al conde de Lemos:

—Conde, le dijo, ¿cuánto tiempo hace que os habeis casado con Ildara?

—Seis meses, contestó D. Alfonso inclinándose.

—¡Oh!.. ¡qué poco tiempo llevais de casada, Ildara! le dijo; yo llevo tres años.

—Y cuatro también, Maret, objetó el conde con su voz áspera y gangosa.

Aunque dicho de paso, el conde de Monterrey tendría ya más de cincuenta años. Algunos de nuestros lectores nos agradecerán aún así esta advertencia, pues ella los ilustrará en un punto bastante interesante respecto á uno de los tipos que presentamos en este cuadro.

—¡Cuatro!.. ¡cuatro!.. prosiguió Maret; ¡pues á mí me parecían tres! ¡ah, Ildara!..

Y se encaró á ella rápidamente.

—Me han dicho también, á propósito de vuestra guardia de honor, que así como en ella había hidalgos de todos caracteres, desde el más temeroso hasta el más osado, desde el más ga-

Biblioteca Nacional de España

lante hasta el más uraño, así también los había desde el hombre más hermoso del mundo hasta el más feo. ¿Es cierto?

—¿Qué os podré decir, mi querida Maret? contestó Ildara, los he visto varias veces pero nunca me fijé en esas cosas.

¡Ah! ¡sí, es verdad!.. Me había olvidado de que hablaba con vos, que os habeis acostumbrado á mirar á los hombres como al diablo mismo; pero ahora no será así, sereis un reloj corriente, no un reloj parado.

—¡Maret, sois singular!.. Bien; seré cuanto querais.

—¿Por qué no? Yo nunca os aconsejaré nada que sea malo. Gracias á Dios sé distinguir lo negro de lo blanco, con los ojos, y lo malo de lo bueno, con la cabeza. Decid, Ildara, ¿habeis sido ó no criada en un convento?

—Condesa, interrumpió el conde de Lemos, dirigiéndose á la de Monterrey, ahí teneis mis gentes de armas.

Y le señalaba su pequeño ejército, del cual no le separaban más que unos cien pasos.

—Pues... ¿y los hidalgos? murmuró ella tristemente; ahí no veo más que gente de lanza y arqueros, ¿dónde está vuestra guardia de honor, conde?

Biblioteca Nacional de España

—Mi guardia de honor, condesa, ó mis hidalgos, se hallan embebidos en toda esa gente de guerra que desde aquí cubre el camino hasta el castillo.

—¡Embebidos! Qué quiere decir eso, señor?

—Quiere decir, que como cada uno de mis doce hidalgos capitanea una compañía de arqueros y una veintena de lanzas, se hallan ahora todos á la cabeza de sus respectivas gentes. Mirad, este que se adelanta hacia nosotros es uno, Alvaro de Diomónde.

—Qué airoso es!.. murmuró Maret, clavando en él los ojos á medida que se iba acercando; ¡qué traje tan hermoso y rico! pero ¡hum! no vale él gran cosa.

En esto el hidalgo les hizo un saludo elegante con la espada, y se apartó á un lado para que pasara la comitiva, la cual desde entonces dejó de trotar, y empezó á marchar á paso corto por entre una calle de lanceros y arqueros, á cuyas espaldas se agitaba sordamente el populacho; los hombres descubriéndose y las mujeres subiéndose de puntillas y asegurando unas á otras que jamás habían visto juntos dos rostros más hermosos que los de las dos condesas.

En tanto los clarines se esforzaban porque sus marchas dominasen los rumores de la mu-

Biblioteca Nacional de España

chedumbre; y las gaitas y tamboriles no menos se esforzaban por dominar á los clarines y al tumulto con sus tocatas también de guerra.

—Allí viene otro, Ildara; murmuró Maret, viendo en efecto venir hacia ellas uno de los hidalgos, y á quienes ya empezaba á distinguir de los demás por sus lujosos trajes.

—Ese se llama Lope de Castillón, le dijo el conde de Lemos.

Lope de Castillón hizo su saludo como el de Alvaro de Diomónde, y los dejó pasar.

—¡Qué alto y soso! dijo Maret; pero vale más que el anterior.

Instantes después entraron en la villa, en donde era mayor la afluencia de los comarcanos, y por consiguiente, los vivas más redoblados.

Pedro de Tor les salió al encuentro.

—¡Ay, Ildara! exclamó Maret al verlo; ¡mirad que hombre tan hermoso! ¡oh, qué hermoso!.. ¿Cómo se llama ese hidalgo, conde?

—Pedro de Tor, condesa.

Saludó Pedro de Tor como los otros dos, y como los otros se disponía á hacerse á un lado para dejar pasar á la comitiva, cuando de repente se arrojó ligeramente entre los pies de la yegua que montaba la condesa de Monterrey.

Biblioteca Nacional de España

Se le había caído á ella el pañuelo de la mano.

Pedro de Tor, que pudo cogerlo sin pisotón alguno, se lo presentó cortésmente.

Maret lo recibió de sus manos y le pagó su galantería, ó la belleza varonil de su rostro, con una sonrisa que no envaneció poco al presuntuoso hidalgo.

—¡Ildara! ¡Ildara! exclamó Maret vivamente agitada; ¿no habeis visto á ese hombre?.. ¡Dios mío, qué interesante! ¡no he visto hombre más interesante en toda mi vida!

—En efecto, es todo un buen mozo, objetó Ildara.

—¡Oh! ¡sí, sí, todo un buen mozo! ¡Imposible que haya otro mejor entre todos vuestros hidalgos! ¿Nunca le habeis visto á vuestros pies, condesa?

Y lanzó á la de Lemos una mirada fija, interrogativa.

—¡Cómo, á mis pies! ¿qué había de hacer á mis pies ese hombre?

—Toma, suspirar... llevarse las manos al corazón, miraros como si fuera á morirse... deciros, en fin, que os amaba.

¡No, nunca! tartamudeó Ildara.

¡Oh, será de verlo de esa manera!.. exclamó

Biblioteca Nacional de España

Maret, volviendo sus centelleantes ojos por quinta vez hacia el lugar en que quedaba Pedro de Tor; ¡será de verlo suplicante, humillado y consumido... él tan gallardo y tan hermoso!..

Y volviéndose ligeramente al conde de Lemos,

—Conde, le dijo; os felicito por tener hidalgos tan buenos mozos y tan galantes como Pedro de Tor.

El conde se inclinó, y acarició de paso las largas crines de Abenhamar con una satisfacción cumplida.

Cruzando ya las tortuosas calles de la villa, se adelantó Mauro de Lecín hacia la comitiva semi-regia.

—¡Oh! bien, bien! murmuró la condesa Maret; he aquí otro que á un rostro graciosísimo, reune un aire arrebatador. Conde, ¿cómo se llama este joven hidalgo que viene hacia nosotros?

—Mauro de Lecín, señora; y es el más aturdido de todos; al menos el más borracho.

A esta última palabra del conde de Lemos, la imagen de Pedro de Tor volvió á recobrar su imperio en el ánimo de Maret, olvidada desde la aparición de Mauro de Lecín.

El joven hidalgo, bien ajeno de los informes que daban de él en aquel instante, hizo su saludo como los demás y se apartó á un lado

Biblioteca Nacional de España

también como ellos para que atravesasen el puente del Cabe.

—¡Qué lástima de hidalgo, condesa! murmuró Maret; ¡no oisteis lo que dijo de él vuestro esposo?

—¡Ah, sí! pero también, según mi esposo, creo que es defecto que poseen todos ellos, respondió Ildara.

—Ahora caigo en una cosa, querida mía, objetó Maret. ¿Es cierto que el conde les da cien botellas del mejor vino del país, todos los jueves y domingos para que beban?

—¡Ah, sí... ciertísimo!.. pero creo que nada más que cuarenta.

—Entonces no es de extrañar el que adolezcan de ese defecto, y sean por consiguiente tan malos como dicen. ¡Eh! conde D. Alonso, haceis muy mal en repartir esas botellas todos los jueves y domingos á vuestos hidalgos de Monforte.

—¡Ay, señora¡ sonrió el conde; esa carne de lanza es necesario nutrirla así.

—Luego esos hidalgos los criais para la guerra y no para dar más realce á vuestro esplendor de conde, que envidiaría el mismo Fernando V de Aragón y de Castilla.

—Para todo, condesa; para todo los crío.

Biblioteca Nacional de España

Y cambió una sonrisa con el conde de Monterrey.

En esto le llegó su vez á Alfonso de Doáde, el cual se adelantó hacia la comitiva con un aire tan atristado y compungido como si acabaran de participarle la inesperada muerte de su padre.

—!Ese hidalgo viene llorando! exclamó Maret, riéndose locamente.

Es Alfonso de Doáde, dijo el conde, el cual siempre muestra ese rostro atribulado. Es una buena lanza; pero muy tonto.

Alfonso de Doáde saludó sin deponer su ceño adusto ó pesaroso, y la comitiva pasó.

—Veo que os interesais mucho por mis hidalgos, condesa: objetó el conde de Lemos. ¿Qué diablos os han contado de ellos, que así llaman vuestra atención?

—¡Oh, mil aventuras, conde!

—¿Y entre ellas mil mentiras tal vez?

—Creo que no.

—En fin, me las referireis algún día para depurarlas, es decir, para deciros cual es verdadera y cual es fabulosa, pues me temo que la mayor parte sean de este último género.

—Cuando gusteis, conde. Así como yo paso revista á los héroes, vos pasareis revista á sus historias.

Biblioteca Nacional de España

En aquel momento avanzó otro hidalgo.

—¡Qué blanco y qué rubio! exclamó Maret, según la costumbre que se había impuesto de decir algo de cada uno.

—Se llama Fernán de Amánde; objetó el conde de Lemos.

Fernán de Amánde saludó y se hizo á un lado.

Pasó la comitiva, y á los pocos minutos después, otro hidalgo vino hacia ella cumpliendo con el ceremonial del recibimiento.

Pero este hidalgo que avanzaba, venía riéndose como un loco. El conde de Lemos frunció las cejas al verlo y pensó para sí si aquel joven se habría batido aquella mañana contra algunas botellas de Esperón.

—¿De qué os reis, Enrique de Marcélle? ¿de qué os reis? gritó el conde, rojo de cólera.

—Me río de ese diablo de Maméd de Rozabáles, señor, que acaba de apostar doscientos maravedises, á que no era capaz de echarles *unas flores* á las dos condesas...

Y al decir esto arrojó dos rosas, á cada una la suya.

Enrique de Marcélle obtuvo por sus dos rosas, dos sonrisas de las dos condesas, dos carcajadas de los condes y la admiración de todos.

Iba ya la comitiva internándose en las sinuo-

Biblioteca Nacional de España

sidades que formaba la carrera desde la villa al castillo; y la condesa Ildara, indiferente á las exclamaciones que al verla pasar tan bella despedía la multitud; indiferente á lo que hablaba su esposo, y hasta indiferente á la vivacidad de movimientos y palabras de Maret, clavaba sus ojos en las piedras del camino, como si temiese encontrarse con alguna persona cuya presencia no pudiera soportar sin conmoverse. Trataba Maret de envolverla en sus incansables frivolidades, para hacerla deponer aquel aire de abatimiento cuya causa atribuía á una educación ascética; pero si bien la despertaba de pronto, de pronto volvía á abismarse.

—¡Ya van siete hidalgos, Ildara! la dijo: ya no faltan más que cinco.

—¡Y los habeis llevado por cuenta! exclamó Ildara con sorpresa.

—¡Vaya! repuso Maret; y hasta si qnereis os repetiré sus nombres.

Ildara se admiró más, sin contestarla.

—De los siete, prosiguió ella, hay dos extremadamente interesantes: Pedro de Tor y Mauro de Lecín; tres pasaderos y dos espantosos... ¡Oh, muy espantosos!

—¡Pues cuando veais el Oso negro! dijo el conde de Lemos.

Biblioteca Nacional de España

—¡El Oso negro! ¿me vais á enseñar un oso negro, conde?

—El se os presentará dentro de poco, señora. Es el hidalgo más valiente, velludo y horrible que he conocido.

—¡Será algun búfalo! contestó Maret.

—No... no... afirmó Ildara, es un buen hidalgo.

—Entonces se confirma lo que me han dicho de ellos. Desde el hidalgo más hermoso hasta el más feo, veré fisonomías que irán degenerando una á una.

—Puede decirse que sí.

¿Y quién es este tan tímido?... ¿Este que se aproxima ahora con los ojos bajos?... ¡qué vergonzoso!

En efecto, avanzaba otro hidalgo hacia ellos y traía los ojos bajos como si viniera avergonzado.

—Ese hidalgo, señora, es Mamed de Rozabales, contestó el conde; es un pobre muchacho que á la menor palabra se ruboriza como una joven, pero que luego que conquista, domina.

—¡Debe ser muy peligroso! exclamó la condesa de Monterrey, haciendo un gesto de desprecio.

El joven saludó y se hizo á un lado sin le-

Biblioteca Nacional de España

vantar los ojos para mirar á los que iban á pasar por frente de él.

—¡Es singular! exclamó Ildara.

—¡Será algun imbécil! gritó Maret.

Es de advertir, que á cada hidalgo que se veía salir de las filas para saludarlas, Ildara se estremecía y bajaba los ojos como si una lucha interior devorara todo su ser, cuya causa debía ser la presencia de alguno que irremisiblemente debiera presentarse ante ella y que, como dejamos dicho, la hiciera padecer tan sólo con mirarla.

—¡Oh! ¡Dios mío! exclamó de repente Maret, viendo adelantarse hacia ellas la colosal figura de Sancho de Remesar, cuya cabeza horrorosamente deforme hubiera helado de espanto á la joven, si se hallara sola con él un solo instante; ¿qué es éso? ¡qué horroroso! ¡qué horroroso!

El Oso negro, que oyó las últimas palabras de la condesa, contrajo todos los músculos de su rostro al impulso de una sonrisa violenta y rugiente como la de una fiera.

—Ese hidalgo se llama Sancho de Remesar, condesa; gritó el conde que, como se había encargado de pronunciar los nombres de todos cerca de Maret, seguía siempre fiel á su promesa.

El Oso negro saludó.

Biblioteca Nacional de España

Las dos damas lo miraron con miedo, pusieron al trote sus juguetonas yeguas y anduvieron un largo espacio así, hasta que de repente se detuvieron, no menos admiradas que si el Oso negro volviera á aparecérseles repentinamente.

En vez de un hidalgo lujosamente vestido, vieron plantado en medio del camino un caballero completamente armado.

—¿Quién es ese caballero?... ¿qué quiere?.. gritó el conde de Lemos con toda la fuerza de sus pulmones.

—Soy Amaro de Vilamelle, contestó el caballero con voz firme; y quiero permiso del conde, mi señor, para hacer campo con Pedro de Tor y Sancho de Remesar, á quienes he retado á muerte.

Y alzó la visera de su casco.

Al oir aquella voz y al ver aquel rostro, un sudor helado corrió por todos los miembros de la condesa Ildara; se agitó todo su cuerpo con violentas sacudidas, y, más pálida que la muerte, inclinó la cabeza sobre el pecho, cosa en que nadie reparó, porque á todos les hizo una impresión más ó menos desagradable la demanda.

El conde de Lemos se tranquilizó algún tanto al conocer á Amaro, de quien hubiera infor-

Biblioteca Nacional de España

mado bien seguramente á la condesa de Monterrey, si semejante á sus compañeros, se hura presentado de corte, pues era un joven que atraía las simpatías de todas las personas que le trataban, tanto por su amabilidad y dulzura, como por su elegancia y sus decorosos donaires.

Amaro de Vilamelle, dijo: ¿por qué habeis esperado esta ocasión para pedirme permiso para el combate?

—Porque ayer noche he sabido que esos dos hidalgos habían seducido villanamente, el uno á Inés de Novaes, una pobre niña que yo amaba con toda mi alma, y el otro á mi hermana Beatriz de Vilamelle.

—¡Por Santiago! gritó el conde; ¿y cómo supisteis eso?

—Ellos me lo confesaron.

—¿Y vos no los matasteis allí mismo?

El hidalgo alargó su mano izquierda, la cual se hallaba sin guantelete.

—¡Ah! ¡bien! volvió á gritar D. Alonso, les habeis arrojado el guante á la cara!.. Bien, bien; eso es de buenos hidalgos. Amaro de Vilamelle, mañana os batireis en la plaza de Monforte contra Pedro de Tor y Sancho de Remesar, dos á dos, es decir, que busqueis otro que se ponga de vuestra parte.

Biblioteca Nacional de España

—Rodrigo de Canaval, señor.....

—Bien, bien, Rodrigo de Canaval; y si Rodrigo de Canaval no quiere, yo mismo me lanzaré á defender vuestra causa. ¡Paso!

El hidalgo bajó la visera y se retiró hacia un lado.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de la condesa Ildara, y Amaro estuvo por caer de rodillas al ver la adorable expresión de su semblante triste y doloroso.

Cayó el gran puente en aquel mismo instante, y toda la comitiva se precipitó por él dentro del castillo.

—¡Cuando os he dicho que me habían contado aventuras interesantes de vuestros hidalgos!.. dijo Maret al conde de Lemos con ciertos movimientos de cabeza que daban mucho valor á sus palabras.

—Bien, Maret, le contestó él; quiere decir que al menos seremos expectadores del desenlace de una.

Y entraron en el patio de armas.

Era el momento preciso en que el sol empezaba á descansar sobre los agrupados obeliscos de Toiriz, semejante á un inmenso disco de oro.

Biblioteca Nacional de España

VII

EL COMBATE

Bien pronto cundió por todas partes la demanda de Amaro de Vilamelle, y el interés con que la había acogido el conde de Lemos al ofrecerse él mismo á lidiar por la venganza que daba margen al combate que debía celebrarse, siempre que no hubiere un caballero que compartiese con el joven hidalgo los riesgos consiguientes á él.

Las hablillas que corrían acerca de la llegada de los condes de Monterrey cesaron aquella misma noche, y los nombres de Inés de Novaes, Beatriz de Vilamelle, Sancho de Remesar, Pedro de Tor y Amaro, volaban de boca en boca, originándose de aquí un afán vivísimo por la llegada del nuevo día, en que debía decidirse para los más ateos, si Dios dejaba ó no impunes en este mundo los delitos de hombres tan depravados como los que habían abierto la tumba á dos jóvenes tan bellas é inocentes.

Ponderóse muchísimo aquella noche en varias conversaciones la hermosura de Inés de

Biblioteca Nacional de España

Novaes, su amabilidad y el vehemente y purísimo amor que profesaba á Amaro de Vilamelle; ponderóse mucho la virtud, belleza y gracia de su hermana Beatriz; la fealdad de alma y de cuerpo de aquel á quien por lo tanto llamaban el Oso negro; la hermosura varonil de Pedro de Tor, y los buenos sentimientos que animaban á Amaro al exponerse de aquella manera para castigar á los verdugos de las dos jóvenes, cuyo castigo, según ellos, había de venir directamente de la mano de Dios, porque todo lo ve desde su elevado trono.

Llegó por fin el día, y ya desde muy temprano, y con arreglo á las instrucciones que la noche anterior había dado D. Alonso, empezóse á formar una barrera circular de tablones en la plaza mayor de la villa, la cual había de estar terminada á las dos de la tarde, hora designada para el combate.

Asimismo se comenzó también á levantar una especie de dosel, desde donde habían de presidir los condes, y algunas galerías para los nobles principales del país, damas é hidalgos, que por su categoría fueran dignos de ocuparlas.

El pueblo formaría otra especie de barrera detrás de la que estaban levantando, cuya altura

Biblioteca Nacional de España

no excedía de cuatro pies, con el fin de que pudiera presenciar bien aquel espectáculo que tanto llamaba ya su atención.

Todo esto era tan fácil de realizar en pocas horas cuanto que no era aquella la primera vez que se había dispuesto un palenque para funciones de armas, torneos, combates parciales, ó corridas de sortija, á que el conde D. Alonso era muy aficionado.

El día no podía presentarse mejor también. Había llovido un poco por la noche, circunstancia que había entristecido bastante á la mayor parte, si no á todos los vecinos del gran valle, por parecerles que, si continuaba el mal tiempo, no podría efectuarse aquel combate. Pero el alba se presentó risueña y tranquila; salió luego el sol, vivo y luminoso; presentóse el cielo azul y sereno, sin nube alguna que lo empañara y que anunciase algún chubasco, y el viento parecía dormir sobre las corpulentas encinas de Mañerte.

A eso de las doce, ya los vasallos del conde empezaban á disputarse los mejores sitios de la barrera. Los casados colocaban ó pretendían colocar á sus mujeres en primera fila, y éstas á sus hijos; los solteros pugnaban también por hacer lado á sus queridas ó á sus hermanas, y los

Biblioteca Nacional de España

arqueros y hombres de lanza que asistían en dispersión á ver el combate, forcejeaban para colocarse de los primeros y lucir sus bigotes entre las buenas mozas.

De todas estas disputas, efectos inmediatos de un codazo á tiempo ó de uno de esos pisotones que hacen ver las estrellas, resultaba una armonía acre y disonante; una algazara espantosa, ya fuerte, ya apagada, pero que incesantemente recorría la circunferencia de la barrera como el murmullo del oleaje en las rompientes de nuestras marinas.

A la una acudieron ya los hidalgos, lujosas damas y algunos rancios nobles, dándose una importancia de reyes, al sentarse holgadamente en las gradas que desde el dosel rompían como dos alas de él, y haciendo alarde de sus vestidos de seda y terciopelo, conservados de generación en generación como las torres que habitaban y las espadas que llevaban con desdén á la cintura.

Mas tarde, los sonidos de los clarines y de las gaitas y tamboriles anunciaron la llegada de los condes.

Vióse, en efecto, bajar por la pendiente del monte una gran comitiva de damas, caballeros y soldados, ginetes la mayor parte en arrogan-

Biblioteca Nacional de España

tes alazanes, y vestidos, principalmente los primeros, con una suntuosidad deslumbrante y nunca vista para los que impacientes esperaban alrededor de la barrera.

¿Qué os podré, pues, decir de los magníficos trajes de las dos primeras damas que abren la marcha, todos cubiertos de oro y pedrería, como si ambas, en una competencia desesperada, tuvieran á su disposición las joyas más preciosas de la corona de Castilla?

Detengámonos en sus rostros, no para ver si son hermosos, por que ya sabemos que lo son los de las dos condesas á quienes conocemos un poco, sino para leer en ellos, si es posible, los sentimientos de sus almas. En dos mujeres tan jóvenes no nos será difícil este examen fisionómico y psicológico, además de que la psicología es para el novelista respecto á los personajes que evoca, lo que para Dios respecto á los hombres que pululamos por este globo que gira en la inmensidad y á quien El revista continuamente con su pupila luminosa. Uno y otro, es decir, el poeta de la epopeya y el poeta del mundo dominan esta ciencia en sus respectivos terrenos.

Pero, no nos parece tiempo aún de penetrar los pensamientos que resbalan por la melancó-

Biblioteca Nacional de España

lica frente de la condesa Ildara, porque sería despojar á las escenas que nos faltan que describir, de toda la novedad y encanto que respiren, así como los que parecen preocupar bastante el ánimo de la de Monterrey, desnudando á toda su figura de esa expresión de vivacidad y de delirio, por decirlo así, que, como dejamos dicho, tanto la particularizaba.

Las dos damas descendían bastante tristes por el sinuoso camino que conducía á la plaza de la villa. La tristeza de la condesa Ildara no os sorprenderá, porque desde que os la mostramos, siempre ha sido con la frente abatida, como si una enfermedad terrible la devorara, como si una de esas crueles consunciones pulmoniacas, tan anejas á las organizaciones delicadas que poseen una sensibilidad exquisita, le abriera la tumba en la aurora de su vida. Pero había más tristeza que otras veces en su semblante pálido y rafaelesco; había dolor y alguna que otra lágrima paralizada en sus amortiguados ojos.

—¡Oh, mi Ildara!... la dijo el conde con sensible acento por dos ó tres veces; ¡padeceis... padeceis mucho! ¿no es verdad?

—¡Mucho, señor! contestara ella.

—¡Qué enfermedad!.. ¡qué enfermedad!.. había exclamado él, pasándose la mano por la

Biblioteca Nacional de España

frente con muestras del más profundo pesar: ¡que no haya médicos para ese mal!

Y D. Alonso, en la ignorancia en que estaba acerca de los pesares que conmovían su alma, atribuía su abatimiento á los padecimientos físicos.

Respecto á la condesa Maret, eran sus miradas sombrías, y padecía frecuentes distracciones, como si, encerrada con su pensamiento mismo, por decirlo así, todo lo que oyera y mirara le fuera indiferente.

De cuando en cuando, sin embargo, resucitaba en todo su ser aquella organización de fuego, pero cedía en breve, como si la sujetara un sentimiento grande é incalificable.

De cuando en cuando, también, en la pequeña boca de la condesa Ildara se petrificaba una sonrisa tan dulce, que parecía pertenecer á Dios, ó á los ángeles, sus hermanos.

Los condes no se afligían del todo, confiando en que los incidentes del combate, en aquellos tiempos diversión y entretenimiento hasta de mujeres tristes y alegres, las sacaría de aquella especie de abatimiento doloroso que las poseía; y departían entre ambos acerca de los *hermanos de Galicia,* aquella terrible hermandad que era por entonces el terror de los nobles, porque se

Biblioteca Nacional de España

oponía á todo dominio suyo, y aun del rey, queriendo erigir el país en una república feliz é independiente, y librarse por este medio del yugo demasiado pesado que la aristocracia le imponía, y todos aquellos papas que se titulaban arzobispos y obispos de sus mejores ciudades.

Iban los dos armados, cubiertos con dos armaduras finísimas, y ginetes en sus mejores caballos, enjaezados con riquísimos paramentos. Ambos debían ser los jueces del campo.

Detrás seguían, como el día anterior, los dos parientes mayores de las dos casas, llevando los pendones respectivos de cada una; las señoras, los nobles más principales del territorio, las damas de las dos condesas, los ocho hidalgos de Monforte que no habían de tomar parte en aquel combate, y unos cien hombres de lanza, á cuya cabeza iban doce clarines tocando marchas guerreras como la de la batalla de Aguas mais, en aquel siglo tan entusiasta como las polkas del nuestro.

Cuando esta comitiva entró en el palenque, precedida de unos ocho lanceros, que equivalían á nuestros batidores ó franqueadores, aquella multitud de vasallos que se apiñaba á la barrera, despidió una vocería tal, que remedaba un

Biblioteca Nacional de España

motín de sangre y de pillaje. Hubiérase dicho que ni una boca permanecía cerrada. En efecto, todas alababan y analizaban el esplendor que los deslumbraba; agitándose extremadamente para devorar mejor con sus ojos los más insignificantes detalles de cuanto pasaba ante ellos.

A esta discordante y estrepitosa algarabía del momento, siguió el silencio del respeto. Los que ocupaban las dos galerías se levantaron, y los vasallos se descubrieron.

Entonces, los ocho hidalgos del acompañamiento se apearon á una, y corrieron á tener el estribo, primeramente á los condes y después á las demás personas notables. Se retiraron en seguida los caballos, se colocaron los hombres de lanza alrededor del coso, y los condes en los asientos que había desocupados en las graderías, bajo el dosel señorial.

Después, los clarines hicieron una señal como para llamar á los combatientes, y se presentaron dos en el palenque armados en esta guisa ó manera; pero sin otras armas ofensivas que una hacha cada uno. El conde lo había dispuesto así: el combate había de ser con aquellas hachas triangulares de que hemos hablado al principio del capítulo segundo.

Estos dos hidalgos se dirigieron al dosel, y

Biblioteca Nacional de España

cerca ya de los condes, los saludaron con las hachas y con movimientos bastante rápidos y graciosos.

Al ver la condesa Ildara que ambos no tenían guantelete en la mano izquierda, se estremeció, visiblemente alterada, y dos lágrimas volvieron á temblar bajo sus párpados.

—¡Ah! ¡mi buena amiga Ildara! exclamó Maret quedamente; ¡no parece sino que os pasa lo que á mí!

—¡Oh!, ¡qué os pasa, condesa..! murmuró también Ildara quedamente.

—¡Siento una lástima... una compasión tan dolorosa!.. ¡qué sé yo, Ildara! pero por cuanto hay en el mundo no quisiera que se efectuara este combate. La causa de ello, yo me lo pregunto á mí misma, y no la encuentro; pues apenas conozco á los lidiadores...

Y bajó los ojos como si se ruborizara.

—No... no... ¡no los desconozco tanto! continuó; Pedro de Tor es uno de ellos, y ya os he dicho cuánto sentiría cualquiera desgracia que le sobreviniera. No sé por qué se me figura que Pedro de Tor fué incapaz de haber hecho cuanto dicen.

—El mismo lo ha confesado, Maret.

—Sí; ya me habeis dicho eso mismo tres ve-

Biblioteca Nacional de España

ces... y el conde D. Alonso también; pero él es demasiado hermoso para haber sido despreciado, y demasiado hermoso para haber hecho cuanto se le imputa.

—¿Es decir, condesa, que vos creis á los hombres hermosos exentos de hacer mal alguno?

—Los creo irresistibles para toda mujer, condesa Ildara.

Ildara se sonrió con desprecio.

—¡Os sonreis..! Algún día vereis si tengo razón; si algún día llegais á ver á Pedro de Tor lleno de amor á vuestros pies...

—Le señalaré la puerta de la cámara para que salga, si está dentro de ella; repuso vivamente Ildara y con una energía que Maret no había visto aún.

En aquel momento los clarines volvieron á hacer otra señal, y todos guardaron silencio, esperando la llegada de los otros dos combatientes; pero esta vez las puertas del coso permanecieron cerradas y dos heraldos reclamaron la atención con estas palabras:

—Oíd; oíd; oíd. Sabed como los hidalgos Amaro de Vilamelle y Rodrigo de Canaval han retado á muerte á otros dos, Pedro de Tor y Sancho de Remesar, por haber deshonrado vi-

Biblioteca Nacional de España

llanamente á dos damas, ocasionándoles la muerte. ¡Dios ayude al bueno y abandone al malo!

—¡Así sea! contestaron muchas voces.

Volvieron los clarines á hacer nueva señal, y comparecieron otros dos caballeros armados como los otros, los cuales se adelantaron también hacia el dosel, saludando á los condes con la misma gracia que sus antagonistas.

Esta vez palidecieron ambas condesas más y más, se agitaron todos sus miembros como si en efecto les impusiera terror aquel combate, que formaba la delicia de cuantos iban á presenciarlo.

Partieron el campo los heraldos y les señalaron sus puestos á los cuatro paladines, quienes fueron á colocarse en ellos con una gallardía admirable.

Desde aquel momento ni el más leve rumor salió de entre la turba de espectadores; ni una voz, ni un movimiento... nada que indicase la reunión inmensa. Hubiérase dicho que se hallaban petrificados á la vista de los cuatro hidalgos, y que no tenían más que ojos para ellos.

Desde aquel momento, pues, en que no se esperaba más que la señal para que partiesen los unos contra los otros; desde aquel momento,

Biblioteca Nacional de España

en fin, en que los cuatro se hallaban inmóviles sobre sus caballos, con la vista fija, los pies un poco separados, como prontos á picar, y las hachas tendidas á toda la longitud de sus robustos brazos, las dos condesas bajaron los ojos como poseídas del mayor espanto.

Ildara de Courel, en particular, los tenía fijos en un pequeño crucifijo de oro que ocultaba convulsivamente en sus manos.

Así, con la frente inclinada y los ojos en el crucifijo, trémula y pálida, parecía sentir esos instantes extremos del condenado á muerte, en que no espera más que la señal para pasar á la eternidad.

No se esperaba más que la de arremetida, y se dió.

Rápidos como el viento, arrancaron los cuatro hidalgos, picando furiosamente á sus caballos, y alzando las hachas en disposición de herir de muerte cada uno á su contrario.

Chocaron.

Amaro de Vilamelle y su caballo rodaron por el suelo entre un mar de sangre, al formirable hachazo que le dió el Oso negro.

Pedro de Tor y su caballo rodaron también al descargar su hacha Rodrigo de Canaval.

Al instante corrieron á los caídos sus arque-

Biblioteca Nacional de España

ros mayores, y después de reconocerlos ligeramente, llamaron á algunos de los suyos á fin de conducirlos á una tienda que se había levantado para los heridos en un extremo de la barrera. Retiraron los caballos en seguida, y Sancho de Remesar y Rodrigo de Canaval fueron á ocupar otra vez sus puestos.

Toda aquella multitud, suspensa hasta entonces, pareció respirar á la vez, despidiendo un murmullo sordo y prolongado.

Las condesas alzaron la cabeza, y volvieron á bajarla otra vez, temblorosas. Al llegar á ellas la voz de que los dos que habián sucumbido eran Amaro de Vilamelle y Pedro de Tor, no despidieron un grito, pero se estrecharon las manos convulsivamente.

Casi al mismo tiempo los heraldos participaron gritando á los condes, que ninguno de los dos hidalgos había muerto, y que tampoco estaban heridos; pero que ambos se hallaban sin conocimiento.

El hacha del Oso negro había batido con la moharra el casco de Amaro de Vilamelle y dividiera en dos pedazos la cabeza de su caballo, cayendo ambos en la arena; y el hacha de Rodrigo de Canaval había dado ligeramente en el hombro izquierdo de Pedro de Tor, cayendo

Biblioteca Nacional de España

con toda la fuerza que llevaba sobre el pescuezo de su bridón.

Pedro de Tor, pues, no habría quedado fuera de combate si su caballo no hubiera sido derribado, y en su caída no le estrellara la cabeza contra el suelo.

Todas estas explicaciones, que corrían de boca en boca, fueron interrumpidas por otra señal de arremetida, volviendo á reinar el mismo silencio que antes y á cerrar los ojos los más sensibles á aquella lucha espantosa.

Avanzaron á encontrarse el Oso negro y Rodrigo de Canaval con toda la rapidez posible; se encontraron por fin, y sus dos hachas saltaron de sus manos, batiéndose á la vez hombre contra hombre y caballo contra caballo.

El Oso negro cayó por las ancas del suyo, y Rodrigo de Canaval encina de él, como si Rodrigo de Canaval llevara en sí la fuerza de un huracán.

Por aquel tiempo ya Amaro de Vilamelle había vuelto en sí y presenciaba con un estremecimiento cruel aquel verdadero choque de dos hombres de hierro; y viendo á Rodrigo de Canaval levantarse rápidamente y apoderarse del hacha de su contrario, sin darle tiempo para que se incorporase:

Biblioteca Nacional de España

—¡Gracia! ¡gracia! gritó con todas sus fuerzas.

Rodrigo de Canaval, que tenía ya el hacha levantada sobre la cabeza de Sancho de Remesar, volvió la suya hacia aquella parte en que se hallaba Amaro, y cerciorado de que era él quien le pedía la vida de su antagonista, la bajó con disgusto.

Luego, se acercó al coloso que yacía á sus pies muy mal parado por el golpe de la caída, y le dijo:

—Sancho de Remesar, te perdono la vida en nombre de Amaro de Vilamelle.

Y arrojó el hacha á pocos pasos de él.

Cuando todos vieron este desenlace, se deshicieron en elogios tributados á Rodrigo de Canaval, aunque algunos, tanto pecheros como nobles, empezaron á gritar:

—¡Que muera! ¡que muera el hidalgo de Remesar, que tal es la voluntad del cielo!

Amaro de Vilamelle se acercó entonces á Rodrigo, al mismo tiempo que su arquero mayor García Roucos, el cual le traía un caballo ensillado en reemplazo del que había perdido en el encuentro.

—¡Rodrigo de Canaval! le dijo Amaro quédamente; ¡cuanto te debo desde este instante!

Biblioteca Nacional de España

—Yo no soy Rodrigo de Canaval, le dijo el vencedor del Oso negro con voz entrecortada.

—¿Pues quién eres?

—Mírame y sabrás quien soy.

Y quitándose la gola le mostró el cogote.

—¡Oh! esclamó Amaro de Vilamelle, viendo en él un lunar como el que él tenía; ¡eres Clodio Espasende!

Y se estremeció desde los pies á la cabeza.

—¡Soy tu padre!

—¡Padre!.. ¡padre mío!..

—¡Silencio! ¡no nos perdamos los dos!

—¡Oh!.. ¿y qué temeis?

—Perder la vida hoy mismo, si sabe el conde de Lemos que yo me encuentro aquí.

—¿Y qué mal hay en que lo sepa, señor?

—Mucho... mucho...

—Y bien, callad si quereis que yo no penetre vuestra conducta: ¿pero dónde os encontraré para hablaros detenidamente, señor? por que yo necesito hablaros... yo necesito oiros!...

—Me oirás...

—¿Pero donde, señor?

—En las filas de los hermanos de Galicia.

Y montando á caballo, desapareció á galope de la plaza.

—¡Oh! volvió á exclamar Amaro; ¡mi padre

Biblioteca Nacional de España

es de los rebeldes! ¡mi padre! ¿pero quién es ese hombre?

VIII

UN JURAMENTO DE HONOR

Tal fué el fin que tuvo aquel combate que había preocupado los ánimos de todos desde el día anterior, pues nada más ocurrió que nos parezca digno de la atención de los lectores.

Al siguiente día, Pedro de Tor, Amaro de Vilamelle y Sancho de Remesar se hallaron completamente restablecidos de las caídas que llevaran.

El conde de Lemos los llamó á su cámara.

Hallábase el conde solo cuando entraron los hidalgos, y ocupaba un sillón magnífico que armonizaba con cuanto decoraba aquella habitación suntuosa hasta en sus menores detalles.

—Entrad, les dijo, os he mandado llamar para que desde hoy no conserveis recuerdo alguno que impida amaros los unos á los otros.

Este exordio tan evangélico les chocó á los tres hidalgos, porque jamás el conde se había ocupado de sus disensiones, hasta entonces tan

Biblioteca Nacional de España

frecuentes entre ellos. Inclináronse, sin embargo, y esperaron á que continuase.

—Quiero que desde hoy no sólo entre vosotros tres, sino en todo el apostolado, vuelva á haber rencilla alguna. El que dé lugar á ellas será terriblemente castigado.

Y alzó la voz cuanto pudo, como si pretendiera hacerse oir de alguna persona, oculta en una cámara contigua.

—Ahora, pues, para que no me quede duda alguna de que sereis buenos amigos, juradme por vuestro honor, señores, y sobre la cruz de vuestras espadas, que después de lo que ha pasado, jamás os dirijireis palabra alguna que pueda injuriaros villanamente.

—Lo juro á fe de hidalgo, señor; contestó Sancho de Remesar con voz robusta.

—Y yo; contestó Amaro.

—Y yo; contestó Pedro de Tor.

Y todos tres consecutivamente desnudaron las espadas, y cogiéndolas por la mitad con la mano izquierda, presentaron á la altura de la frente la relumbrante cruz de sus empuñaduras.

El conde se levantó de su asiento, y se descubrió majestuosamente, como para dar más realce á aquel acto caballeresco.

—Bien, dijo en seguida; yo espero que cum-

Biblioteca Nacional de España

plireis vuestros juramentos, y así acabad de daros las manos.

Los hidalgos se apretaron las manos, y después envainaron las espadas.

Contra lo que era de esperar, Amaro de Vilamelle no puso reparo alguno en tender su mano á los seductores de Inés de Novaes y de su hermana Beatriz, porque la imagen de Ildara absorbía todos sus pensamientos. Enamorado locamente de la condesa, todo su afán era verla una sola vez al día; y contento nada más que con esto, se creía el más feliz de los hombres. Así que, si acudió al combate, tan sólo fué por tener á raya á sus dos enemigos; pues como ya hemos dicho en otra ocasión, el odio y la venganza habían muerto para él.

—Acabais de comprometeros á guardar una amistad de hermanos y buenos caballeros, dijo el conde, cubriéndose y sentándose.

Pedro de Tor y el Oso negro cambiaron una mirada siniestra.

—Pero antes de marcharos, señores, necesito saber quién de vosotros ha tenido por arquero mayor á un tal Clodio Espasende.

—Yo, señor; se apresuró á decir Amaro de Vilamelle.

—¡Vos! le dijo el conde, clavándole una mi-

Biblioteca Nacional de España

rada que hizo estremecer al hidalgo. ¿Y desde cuándo ha sido vuestro arquero mayor? prosiguió.

—Hará unos dos meses, señor.

—Y asistía continuamente á sus deberes? volvió á preguntar.

—Siempre que lo he necesitado, siempre lo hallé á la cabeza de sus arqueros.

—¿Y desde cuando ha dejado de ser vuestro arquero mayor?

—Desde ayer por la mañana.

—¿Y no sabeis qué ha sido de él?

—Creo que ha muerto de una caída que llevó antes de ayer noche al pasar por Rivas-altas.

El conde se sonrió con desdén.

—¿Y jamás ese hombre os habló de los hermanos de Galicia?

Amaro se sonrojó; pero reponiéndose vivamente de la turbación que le ocasionaba aquella pregunta del conde,

—Jamás; contestó con voz firme.

Pedro de Tor y Sancho de Remesar volvieron á cambiar otra mirada de inteligencia.

—¿Y quién os recomendó á ese hombre para que lo tomarais de arquero mayor? prosiguió el conde en su interrogatorio; ¿ó lo conociais ya antes?

Biblioteca Nacional de España

—Yo no lo conocía... ni recuerdo haberlo visto hasta entonces.

—¿Qué entonces?.. ¿á qué época os referis?

—Me refiero á cuando hace dos meses se me presentó solicitando ser mi arquero mayor en el lugar de Fiz Salcedo, que acababa de morir.

—¿E hizo las pruebas que hace todo arquero mayor?

—Sí, señor. Puse una manzana sobre la frente de mi caballo, lo situé á treinta pasos de distancia... tiró... voló la manzana con la flecha, y mi caballo quedó sin lesión alguna.

—El tal arquero mayor era de admitir entonces.

—Pues bien, señor; yo lo admití sin más informes ni más pruebas.

El conde pareció reflexionar un poco.

—Amaro de Vilamelle, ese hombre no se llama Clodio Espasende.

—¿Pues como se llama, señor?

—Si es el que yo me figuro, por lo que me han dicho de él, os espantaríais todos al pronunciar su nombre. En fin, quiero que todas estas preguntas que os hice respecto á él, queden aquí. Si vuelve otra vez á meterse entre nosotros, no le volverán á valer sus amaños. ¡Se lo juro por mi nombre!

Biblioteca Nacional de España

—Lo que he notado, señor, objetó Amaro tímidamente, es que Clodio Espasende se ocultaba de vos siempre. Por dos ó tres veces lo mandé venir aquí, no sé con que motivo, y él mandó á otro arquero, excusándose.

—Esas palabras que habeis dicho, Amaro, me prueban vuestra inocencia.

—¡Mi inocencia!

—Sí, Amaro de Vilamelle, os creía en muy estrechas relaciones con ese hombre. Os creía vendido á él.

Pedro de Tor y Sancho de Remesar se buscaron con los ojos á estas palabras del conde.

¡Ah! ¡señor..! ¡sepamos quién es! murmuró Amaro.

—Por de pronto sabed que es un rebelde.

—¡Un rebelde! exclamaron los tres hidalgos.

—Un jefe de los rebeldes, un jefe de esos infames hermanos de Galicia, cuyo nombre os revelará algún día él mismo tal vez, espirando á los golpes de vuestras hachas. Yo no puedo aún deciros su nombre, porque no me convendría decirlo. Tengo un plan que se frustraría con ello.

Los hidalgos se inclinaron.

—Y una vez que ese hombre tan fatal, continuó el conde con voz alterada, se halló entre nosotros, es preciso que se redoble la vigilancia

Biblioteca Nacional de España

del castillo. Trasmitireis esta orden á los demás hidalgos.

Los tres volvieron á inclinarse.

—Es preciso que se redoble la vigilancia del castillo, porque á ese hombre le anima un odio implacable contra mí; un odio de más de veinte años. ¡Oh!.. ¡Oh! si es el que yo me figuro, pero que no creo capaz de tal temeridad, no acierto á comprender como es que vivo. ¡A qué milagro ó pensamiento de él deberé la vida!

Y enarcó las cejas, como si tratara de averiguarlo.

Estuvo un momento así, durante el cual reinó un gran silencio por parte de todos.

En seguida se levantó.

—Señores, dijo después, confio en vuestra fidelidad hasta los últimos momentos. Sed dignos de mi confianza, que yo haré vuestra dicha en cuanto dependa de un hombre tan poderoso como yo. Seguid dignos de Dios, de los reyes nuestros señores...

Y se descubrió.

—Y de vuestra hidalga sangre. Bien sabeis que el país está desgarrado por esas hordas de hombres viles, que bajo la voz de libertad y de no sé qué otros delirios que invocan, todo lo devastan á su paso. Gracias á Dios, aún no penetraron en

Biblioteca Nacional de España

mis tierras; pero tal vez no estén lejos de penetrar en ellas, al saber que los habitantes de la Puebla de Brollón, instigados por un tal Guimaro, se han negado á satisfacer uno de los últimos impuestos. ¡Si mis temores se confirman, desgraciados de ellos ó desgraciados de nosotros!

—Toda la sangre de nuestras venas es vuestra, señor; contestó Amaro de Vilamelle, tomando la voz por sus compañeros, los cuales repitieron también estas palabras.

—¡Pero ese hombre!.. ¡ese hombre!.. exclamó el conde, como luchando consigo mismo... ¡haber estado entre nosotros y no confundirlo!..

Amaro conoció que el conde hablaba de su padre y se inmutó.

—Señor, dijo el Oso negro, Dios me lo ponga delante armado ó desarmado, que si es un jefe de los hermanos de Galicia, como decis, y además os odia de muerte, yo os presentaré su cabeza en la moharra de mi hacha.

—Y yo, gritó Pedro de Tor.

—Y yo, repitió Amaro con voz apenas inteligible, como si hubiera hecho un esfuerzo por no despertar las sospechas del conde.

—Quiera el cielo que llegue ese instante, señores. Entre tanto, vuelvo á encomendaros la más escrupulosa vigilancia y la unión más completa.

Biblioteca Nacional de España

—Descuidad, contestaron ellos.

—Y respecto á vuestra cruel enemistad, cuento con vuestro juramento de honor, hecho sobre la cruz de vuestras espadas.

—Seremos hermanos, señor, volvieron á contestar á una.

—Enhorabuena. Retiraos.

Y saludando los tres hidalgos, salieron de la gran cámara del conde, dejándolo solo y meditabundo.

Cuando D. Alonso los vió desaparecer, corrió hacia la puerta de un salón que correspondía al suyo; y casi al mismo tiempo de llegar á ella, ésta giró sobre sus goznes como si la impelieran de la otra parte.

En efecto, viéronse en el umbral las dos condesas, graciosamente cogidas del brazo y con una sonrisa dulce en los labios; semejantes á esas caprichosas apariciones de las baladas.

El conde se inclinó con una galantería exquisita.

—Señoras, estais contentas?... Os basta el juramento de honor que hicieron? les dijo.

—Oh! sí... sí... balbucearon ellas.

Y le correspondieron con una sonrisa de ángeles.

Biblioteca Nacional de España

IX

DOMINGO

Dos horas después, es decir, en la tarde de aquel mismo día, la mayor parte de los doce hidalgos se encontraban en el salón que ya conocen nuestros lectores, celebrando con alegría consiguiente á toda reunión de jóvenes, la buena calidad del Esperón que les servían.

Excusado será decir que todos se hallaban agrupados á la gran mesa que, de la misma manera que la de un billar, ocupaba el centro del mencionado salón; que las copas se llenaban y vaciaban por momentos, y que aquella alegría se manifestaba con un bullicio incesante y estrepitoso.

Figúrese, pues, el lector, una situación análoga á la que nos abrió la primera escena de esta historia, y nos ahorrará una segunda descripción de aquellos cuadros animadísimos de bebedores, pues respecto á la causa de aquella bacanal, se explica terminantemente con decir que aquel día era domingo; y como no habrán olvidado aún, los jueves y los domingos eran los destinados por el conde para que se *divirtie-*

Biblioteca Nacional de España

sen despachando cuarenta botellas de vino añejo; número que algunas veces, las más por lo regular, solía subir hasta cinco ó diez más, gracias á su munificencia feudal, ó á su miedo, según dice en su citada obra Fray Pedro Sernande.

En el instante en que los volvemos á introducir en este salón, tenía la palabra el Oso negro; y como en cuanto se empezaba á hablar, hay relación con los sucesos que hemos narrado con toda la sencillez que prometimos, preciso nos es encargarle el mayor cuidado y atención, á fin de ilustrarse en varios puntos de los mismos sucesos.

—¡Oh, voto al diablo!... exclamaba el coloso, fijando continuamente sus miradas en Pedro de Tor y Amaro de Vilamelle; ya se lo he dicho al conde esta mañana. El día en que ese Clodio Espasende...

Pedro de Tor se inclinó á su oído y murmuró algunas palabras.

—¡Ah!... ¡es verdad!... continuó Sancho; se me había olvidado ese encargo del conde. Este Esperón es el mismo Satanás.

—¿Qué es eso de Clodio Espasende?... ¿qué hay, qué?... preguntó Rodrigo de Canaval, apurando su copa.

—Nada, Rodrigo, nada; contestó Pedro de

Biblioteca Nacional de España

Tor, riéndose: este maldito Oso negro ha tenido un sueño horroroso ayer noche, en que pululaban mil fantasmas más horribles que su figura, capitaneadas por ese diablo de Clodio Espasende... el arquero mayor de Amaro.

Todos acogieron aquellas palabras con una carcajada.

—¿Qué ha sido de ese arquero mayor? preguntó uno.

Pero sus palabras se perdieron entre el diluvio de epígramas que cayeron sobre las visiones de un hombre tan feo como el Oso negro.

Amaro de Vilamelle se halló muy agitado desde que éste había pronunciado el nombre de su padre; y cuando Rodrigo de Canaval le interrogó acerca de lo que se prometía decir de él, se le ocurrió una idea que hasta entonces no le había asaltado; una idea muy natural para el caso, según verán nuestros lectores.

Levantóse, pues, Amaro de Vilamelle, sojuzgado por aquella idea, y se acercó á Rodrigo de Canaval.

—Rodrigo, le dijo quedamente, de modo que no lo oyeran los demás hidalgos; ¿tú sabes quién es Clodio Espasende?

Rodrigo de Canaval pareció vacilar sobre la contestación que daría á estas palabras de Amaro.

Biblioteca Nacional de España

—Sí; tú debes saber quién es Clodio Espasende, prosiguió Amaro: por cuanto...

—¡Ah! ya sé en que te vas á apoyar, contestó Rodrigo; te vas á apoyar en la extraña sustitución de personas bajo la armadura mía, el día del combate, ¿no es verdad?

—Precisamente.

—Cosa que nadie sabe más que tú, ¿no es verdad?

—Creo que nadie más que yo y tú.

—Cosa que te habrá admirado, como si te hallaras en una de esas grutas encantadas de las orillas del Sil, ¿no es verdad?

—Sí, sí, pero acabemos, ¿quién es mi padre?

—¡Toma! ¡aun estamos en esas!... ¡Tienes veinte y un años y no sabes quién es tu padre!

—No, no, porque una circunstancia que tú no ignoras, me ha colocado entre dos padres, es decir, entre Luis de Vilamelle y Clodio Espasende.

—¿Y á quién te inclinas más?

—¡Oh! las pruebas son tan claras como la luz del día.

—Ya lo creo, ¡cáspita!

—Y además, el mismo Clodio Espasende me lo dijo.

—¡Te lo dijo!... pues entoncés no hay que

Biblioteca Nacional de España

darle más vueltas al negocio: Clodio Espasende es tu padre.

—Y luego... Luis de Vilamelle viene á ser...

—Tu padre de nombre; y Clodio Espasende tu padre verdadero. ¿No concibes cómo?

—Sí, sí.

Y Amaro se llevó las manos á la frente.

—Es un asunto claro. Figúrate que de buenas á primeras te enamorases de la condesa Ildara...

—¡Oh! ¡calla... calla... Rodrigo!

—¡Hum! quien dice la condesa Ildara, dice otra cualquiera mujer. ¿Qué me importa que me oyeran esto?

—Pero no hay necesidad de que lo oigan; pues cuanto quieras decir con ello bien lo comprendo.

—Callo, pues.

—Lo que yo quiero saber es cómo se llama mi padre, porque su verdadero nombre no es ese, no es Clodio Espasende.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Qué hace al caso saber quién me lo dijo? Vamos, sácame de esta horrible incertidumbre. Hay un gran misterio en todo eso y tú me sacarás de él.

—¿De qué manera, mi querido Amaro?

Biblioteca Nacional de España

—¿De qué manera?... ¡toma! diciéndome quien es... de donde vino...

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué es imposible?...

—Porque quebrantaría un juramento muy sagrado.

—¿Exigido por él?

—Exigido por él.

—¡Poder de Dios! cada vez encuentro todo más inexplicable. ¿Qué demonios se promete mi padre en ocultarme eso?

Rodrigo de Canaval encogió los hombros.

—¡Oh! desde la tarde del jueves acá, continuó Amaro con angustia, han pasado cosas terribles para mi!... Yo no sé cómo vivo!...

Y volvió á llevarse las manos á la cabeza.

—¡Vaya! exclamó Rodrigo de Canaval, ¡pues no te afliges poco! Vamos á ver ¿qué te pasa?

—¡Y me lo preguntas!

—¡Toma! pues si eso de tu padre me parece una bagatela... como todas las cosas de ciento al día!

—¡Una bagatela, Rodrigo! Me dicen que el hombre que yo tenía por padre no es mi padre... me presentan otro hombre delante, mi fisonomía parece un detalle de la suya, el lunar... los dedos de los pies... todo me confirma

Biblioteca Nacional de España

que ese hombre es mi verdadero padre, y él mismo me lo dice... pero ¿quién es ese hombre?

—¿Y de esa pregunta parten todos tus pesares? ¿nada más que de esa pregunta?..

—Nada más... sepa yo quien es ese hombre y por qué...

—¡Eh, eh! no vayas á decir un disparate, pues te veo muy aturdido, como si en efecto padecieras mucho por eso que digo yo, que no es más que una bagatela. ¿Quieres saber quien es tu padre, es decir, qué persona es, no es verdad?.. ¿quiéres saber una historia?..

—Y bien ¿esa historia la sabes tú?

—No. Sé que tu padre no se llama Clodio Espasende... pero la historia...

—Pues bien, ¿no quebrantarás el juramento que le hiciste?.. ¿no me dirás?..

—¡Eh, ¡Mauro de Lecín! dame esas dos copas que están juntas, gritó Rodrigo de Canaval, tratando de desentenderse de las preguntas de Amaro.

Amaro se dió á todos los diablos.

—Bebe; le dijo Rodrigo presentándole una de las dos copas que le había alargado Mauro de Lecín, y no te entristezcas así; deja correr la bola...

Y recalcó estas últimas palabras.

Biblioteca Nacional de España

—Además, continuó el hidalgo después que ambos bebieron; si en efecto no tienes más pesar que el que te ocasiona ese afán de saber qué persona es tu padre y demás particularidades... ¿por qué no te diriges á él?

—Es uno de los muchos jefes de los hermanos de Galicia; ya ves, es imposible.

—Y cómo sabes que es uno de los muchos jefes de los hermanos?

—El conde me lo dijo esta mañana.

—¡El conde! repitió Rodrigo.

Y se estremeció; pero reponiéndose en breve y haciendo asomar una ligera sonrisa á sus lábios, continuó:

—¡Cáspita! cuéntame eso... debe ser gracioso... muy gracioso.

Amaro le contó cuanto por incidencia le había referido el conde acerca de su padre.

—¡Ya!.. ¡ya!.. dijo Rodrigo de Canaval, moviendo la cabeza con aire de disgusto, ese pliego que recibió del conde de Villalba lo acaba de salvar. Nosotros sabíamos que había despachado un mensajero con ese pliego; pero no pudimos dar con él. Esto dió al traste con cierto proyecto de vuestro padre.

—¡Cómo. *nosotros!*.. ¿de quién hablais, Rodrigo?..

Biblioteca Nacional de España

—¡Ah! ¿he dicho *nosotros?*.. pues bien, vuestro padre y yo.

—¡Entonces vos estais en correspondencia con mi padre!

—A vos os digo que si; á otro le diría que no.

—¡Y en gran correspondencia!..

—Tal vez.

—Pues de no ser así, Rodrigo, ¿cómo explicar el haberse batido en mi favor con vuestra armadura, hacha, caballo, todo, todo como si en efecto fuerais vos?

—Ya veis.

—Bien, Rodrigo, tendré paciencia... esperaré...

—Mas vale, Amaro; y en tanto desviaos de mi lado. Temo á esos demonios de Pedro de Tor y el Oso negro, que os quieren mal.

—Y ¿qué podreis temer de ellos?

—Una calumnia.

—¡Y temeis una calumnia! Yo no temería nunca una calumnia.

—Ahora, siendo joven, no la temereis porque no sabeis lo que son las calumnias; pero cuando seais ya todo un hombre, es decir, cuando tengais ya más mundo, las temereis. Son muy malas las calumnias, ¡cáspita!

—Y ¿qué calumnias podrían levantarnos?

Biblioteca Nacional de España

—En el estado en que estamos, mi querido Amaro, hay una que á la verdad no me sentaría bien que digamos. Podrían acusarme de conspirador ó traidor... ¡Les costaría tan poco decir que conspirábamos!

—Pero, ¿no basta más que decirlo? Se necesitan pruebas.

—Las forjarán; y en tanto que uno se justificara, le tendrían en el calabozo, y un calabozo es el diablo para un hombre que efectivamente conspira como yo.

—Luego, ¿vos conspirais?

—Con toda mi alma.

—¿Por los hermanos de Galicia?

—Sí, por los hermanos de Galicia. ¿No os gustaría la igualdad de estado y condiciones? ¿No os gustaría ver libre este antiguo reino que oprimen á su antojo un puñado de obispos y de grandes potentados, imponiendo tributos onerosos para satisfacer sus caprichos? Bajo la bóveda del cielo no debe haber siervos ni señores, no debe haber más que hombres libres.

—¡Te has vuelto loco! esclamó Amaro.

Y se apartó de él con la sonrisa en los lábios y las miradas perdidas como si le asaltaran mil ideas á la vez.

En esto la atención de todos estaba fija en

Biblioteca Nacional de España

Mauro de Lecín, el cual de pie y con los ademanes más pronunciados, despedía palabras que de aquel modo la reclamaban.

—Sostengo, decía, que en menos de seis días seré el dueño de su corazón; y desafío á todos, á todos á la lucha, incluso ese Pedro de Tor, tan célebre por su hermosura.

—Cuando así nos desafías á todos, gritó Enrique de Marcelle, poseerás el atractivo del caballero del Findoro, aquel caballero que moraba antiguamente en el castillo de Santa Cristina del Viso, y del cual se cuentan tan admirables aventuras.

—Posea ó no la gracia del caballero del Findoro, vuelvo á deciros que en menos de seis días añadiré á los nombres de mis plazas conquistadas el de la villa de Monterrey.

—¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... exclamaron algunos; ¡Mauro de Lecín ya está borracho!

—¡Borracho!... bueno, como querais. En el caso de estar así, el mal no es más que para mí, y debiais aprovecharos de mi embriaguez para ganar dos mil maravedís. ¡Ea!... ¿quién apuesta, vamos, quién apuesta?

—¡Yo! Gritó Pedro de Tor.

Y se enderezó, atusándose el bigote con un desdén estudiado.

Biblioteca Nacional de España

—¡Bien!... ¡bien!... gritaron todos; á ver quien es el dichoso.

—Yo me alegro de que sea mi competidor Pedro de Tor, dijo el de Lecín; pues como es el más hermoso de todos, será así mayor mi gloria si venzo. Ahí están mis dos mil maravedís, señores.

Y arrojó un bolsillo sobre da mesa.

—Yo seré el depositario, dijo el Oso negro recogiéndolo.

—Ahí van tambien mis dos mil, gritó Pedro de Tor. Apuesto esos dos mil maravedís, á que antes de seis días os probaré, cuanto pueda un hombre de mis circunstancias, que la condesa de Monterrey me amará.

—Tienes ya tan perdidos tus maravedís, Mauro de Lecín, volvió á decir el Oso negro, que ya no doy yo veinte por todos. En primer lugar, Pedro de Tor es el más hermoso de todos los hidalgos, y en segundo, que ya la condesa está enamorada de él.

—¿Lo dices por haber dejado caer el pañuelo cuando se presentó Pedro de Tor? gritó Mauro de Lecín.

—¡Pues qué más prueba de que le gustaba!

—¡Hum! ¡hum! ¡hum! exclamó el hidalgo; ¡cómo se ve que para vosotros la condesa Maret

Biblioteca Nacional de España

es una persona desconocida. ¡Si supierais de ella lo que yo sé!

—¿Pues qué sabes? preguntaron todos.

—¡A qué decíroslo! Entonces no os admiraría mi victoria.

—¡Y se da por vencedor!... exclamaron algunos, riéndose; y ya se da por vencedor cuando su antagonista es nada menos que Pedro de Tor, el hombre más favorecido por la naturaleza, y por consiguiente por las damas.

—Pierdes, pierdes, Mauro de Lecín, exclamaron otros hidalgos.

—Veremos, señores, veremos; contestó el joven, y el que quiera apostar otros dos mil más á que la condesa de Monterrey llegará á darme pruebas de su amor dentro de seis días, que apueste. Ahí van.

Y metiendo la mano en su escarcela, volvió á arrojar otro bolsillo sobre la mesa.

Al presenciar tal entereza, casi todos los hidalgos se quedaron mirándolo con la boca abierta; y más de cuatro que metieron las manos en sus escarcelas con ánimo de apostar, seguros de la ganancia, volvieron á sacarlas sin dinero alguno.

—Este diablo, gritó Rodrigo de Canaval, señalando á Mauro de Lecín, no parece sinó que

Biblioteca Nacional de España

ha conocido ya á la condesa de Monterrey, es decir, que le ha dicho alguna vez de cerca que era muy hermosa.

—Sea lo que quiera, señores, contestó el hidalgo apostador, yo apuesto otros dos mil maravedís más á que la condesa Maret me va á amar dentro de seis días.

—¿Y no temes la cólera del conde de Monterrey? exclamó un hidalgo, llamando la atención de todos sobre este punto.

Mauro de Lecín se sonrió con aire de importancia.

—Eso es lo menos, á mi modo de ver, dijo el Oso negro, pues he oído decir que el conde de Monterrey es todo un alcornoque.

—Está visto, gritó Rodrigo de Canaval, que Mauro de Lecín quiere hacernos ver que Pedro de Tor, á pesar de ser tan hermoso, no será por eso el más favorecido de todos los hidalgos en achaques de amor.

Pedro de Tor lanzó miradas sombrías.

—Lo veremos, contestó.

—Y después de la conquista de la condesa Maret, volvió á decir el de Canaval, y ya que nada os importan los maridos, deberíais apostar por la de la condesa Ildara.

Todos callaron á estas palabras, y los ojos

Biblioteca Nacional de España

de Pedro de Tor, de Sancho de Remesar y de Amaro de Vilamelle, irradiaron amenazantes sobre Mauro de Lecín.

—Condesa por condesa, ¿qué más da? volvió á decir Rodrigo; las dos son jóvenes, bellas y poderosas. ¿Qué diferencia ú obstáculo debe haber para que no se apueste por la conquista de la una como por la conquista de la otra?

El mismo silencio sucedió á estas palabras, las mismas miradas de fuego sobre Mauro de Lecín.

En medio de aquel silencio, el reloj del castillo dió las cinco de la tarde, y Amaro se levantó pausadamente, como esperando oír una palabra de los labios de Mauro de Lecín; se encasquetó su gorra de terciopelo y puso la espada en el tahalí en disposición de ir á entrar de centinela.

—¡Cáspita!... ¡habeis enmudecido á esta proposición, señores! persistió la voz de Rodrigo. ¿No me habeis entendido? Os propongo la conquista de la condesa Ildara.

Mauro de Lecín, como si hasta entonces hubiera estado reflexionando acerca de aquella proposición, movió la cabeza á los dos lados como diciéndose así mismo que no, y alzó los ojos en busca de una copa, la cual apuró en

Biblioteca Nacional de España

pequeños sorbos: los de los hidalgos se apartaron de su semblante, y casi á una tomaron también sus copas y bebieron silenciosamente.

Amaro salió del salón.

Desde que se celebraban en él aquellas bacanales con todo el bullicio que las animaba, jamás fuera interrumpido por palabras de tanto efecto como aquellas.

—¡La conquista de la condesa Ildara!... murmuraban los hidalgos para sí. ¡Dios me libre de semejante pensamiento!... ¡Oh!

Y parecían aturdidos por el respeto que este nombre les inspiraba.

X

AMOR

Eran ya las cinco de la tarde.

El sol descendía, pálido y frío, bañándolo todo con sus destellos de color de rosa; y las montañas que limitaban el horizonte del gran valle, se iban mostrando de un azul oscuro por algunas partes, así como por otras presentaban un verde claro que era grato contemplar á aquella hora. Unas y otras recortaban en el espacio,

Biblioteca Nacional de España

bajo formas enérgicas, sus caprichosos contornos, sobre los cuales ondeaban mil nubes de carmín y plata.

Es muy delicioso contemplar á la caída de la tarde, y máxime en primavera, las sinuosidades ó figuras de esas bellas nubes que se proyectan tan serenas y poéticas en el límpido azul del cielo. El alma parece elevarse á Dios en estas contemplaciones dulcísimas, desprendiéndose de todo cuanto en la tierra le sea anejo, pesares y alegrías.

Por lo regular, muy pocas organizaciones delicadas, muy pocos seres dotados de esa sensibilidad exquisita que se anuncia en su frente con el sello de la melancolía ó el dolor, dejan de participar de esas contemplaciones suaves, á la vista del sol poniente. Entregan el alma á la impresión dulcísima del cielo, y se dejan arrastrar por aquella vaguedad infinita que los acerca al Criador.

La condesa Ildara, que poseía una de esas organizaciones, se hallaba dominada en aquel instante por el encantador aspecto del firmamento.

Sola, y asomada á la ventana de su oratorio, que caía á la explanada ó azotea principal del castillo, y desde la cual se revistaba todo, se asemejaba en su inmovilidad contemplativa, á

Biblioteca Nacional de España

un ángel de Dios, agente de él en este mundo, y tornando á él sus lindos ojos.

Parecía que no había nada capaz por el momento de hacérselos descender, apartando su pensamiento del cielo para ocuparse de las cosas de la tierra; y sin embargo, al vibrar una voz muy cerca de ella, cayeron sus miradas y su pensamiento sobre la explanada.

Escuchó las palabras de Amaro de Vilamelle que venía á relevar á Fernan de Amande, y como trastornada por aquella voz y por la vista del hidalgo, se retiró temblando de la ventana, y entró en el fondo de la cámara, donde cayó á los pies del crucifijo que se veía cerca del reclinatorio.

Una vez allí, clavó sus ojos en él, se desprendieron de ellos algunas lágrimas, y sus labios balbucearon dolorosamente:

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡arrancadme este corazón del pecho!... ¡este corazón que se revela contra vos y contra lo más sagrado de una mujer!... ¡Oh!... ¡Señor!... ¡Señor!... ¡qué corazón tan malo me habeis dado!...

Y lloró tristemente con la frente sobre el pecho y las manos convulsivamente apretadas.

Permaneció así algunos instantes, y se levantó como edificada; pues su mirada cayó sobre

Biblioteca Nacional de España

el crucifijo con toda la expresión del reconocimiento.

Después se dejó caer en un sillón, serena y tranquila, pero con la vista fija en el suelo y una palidez de santa.

Continuó de este modo algunos minutos, y al alzar sus ojos azules y melancólicos hacia el crucifijo, lo miró ligeramente dirigiéndolos en seguida á la ventana, donde quedaron clavados con una irradiación indefinible de amor.

Entonces, palpitante de emoción, como si participase de una lucha violenta entre sus principios, y la naturaleza venciera en aquel momento, se adelantó hasta ella y asomó la cabeza.

Miró al hidalgo, y se estremeció embriagada de amor. Atravesó un rubor de fuego sobre su frente... brillaron algunas lágrimas en sus ojos... y hubiera caído de rodillas indudablemente, si los recuerdos de otro amor no la obligaran á repeler la idolatría que revelaban las miradas de Amaro de Vilamelle, fijas en ella como si le consagrara todas las potencias de su alma.

Volvió, pues, á retirarse de la ventana y á caer sobre su reclinatorio.

—¡Señor!... ¡Señor!... balbuceó con la mayor angustia; vos, que todo lo podeis, ¿por qué no me arrancais este corazón que va á ser dos ve-

Biblioteca Nacional de España

ces perjuro?... vos que todo lo podeis, ¿por qué no impedis que á su vista todas mis fibras se estremezcan... desaparezca la imagen de mi esposo, la idea de faltar á los deberes más santos... y aun vuestro amor, Señor, el amor tan grande que yo os profeso?

Y poseída de aquel fanatismo divino, volvió á llorar la pobre niña y á apretarse las manos desesperadamente.

—¡Porqué, Señor! volvió á decir en la actitud más dolorosa, ¡porqué no alejais de mí corazón este amor que me abrasa!... ¡todas estas emociones que no pertenecen á vuestros misterios!...

Y luego, como si luchara con una idea consoladora:

—¡Oh, vos no debeis querer que mis plegarias sean interrumpidas por pensamientos que pertenezcan á otro más que á vos!... ¡Vos no debeis de desear que yo os olvide por él!... y que olvidándoos á vos, lo olvide todo!... ¡Señor, Señor!... dadme fuerzas para rechazar este amor criminal que me inunda de las más palpitantes delicias... este amor criminal que en vano pretendo desterrar de mi corazón!...

Y salían todas estas quejas de sus labios, una á una, con toda esa lentitud de las grandes lu-

Biblioteca Nacional de España

chas del alma delante de Dios. Había en ella todo el amor y la ternura de la Samaritana, todo el dolor y el arrepentimiento de la Magdalena!...

¡Pobre ángel, vibrante de pasión!

De repente giró la puerta del oratorio y dió paso al conde D. Alonso.

—¡Ah, mi querida Ildara!... exclamó con tono pesaroso; ¡siempre de rodillas! ¡siempre á los pies de Dios!

—¡Oh, Señor!...

—¡Por Santiago, Ildara, no parece sino que has cometido algún crimen! ¡A qué tanto orar!

—¡Ah, señor, nunca se ora bastante!

—¡Hum! ¡siempre también con esas contestaciones de monja! ¡Diablo! yo te quisiera ver menos religiosa... menos amante de Dios... ¡eh, no te asustes! Quiero decir, que te querría ver más alegre, más cariñosa para mí.

Ildara clavó en él sus ojos azules.

—¡Ah!... ¡Hoy por fin me miras un poco!... Bueno; esto es haber hecho ya algo con pocas palabras: pero desconfío de concluir tu conversión. Ese diablo de Pedro de Courel, tu hermano, más fraile que los que habitan los conventos, te ha educado malditamente... Te ha dicho siempre que no amases más que á Dios; y todo

Biblioteca Nacional de España

eso sería bueno para una monja, que se casa con él; pero para una joven como tú, que se había de casar con un hombre como yo, ¡oh, hizo muy mal, ¡por el cielo!

Y calló, como si esperase una contestación de la condesa, pero á sus palabras sucedió el silencio más completo.

—Ven, ven á mis brazos; continuó en seguida; yo te amo más que á cuanto existe para mí de bueno en este mundo; te amo como si te hubiera recibido de las manos del mismo Dios. Amo tus lágrimas, tus oraciones, tus miradas, tus ademanes... todo cuanto te pertenece... todo cuanto tú amas.

Y la estrechó en sus brazos con toda la ternura respetuosa de un padre; con toda la ternura moderada de un esposo.

Ella prosiguió mirándolo también tiernamente; pero de tiempo en tiempo brotaban algunas lágrimas de sus ojos, como despertadas por el recuerdo de otro hombre á quien amase, ó por la dulzura y el amor profundo del conde.

—Me fuera imposible vivir sin tí, continuó él muy conmovido; sin verte todas las horas del día, si fuera posible. ¡Por cuanto hay en el mundo no quisiera perderte, porque perderte á tí sería morir!

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh! balbuceó ella, mirándole sin lágrimas, ¡cuánto me amais, señor!

—No lo sabes aún bien, Ildara mía, virgen mía, ángel mío... no sabes aún bien cuánto yo te amo. Por lo mismo que te amo mucho, quisiera verte tranquila y feliz, siempre tranquila y feliz, ¡sábelo Dios!

—Y bien, señor, contestó ella; yo procuraré desde hoy no entregarme tanto á ese amor divino que así consume mi alma.

Y sonrió, como si todo lo olvidara ya en aquel momento.

—Oh, por tu vida y por la mía, hazlo así, mi querida esposa! Por tu vida, porque ese escepticismo concluirá con ella dendro de poco; por la mía, porque ya te lo he dicho antes, tu vida es mi vida.

Y la miró con toda la pasión que revelaban sus palabras.

Ella añadió otra sonrisa, y cada una de estas sonrisas parecía obrar un efecto mágico en las miradas y en las palabras de aquel hombre, animadas por el amor más sincero y vehemente.

—Mira, mi bella Ildara; hoy he entrado aquí tres veces y en todas las tres veces te hallé como ahora, postrada á los pies de Dios, llorosa

Biblioteca Nacional de España

y abatida. ¡Lo que padece mi corazón al verte así, Dios tan sólo puede decírtelo!

—¡Oh, señor, señor! yo repito que procuraré agradaros.

—Gracias... gracias, esposa mía; yo te lo recompensaré con más amor, si más amor hacia tí puede encerrar mi alma. Yo nada más te pido para mi felicidad que un poco menos de amor á Dios, y más interés por lo que te rodea. Antes no eras así... Amabas á Dios tal vez con tanta idolatría; pero tenías horas destinadas para tus oraciones.

—¡Antes... antes! murmuró ella como si hablara consigo misma.

—Pero hará unos cuantos días que apenas se te ve fuera del oratorio. Cualquiera que no supiera cómo fuiste educada, creería ver en esto un acto de arrepentimiento á alguna falta... ó á algún crimen... de esos que se confian á Dios tan sólo.

Ella bajó los ojos.

—Oh, Ildara! yo te lo digo por tu bien... tanto amor te va á matar.

—¡Oh! sí, teneis razón, conde, exclamó ella, como si delirase; ¡tanto amor me va á matar! ¡Nada amé en este mundo más... ni á mis padres... ni á vos... ni á mi hermano... ni á Dios mismo!

Biblioteca Nacional de España

—¡Condesa! exclamó D. Alonso, sorprendido de su exaltación, estais delirando; sin duda ese amor divino, además de matar lentamente vuestro cuerpo, destruye también lentamente vuestros sentidos! ¡Oh, sí, sí, nada más claro!

Y levantándose como un hombre que recibe un gran golpe y busca remedio para él, se quedó un instante de pie, pasando las manos por la frente, y mirando á su esposa con la mayor angustia.

Ella estaba á sus pies arrodillada, inmóvil y llorosa, y pálida como una flor que empieza á languidecer á las primeras ráfagas del huracán.

—¡Oh, ¿qué haceis á mis pies, Ildara! exclamó él saliendo por fin de sus reflexiones, al verla de aquella manera; álzate, álzate, por el apóstol Santiago.

Y la ayudó á levantarse; pues la condesa Ildara se sentía desfallecer; y la sentó en un sillón, sentándose él después en otro contiguo.

Reinaron unos cortos momentos de silencio, durante los cuales ambos se encontraron muy pensativos.

—Ildara, dijo el conde; me has dado palabra de no entregarte de esa manera á un amor que labrará tu muerte.

Ella le miró fijamente.

Biblioteca Nacional de España

—Cumple tu palabra, querida mía, prosiguió él; ten como antes las horas fijas para tus oraciones, pero nunca te abandones tanto á ellas.

Las húmedas miradas de la condesa cayeron sobre la alfombra.

—Ama á Dios, pero no olvides á los hombres por él; piensa en los que te aman.

Otra vez volvió ella á mirarlo fijamente.

—¡Oh, sí, en los que te aman, mi buena y querida Ildara! ¡piensa en los que te aman, y que sin tu amor morirían de pesar! ¡Tu amor, ese amor que yo me atrevo á disputar hasta al mismo Dios que nos ha criado!

Ildara bajó los ojos. Hubiérase dicho que en esta alternativa, ella obraba como si el conde conociera el estado de su corazón, su amor tan grande á Amaro de Vilamelle, á aquel joven hidalgo tan bello y tan afligido aquella noche en que su alma empezó á amarle, aquella noche en que todas las delicias de su vida se encerraron en la delicia de contemplarle.

Hubiera ella querido en aquel momento revelar á su esposo, que todo aquel inmenso amor que llenaba su existencia y que él atribuía á Dios, lo había despertado en su pecho uno de sus hidalgos, pero ella conocía el carácter enérgico y temible de él, á pesar de sus frivolidades,

Biblioteca Nacional de España

y que nada, ni aun ella misma podría salvar á aquél de una muerte segura, por más clara que se probare su inocencia.

Además, ¿tanto amor como atesoraba para ella el corazón del conde, sería pagado con una revelación capaz de enloquecerlo?

Había instantes en que todas estas ideas se agolpaban á su cerebro, y parecían trastornarla completamente, como se ha visto por algunas palabras que había proferido.

—¡Bien sabe Dios, continuó el conde, cada vez más conmovido, que no hay alegría para mí en el mundo como la que experimento cuando estás alegre, contenta, feliz!... pero esa vida que llevas de pocos días á esta parte, en que has hecho de tu oratorio nada menos que una celda, toda esa vida, en fin, de lágrimas y de oraciones, me despedaza el pecho y me es insoportable.

—¡Oh, señor... señor... si supierais!... balbuceó ella.

Y no pudo concluir, como si fuera á desenvolver su alma, pliegue por pliegue, y en esta declaración sucumbiera cruelmente atormentada.

—¡Oh! ¿qué he de saber, Ildara! ¿qué he de saber que no sepa?

Biblioteca Nacional de España

La condesa le miró asustada.

—¿Tu amor á Dios?...

A estas palabras de D. Alonso se tranquilizó.

Bien sé que tu amor á Dios es profundo, que absorbe tus pensamientos, que llena en fin tu existencia; pero, vuelvo á repetirlo, Ildara, ¡quisiera menos amor á él y más amor á mí!

—¡Bien... bien... señor! tartamudeó ella, como haciendo una promesa violenta que rechazase su corazón.

—Perdóneme Dios y los hombres si soy muy egoista en ambicionar parte del tesoro de amor que depones á los pies de él... un amor sin respuesta.

—¡Oh, sí... sin respuesta! repitió ella, como si se penetrara de una verdad hasta entonces en duda.

—Ildara mía, dijo él levantándose y dándole un beso en la frente, ¿puedo prometerme desde hoy más amor de tu parte?

—¡Oh! sí... sí... contestó ella, devolviéndole otro beso que acabó de hacer feliz al conde.

Y como si éste tratase de malograr aquella felicidad que embargaba su alma, continuando en destruir el amor á Dios que él creía encerrado en el pecho de su esposa, se dirigió á la puerta del oratorio.

Biblioteca Nacional de España

—¿Os vais, señor! exclamo ella con tristeza.

El se estremeció todo. La dicha del paraíso no sería para él tanta dicha como esta dulce reconvención en los labios de su esposa.

—Voy á ver á Abenhamar, Ildara; ¡si quisieras venir á verlo jugar en el picadero!

—Iré, señor, iré; creo que estando siempre á vuestro lado, no volveré á pensar más en...

Y volvió á detenerse ruborizada.

—¡Oh, no ambiciono tanto, querida mía! se apresuró él á decir; yo no anhelo que olvideis á Dios completamente. No; ni tanto, ni tan poco. Ama á los dos, pero no olvides al uno por el otro. ¡Ven, ven á ver las gracias de Abenhamar!

—Esperadme en el salón, Alonso.

—¿Quereis orar? ¡orad! No os estorbaré con mi presencia; os espero, pues, en el salón.

E inclinándose profundamente, salió.

Ella entonces volvió á quedar sola, y de pie en el centro del oratorio, á pocos pasos de Dios y á pocos pasos de la ventana.

Por un segundo miró alternativamente á uno y otro punto, pasado el cual, se dirigió tímidamente á la ventana.

Aun no se había ocultado el sol; los argentados celages que tanto había contemplado algún

Biblioteca Nacional de España

tiempo antes, tomaron nuevas formas y colores, y las montañas se cubrían de un azul más uniforme.

Pero nada de todo esto buscaron sus ojos, llenos de una suavidad inexplicable; pues en lugar de elevarse, se bajaron como subyugados por un pensamiento poderoso.

Amaro la miraba desde su sitio con tal fuerza de expresión, que hubiera dado que pensar al conde de Lemos. De tiempo en tiempo una nube de pesar oscurecía su frente, y era cuando en los párpados de la condesa temblaba alguna lágrima.

En uno de estos momentos, el enamorado doncel no pudo menos de vencer el respeto que le separaba de ella, y se la acercó resueltamente sin prever las fatales consecuencias que pudiera tener aquel paso.

Amaro levantó su cabeza cuanto pudo al nivel de la ventana y vió caer á la condesa sobre el reclinatorio, con los ojos en el crucifijo, pálida, temblorosa y abatida, murmurando algunas palabras de piedad.

Casi al mismo tiempo la puerta del oratorio se abrió, y el conde apareció en el umbral, que venía en busca de su esposa, y viendo la cabeza de Amaro en la ventana, pues el pobre hidal-

Biblioteca Nacional de España

go no pudo retirarla tan pronto que él no la viese, corrió hacia él antes que hacia ella.

—¡Por Santiago! gritó con el mayor furor, ¿qué diablos se os ha perdido en esta cámara?

Amaro quiso tartamudear una disculpa, pero se quedó asombrado oyendo la voz de Ildara que decía al conde:

Dejadle, conde; hoy es domingo, y según vos decis, los jueves y los domingos vuestros buenos hidalgos no tienen uso de razón.

El conde soltó una carcajada, retirándose de la ventana.

Amaro volvió á levantar los ojos al cielo y á blasfemar como acostumbraba cuando le sobrevenía alguna desgracia.

Empero tanto el conde como Amaro, se equivocaban sobre el sentido que daba Ildara á estas palabras. El conde creía ver en ellas un donaire de la condesa, y era demasiado feliz para no acogerlo con toda su alma. Amaro creía ver en ellas una calificación de borracho. No creía que pudiera ser él tan feliz que fueran pronunciadas tan sólo por salvarlo de la cólera del conde. ¡Cómo concebir él esta idea tan halagüeña, si aquella mujer se había espantado de sus palabras de compasión, y había retrocedido de él hasta caer como accidentada!

Biblioteca Nacional de España

XI

LA CARTA

Dos horas después de la salida de Amaro de Vilamelle del salón de los Hidalgos, la mayor parte de estos yacían en sus sillones ó en sus camas bajo la influencia del sueño que por lo regular les producía el Esperón, al beberlo menudamente, excepto cuatro: Fernán de Amande, Pedro de Tor, Sancho de Remesar y Rodrigo de Canaval, los cuales aun seguían departiendo amigablemente.

Era de notar que, no obstante hallarse sobre la mesa bastantes copas llenas de vino, tan sólo bebiese Fernán de Amande, y que los demás no las apreciaran tanto como él, cuando eran de los más conocidos por su afán en sostener que como el Esperón no se cogía otro vino en Galicia, ni en el mundo entero.

Y tanto más era de notar esta circunstancia, cuanto que la conversación que sostenían no era tan interesante aun para ellos mismos que les hiciera olvidarlo enteramente.

—¡Rayo del cielo! esclamaba Pedro de Tor,

Biblioteca Nacional de España

¡jamás te hubiera creído capaz de ponernos á los dos fuera de combate!

—¡Pues qué creiais, señor hidalgo de Tor; contestó Rodrigo de Canaval, que yo juego lo mismo el hacha cuando se bate uno á muerte, que cuando se bate uno sólo por batirse!

—¡Ni yo tampoco hubiera creído que alguna vez me habías de derribar así! añadió el Oso negro. ¡Voto al diablo, y qué fuerza!... ¡qué fuerza desplegaba el hombre!

—¡Eh! quiere decir, que si no estais contentos, contestó Rodrigo, haciéndose el jaque, ¡otra vez será más!

—No... no... ¡rayo del cielo! gritó Pedro de Tor; espero que no llegará ese caso; pero si llegara, me rendiría antes.

—¡Cobarde!

—¡Phits! ¡qué sé yo si soy ó no cobarde, Rodrigo! pero lo que sé es que tu brazo era tan formirable como el de un gigante; y á no saber de cierto, como lo sé, que eras tú con quien me las he habido, hubiera dicho que Bernardo del Carpio ó el Cid se hallaba debajo de tu armadura.

—¡Vaya... si querreis volverme loco con tantos elogios!

—Es la verdad, objetó Fernán de Amande;

Biblioteca Nacional de España

yo he asistido también, y parecía tu fuerza la del diablo. Y sinó, recordad el segundo choque.

—¡Huf, huf... si lo recordaré toda mi vida! gritó el atleta; lo mismo me aplastó las espaldas con la violencia de su cuerpo como si fuera de bronce.

Y agitándose vivamente como si le asaltara una idea repentina:

—¡Ah! se me olvidaba darte las gracias... las más expresivas gracias... Me has dejado vivir... te debo la vida.

—¡Á mí no me debes la vida, Sancho de Remesar, interrumpió Rodrigo; yo te iba á matar y Amaro de Vilamelle me gritó que te perdonase. A Amaro de Vilamelle, pues, le debes la vida!

—Amaro de Vilamelle, dijo Fernán de Amande, tiene un corazón de niño... ¡es un pobre muchacho!

Y acomodándose en el sillón lo mejor que pudo, cerró los ojos é inclinó la cabeza sobre un hombro, como si sintiera venir el sueño.

Pedro de Tor y el Oso negro cambiaron una mirada de alegría, que no se escapó á la vigilancia de Rodrigo de Canaval.

—En cuanto vea á Amaro le daré entonces

Biblioteca Nacional de España

las gracias, dijo Sancho de Remesar; tiene razón este borracho de Fernán de Amande, Amaro de Vilamelle es un niño de corazón, un pobre muchacho.

Y volvió otra vez á buscar los ojos de Pedro de Tor; y ambos se correspondieron con una sonrisa siniestra.

Ni estas segundas miradas, ni estas sonrisas siniestras se escaparon á la atención de Rodrigo de Canaval, poniéndola toda en observar la pantomima que casi habían sostenido desde el principio de la bacanal de aquella tarde, sin que ellos lo echaran de ver.

—¡Vaya si es un pobre muchacho! dijo Rodrigo lentamente y con dificultad, como si tambien lo fuera á rendir el sueño ó se empezara á fingir con él; es un pobre muchacho á quien nadie debía ofender sin más ni más.

Los dos hidalgos evitaron el mirarse, como si en algo les remordiera la conciencia.

—¡Y quién diablos le ha de ofender! exclamó Pedro de Tor.

—Justamente, ¡Quién le ha de ofender! repitió el coloso.

—Algunos se yó que le quieren mal, objetó Rodrigo, y tan mal que no desean más que verlo muerto.

Biblioteca Nacional de España

Y bostezó como si empezara á abismarse en un sueño delicioso.

—¡Serán sus herederos! dijo Pedro de Tor.

—¡Qué herederos, si amaro de Vilamelle no tiene más que una torre medio arruinada y unos cuantos *ferrados* de tierra! volvió á decir Rodrigo, cerrando y abriendo los ojos como si hiciera grandes esfuerzos por despertar.

—Algo es algo, dijo el coloso; y supuesto que tú requieres de amores á su hermana Isabel...

Rodrigo se sobresaltó.

—¡No te vendría mal, continuó el Oso negro, agregar á tu torre de Canaval la torre de Vilamelle, y á tus tierras las tierras de Amaro!..

—No le vendría mal, no; apoyó Pedro de Tor con una intención diabólica.

—En ese caso... tartamudeó el Oso negro, es decir, en el caso de que Rodrigo de Canaval ambicionara que su mujer no le llevara en dote la torre de Vilamelle y los *ferrados* de tierra que le son anejos, le doy ya la enhorabuena.

Pedro de Tor miró á Sancho con centellantes ojos.

—¡Cáspita! ¡la enhorabuena! exclamó Rodrigo de Canaval como despertando: de qué diablo me das la enhorabuena; de la muerte de Amaro?

Biblioteca Nacional de España

Los hidalgos callaron.

—Quién sabe, señores, si todos nosotros moriremos antes que él, continuó Rodrigo. Yo soy muy desgraciado, y por lo mismo que me vendrían bien las haciendas de Amaro de Vilamelle, Amaro de Vilamelle tal vez asistirá á mi entierro.

—Me parece que más bien nosotros asistiremos al suyo, dijo Pedro de Tor.

—¡Y muy pronto! añadió el Oso negro.

—¡Si me querreis matar de alegría! exclamó el hidalgo de Canaval, fingiendo que le costaba gran trabajo abrir los ojos.

—¡Ea, despierta! dijo el Oso negro; tú sin duda sabes quienes son esos *algunos* que desean concluir con Amaro de Vilamelle. ¡Habla! entendámonos todos.

Y le dió algunos golpecitos en los hombros, como pretendiendo alejar el sueño que empezaba á apoderarse de él.

—¡Sí... sí... despierta! dijo tambien Pedro de Tor, acercándose á Rodrigo; tal vez salte la liebre en donde menos se piense.

Y á semejanza de Sancho de Remesar, le dió golpes en los hombros y en la cabeza.

Pero los esfuerzos de uno y otro para que despertase ó no se durmiera el hidalgo, fueron

Biblioteca Nacional de España

vanos. La cabeza seguía el impulso que le comunicaba el golpe, y el cuerpo lo mismo; resultando de todo esto que Pedro de Tor y Sancho de Remesar lo dieron por dormido.

—¡Por fin, hemos quedado ya solos! exclamó Pedro de Tor.

—¡Solos! exclamó el Oso negro, tendiendo una mirada horrible sobre los cuerpos de los demás hidalgos que dormían en los sillones.

—Solos, afirmó Pedro de Tor; ¿quién dice que todos ellos no están como piedras? Este diablo de Rodrigo era el que nos dió más que hacer. ¡Qué charlatán estaba esta noche!

—¡Por tus miradas malditas, no lo asocié á nuestros planes! dijo el Oso negro á modo de reconvención amistosa.

—¡Ya! pero cuando le descubrimos el flaco era cuando ya iba á quedarse como está, hecho como un tronco.

—El debe sospechar algo de nosotros...

—¡Cómo sospechar, Sancho! Qué diablos ha de sospechar de nosotros un hombre que sabe que nosotros no le queremos mal.

—Que sé yo, Pedro; me ha mirado de cuando en cuando con cierto modo que me hizo *sospechar que él sospechaba*. Además, él es amigo de Amaro y sará pronto su hermano.

Biblioteca Nacional de España

—Sí, pero es ambicioso; y no sé porqué se me figura que por la torre y tierras de Vilamelle entraría en nuestro plan.

—¡Tal vez! ¡Maldito vino!

—En fin, por ahora somos bastantes los dos, Sancho, para llevarlo adelante. Conque hablemos de él y dejemos á los demás.

—Hablemos, pues, ¡voto al diablo!

—No te olvidarás, Sancho, de que en nuestro convenio entraban tres medios de perder á Amaro de Vilamelle, tres medios bien combinados.

—No me olvido, no. El combate, la acusación de estar en correspondencia con los comuneros ó hermanos de Galicia para entregarles el castillo, y por último, otra acusación referente al honor de la casa.

—Bien.

—Y como el combate nos salió mal...

—Y tan mal, ¡rayo del cielo!

—Preciso nos será apelar al segundo medio; el cual, Pedro, á mi modo de ver las cosas, presenta más dificultades de un buen éxito que el combate.

—Eso es delirar, Sancho. Verás que pronto te hago ver lo contrario.

El Oso negro movió la cabeza con aire de incredulidad.

Biblioteca Nacional de España

He discurrido toda la noche y todo el día y no he encontrado alguna cosa en que apoyar la acusación, Pedro.

—Porque tú eres muy torpe, Sancho. Eres tan feo como torpe. ¡Conque has oído esta mañana decir al conde que el arquero mayor que ha tenido Amaro era uno de los muchos jefes de los rebeldes, y que este tal Clodio Espasende odiaba al conde hacía más de veinte años, y no has discurrido nada!

—Bien, bien, no me había acordado de todo eso. Además, como el conde nos prohibió que se supiera...

—Esta noche te haces el tonto, Sancho. Sin duda esta noche quieres pasar esa plaza. Una de dos, ó estás borracho, ó quieres hacerte el necio; y eso es detestable.

—No, no, Pedro de Tor: ¡hay una cosa dentro de mi pecho que no podrá acallar el Esperón ni todas las necedades posibles. Ruge en mi pecho el odio... quiero la muerte de Amaro de Vilamelle á toda costa!

—Pues bien, si tú no has discurrido un medio de probar á los ojos del conde que Amaro de Vilamelle es un traidor, yo lo encontré...

—Veamos.

—¿Tú sabes escribir, Sancho?

Biblioteca Nacional de España

—Así, así, Pedro; como mi padre era tan amigo de los frailes...

—Bien, toma este poco de pergamino.

Y presentó sobre la mesa un pedazo de él cortado á modo de carta.

—Ahora trae el tintero que tienes en tu cámara.

El Oso negro se levantó, y dirigiéndose á su cámara, volvió en breve con el tintero.

—Me lo regaló mi maestro, Pedro; dijo al ponerlo sobre la mesa: Fray Juan de Losada era todo un regalo; no tenía cosa de que no se desprendiera.

—Déjale en paz en el otro mundo, y no te sientes.

—¿Pues qué más quieres?

—Trae esa tabla donde está el gran pergamino de los hidalgos.

—El Oso negro descolgó la tabla y tornó con ella en las manos.

—¡Diablo! ¿qué querrás hacer con esto?

—A ver, Sancho; lee todo cuanto diga, y busca entre sus párrafos uno que hace referencia á los que sepan alguna conspiración contra la persona del conde.

—Vaya, vaya, murmuró Sancho; sin duda vas á hacer alguna cosa en regla.

Biblioteca Nacional de España

Y se puso á recorrer con los ojos el contenido del pergamino.

Pedro de Tor seguía en tanto silencioso y cabizbajo, esperando sin duda la lectura de aquel párrafo que le había pedido á Sancho de Remesar. El odio que este hombre sentía hacia Amaro de Vilamelle, en nada disminuía, y antes al contrario, se aumentaba por instantes: ya tan pronto lo veía á él como tan pronto veía á la condesa Ildara.

Porque además de la pasión ardiente que experimentaba por ella, pasión que ninguna otra mujer, ni aun la encantadora condesa Maret con sus miradas centelleantes pudo hacerle olvidar, era todo aquello para él una cuestión de amor propio. Se tenía por el más hermoso de todos los hidalgos, y lo era en efecto; y otro, un pobre joven á quien no le concedían gran superioridad de belleza, iba á arrebatarle cuanto más amaba, arrebatándole á la vez la celebridad de hombre hermoso que él pretendía en sus sueños dejar sentada en los romances de los juglares, de la misma manera que la celebridad guerrera de Rodrigo Díaz de Vivar.

Por extraño y repugnante que esto parezca á la mayor parte de los lectores, les pedimos que por un solo momento vuelvan la vista hacia su

Biblioteca Nacional de España

pasado y que recuerden si entre los hombres que han encontrado en su camino no hallaron alguna vez uno de semejantes pretensiones, uno de esos hombres algun tanto favorecidos por la naturaleza y que se creen predestinados á llevar á cima grandes conquistas amorosas, fundados en semejante circunstancia.

Respecto al odio del Oso negro á Amaro de Vilamelle, era hijo de la pasión salvaje y feroz que le hacía pensar en la condesa Ildara, como había pensado en otras damas á quienes humillara con su sistema, propio de aquellos tiempos de barbarie. Este odio, menos violento que el de Pedro de Tor, pero no menos temible, era azuzado más y más por las instigaciones de aquél.

Al hacer causa común los dos hidalgos, guardaban para sí el deshacerse uno del otro como mejor pudiesen, después de conseguido el fin que constituía aquella coalición. De aquí puede inferirse cuánto ambos se aborrecían, aun en aquellos momentos en que se ocupaban de la muerte de Amaro de Vilamelle; pues, llegado este caso, tendrían que habérselas entre los dos. Pedro de Tor pensaba obtener el amor de la condesa Ildara, sustituyendo en su corazón al perdido amante; y persuadir luego á Sancho de

Biblioteca Nacional de España

Remesar á que con su figura horrible desistiese de sus pretensiones; pero Sancho de Remesar pensaba á su vez en deshacerse de los dos, uno en pos del otro, y seguir en su sistema de rapto, acomodado en esta ocasión á un plan que había concebido, y para el cual le eran preciso aquellas dos muertes.

Con arreglo á este modo de pensar de Sancho de Remesar, el atleta dejaba idear á Pedro de Tor los medios más adecuados para deshacerse de Amaro, para entrar él después con los de deshacerse de Pedro de Tor.

En aquel instante en que se hallaba leyendo el decreto del conde de Lemos, ó aquella especie de reglamento de los hidalgos, al Oso negro le asaltó una idea luminosa para desprenderse más adelante de su compañero.

Esta idea, que le hizo sonreir de una manera espantosa, le hizo bajar también la tabla de las manos.

—¿Ya encontraste ese párrafo? preguntóle Pedro de Tor con impaciencia.

—¡Ah!... no... ahora miraré... tartamudeó, volviendo á levantar la tabla á la altura de su frente.

—¡Rayo del cielo! Sancho, ¿en qué demonios piensas entonces?

Biblioteca Nacional de España

Si hace ya tanto tiempo que no leo, mi que rido Pedro, que me cuesta gran trabajo conocer algunas letras. Calma, calma, que nadie nos corre.

—Pero nos corroe el odio, Sancho de Remesar; nos corroe el odio más implacable, porque es un odio incesante; un odio que hasta durmiendo se siente como un dolor agudo.

Y bajó la cabeza con un movimiento de cólera imponente.

—Vamos, ya di con él, dijo el coloso; aquí lo tienes.

—¡Leelo, pues, con mil diablos!

El Oso negro leyó:

«Si alguno de los doce supiere que se atentaba contra nuestra vida, cerca de nuestra persona, ó que alguno de nuestros parientes oscurecía el brillo de nuestra honra con alguna mala acción»...

Los ojos de ambos brillaron de alegría al llegar á estas palabras.

«Me dará parte al instante y yo le recompensaré esta buena obra. Pena de la vida si así no lo hiciere.»

—Corriente, dijo Pedro de Tor. Ahora siéntate ahí y escribe en ese pergamino cuanto yo te mande.

Biblioteca Nacional de España

—Corriente, repitió á su vez el Oso negro. Y dejando la tabla sobre la mesa, se sentó en el sillón que le señalaba Pedro de Tor; colocó en frente de él el pergamino, y tomó la pluma en disposición de escribir; pero todo con una torpeza que hubiera hecho reir aun á los niños que están en la lectura, salvo la desagradable impresión que les haría su figura amedrentadora.

—Primeramente, dijo Pedro de Tor, pon la fecha que quieras...

—¿Cómo, la fecha que quiera? respondió admirado el Oso negro. ¿Sé yo por ventura lo que intentas?

—Es verdad ¡rayo del cielo! Pon... ¿Pero dónde diablos se halla ahora el Mariscal?

—¿Qué Mariscal?

—Pardo de Cela.

—Sólo él podrá saberlo. Unas veces en Mondoñedo, otras en Lugo, y otras... ¡qué sé yo! ¡si por todos los pueblos anda!

—¿No ha dicho hoy Enrique de Marcelle, cuando hablamos de los hermanos de Galicia, que el Mariscal se hallaba en Puertomarín y que se dirigia sobre esta parte de Galicia para incorporarse con su ejército á las pequeñas partidas que se han levantado, é insurreccionar

Biblioteca Nacional de España

todo el país, comenzando por la demolición de este castillo.

—Bien, pues. Pon...

—Vamos.

—«Puertomarín...

Puertomarín, repitió el Oso negro, escribiendo.

—¿Pero á cuántos estamos? preguntó Pedro de Tor.

—¡El diablo que lo sepa! Toma ¿quién se va á ocupar del día en que estamos?

—¡Hum! refunfuñó Pedro de Tor, eres un bodoque.

—Lo mismo que tú, puesto que los dos adolecemos del defecto de no saber á cuantos estamos.

Pedro de Tor pareció reflexionar por un instante, como si se tratara de recordar el santo del día y por él saber á cuántos estaban.

—¡Hoy no es el santo del rey! exclamó... ¿no nos hemos vestido de gala por ser San Fernando?

—Es verdad, contestó Sancho de Remesar, mirándolo como espantado; no dimos en eso. Sin duda hemos bebido hoy más Esperón que el que hemos convenido para no calentarnos la cabeza y poder idear la acusación. ¡Diablo! ¡diablo!

Biblioteca Nacional de España

—Pues bien, si hoy es San Fernando, domingo 28 de Mayo de 1481; pon: «Puertomarín 24 de mayo de 1481.»

—Ya está, contestó el Oso negro, trazando en efecto aquella fecha en el pergamino.

—«Mi querido señor Amaro de Vilamelle.»

—Adelante.

—«Ya he llegado á este pueblo al frente de los míos y nos hemos unido ya al ejército que trae el Mariscal.»

—Ya está, ¡diablo de pluma! Pero no va tan mal, ¿no es verdad, Pedro?

Y le mostró lo que tenía escrito.

—¡Qué me enseñas á mí, contestó el hidalgo; si yo lo mismo entiendo de escribir que de cazar gacelas!

—¡Ah! se me olvidaba que no sabes escribir. Vamos, ¿qué pongo más?

—Léeme lo que llevas puesto.

El Oso negro leyó lo que había escrito.

—Bueno, dijo Pedro de Tor con satisfacción; cuando lo lees tú, que eres tan vizco, bien lo podrá leer el conde.

—¿Es para el conde? ¡diablo!

—Ya lo verás... sigue poniendo.

—¡Diablo! ¡diablo! ¡es para el conde! murmuraba el Oso negro, en tanto que Pedro de

Biblioteca Nacional de España

Tor parecía reflexionar cuanto iba á mandarle poner.

—«Sabreis, mi querido señor Amaro de Vilamelle...» No, no, se interrumpió Pedro de Tor, no le pongas mi querido señor Amaro de Vilamelle; ponle mi querido hijo Amaro de Vilamelle.

¡Hufl dijo el Oso negro; ya no puede ser: ya está puesto así arriba.

—¿Y no se puede borrar?

—Sí; pero entonces no habría formalidad en la carta. ¡Que siga así!

—Bien, que siga; ya no hay otro remedio.

Y callaron. El uno escribiendo y el otro meditando lo que había de dictar.

—Ya está puesto, dijo el Oso negro, levantando la cabeza y suspendiendo la pluma.

—«Como nos hallamos aquí todos para unirnos á los Guimaros de la Puebla del Brollón y caer sobre el castillo del conde de Lemos...» dictó Pedro de Tor, en consonancia con el párrafo empezado.

—Adelante.

—«Y contamos con vos para la noche del jueves.»

—Para la noche del jueves, dijo el Oso negro, acabando de poner lo que le mandaba su compañero.

Biblioteca Nacional de España

—«Ya recibisteis veinte mil maravedís...»

—¡Diablo! ¡veinte mil maravedís!... Aun no comprendo bien todo esto, Pedro, murmuró el hidalgo escribiendo; pero ¡qué bien nos vendrían á nosotros veinte mil maravedís!

—Escribe, necio.

—Vamos, ya están puestos los veinte mil maravedís.

—«Que es la mitad de lo que llevais por entregar el castillo...»

El Oso negro abrió los ojos é hizo un gesto que significaba que ya empezaba á comprender aquello, y se puso á escribir con cierto pasmo estas últimas palabras de Pedro de Tor.

—Ya está. ¿Qué más?

—«Y el jueves se os darán los otros veinte mil.»

—¡Oh, si fuera verdad, Pedro! ¡Cuarenta mil maravedís!... ¡diablo! ¡no eran de perder!

Y bajó la cabeza, escribiendo bajo la dulce sensación de aquella idea.

Ya están puestos los cuarenta mil, Pedro.

—Pues pon la firma.

—¿Y cómo se ha de llamar el que firme?

—¡Toma! aún no caiste!... Clodio Espasende.

—¡Clodio Espasende!... ¡diantre! exclamó el

Biblioteca Nacional de España

Oso negro; ahora sí que caigo, mi querido Pedro. Vaya si tenías razón en llamarme torpe.

Y puso el nombre que le mandaba su compañero, rodeándolo con unos cuantos garabatos á modo de rúbrica, en los cuales tardó más que en escribir la carta.

—Vaya... basta de roscas, dijo Pedro de Tor: ¿á qué diablo encajas ahí tantos dibujos?

—¡Huf! qué poco enterado estás de esto, Pedro. Es de moda ahora rubricar así; pregúntalo al escribano del conde.

En efecto, firmas hemos visto de aquellos tiempos que justificaban las palabras del Oso negro.

—¡Al diablo con tus firmas, Sancho! No hayas hecho alguna cosa que lo eche todo á perder... Vamos á ver, léeme todo.

El Oso negro le leyó lo que había escrito.

—Estoy satisfecho de tí, Sancho. Cuando tenga que escribir algunas cartas amorosas...

—Gracias, diablo... pero...

—Cierra eso á modo de carta.

—Ya está cerrado... ¿Y ahora?

—Ahora me la das á mí; y mañana ó pasado se la presentamos al conde D. Alonso.

—Pero...

—Y le diremos que esta carta venía dirigida

Biblioteca Nacional de España

á Amaro de Vilamelle, y que el paisano que la traía nos la dió á nosotros creyendo que alguno era Amaro de Vilamelle.

—¡Ya... ya! exclamó el Oso negro, mirando á Pedro de Tor como espantado; ahora entiendo mejor que nunca; y por lo mismo que entiendo mejor que nunca, te digo que tienes mucho talento, Pedro.

Pedro de Tor se enderezó, poco satisfecho de esta lisonja del Oso negro, y se pasó los dedos por el bigote como si reclamase otra que más apreciase.

Sancho de Remesar lo entendió también así.

—Y además de tener mucho talento, le dijo, eres el hombre más hermoso del mundo. ¡Diantre! ¡talento, hermosura é hidalguía! Eres uno de los elegidos de Dios sin duda para algo. No todos reunen eso.

Pedro de Tor se sonrió como lo hubiera hecho una dama lisonjeada; después tomó una copa de Esperón é hizo señal al Oso negro de que tomara otra.

—Brindemos ahora como la otra noche, le dijo; brindo por el buen éxito de esta carta.

Y llevó la copa á los labios.

Y yo... contestó Sancho de Remesar, haciendo lo mismo que Pedro de Tor.

Biblioteca Nacional de España

Pusieron las copas sobre la mesa, enteramente vacías, señal inequívoca de haberlas apurado, y volvieron á tomar otras llenas.

—Sin duda quieres que nos desquitemos de lo poco que bebimos antes, dijo el Oso negro.

—Claro está, Sancho. Pero brindemos más.

—¿Y ahora por qué cosa hemos de brindar?

—Por la hermosura de la condesa Ildara, contestó Pedro de Tor, apurando la copa.

El Oso negro se estremeció á este brindis.

—Por la hermosura de la condesa Ildara, dijo.

Y bebió, como para aturdirse completamente.

—Tomemos otras, gritó Pedro de Tor, y volvamos á brindar más.

Tomaron otras. Gracias á lo poco que los dos habían bebido en toda la tarde, había aún algunas llenas.

—¡Brindo por las dulces caricias que me llegue á hacer la condesa Ildara! dijo Pedro de Tor, bebiendo con una especie de delirio.

Más y más volvió á estremecerse el Oso negro; pero como dominado por un recuerdo repentino, llevó también la copa á los labios y barbulló con una sonrisa siniestra, horriblemente sarcástica:

—Brindo por las caricias que te haga la condesa Ildara.

Biblioteca Nacional de España

—Debías de brindar por las caricias que te haga á tí, le dijo el hidalgo de Tor, y no por las que me haga á mí.

—¡Qué más da! le contestó el atleta con una indiferencia irónica.

—¡Rayo del cielo! ¿Te avendrás al fin á cuentas? le preguntó Pedro de Tor, radiante de alegría.

—¡Pues qué he de hacer! Soy tan feo, ¡voto al diablo! que ella se espantaría de la primera palabra de amor que se desprendiese de mis labios. Al menos que tú no tengas piedad de mí...

Y una sonrisa horrible contrajo los músculos de su rostro, y detuvo las palabras en sus labios.

—Te entiendo, Sancho; quieres decir que cuando me canse, cuando me aburra de las caricias de la condesa Ildara, te la trasmita de una manera que...

—¡Pues!.. afirmó el Oso negro con la misma sonrisa que parecía ahogarle.

—Brindemos otra vez á...

Y Pedro de Tor ni pudo concluir de hablar, ni de tomar la copa que quería coger para volvel á brindar. Cayó redondo como si le hiriera un rayo.

Sancho de Remesar, que le vió caer delante de sí, quiso levantarle para sentarlo en un si-

Biblioteca Nacional de España

llón, y al intentarlo cayó sobre él como si una montaña de hierro lo sujetara.

—¡Voto al diablo! murmuró ininteligiblemente... ¡estoy yo también borracho!..

E inclinó la cabeza sobre sus velludas manos, y cerró los ojos, enteramente falto de sentido como su compañero Pedro de Tor.

Unos momentos después, Rodrigo de Canaval se levantó silenciosamente del sillón en que yacía como dormido, y se acercó á los dos hidalgos con afán de cerciorarse de que su embriaguez era completa.

—¡Pedro de Tor! gritó al oído de uno.

Pero el hidalgo ni se levantó, ni hizo movimiento alguno en señal de que había comprendido que lo llamaran.

—¡Pedro de Tor! volvió á gritar de la misma manera,

Y le dió un empujón fuerte para ver si despertaba.

Pero Pedro de Tor guardó la misma inmovilidad que antes, diferenciándose tan sólo de un cadáver en su respiración marcada y cavernosa.

Rodrigo de Canaval pareció quedar satisfecho con esta segunda prueba; y entonces metió la mano en la escarcela del hidalgo y le

Biblioteca Nacional de España

arrebató el pergamino que había escrito el Oso negro, guardándolo cuidadosamente en la suya.

En seguida sacó otro, y con la pluma del Oso negro se puso á llenarlo de letras.

Cuando lo concluyó lo leyó detenidamente, y después se acercó á una de las ventanas del salón que daban al patio de armas.

Una vez allí, llevó los dedos á la boca y despidió un silbido débil y apagado, retirándose á la mesa prontamente.

Poco tardó en comparecer junto á él un hombre recatadamente, semejante á un fantasma evocado por un conjuro.

—Me has hecho esperar mucho, Rodrigo, le dijo el recién venido.

—Señor, le contestó el hidalgo con reverencia; había otras cosas que llamaban más mi atención que acudir á vuestra cita.

—¡Cómo!..

—¡Mirad!

Y metiendo la mano en su escarcela, le mostró el pergamino que habían escrito Pedro de Tor y el Oso negro.

El recién venido, que traía hábitos negros de fraile benedictino, y que pocas trazas tenía de serlo, á juzgar por las ropas interiores que vestía y que de cuando en cuando mostraba como

Biblioteca Nacional de España

por acaso, el pelo largo y otras particularidades más, recorrió con ligereza la carta que le presentaba Rodrigo de Canaval, alterándose notablemente su fisonomía á medida que la leía.

Cuando concluyó de leerla, Rodrigo le presentó otra, la que él había escrito y ocultado en la escarcela de Pedro de Tor, carta que á medida que la iba recorriendo el benedictino, se iba recobrando de la impresión funesta que le hiciera la lectura de la primera.

—Bien... bien... le dijo á Rodrigo de Canaval; has hecho cuanto yo hubiera previsto por salvarle.

—En ese caso, firmadla, señor; pues vuestra firma dará más fuerza á esta acusación.

—No, Rodrigo; mi firma la conoce el conde, y mi firma los perderá.

—¿Pues qué nos proponemos entonces, señor?

—Salvar á Amaro de Vilamelle de esos dos diablos, y nada más.

—Y por qué no se les castiga con la misma pena que ellos querían para él?

—Porque esos hombres son dos buenas lanzas, y espero que con el tiempo me buscarán... Ya otra vez quise matar á uno, pero esta idea me contuvo,

Biblioteca Nacional de España

—¡Cáspita! eso es otra cosa.

—De todos modos, no los pierdas nunca de vista, continúa vigilando á todos siempre.

—Basta que vos lo mandeis, señor.

—Me parece que pronto saldremos de todo esto. He concebido otro plan para la toma del castillo, sin necesidad de apelar á las traiciones de que se vale el conde de Caminha, para ahogar á los obispos... Cerca de aquí, en la Puebla del Brollón, se han sublevado sus habitantes contra el tributo que les ha impuesto últimamente D. Alonso: á la cabeza de ellos figura un escudero que ha sido mío cuando estuve en la corte de Castilla... Se llama Guimaro; es mozo resuelto y de prestigio, el cual dirigirá acertadamente el movimiento popular contra ese castillo, haciendo prosélitos en Monforte. Hablaremos otro día más despacio... y sobre todo, de Amaro.

—Si... si... señor; pues él me ha hablado mucho de vos.

—¡Mucho!.. ¿Demostró cariño, Rodrigo?

—¡Ah! señor... nada más que deseos...

—Deseos de saber quién soy, ¿no es verdad? Bien; lo sabrá en su día. Adios.

—Dios os guarde, señor.

Y el hidalgo de Canaval se inclinó ante aquel

Biblioteca Nacional de España

hombre con tanto respeto, como si se despidiera del conde de Lemos.

El hombre se deslizó como una sombra.

El reloj del castillo dió en aquel momento la hora de media noche.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

SEGUNDA PARTE

LA CONDESA DE MONTERREY

I

EL HIDALGO LOCO

OCHO horas después, esto es, á las ocho de la mañana del siguiente día, el sol en su ascensión iluminaba completamente el horizonte y parecía difundir con la luz la vida y la alegría.

Hacía una de esas mañanas deliciosas de verano en que todo parece hablar al corazón de calma y de ventura. Los que padecen, experimentan en ellas cierta especie de consuelo que atribuyen á bien diferentes causas, y aquellos

Biblioteca Nacional de España

cuya existencia se desliza tranquila y dichosa por un camino de flores, bien pocos á la verdad, saludan estas mañanas como se saluda al que se espera.

Para el alma que ha sufrido poco en este mundo y que, joven aún, lo recorre entre dichas y esperanzas de otras dichas mayores; para esas almas, que semejante á la superficie de los lagos cuando la naturaleza duerme, no se ven rizadas y destrozadas por los pesares más hondos y terribles, ¡cuán gratas y encantadoras no son esas mañanas en que los primeros rayos del sol llegan hasta su lecho á través de los cristales, como la voz de un amigo ó de un compañero querido de placeres!

La condesa Maret era una de esas organizaciones fundidas para la alegría, una de esas organizaciones que rechazan todo pesar ó que el pesar respeta. El sol era para ella un amigo, un hermano; más, Dios mismo; y así como esas graciosas flores que por sus cualidades más simbólicas se les llama girasol, parecía sentir la accion de él en todo su ser, y girar y animarse como ellas.

Con arreglo á esto, al espirar la última campanada del reloj del castillo, que daba las ocho, se despertó dulcemente, sacudió sus negros y

Biblioteca Nacional de España

rizados cabellos con un movimiento de cabeza encantador, y tendió los ojos en torno de ella.

Al través de las cortinas de su lecho distinguió la rojiza luz de sol que bañaba la cámara en un mar de oro.

—¡Alda! ¡Alda! llamó vivamente.

Una camarera se presentó ante ella.

—Vísteme, la dijo.

Ayudóla á vestir la camarera, y en pocos momentos se asomó á una de las ventanas de su dormitorio, bella, alegre y voluptuosa como una de esas figuras fantásticas de nuestras mañanas de primavera.

Desde allí paseó los ojos por el gran valle, cuyas plantas y arboledas parecían mecerse en una atmósfera de color de fuego, oyó los agradables gorgeos de las aves, los lejanos balidos de las ovejas, y toda esa armonía seductora con que responden nuestras montañas septentrionales á los primeros rayos del sol.

—¡Oh, qué hermosa mañana, Alda! dijo con una alegría infantil.

—¡Bellísima! apoyó la camarera.

—Ayer ha estado el día muy sombrío y nebuloso, Alda; y á mí me aburren esos días nebulosos y sombríos.

La camarera se inclinó.

Biblioteca Nacional de España

—¿Aún estarán durmiendo los condes?

—¡Oh! sí, señora. ¡Si no son más que las ocho!

—¡Qué buenos alrededores tiene este castillo!... ¡Mira aquellas montañas de nuestra izquierda, qué verdes y cargadas de flores, ese río que parece una gran serpiente de cristal; esas casitas desparramadas por todas partes; ese cielo tan puro y ese sol tan brillante!...

Y giraban sus ojos negros y brillantes con una vivacidad hechicera de un punto á otro, y una ansiedad indecible al ver todo aquello de cerca, parecía retratarse en su rostro de plata y rosa, tan animado, tan expresivo y tan interesante.

—¡Es un valle delicioso! volvió á apoyar la camarera.

La condesa se volvió entonces á ella repentinamente, como cediendo al impulso de un deseo irresistible.

—Alda, ve á que me preparen mi yegua.

—¿La Pía? preguntó la camarera sencillamente, como si acostumbrada á estos vivos arranques de la condesa Maret, no le causaran sorpresa alguna.

—No, la Gacela.

—¿Para un paseo por los alrededores?...

Biblioteca Nacional de España

—Sí, para un paseo por los alrededores.

La camarera salió para dar la orden al caballerizo mayor del conde de Monterrey para que mandase ensillar la Gacela.

Volvióse después á la cámara de la condesa.

—Señora, la dijo, ya he prevenido al caballerizo mayor del conde que esté lista la Gacela. Cuando querais podeis salir del castillo.

—Múdame pronto este traje, le dijo la condesa; ponme uno de paseo, el de seda de color de caña.

En breves instantes se puso ante un espejo grande de cuerpo entero, que colocado al nivel del suelo en su cámara de tocador, parecía la puerta del paraiso ó de uno de esos palacios de las hadas, cuya atmósfera fuere así, blanca y purísima.

Vióse retratada en él y sonrió.

Estaba en efecto bellísima con sus cabellos negros, angelicalmente rizados sobre sus hombros perfectamente redondeados, con sus aderezos de diamantes y su elegante y largo vestido de color de caña recamado de plata.

Tomó el látigo de las manos de su camarera, se puso una gorra de terciopelo negro en la cabeza, adornada con una pluma blanca graciosamente caída sobre un lado, y salió de la cámara

Biblioteca Nacional de España

como una niña de quince años, con esa vivacidad, en fin, con que la hemos caracterizado en la exposición de nuestra historia.

¡Oh, qué mujer!... ¡qué veinticinco años tan encantadores! No era una de esas bellezas que se *ven,* sino que se *sienten.*

Cuando llegó al patio de armas del castillo, le esperaba ya en él su juguetona Gacela, una de esas yeguas blancas é inquietas que tanto llaman la atención por la gracia de sus movimientos vivos y caprichosos. Un lindo paje la tenía por las bridas.

Montó en ella la condesa Maret con una prontitud admirable, y se dirigió á la puerta del castillo, seguida de su paje, ginete también en un caballo castaño.

Mauro de Lecín estaba de centinela en la azotea principal, y al verlos pasar hacia el ferrado portón, le asaltó una idea que le hizo sonreir por un instante.

¡Eh!... ¡chist!... gritó á uno de sus arqueros más cercanos; que vayan á avisar á Fíz de Hortelle ó á Sancho de Remesar.

Marchóse el arquero en busca de uno de los dos hidalgos, y volvió al cabo de poco tiempo.

—Señor, le dijo respetuosamente, ni uno ni otro quieren venir... duermen como piedras.

Biblioteca Nacional de España

—¡Diantre! murmuró Mauro de Lecín, siguiendo con los ojos á la condesa que ya empezaba á bajar á la villa por la sinuosa senda del monte; avisa entonces á Alonso de Doáde.

Volvió el arquero al salón de los Hidalgos, y esta vez aunque tardó más, regresó detrás de Alonso de Doáde, el cual venía frotándose los ojos como si lo hubieran despertado en aquel instante.

—Alonso, mi querido Alonso, le dijo Mauro de Lecín con muestras de la mayor solicitud; ¡haz por mí estas dos horas de centinela que me faltan!

Alonso de Doáde le miró con sorpresa.

—¡Por el alma de mi padre, Mauro! ¡tú estás loco!... le dijo. ¡Hacer levantar á uno, sólo para esto!...

Y volvió la espalda para marcharse, frotándose los ojos como si aun le llamara el sueño.

—Espera... espera... le dijo Mauro apresuradamente; yo haré por tí otras dos horas... cualquier día que tengas que hacer como yo... cuatro... seis... ocho... las que quieras.

—¿Y qué diablos tienes que hacer ahora? le preguntó el hidalgo, volviendo la cabeza y parándose para oír la contestación.

Mauro de Lecín se quedó perplejo por un

Biblioteca Nacional de España

momento, como buscando una causa suficiente para ablandar el corazón de Alonso de Doáde.

—Tengo... tengo... tengo que ir á la villa. Me espera en ella mi madre...

—¡Tu madre! ¿Y á qué diablos vino tu madre á la villa de Monforte desde las montañas de Lecín?

—¡Diantre!... no se qué le habrá pasado, pues me ha dicho el mozo por quien me avisó que está toda asustada.

—Y por qué no viene á verse contigo? ¡Voto á San Juan!

—¡Qué sé yo, Alonso!... Eso mismo me da que pensar más tristemente acerca de lo que habrá acaecido... Acaso los hermanos de Galicia...

—Bien, dijo por fin el soñoliento hidalgo, yo me quedaré por tí de centinela, pero tengo que ir á buscar el tahalí y la...

—No... no... toma el mío... quédate con el mío.

Y mauro de Lecín se quitó prontamente su tahalí, con la espada que pendía de él, y se lo presentó á su compañero para que se lo pusiera sin perder momentos, el cual cerraba los ojos á cada instante, como si no pudiera sufrir la luz del sol.

Biblioteca Nacional de España

—Calma... calma, le dijo éste al ver su ansiedad por lanzarse fuera del castillo, lo mismo te dará llegar minutos antes que después. No creo que tu madre se esté muriendo.

Pero ni por eso se calmó el hidalgo.

Apenas vió á Alonso de Doáde instalado en su lugar, aunque con preludios de quedarse dormido, se lanzó por la escalera como un loco.

—¡Doval!... ¡Doval!... le gritó á su arquero mayor que atravesaba el patio; tráeme pronto mi caballo.

Doval fué en busca de su caballo.

En tanto que el arquero mayor volvía, el hidalgo de Lecín se hallaba vivamente agitado de impaciencia; pero aprovechó aquel tiempo para acomodarse bien su gabán y su escarcela, y tomar cierto aire de elegancia caballeresca.

Volvió el arquero con el trotón.

—¿Queréis que os acompañe? le preguntó, ¿no quereis que algunos lanceros?...

Pero el hombre tuvo que detenerse. Mauro de Lecín se había precipitado fuera del patio y á todo el trote de su caballo.

Quiso correr tras él ó preguntar á los centinelas si había sucedido alguna cosa alarmante, pero se contuvo murmurando:

—Lo que sea sonará.

Biblioteca Nacional de España

Y se dirigió tranquilamente á donde iba cuando la voz de su señor le había detenido.

Cuando el hidalgo de Lecín salió del castillo se detuvo un instante á pocos pasos del portón para descubrir á la condesa, y no lo consiguió por el pronto, pues acababa de perderse aquella detrás de las primeras casas de la villa. Tan sólo vió al paje que llegaba á ellas; pero esto le bastó.

Después tomó otro camino contrario al que conducía á Monforte, y que serpenteaba por el otro lado del monte hasta Rivas altas. Descendió de él en esta dirección, y luego que se halló á orillas del Cabe, se subió á una pequeña lomita desde donde se descubría toda la villa, deseoso de ver el camino que tomara la condesa á la salida de ella.

En esta situación, sufrió algunos instantes de impaciencia febril, pues aunque se distinguían todas las salidas de Monforte, la condesa no se dibujaba en ninguna de ellas.

—¡Diantre! murmuró entre dientes; más me valiera haberla seguido de cerca, no... no, mejor es así... hacerme el encontradizo.

Un segundo después la distingió entre los alisos y los olmos que daban su sombra al Cabe, y galopando en una dirección contraria á la en

Biblioteca Nacional de España

que él sin duda quería encontrarla. Se dirigía hacia Destriz.

Entonces echó un *diantre* desesperado que hizo en su caballo el efecto de un enérgico *hurra* en el de un jockey, y se tendió al escape por las llanuras del Seoane.

Aparte de las maldiciones que le echaban entre dientes los labradores, descubriéndose no obstante á su paso por delante de ellos, era de ver aquel gallardo joven, tan pintorescamente vestido, atravesar por los sembrados á toda la carrera de su arrogante caballo negro. Si se hubiera visto á la hora del crepúsculo, indudablemente que se hubiera tomado por uno de esos elegantes donceles de las baladas irlandesas, mitad reales, mitad fantásticos, como el Hamlet de Shakespeare. Tal era la velocidad con que hendía los aires aguijoneando á su caballo, y tales las formas que uno y otro tomaban de tiempo en tiempo.

Desde Seoane, pasó á Tor, de Tor á Abid, y de Abid á Mañente; siempre atravesando sembrados, viñedos y riachuelos, y siempre lanzando fuertes *diantres* como si persiguiese ó le persiguieran; pero como los que le veían pasar, no descubrian á nadie detrás ó delante, lo daban á todos los diablos.

Biblioteca Nacional de España

En Mañente se detuvo y dió descanso á su caballo. En menos de media hora había andado más de legua y media.

Este descanso, que bien lo necesitaban los dos, duraría hasta las nueve. Montó después ligeramente, y obligando á su caballo á que tomara un trote descansado, lo guió hacia las márgenes del Cabe, siguiendo por ellas en dirección de Destriz. De esta manera el bueno del hidalgo se prometía hacerse el encontradizo con la condesa Maret.

En efecto, bien pronto ambos se divisaron; y cuanto más se iban aproximando, ella se mostraba más sorprendida y alegre, y él más turbado y receloso, como si temiera haber sido descubierto en sus cálculos de tiempo y de distancia, para aquel encuentro que apetecía.

—¡Oh! ¡señor hidalgo!... gritó la condesa antes de haberle dado lugar á saludarla; me alegro de encontraros en tan deliciosos sitios para hablar de su hermosura. Este Tristán apenas sabe decir una palabra, y yo no puedo vivir sin hablar, sea aquí ó en un salón.

Mauro de Lecín se descubrió entonces y se inclinó respetuosamente.

—Señora, sería para mí una verdadera felicidad poder aceptar el honor que me quereis

Biblioteca Nacional de España

hacer, le dijo; pero me es preciso, absolutamente preciso, llegar cuanto antes al castillo.

—¡Al castillo!... ¿Pues quién reclama vuestra persona en el castillo? contestó ella dulcemente; ¿no habeis salido á pasear?...

—¡Oh! no, señora. Vengo de mi torre de Lecín. He ido á ella esta mañana muy temprano para ver á mi madre que está bastante enferma.

—Y aun que eso sea... ¿qué puede llamaros al castillo con esa urgencia que decís?

—Mi deber... me toca entrar de centinela á las diez.

¡Oh! ¡nada más que eso! gritó ella con un movimiento de alegría; pues si no es más que eso, yo vuelvo á instaros para que me acompañeis...

—El conde... tartamudeó el hidalgo cabizbajo fingiendo un movimiento de disgusto.

—¡Qué poco galante sois, señor hidalgo de Lecín! interrumpió ella poniendo al trote su caballo. Los nobles de mi país son más galantes. El conde... el conde... no os dirá nada vuestro conde por haberme acompañado.

El hidalgo la siguió.

—Mirad, le dijo ella mudando de tono, todo este valle es en extremo encantador: allí teneis árboles pomposos y elevados; rocas cubiertas de terciopelo verde que parecen asientos destina-

Biblioteca Nacional de España

dos por Dios para los amantes; aquí un río que murmura blandamente entre sus arenas de oro; allá casas coronadas de árboles, un cielo azul encima y un sol que todo lo inunda con sus torrentes de luz. ¡Ah! confesad, hidalgo, que todo esto es en extremo encantador.

—¡Oh! no sólo confieso eso, sino que vos pareceis la encantadora, señora condesa.

Ella le miró con una expresión de alegría indefinible.

—Bien, bien, señor hidalgo; le dijo. Esa galantería oscurece vuestra oposición á pasear conmigo.

—¡Ah, señora! no eran excusas frívolas. El conde es un juez inexorable para toda falta. Respecto á la galantería que vos decís, me la inspiró vuestra admirable pintura de estos países.

Y la condesa Maret acogió aquellas palabras con una sonrisa que hizo feliz al hidalgo, cuyo caballo negro es conveniente decir que trotaba al par de la Gacela, ni más ni menos que si fuera el Abenhamar del conde D. Alonso ó el Pacífico de Sancho de Ulloa, conde de Monterrey; circunstancia que era una falta de etiqueta en aquellos tiempos, y que ella parecía apoyar cejando cuando él se quedaba atrás.

—He escogido una mañana muy bella para

Biblioteca Nacional de España

este paseo, dijo Maret, después de un momento de silencio y queriendo anudar el hilo de la conversación. Desde que estoy en Monforte no ha hecho una mañana así. ¡Qué dirán los condes, cuando á la hora del desayuno no me encuentren en el castillo!

—Ya sabrán que habeis salido á dar un paseo por sus alrededores.

—¡Oh! no. Le he encargado á mi camarera que no les diga nada, y que, cuando pregunten por mí, responda que lo ignora.

El hidalgo se quedó atónito como sinó comprendiera. Es de advertir que la condesa Maret, continuamente redoblaba sus sonrisas como por costumbre, ya se hallase entre mujeres, ya entre hombres; y esto daba á todas sus palabras cierto colorido burlón y picaresco.

—Pero se asustarán por vuestro paradero, le dijo.

—¡Oh! pues eso es lo que quiero; pues así les proporciono una alegría.

—¿La alegría del regreso, señora?

—Precisamente.

—¡Pero esa alegría les acarrea primero un pesar!

—Y esa alegría lo hará olvidar sin dejar rastro de él.

Biblioteca Nacional de España

Volvió el hidalgo á fruncir las cejas. No entendía aquella lógica.

—¿No les proporcionais vos esas alegrías á vuestras damas? volvió ella á decir, viendo el gesto del hidalgo.

—¡Oh! no... porque esas alegrías les haría padecer antes, señora condesa.

—¿Y qué importa el padecer cuando en pos viene la ventura?

—¿Y qué importa la ventura, cuando se ha padecido antes por ella?

La condesa depuso entonces su sonrisa. Aquella lógica del hidalgo tampoco la comprendía.

Agitó su látigo y la Gacela galopó. El hidalgo puso también su caballo al galope; y hasta el paje, ó por mejor decir, el caballo del paje, tambien pagó el mal humor de la condesa, galopando en pos de ellos y á una distancia bastante respetuosa, veinte pasos.

Pero estas nubecillas de disgusto que oscurecían de vez en cuando la frente de la condesa Maret, eran tan ligeras, duraban tan poco, que bien pronto las sustituían sus sonrisas habituales, características.

Galopó unos cortos instantes, y se paró repentinamente volviendo la cabeza hacia el hidalgo. Se reía.

Biblioteca Nacional de España

—Señor de Lecín, le dijo; ¡sabeis que estos países *encantadores* los apreciaría más su *encantadora,* sino produjeran hidalgos que sienten no hacer centinela cuando les toca la hora!

El hidalgo se rió. Hasta entonces no se había sonreido más que con respeto; pero entonces se rió completamente, como si se hallara galopando con una dama de confianza. Conoció que la condesa daría en disgustarse si continuaba frío, cosa que revelaban sus últimas palabras, no obstante la sonrisa con que las acompañaba, y procuró despojarse de la prudencia que hasta entonces le había tenido á raya.

—Yo os haré ver lo contrario, condesa Maret, contestó; yo os haré decir cuando llegueis al castillo, que habeis estado paseando con un hidalgo loco.

—¡Loco!... bien, dijo ella; mejor quisiera tener un compañero loco, que un compañero que arguyese á lo fraile. Vamos á ver, señor hidalgo, ¿por dónde empezareis vuestras locuras?

—Primeramente, por deciros...

—¡Vamos, qué!... os quedais parado á las primeras palabras del papel que me habeis prometido!

—¿Y si mis palabras pudieran ofenderos?

—¿Y bien, qué?...

Biblioteca Nacional de España

—¿Qué hariais?

—Reirme, y cuando llegara al castillo...

El hidalgo tembló.

—Diría á los condes que había tenido una mañana deliciosa, que había paseado con un hidalgo loco.

Mauro de Lecín se repuso con una carcajada de bacanal.

—Ea, pues, continuó la condesa con su adorable sonrisa; empezad vuestro papel de loco.

—Primeramente... dijo el hidalgo poderosamente alentado por las palabras de la condesa, os diré que no os concedo superioridad alguna sobre mí.

—¿Pero cómo se entiende esa superioridad; superioridad de risa? Entonces os digo que perdereis, porque sería imposible haceros superior á mí en la risa.

—No, no, superioridad en clase. Y por lo mismo, empiezo por llevar mi caballo bien cerca del vuestro, al lado.

—Bien, bien; he ahí una cosa que no me disgusta en un hidalgo como vos, aunque este hidalgo tenga pretensiones de loco. Con esto os oiré mejor. Hablad.

—Condesa, sois una mujer bellísima... tartamudeó él.

Biblioteca Nacional de España

La condesa soltó una risa que se pareció algo á las del hidalgo de Lecín, fuerte y prolongada.

—Tampoco me disgusta esa lisonja, en boca de un hidalgo loco como vos.

Más y más se alentó Mauro de Lecín al oir esto.

—¡Sois tan bella!... ¡Oh, tan bella! exclamó el hidalgo sin osar aún clavar los ojos en ella, que lo miraba amable y sonriente; que yo os adoro como un loco... no, no, como un hombre cuerdo.

La condesa volvió á reirse estrepitosamente.

—¡Dios mío! dijo; he ahí una idea graciosa. Un loco me dice que me adora como un hombre cuerdo! Los hombres... los hombres... ¡quién no hace de los hombres lo que quiere! Adelante, mi loco amante, adelante!

—Pues bien, ya que os digo que sois bella y que os adoro...

—¡Vamos! ¿qué os deteneis?

—Es que...

—¿Os cuestan más trabajo las palabras que vais á decir? ¡Ay! entonces no haceis bien vuestro papel, pues un loco habla cuanto se le pone en la cabeza.

Y casi sonrió con tristeza.

—En fin, dijo Mauro de Lecín; vos me decís

Biblioteca Nacional de España

que no os enfadareis aunque me dé la locura por provocar vuestro enojo; pues bien, con arreglo á eso os pido un...

También volvió á detenerse.

—¡Otra vez! exclamó la condesa. Ahora sí que ya no haceis el papel de loco, sino el de tonto.

—Tiene razón, murmuró el hidalgo para sí.

Y se mordió los labios.

—Mejor quiero veros loco que tonto, señor hidalgo, le dijo la condesa sonriendo locamente.

—Pues bien, condesa Maret, yo os digo que sois bella, que os amo y que desearía un beso de vuestros labios de *encantadora*.

La condesa volvió á soltar otra risa.

—¡Acabaremos de una vez, señor loco! gritó, sin dejar de reirse. Me decís que soy muy hermosa, que me amais, y me pedís un beso; pues bien, acercaos á recibirlo.

Y se enderezó sobre la silla, como si fuera á darle un beso al hidalgo de Lecín.

¡Oh! á este le pareció un sueño todo aquello. Acercó cuanto pudo su caballo á la Gacela, y él se inclinó resueltamente hacia la condesa, á la cual se atrevió á mirar con ese amor del momento; pero esta alzó de repente el látigo y le sacudió un latigazo con algún brío.

Biblioteca Nacional de España

—¡Diantre! gritó el hidalgo.

Y se quedó sin saber lo que le pasaba.

A su caballo sin duda debió tocarle algo, ó al menos percibió bien claro su enérgico diantre entre la bulliciosa risa de la condesa, pues se lanzó con él á todo escape.

Jamás el paje Tristán vió reir tanto á su señora.

II

LA TORRE DE VILAMELLE

No tardó mucho tiempo Mauro de Lecín en parar la carrera de su arrogante caballo, y no tardó mucho tampoco la condesa Maret en darle alcance, al compás de sus alegres risas.

—¡Oh, señora! ¡señora! tartamudeó él respetuosamente y sin atreverse á mirarla, como si se le fueran á saltar los ojos de vergüenza.

—Qué teneis, mi señor amante loco? dijo ella con una dulzura maliciosa.

—¡Ah, no! no quiero ser más vuestro amante loco.

—¿Sereis luego mi amante cuerdo?

Él la miró entonces fijamente.

Biblioteca Nacional de España

—Vuestro amante cuerdo es imposible.

—¡Imposible! exclamó ella muy serena.

—Ya lo veis, vos sois casada... toda una condesa de Monterrey.

—¿Y por eso es imposible? ¿tan sólo por eso?

El hidalgo la miró más y más. Ella prosiguió:

—¿No habeis tenido nunca una condesa que os amase?

—Jamás, contestó él.

—¿Y una casada?

El hidalgo guardó silencio.

—Mi querido hidalgo loco ó cuerdo: dice el adagio que el que calla otorga. Pues bien, ¿por qué yo no os podría amar como una de las casadas á quien vos amasteis, y ella os habrá amado?

—¡Oh, señora! ¡señora! volvió él á tartamudear con una mirada imploradora.

—Vamos, Mauro de Lecín, contestadme á lo que pregunto, ó confesad que sois, no un loco, sino necio.

—Y bien, condesa, eso sería una felicidad, y la felicidad ha reñido conmigo.

—¡Pobrecillo! exclamó la condesa, fingiendo un tono lastimoso.

Y después soltó una de sus risas más estrepitosas.

Biblioteca Nacional de España

—¡Sabeis, hidalgo, que me he divertido tanto esta mañana como si me hallara en uno de nuestros festines de Celme ó de Monterrey!

El hidalgo seguía desconcertado, y no contestó una palabra.

—¡No me contestais? ¡Sin duda quereis que yo os haga el amor ahora! Tendría que ver eso, señor hidalgo cuerdo.

Y volvió á reirse.

Estas risas ya empezaban á exasperar á Mauro de Lecín. No hacía más que murmurar diantres entre dientes.

—Os veo muy pensativo, continuó ella, y ya voy perdiendo las esperanzas de volveros á vuestro papel de loco, que tanto me había agradado.

—Bien podeis darlas por perdidas, señora.

—¿Conque no volvereis á hacer el hidalgo loco?

—Teneis un látigo primoroso, condesa, contestó él, como si no oyera aquella pregunta. ¿Dónde lo habeis comprado, en Chaves, ó en Braganza?

—Comprendo, comprendo, dijo ella; os habeis disgustado por el látigo. Teneis cualidades sobresalientes para bufón, Mauro de Lecín; con el tiempo sereis un buen bufón, ó un gran tonto.

Biblioteca Nacional de España

Y soltó una sonrisa forzada, volviendo á poner al galope su Gacela.

Mauro de Lecín picó también á su caballo, y por segunda vez Tristán ó el suyo volvieron á sentir el mal humor que se apoderó de la condesa, tratando de seguirla á la distancia que hemos señalado.

Pero ya hemos dicho que estas ligeras nubes de mal humor eran tan prontas, que se disipaban de una manera extraordinaria.

En efecto, á los pocos minutos de galope, tomó la condesa un paso más descansado. Por este tiempo ya el hidalgo se le había acercado con muestras de pesar, por el que según él, le había dado á ella guardando un silencio completo á sus risueñas palabras.

—Mauro de Lecín, le preguntó, ¿qué torre es esa que se ve tan cerca de nosotros?

Era una torre negruzca y elevada, melancólicamente sentada en una colina, á cuyas plantas resbalaba un arroyo que iba á morir al Cabe, y en torno de la cual algunas encinas desbandadas levantaban al aire sus arqueadas ramas.

—Esa es la torre de Vilamelle, señora, contestó el hidalgo.

—¿La de Amaro?

Biblioteca Nacional de España

El hidalgo se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Y no sabeis cómo se llama su dama?

—Isabel.

—¡Cómo! ¿Amaro es amante de una dama que se llama Isabel?

—¡Ah! no señora. Creí que me preguntabais el nombre de la dama que habita esa torre.

—No, no; yo os pregunto el nombre de la dama de él.

—¡Diantre! eso no lo sé.

Y se encogió de hombros, haciendo un gesto que significaba lo mismo que decía.

—Pues á mí me han dicho que era su dama una condesa, persistió ella con intención malévola; una condesa, y casada.

—¡Diantre! volvió á decir él.

—Una condesa que vive cerca de Monforte.

Mauro de Lecín la miró con ojos espantados.

—¡Oh, señora! quereis decir que amaro es amante de la condesa Ildara?

—¿Y qué tendría de particular, mi hidálgo loco?... no, mi hidalgo necio.

—¡Imposible, señora, imposible! La condesa Ildara es un ángel.

Biblioteca Nacional de España

La condesa se rió fuertemente.

—¿Y quién es esa dama Isabel? preguntó después.

—Es una hermana de Amaro.

—¿Joven?

—Joven.

—¿Bella?

—Bella.

—¿Amable?

—Amable.

—¡Ahora comprendo, señor hidalgo, el objeto de vuestros paseos matinales hacia esta parte del valle! ¡conque teneis vuestra madre enferma y habeis salido hoy á visitarla á su torre!...

Y la sonrisa que se dibujó en sus labios era tan sardónica esta vez, que el hidalgo volvió á fijar en ella los ojos como si estuviese loca. Aquella especie de reconvención no entraba en su lógica.

—No os comprendo... le dijo.

—Porque no quereis. Os habeis propuesto hacer el papel de necio mejor que el de loco, y lo conseguís de una manera admirable. ¡Mauro de Lecín, vos estais enamorado de Isabel de Vilamelle, sois su amante!

Y había tal expresión de odio en su rostro, que el hidalgo su turbó enteramente.

Biblioteca Nacional de España

—Yo no soy amante de Isabel de Vilamelle, señora; su amante es otro hidalgo.

—¿Quién?

—Miradlo.

—¿Dónde?

—Al pie de aquellas encinas.

Y señaló las encinas más cercanas al pequeño río que iba á perderse en el Cabe.

—¡Ah! exclamó la condesa sorprendida; ¡qué grupo tan amoroso!

Era, en efecto, uno de los grupos más amorosos y poéticos el que se dibujaba á la sombra de las encinas pintorescas que indicaba el hidalgo, y al pie de la tortuosa corriente del riachuelo. Un hombre y una mujer; él gallardo, joven y con el traje de los hidalgos de Monforte; y ella esbelta, joven también, y con el pintoresco traje de las damas de la época: él sentado á los pies de ella, y ambos platicando y mirándose con toda la pasión de sus almas.

Pero fuese por casualidad, ó porque los dos amantes no quisieran tener testigo alguno de sus entrevistas al pie de las encinas, se levantaron rápidamente en el momento en que la condesa Maret acababa de exhalar aquella exclamación tan adecuada al cuadro que le señalaba

Biblioteca Nacional de España

Mauro de Lecín; y se despidieron como para separarse.

En esta despedida ella acercó su frente hasta los labios del hidalgo, y él besó aquella frente con amor y respeto. Después se alejaron; ella en dirección de la torre, y él hacia el camino de Destriz, que era más bien el de Monforte.

—¡Diantre, señora condesa! exclamó el hidalgo de Lecín, ¡quién había de decir que Rodrigo de Canaval había de pasar tan bien estas mañanas de verano!

—¿Se llama ese hidalgo Rodrigo de Canaval?

—¡Oh! sí... sí... ¡vaya si es él!

—¿Y ella?...

—Ella es Isabel, la hermana de Amaro. ¡Diantre con la niña, aun no tendrá catorce años y qué alta y qué hermosa está!

—¡Y qué adelantada!... es decir, que ama ya muy pronto.

—¡Diantre! de eso no me admiro.

Y fijó en la condesa una mirada intencionada.

Ella sin duda no la comprendió, pues siguió hablando con su vivacidad notable.

—¡Pero qué beso tan amoroso la dió al despedirse, señor hidalgo! dijo.

—Así se los da su hermano. Más bien fué un beso de hermano que de amante.

Biblioteca Nacional de España

—¡Ah! ¡quiere decir que vos sabeis distinguir unos de otros!

—¿Qué tiene eso de particular?

—¡Como os hacía tan necio!...

—Eso es una enfermedad en mí. Unas veces soy loco, otras necio, y otras cuerdo.

—Y ahora, ¿qué sois? preguntó la condesa con su jovialidad vivísima.

—Vos calificareis á vuestro antojo.

Y al concluir estas palabras llegaron al pie de la torre de Vilamelle, á donde se dirigieron desde que la divisaron tan cerca del camino que traían. Mauro de Lecín se apeó con ligereza para tener el estribo de Maret.

—Presentaos antes á la dama de la torre, le dijo esta, y solicitad en mi nombre un momento de descanso en ella.

Mauro de Lecín entró en la sombría torre; y en el patio, y cerca de la puerta, encontró á Isabel de Vilamelle que salía á recibir á la condesa, como si la hubiera sorprendido el aviso de su llegada.

Era una pobre niña de delicadas formas y de rostro de ángel, que parecía pertenecer á esa galería de retratos femeninos tan felizmente delineados por el poeta del Avon: era su Miranda. Y asi como la hermosura de la condesa

Biblioteca Nacional de España

Ildara se particularizaba por su poética melancolía, y la de la condesa Maret por su expresión picaresca, la de Isabel de Vilamelle se distinguía por su inocencia nativa, alimentada en la soledad de sus montañas.

—Bien venido seais á nuestra torre, señor hidalgo de Lecín, le dijo con una sencillez fraternal.

Por de pronto el hidalgo no supo que contestarle, no porque se hallase acobardado ante Isabel, sino porque su belleza y la ternura de sus ojos le hicieron una impresión bastante viva. Hacía más de dos años que no la había visto; y en estos dos años, ¡cuán desfigurada no la hallaba! la niña, se había vuelto mujer, y mujer á cuya presencia se sentía trastornado.

¡Oh! mi buena Isabel de Vilamelle, le dijo, tratando de sonreirse; ¡sabeis que me cuesta trabajo conoceros! ¡Qué bella estais! cuánto habeis crecido!

Ella pareció ruborizarse, no de estas palabras tan naturales en el hidalgo, sino de la atención con que la miraba.

—Estais tan bella, continuó él, olvidándose de que la condesa esperaba á la puerta con la mayor impaciencia, que felicito desde lejos á

Biblioteca Nacional de España

Rodrigo de Canaval por haber depositado á vuestros pies todo el amor de su pecho.

Y miró hacia la parte de Monforte.

Estas palabras del hidalgo la ruborizaron más; pero venciendo el rubor y la turbación que la poseían, la dama se acercó á él como á un hermano.

—¡Oh! ¡señor hidalgo de Lecín! suplicó tiernamente; ¡que no sepa nunca Amaro cuanto acabais de decir!... ¡oh! ¡que no lo sepa!... ¡no se lo digais, por Dios!

—¡Diantre! murmuró él, asombrado de aquella petición extraña; ¿y qué tendría de particular que él lo sepa? ¿no es vuestro hermano?

—¡Oh! sí... sí... un hermano... un buen hermano que me adora; pero no se lo digais... dadme vuestra palabra de hidalgo.

—Os la doy, pues.

—Quedo tranquilízada entonces, señor.

—Pero... no puedo menos de deciros que eso me sorprende tanto como me sorprendió el veros tan bella de cerca.

—¡Oh! respetad la causa que me obliga á haceros esa petición.

—La respeto, Isabel de Vilamelle.

—Nos habeis visto desde el camino, ¿no es verdad, señor?

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh! sí... sí... ¡diantre! ¡y qué pareja haceis! Le amais mucho ¿no es verdad? preguntó él, como si aquello le inquietase.

—¡Oh!... señor hidalgo de Lecín, como á un buen amigo de Amaro, y nada más. Pero ¿quién es esa lujosa dama que os acompaña?... hacedla entrar.

—No es necesario, gritó la condesa, riéndose y apareciendo en el patio, como si hasta entonces hubiera sido un oculto espectador de aquella escena.

—¡Ah, señora!... dijo Isabel sorprendida, subid.

Y la tendió una mano para conducirla á una pequeña cámara del primer piso, que hacía las veces de salón.

El hidalgo se sorprendió también de la aparición de la condesa, como si su imagen se hubiera borrado de su memoria; y aun llegó á mirarla con disgusto.

Ella no depuso su graciosa sonrisa, y subió las escaleras del salón, conducida por Isabel.

—Ahora, señor hidalgo, decía vivamente, ni os califico de loco, ni de necio, ni de cuerdo; os califico de torpe.

El hidalgo se mordió los labios.

—Vamos, direis si tengo razón, señora, dijo

Biblioteca Nacional de España

la condesa, dirigiéndose á Isabel; lo mando junto á vos á pediros permiso en mi nombre para descansar un instante en vuestra torre, y me deja un cuarto de hora abandonada..!

Y volviéndose al hidalgo:

—¿Hasta cuando queríais tenerme de *centinela* en la puerta? le preguntó coquetamente y recalcando cuanto pudo la palabra subrayada.

—¡Oh! señora... tartamudeó él; hacía mucho tiempo que no veía á esta dama y además...

Y se quedó parado. La condesa volvió á reirse irónicamente, como acostumbraba en estos casos, y entraron en el salón.

Era, como ya dejamos dicho, una pequeña cámara que recibía los honores de aquel nombre por los habitantes de la torre; y en verdad que era tan espacioso cuanto lo permitía el exterior de su figura cuadrilonga; pero no cabrían en ella cuarenta personas agrupadas. Respecto á sus adornos, nada había en ella que llamase la atención y merezca, por consiguiente, la pena de describirse más que en estas pocas palabras. Sillones de nogal, groseramente esculpidos; cuadros toscamente dibujados, y las paredes cubiertas de una tela listada de azul y blanco. Es decir, que su aspecto, á pesar de estas listas, corría parejas con el de la torre,

Biblioteca Nacional de España

pues aquellos colores aparecían ahumados por ese vapor con que el tiempo suele marcar la vejez ó la duración de las cosas.

Todos se sentaron cerca de una ventana.

—Señora, dijo Isabel, ¿no me direis á quien tengo el honor de recibir..?

La condesa no la dejó concluir.

—Supongo que ya os lo habrá dicho mi esposo; contestó señalando al hidalgo.

Este se quedó como un tonto, con la boca abierta y los ojos clavados en la condesa. Isabel mostró igual extrañeza.

—¡Oh! no, señora, contestó, no me ha dicho nada, ni yo sabía que se había casado.

Y miró al hidalgo, como si esperase que confirmase con alguna palabra cuanto había dicho la condesa; pero el hidalgo no hizo más que bajar los ojos y cerrar la boca, barbullando para sí cuatro ó cinco diantres.

—Es una fatalidad, señora, dijo la condesa como pesarosa; mi marido se vuelve cada vez más torpe. Miradlo, sinó: ¿no parece que le coge esto de susto?

—Efectivamente, contestó Isabel.

—Vamos, mi querido esposo, dijo la condesa, que no llegue hasta ese punto vuestra torpeza delante de nuestra vecina.

Biblioteca Nacional de España

Y mostró el látigo con intención.

—Contadle cuantas horas... no, cuanto tiempo llevamos de casados, de qué país soy... En fin, contadle todo lo que sea costumbre en este, al hacer la visita de vecindad que venimos á hacer.

El hidalgo pensó entonces que aquella broma de la condesa no podría traer consecuencias malas para él y se decidió á mentir cualquiera historia respecto á aquel enlace que tanto sorprendía á Isabel, como no podía menos de suceder en un territorio donde cualquier acontecimiento, por insignificante que fuese, corría de boca en boca en muy poco tiempo.

Pero al levantar los ojos para fijarlos en la dama de Vilamelle y al encontrarse con los suyos llenos de una suavidad inexplicable, volvió á bajarlos confuso. Ella también los bajó, como si cediera al impulso de una sensación de amor ó de purísimo deleite.

Esto no se escapó á la sagacidad de la condesa, pues miró á los dos con cierta prevención que petrificó la sonrisa en sus labios.

—¡Oh! mi esposo, señora, dijo venciendo la impresión que la dominaba, es además de torpe, huraño. Miradle como un niño criado en la soledad y presentado de repente en una sala.

Biblioteca Nacional de España

Pero al caracterizarlo así la condesa, se olvidaba de las palabras que el hidalgo le había dirigido á Isabel cuando la encontró en el patio, palabras que había oído oculta y que la alarmaron desde el momento; pues bueno será decir, aunque de paso, si es que nuestros lectores no lo han sospechado siquiera, que en el fondo de su alma se había despertado cierto interés por él, que no nos atrevemos á decir amor; pero que ella ocultaba con ese juego de pensamientos ó esa vivacidad en la conversación que suple muchas veces á un exterior de ángel y aun á la superioridad intelectual. Estas palabras de que se olvidaba ella, destruían su calificación á los ojos de Isabel; la cual experimentaba entonces cierta extrañeza á cuanto pasaba ante ella, como si todo le fuera desconocido, palabras y personas.

—Vedlo enteramente torpe y huraño, continuó la condesa, después de ciertos momentos de silencio que empleaba al acabar de hablar para ver el efecto que en sus dos oyentes hacían sus palabras; vedlo enteramente torpe y huraño, no habla nada ni sabe nada... Tan sólo sabe distinguir los besos de hermanos de los de amantes.

Toda la sangre de Isabel pareció subirle al

Biblioteca Nacional de España

rostro en aquel momento, como si temiera que el beso que la diera en la frente Rodrigo de Canaval fuera sorprendido por ellos.

—No sólo sé distinguir los besos de hermanos de los de amantes, habló por fin el confuso hidalgo, sino los besos de amantes locos, de los de amantes cuerdos.

La condesa se rió como si oyera una bufonada.

—¡Ah, señor hidalgo de Lecín!... dijo, ó más bien mi querido esposo; ¿queréis que os recuerde delante de esta dama, lo que me recuerdan á mí esas palabras ó esa ciencia de que haceis alarde?

—¡Oh! ¿qué ciencia?... preguntó Isabel con interés.

—La de distinguir los besos de los amantes locos de los besos de los amantes cuerdos.

Y Maret recalcaba estas palabras, mirando fijamente al hidalgo.

—Me ha pedido un beso en el camino, y yo...

—¡En el camino!... sonrió Isabel con candidez...

—En el camino, afirmó la condesa; y yo le dí un latigazo por el beso que me pedía.

—Hicisteis bien, murmuró la joven, esforzándose para hablar, á fin de distraerse de aquellas

Biblioteca Nacional de España

emociones tan dulces que sucedían en ella en presencia de Mauro de Lecín.

—¡Vaya si hice bien! alabó la condesa. Figuraos, pues, si es torpe; me pedía un beso delante de mí paje Tristán... en el campo... al aire libre!

—¡Oh! sí... sí... seguramente; tartamudeó Isabel, siguiendo en su propósito de dominar las sensaciones de su alma, concentrando todas sus facultades en la conversación.

—Cuando le reñí por eso, continuó la condesa, siempre jovial y siempre mirándolos, me respondió con tender el brazo en dirección de unas encinas á cuya sombra se daban dos amantes un beso de despedida.

Esta vez se quedó pálida Isabel.

No había duda ninguna ya para ella; la condesa había sorprendido el beso que Rodrigo de Canaval imprimiera en su frente de ángel. Se quedó, pues, pálida y temblorosa.

El hidalgo maldecía en tanto la charlatanería de la risueña condesa; empezó á maldecir también la idea de la apuesta de los maravedís y á decidirse á pasar en regla el papel de torpe, necio ó loco, volviéndose sin ella al castillo de Monforte. De este modo se libraría de presenciar el martirio que sus palabras causaban en

Biblioteca Nacional de España

el ánimo de la joven dama de Vilamelle, á quien no se atrevía á mirar frente á frente, como si sus ojos le hicieran daño, ó por el contrario, lo inundasen de delicias desconocidas capaz de trastornarlo más.

—Vamos, mi querido esposo, continuó la condesa, como si no hubiera notado la alteración que había sufrido el semblante de Isabel; contadle á nuestra vecina de Vilamelle cómo me habeis conocido en Allariz siendo yo dama de honor de la condesa de Monterrey... ¡Ah! vos, señora, ¿no conoceis á la condesa de Monterrey?

—¡Oh! no, señora.

—¿No la habeis visto á su entrada en Monforte?

—¡Oh! señora, absolutamente salgo de esta torre.

—¿Ni queríais conocerla?...

—Sí, señora. Me han dicho que era muy bella y muy amable.

—Bien fácil es conocerla, tartamudeó el hidalgo; además de ser bella y amable, es imposible que pueda hallarse un instante callada. Es una mujer que habla mucho, Isabel.

¿Más que vuestra esposa? preguntó la condesa.

—Así... así... contestó el hidalgo.

Biblioteca Nacional de España

—¿Y da tambien latigazos por besos? persistió la condesa.

—¡Diantre!... yo puedo decir que sí, pues no hace muchos momentos que me sacudió uno bueno.

—¿Quién? ¿la condesa de Monterrey? preguntó Isabel.

—Sí, señora, la condesa de Monterrey; contestó Mauro de Lecín dominando su turbación y recobrando todo su aire de hidalgo en bacanal.

La condesa soltó una risa que no hizo efecto alguno en el hidalgo.

—Pues qué, ¿la habeis encontrado en el camino, hidalgo de Lecín? volvió á insistir Isabel de Vilamelle con una curiosidad infantil.....

—Sí, señora; contestó él, la he encontrado en el camino y me ha obligado á que la acompañase hasta aquí

—¡Hasta aquí! repitió la dama, fijando sus lindos ojos en la condesa Maret.

Y se levantó con respeto.

—Señor hidalgo de Lecín, le dijo, yo sé que vos no sois casado. Esta señora.....

—Teneis razón, Isabel, yo no soy casado, gritó el hidalgo radiante de alegría, como si se hallara aliviado de un gran peso que hasta entonces le oprimiera; y esta señora á quien te-

Biblioteca Nacional de España

neis el honor de hablar, es la señora condesa de Monterrey en cuerpo y alma.

—¡Ah, señora!.. esclamó Isabel, besándole la mano.

Entonces se levantó la condesa Maret con toda la dignidad de una reina

—Isabel de Vilamelle, le dijo, soy en efecto la condesa de Monterrey, y yo os suplico que me perdoneis...

—Ah, señora!.. ¡señora! volvió á exclamar Isabel, mirándola con veneración, vos sois la que me debeis de perdonar el recibimiento que os hice tan poco digno de vuestra alta clase.

—Yo no pido más que buen humor donde entro, contestó la condesa, y si vos me necesitais algún dia, me hallareis señora Isabel de Vilamelle.

Y se inclinó sin altanería, tomando la mano de Isabel para bajar al patio de la torre, donde se hallaba ya Tristán con los caballos y algunos arqueros que había en la torre, quienes se entretenían en tasarlos á su antojo.

El hidalgo las siguió más contento que cuando había subido. Tuvo el estribo de la condesa mientras montaba en su Gacela, y montando él también después en su caballo negro, partieron ambos seguidos de Tristán.

Biblioteca Nacional de España

La mirada con que se despidieron Isabel de Vilamelle y Mauro de Lecín, fué una de esas miradas de trasmisión en que parecen fundirse en una dos espiritualidades que se encuentran una vez para amarse ya toda la vida.

III

PRUEBAS DE AMOR

A los pocos pasos de la torre de Vilamelle, y luego que su dama los había perdido de vista en uno de los recodos del camino, la condesa de Monterrey, hasta entonces callada y sombría, como si le asaltara una de aquellas nubes del mal humor que ya conocen nuestros lectores tanto como sus sonrisas animadas de la más encantadora gracia, se volvió resueltamente á Mauro de Lecín, que iba detrás de ella, según la etiqueta de aquellos tiempos entre los hidalgos y las altas dignidades de horca y cuchillo, dignidades verdaderamente reales cuando, como los condes de Lemos y de Monterrey no conocían otra superioridad que la de Dios, y miraban á los reyes de Navarra, de Aragón, de Portugal y

Biblioteca Nacional de España

de Castilla como hermanos suyos, un poco más afortunados.

Hidalgo, le dijo dulcemente, ¿por qué no acercais vuestro caballo al mío, y departiremos alegremente de aquí á Monforte?

—Os doy mil gracias por tal honor, señora, contestó el hidalgo; pero aunque quisiera aprovecharme de él, ya veis que el camino no lo permite.

—Este trozo de él, en efecto; pero ya desde allá, cuando tomemos la orilla del río, todo es llano y ancho, como sabeis.

—Entonces, señora, tendré el honor de...

—¿Qué honor, Mauro de Lecín.., qué honor?.. Dejaos de todos esos cumplimientos de salones. En el campo todos son libres como las aves. ¡En verdad, que no parece sino que estoy condenada á rogaros esta mañana! ¡Oh! vuelvo á repetiros lo que os dije en nuestro encuentro: los nobles de este país son menos galantes que los de la Limia.

Y se encerraba tanta tristeza y ternura en esta reconvención, que el bueno del hidalgo, á pesar de la aspereza y angostura del camino, avanzó al par de la condesa.

—¡Oh, señora!.. le dijo; espero que no me volvereis á decir más esas palabras. Ya veis co-

Biblioteca Nacional de España

mo satisfago vuestro deseo cabalgando á vuestro lado, no obstante la estrechez de la senda que seguimos.

Ella le miró sonriente Era una sonrisa de amor, tierna, triste y apasionada como esas en que parece retratarse toda el alma de la mujer que nos adora.

Él la correspondió con otra no menos amorosa, que ella le agradeció desde el fondo de su pecho.

Reinó después un silencio forzado, como si ambos temieran lanzar una palabra que revelase las sensaciones que los agitaban.

Este silencio acabó por sumergir al hidalgo en profundas reflexiones. Se puso, pues, pensativo y cabizbajo; y cuantas miradas le lanzaba la condesa, tantas volvían sin respuesta. Era que Mauro de Lecín estaba enamorado de la dama de Vilamelle, cuya imagen, presente á su memoria desde que saliera de la torre, sólo se había borrado de ella por un momento, durante las palabras y sonrisas de la condesa.

Maret también conoció la causa de aquel recogimiento.

—Vais muy distraído, señor hidalgo, le dijo; ¿pensais acaso en vuestras horas de centinela, ó en la hermosa dama que hemos dejado?

Biblioteca Nacional de España

—Teneis razón, señora, contestó él con indiferencia; pienso en la dama que he dejado.

—¡Ah! exclamó ella con viveza; ¡con que pensais en la dama que habeis dejado!

Y quiso reirse alegremente; pero su risa fué una risa de amargura.

—¿Y puede saberse en qué sentido pensais en la dama que habeis dejado? preguntó la condesa, viendo que él no le había contestado.

—Yo mismo no lo sé, señora, repuso él; pero si he de hablaros con franqueza, no sé por qué se me oprime el corazón al recordarla.

—Eso se explica fácilmente, sonrió ella con ironía; como la veis tan sola, temereis que algún diablo la dé algún mal rato.

—En efecto, señora, compadezco su aislamiento... su soledad...

—Su aislamiento... su soledad... repitió Maret con doble ironía; ¡y sois vos el que lamenta su soledad! ¡vos, que como yo, os habeis sorprendido de su soledad bajo las ramas de las encinas!

El hidalgo apretó los dientes y lanzó miradas de cólera, no á la condesa, que decía la verdad aunque de una manera cruel, si, en efecto, penetraba la causa de su abatimiento, sino á los lados del camino, como si esperase encontrar alguna persona odiosa.

Biblioteca Nacional de España

—¿Mirais tan espantosamente alrededor de vos, prosiguió ella, á ver si veis á Rodrigo de Canaval volver en busca de su amada, para hacer más llevadera la soledad en que vive?

Entonces la mirada del hidalgo, fija y terrible, se clavó en el rostro de la condesa.

—Señora, vuestras palabras me hacen daño.

—Más daño me hacen á mí vuestras reflexiones.

Y la mirada de la condesa cambió un instante rebosando pasión.

—¿A vos? preguntó el de Lecín vivamente.

—A mí, á mí, continuó ella, que creí encontrar un hidalgo tan hablador, como yo habladora, y que me haría felicitar por la idea de salir esta mañana á dar un paseo por el valle.

La mirada del doncel cayó entonces serena y natural sobre las crines de su caballo.

—Había pensado otra cosa, señora, dijo.

—Decidla.

—Se necesita mucha confianza para ello.

—Os la concedo.

—Es que podía ser un insulto.

—No importa, hablad.

—No, no. Me he propuesto hacer el papel de hidalgo cuerdo, y deciros eso que he pensado lo echaría todo á perder.

Biblioteca Nacional de España

—¿Y qué habiais de echar á perder? ¡Vamos, no seais tan misterioso, hablad, decid lo que habeis pensado!

—Imposible, señora.

—¿Tan malo es?

—Puede ser un insulto ó una verdad.

—Y bien, si es un insulto, ya os lo dije que lo toleraría sin consecuencias; y si es una verdad, os lo diré francamente.

—Franqueza por franqueza, no está malo eso; pero temo disgustaros sin venir á cuento, señora condesa.

—Vamos, hidalgo de Lecín, ¿que prueba quereis de que no me enojaré, sea lo que quiera lo que me digais?

A esta palabra de prueba, recordó el hidalgo las pruebas de amor que había prometido la noche anterior á los demás, y por lo que había salido á galopar tan de mañana. Pensó que se había descuidado bastante en conseguirlas, puesto que la condesa le había tratado á medida de sus deseos, y del concepto que él se había formado de ella, lo que nosotros entendemos en el día por coquetismo; y echó la culpa de no haberlas conseguido ya á la dama de Vilamelle, cuya presencia después de dos años venía á deleitar su corazón y á trastornar su cabeza. Pen-

Biblioteca Nacional de España

só también en la rechifla de sus compañeros cuando pasaran los seis días y no pudiera presentar algunas, y procuró alejar de su memoria todo recuerdo relativo á Isabel, y dedicarse exclusivamente al fin que se había propuesto.

Todos estos pensamientos pasaron por su frente con rapidez.

—Vamos, hidalgo de Lecín, volvió á insistir ella con un interés cada vez mayor, ¿qué prueba quereis de mi tolerancia ó de mi franqueza?

—¡Me bastaría un apretón de manos, señora! tartamudeó él con cierto desenfado caballeresco.

—Tomad mi mano, hidalgo; le dijo ella naturalmente.

Y tendió la mano derecha.

El la apretó entre las suyas con trasporte.

—Y ahora, dijo ella, ¿me direis qué habiais pensado al deciros que más daño me hacían á mí vuestras reflexiones que á vos mis palabras respecto á la soledad de la dama de Vilamelle?

—¡Oh, sí! Sean cualesquiera los resultados, os lo voy á decir.

—Hablad.

—Había pensado que vos, interesándoos amorosamente por mí, teníais celos de la dama de Vilamelle, porque conocíais que yo la amaba.

Se turbó un instante la condesa al oír estas

Biblioteca Nacional de España

palabras; pareció vacilar en su silla, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

El hidalgo se admiró. Todos estos síntomas de trastorno los esperaba él de la condesa. Creyó ser contestado con una calificación de estúpido, ó con una de sus carcajadas picantes, por lo que notó aquella turbación con cierta especie de admiración profunda.

Ella alzó la cabeza, lo miró tristemente, y una sonrisa también tristísima apareció en sus labios.

—Y bien, hidalgo de Lecín, murmuró con dulzura; ¿qué pensareis de mí si os digo que en efecto tengo celos de la dama de Vilamelle?

—¡Oh, señora! exclamó él soltando las riendas de su caballo y uniendo sus manos como si diera gracias al cielo; ¡pensaría que Dios había escuchado los ruegos que le hice desde el momento en que os ví! ¡Pensaría que mi felicidad es inmensa! ¡Pensaría que vos me amabais!

Y tendió los brazos en busca de la mano de la condesa, que ella abandonó con toda la pasión que sentía.

Entonces, arrebatado, loco, apretó aquella mano que hubiera envidiado Juan Flaxman para sus vestales; imprimió en ella un beso de fuego,

Biblioteca Nacional de España

y miró después á Maret, como jamás había mirado á ninguna mujer. La miró con amor y lástima.

—¡Ah, condesa Maret! le dijo soltando la mano, ¡todo esto me parece un sueño!

—¡Os parece un sueño!...

—Un sueño de amores, señora.

—¿Y no volvereis á acordaros ya más de...

Y se detuvo la condesa con temor.

—¿De quién, condesa?

—De la dama de Vilamelle.

Guardó el hidalgo un momento de silencio antes de contestar. En este momento, y como si el recuerdo de Isabel de Vilamelle viniera á borrar todas las sensaciones que habían infundido en él la apasionada ternura de la condesa, sus facciones se contrajeron ligeramente; perdiendo la expresión de amor que las embellecía.

—Condesa de Monterrey, dijo con voz firme, yo no puedo engañaros... Franqueza por franqueza; os digo que por hoy me parece imposible que yo olvide á la dama de Vilamelle.

Miróle la condesa como espantada de aquella franca contestación.

—Es decir que yo... ¡que yo no soy nada para vos! exclamó con la mirada fija.

Biblioteca Nacional de España

—Sí tal; sois una mujer adorable...

—Y entonces... ¿qué lugar me reservais á mí en esos recuerdos á Isabel de Vilamelle?

Calló el hidalgo como confuso.

—¡Oh! ¡estais más gracioso haciendo de hidalgo cuerdo que de loco!

Y al decir esto la condesa sonrió amargamente; pero él siguió cabizbajo.

—Parece increíble lo que nos está pasando, continuó ella; parece increíble que hace un minuto me dijerais lo que me habeis dicho, es decir, que vuestra felicidad sería inmensa si yo os amase, y que sé yo cuantas cosas más; y que después de haberos hecho yo feliz con declararos el estado de mi alma respecto á vos, bien favorable como habeis visto, vos me contesteis que no olvidareis tan fácilmente á la dama de Vilamelle. ¡Eso no es hidalguía!...

—¡Oh! ¡señora!... ¡señora!... tartamudeó él con angustia; teneis razón en cuanto decís; pero yo creo que estoy... ¡que estoy loco!

—¡Loco!

—¡Oh, sí! loco de amor, condesa.

—¿Por ella?

—Por las dos, ¡diantre!

La condesa se rió entonces con estrepitosa alegría.

Biblioteca Nacional de España

—¿Y á quien quereis más?... dijo; ¿no se puede saber hacia cual de las dos se inclina más vuestro corazón?

—Hacia vos.

—¡Y cómo probaríaias eso que decís?

—No volviendo más á Vilamelle.

—¿Es decir, que pensabais volver?

—Pensaba volver.

—Pues bien, hidalgo de Lecín, veremos cómo cumplís esa prueba de amor.

—¿Y vos?

—¡Yo!.. ¿qué he de hacer yo?

—Probarme también que me amais... que me amais á mí, Mauro de Lecín, hidalgo de Monforte, condesa.

—¿Y qué prueba de amor quereis?

El hidalgo la miró como para buscar un objeto que ella llevase y obtenerlo como prueba de amor para ganar la apuesta.

—¿Quereis esta sortija? le preguntó ella dulcemente.

Y le presentó un magnífico brillante que llevaba en la mano derecha.

—Bien... dadme esa sortija.

—Tomadla. Sea al mismo tiempo que una prueba de lo que os quiero, un talismán que os aleje de la dama de Vilamelle.

Biblioteca Nacional de España

Tomóla el hidalgo y la colocó en uno de sus dedos.

La alegría más completa animó entonces todas sus facciones; pero pronto cedió esta alegría ante una idea que le asaltó en aquel momento.

—!Creerán que me la dió por otra cualquier cosa!... que yo la conseguí de acuerdo con su camarera, pensó.

Y tornó á mirarla como para hallar otro objeto que no dejase duda alguna.

—Señora, esta sortija no me basta, le dijo; desearía uno de esos hermosos rizos de vuestra cabeza, cuyo perfume me embriaga de pasión.

—Bien, tomad; contestó ella.

Y se cortó uno de sus graciosos rizos.

Tomóle el hidalgo, lo besó con amor y cierta mezcla de lástima chocante, y lo guardó cuidadosamente en su escarcela.

—¿Y ahora, hidalgo de Lecín: os he probado que os amo?

—¡Oh!.. sí... sí... interrumpió él, evitando el encuentro de sus miradas; me acabais de dar inolvidables pruebas de amor... ¡Oh! señora... señora... ¡yo también os amaré toda mi vida!.. como un hermano, murmuró entre dientes.

—¿Y no pensareis jamás en Isabel de Vilamelle? prorrumpió ella con amorosa alegría:

Biblioteca Nacional de España

—Con amor, ¡jamás!

—¿Pensareis tan sólo en mí?

—Con amor, siempre.

—Hidalgo, yo también pensaré en vos siempre con amor.

—¡Qué lástima que se confirme cuanto me han dicho de ella, murmuró el hidalgo para sí.

Y cayó en una especie de abatimiento doloroso.

—Mauro de Lecín, dijo la condesa al verlo trotar, tan indiferente al parecer respecto al estado amoroso de ambos: no volvais á caer en esas reflexiones, pues ya sabeis que esas reflexiones me hacen daño.

Miróla el hidalgo con angustia. Por fuerza la impresión que la dama de Vilamelle había hecho en su espíritu, era una de esas impresiones que arrebatan la atención y ensimisman al hombre cruelmente, para que la hermosura y amor de la condesa Maret no fueran suficientes á borrarla. Parece increible aquella conducta del hidalgo en la situación en que se hallaba.

Explicaremos esta conducta tan rara.

Mauro de Lecín había oído decir el día de la llegada de la condesa de Monterrey á Monforte, que era una joven romancesca, amiga de aventuras amorosas con los más bizarros donceles

Biblioteca Nacional de España

de la Limia. Con arreglo á esto, en un momento en que el Esperón había descompuesto su cabeza, provocó aquella apuesta de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Cuando á la mañana siguiente á la noche en que apostó, vió salir del castillo á la condesa sin más compañía que un paje, y sospechando que su salida no tendría más objeto que la de un paseo por los alrededores, concibió la idea de hacerse el encontradizo con ella y requerirla de amores, siempre que las primeras palabras del encuentro le alentasen para ello. El carácter de la condesa, y particularmente el que demostrara cuando llegó este caso, corroboraron cuanto le habían dicho de ella.

Pero Mauro de Lecín era un hidalgo de buen corazón; y así que se halló con las pruebas que necesitaba para cobrar gran superioridad sobre Pedro de Tor en aventuras de amor, y ganarle los dos mil maravedís apostados, tuvo lástima de aquella reputación algún tanto mancillada, por lo que de ella le habían dicho, y se condolió de aquella mujer tan bella, tan amable, y sobre todo de tan alta posición como aquella á que pertenecían esos grandes señores de Galicia en el siglo en que acaecieron los sucesos que narramos, y cuya reputación estaba en sus ma-

Biblioteca Nacional de España

nos acabar de enterrar en lodo el primer jueves de banacal.

Además, si hay alguua cosa que haga más sensible á los hombres, es el amor. Un hombre enamorado es un niño en toda su pureza de alma. Hablamos del verdadero amor, esa esencia divina que emana de Dios y que Dios nos concedió como un consuelo así como un medio de relación entre él y nosotros. Pues bien, Mauro de Lecín estaba enamorado de la dama de Vilamelle; y desde el punto en que aspiró á torrentes este amor en que ardió su alma en pocos instantes, fué sensible, además de ser bueno de condición.

Con estos antecedentes, se vendrá en conocimiento del estado de su espíritu y se explica aquel retraimiento que parecía tan raro á nuestros lectores en un hidalgo de banacal, delante de una condesa joven y bella que le abrumaba con pruebas de amor, y se explicarán también aquellos momentos de atonía que le asaltaban y de los cuales la condesa quería sacarlo con sus palabras tiernas y apasionadas.

Así que, la mirada de angustia con que respondió él á las que últimamente le había dirigido Maret, revelaba toda la lucha de su alma; lucha entre su amor á la dama de Vilamelle,

Biblioteca Nacional de España

entre la compasión que le inspiraba la condesa, como joven y veleidosa, y entre los compromisos de su apuesta, abierta en una noche de orgía y con el más digno de sus competidores, Pedro de Tor, el hidalgo más hermoso de Monforte, como él mismo decía y los demás coreaban.

Miróla, pues, el hidalgo con angustia, y lanzó un suspiro como un hombre que padece.

—¡Haceis el amor á lo gañán, hidalgo! exclamó la condesa, soltando una carcajada al recojer su mirada angustiosa y su suspiro de pena. Si continuais así, acabareis por hacerme reir más que nunca, ó por aburrirme como una niña sin juguetes. Hablad, amante dolorido; habladme de amor aunque sean necedades.

—¡Diantre! habló por fin el hidalgo; ¡qué he de hablaros ya más de amor! ¡No os he dicho que os amo, señora?

—Y bien... ¿no sabeis más que eso?

—Que ha hecho una mañana deliciosa y que hemos paseado bien.

La condesa se rió locamente.

—Hidalgo de Lecín, sois todo un estúpido, en amor; le dijo. Habeis tenido algunos arranques lúcidos de primer orden; pero no fueron más que chispas sin fuego, ¡Vamos, probad á distraerme!

Biblioteca Nacional de España

El hidalgo, que se había propuesto hacer aquel papel, para desenredarse más fácilmente de la red que había tendido, y en que él había caído lastimosamente, pues no había contado con Isabel ni con su buen corazón, volvió á pronunciar estas palabras como á la ventura:

—¡Dadme lecciones, señora! Adiestradme en distraeros con mis palabras de amor.

—Vamos á ello... ¿Me amais, hidalgo?

—Como un tonto, condesa.

—¿Me olvidareis?

—Nunca. Me dormiré pensando en vos y me despertaré pensando en Dios.

—¡Admirable! sonrió la condesa.

El hidalgo también se sonrió de sí mismo.

—¿Y qué hareis para volverme á ver, hidalgo?

—¡Diantre!.. haré lo que cualquier otro tonto, esperaré á que vos me vengais á buscar á mí.

—¡Detestable!.. murmuró la condesa.

—Vaya lo uno por lo otro, señora.

—Y si yo no hago por veros á vos, ¿vos no hareis nada por verme á mí?

—Nada.

—¿Absolutamente nada, hidalgo?

—Absolutamente nada, condesa.

—¡Eso es decir que no me amais!

Biblioteca Nacional de España

—Eso es decir que os amo como un tonto.

—Pero los tontos buscan á las personas que aman.

—Pero los tontos como yo, más bien huyen de ellas que buscarlas.

—¿Y no sabeis á lo que se compromete un hombre que le dice á una mujer que la ama?

—No se comprometerá más que á amarla.

—Pero amar es buscar, hidalgo.

—¿Y cómo los hombres que aman á Dios no suben al cielo á buscarlo?

—Porque al cielo es imposible subir.

—¡Pues bien!.. he ahí mi amor á vos. Como me será imposible subir á vuestra cámara á daros los buenos días, os amaré desde lejos, es decir, sin ir á buscaros.

—¿Y por qué imposible?..

—¡Diantre!.. porque sois casada.

La condesa se rió alegremente.

—¿Sabeis, hidalgo, le dijo; que hay un desconcierto tal en vuestras ideas, á juzgar desde el momento en que nos hemos encontrado esta mañana, que temo que seais un verdadero hidalgo loco! Loco, cándido ó tonto.

—¿Lo sentiríais si así fuera?

—Hoy un poco, mañana nada.

Estas palabras de la condesa acababan de dar

Biblioteca Nacional de España

el último toque á su carácter frívolo, ligero y especial.

—¿Y no volvereis á acordaros más de mí?.. preguntó el hidalgo animosamente.

—Jamás.

—¿Es decir que no volviendo yo á encontraros más como hoy, vos jamás tratareis de buscarme á mí?

—¡Ah!.. sonrió la condesa con coquetería; hasta ahí podrían llegar las cosas.

Y espoleando á su Gacela, galopó con la sonrisa en los labios, pasando así por las sinuosas calles de Monforte, pues acababan de llegar á ellas.

Mauro de Lecín quiso seguirla; pero le detuvo la voz de Alfonso de Doáde.

—¡Ah! ¡buen hijo de Lecín!.. le gritó este apareciendo junto á él, ginete en un arrogante caballo; ¡con qué esa era la madre que tenías enferma!.. ¡Al diablo á tí y á ella! ¡No sé cuando he de escarmentar!.. ¡Razón tienen todos en llamarme bruto!

Esta vez Alfonso de Doáde no se presentaba con sueño.

Biblioteca Nacional de España

IV

HIDALGUÍA DE UN HIDALGO

La aparición de Alfonso de Doáde en las orillas del río, donde había visto venir á Mauro de Lecín al par de la condesa de Monterrey, era debida á una orden que había dado el conde de Lemos para que todos los hidalgos y algunos lanceros salieran en busca de la dama, pues su ausencia del castillo tan de mañana, los había alarmado á todos.

Con esto la condesa Maret había logrado causar un pesar grande á los condes, que era lo que se había propuesto, y la alegría consiguiente á su presentación.

—Y bien, Alfonso de Doáde, le dijo el hidalgo de Lecín acercándose á él; es cierto que te he engañado, puesto que me has visto venir de Destriz con la condesa de Monterrey; pero en nombre de tu padre no digas á nadie que me has visto con ella.

—¡Cómo no decirlo! ¡voto á San Juan! repuso el hidalgo de Doáde; ¿pues qué más pruebas de que la condesa te ama?

Biblioteca Nacional de España

—No... no... no lo digas. Yo no quiero pruebas ningunas... he perdido la apuesta.

—¡Perdida! ¡perdida la apuesta cuando os habeis citado para... Destriz tal vez... y una cita de madrugada!

—Perdida.

—¿Pues qué?

—Mira, Alfonso, yo había oído decir que la condesa Maret era muy loca... que su conquista era lo más fácil, y por eso aposté ayer denoche los dos mil maravedís. Esta mañana la ví salir sola á dar un paseo con uno de sus pajes y...

—Concebiste la idea de darme un plantón... ¡Oh Mauro! ¡Mauro! ¡Si vieras qué sueño me quitaste! ¡No te lo perdono en la vida!

—No concebí la idea de darte un plantón, sinó la de conseguir las pruebas de amor que apetecía, tan sólo por hacer pasar un mal rato á ese diablo de Pedro de Tor.

—En ese caso te perdono, mi querido Mauro; pues ese Pedro de Tor se hace más insufrible cada día con sus pretensiones de ángel. ¡Oh! qué mal rato va á pasar cuando yo le diga...

—¡Que le has de decir, miserable!...

—¡Voto á San Juan!... que te he visto venir con ella de...

Biblioteca Nacional de España

—¡Eh!... ¡no le digas nada!... Eso ¿qué probaría?

—Oh! Mucho.

—No... no; que nadie sepa que me has visto venir con ella. He perdido la apuesta y nada más.

—Pero... ¡cómo perderla!

—Perdiéndola. Salí, la encontré, me declaré á bote de lanza, y á bote de lanza me rechazó... ¡Oh, estoy que me lleva el demonio, Alfonso! La condesa de Monterrey no es lo que me ha dicho un hidalgo de Celanova: ¡la condesa de Monterrey es una santa! ¡Oh! ¡cuánto se reirán de mí! ¡el furor me abrasa, diantre!

Y fingió en efecto tanto desconsuelo, que Alfonso se condolió de él.

—Pero no desmayes por eso, Mauro, le dijo; quiere decir que si te rechazó hoy, aun tienes cinco días de término. No desesperes, ¡voto á San Juan!

—¡Que no desespere! Estoy tan desesperado, ¡diantre! que de desesperado que estoy porque me llegue á ganar ese Pedro de Tor tan enfatuado con su hermosura, que Dios confunda, he concebido la idea de calumniar á la condesa Maret.

—¡Calumniarla!

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh, sí! he comprado una sortija riquísima, mírala.

—¡Oh, soberbia!

—Me he procurado un rizo de mujer igual á los que usa la condesa, míralo.

—¡Bellísimo!

—Pues bien, se me ha puesto en la cabeza, y todo porque ese diantre de Pedro de Tor no salga con la suya...

—Vamos, ¿qué te se puso en la cabeza?

—Se me puso en la cabeza decir que me los había dado la condesa esta mañana como prendas de amor...

—Sí, sí, hazlo.

—¡Es una calumnia!

—¡Y que importa una calumnia de esa naturaleza, si con ella hacemos rabiar toda su vida á Pedro de Tor; si lo humillamos para siempre!

—¡Oh! no, no. Alfonso de Doáde; mi padre ha sido siempre un buen hidalgo, y su hijo Mauro de Lecín, lo será también hasta la muerte.

Y arrojó la sortija y el rizo á la rápida corriente del Cabe.

—¡Oh, voto á San Juan! exclamó el hidalgo de Doáde, llevándose las manos á la cabeza; ¡que lástima! ¡que lástima de sortija!

—No vuelvas más á mentarla, Alfonso de

Biblioteca Nacional de España

Doáde. ¡Me avergüenzo de haber sido tan vil! Dios me perdone esas ideas tan malas que tuve contra la reputación inmaculada de una belleza aristocrática!

—¡Oh, qué lástima! qué lástima de sortija! continuaba Alfonso con los ojos clavados en el río, sobrado undoso en aquella parte por cierto.

—Vámonos, Alfonso, le dijo Mauro; pero antes dame palabra de no decir nada respecto al asunto de la sortija y el rizo de cabellos.

—¡Oh, qué lástima! ¡qué lástima de sortija! repitió otra vez el de Doáde, sin separar la vista del sitio en que había caído.

Y sus ojos fijos en la corriente, parecían penetrar las piedras de su oscuro fondo, irradiando vívidos rayos de dolor.

—¡Alfonso, Alfonso! le gritó Mauro, acercándose á él y dando un latigazo á su caballo para alejarlo de allí, no vuelvas á pensar más en esa joya, y dame palabra de no decir nada á nadie.

Alfonso inclinó la cabeza sobre el pecho sin deponer su expresión de tristeza, y contestó:

—Bien, Mauro, te doy mi palabra de hidalgo.

—Pica, pues, á tu caballo... Hagamos por alcanzar á la condesa.

Y al galopar ambos hacia el castillo, el bueno de Alfonso de Doáde miró con tanto senti-

Biblioteca Nacional de España

miento el sitio en que quedaba la sortija, que pareció soltarse una lágrima de sus ojos.

Era en efecto una sortija primorosa y de grande precio.

V

IRRISIÓN

Como ambos montaban unos briosos caballos, no tardaron mucho tiempo en alcanzar á la condesa, la cual empezaba á trotar por el pedregoso camino que conducía al castillo, sombreado de nogales y castaños corpulentos.

Pero en menos del cuarto de hora que tardaron los dos hidalgos en hablar lo que constituye nuestro capítulo anterior, se habían unido á ella muchos otros de los que, como Alfonso de Doáde, habían salido en su busca ó en su custodia.

Entre estos hidalgos figuraba Pedro de Tor, el cual se particularizaba por el contínuo afán de poner su caballo el más cercano á la condesa Maret, para llamar mejor su atención sobre su rostro con pretensiones de ángel, como decía Alfonso de Doáde.

Biblioteca Nacional de España

Bien pronto consiguió su objeto; ser distinguido por la condesa, y obtener el honor de que le dirigiera la palabra, cosa que á los demás les aburría mucho, porque les agradaba en extremo una dama tan jovial y tan hermosa como aquella.

Cuando se acercó á ellos Mauro de Lecín con Alfonso de Doáde, ni Mauro de Lecín demostró afán de disputar á Pedro de Tor las miradas y sonrisas de la condesa de Monterrey, ni la condesa de Monterrey hizo más que saludarle á él de la misma manera que á su compañero, con una sonrisa glacial, como si fuera la primera vez que se vieran.

Ni aun después ella lo buscó con los ojos entre el grupo de hidalgos y hombres de lanza que la seguían. Se reía locamente de las palabras de Pedro de Tor, y no tenía más que miradas para éste; Mauro de Lecín respiró de gozo; la imagen de la dama de Vilamelle, dibujándose vivamente en su memoria, vino á sumirlo en uno de aquellos deliciosos éxtasis de enamorados en que parece que la cabeza entra en cuentas con el corazón.

—¡Vive Dios! exclamó Enrique de Marcelle, dirigiéndose á los demás hidalgos, que somos bien desgraciados con las damas tan pronto

Biblioteca Nacional de España

como ese Pedro de Tor se coloca á nuestro lado.

—Mejor dirías entre ellas y nosotros, murmuró Lope de Castillón.

—En efecto, ¡voto á San Juan! gritó Alfonso de Doáde, entre ellas y nosotros.

—Calla tú, Alfonso de Doáde, dijo el hidalgo de Marcelle: ¿quién diablos te mete á tí á hablar de esto? Tú eres muy bruto para apreciar las miradas y las sonrisas de las damas de alto linage. Cuando se hable de las vinculeras rancias ó viudas, que andan á caza de hidalgüelos imbéciles y necios como tú, podremos tolerar que metas la hoz en esas mieses.

—¡Hum! ¡hum! siempre estais con que soy un bruto, respondió el hidalgo apostrofado; pero bruto ó discreto, siempre digo verdades como puños. Y en prueba de ello, ¿á qué ninguno de vosotros se atreve á disputar á Pedro de Tor el lugar que ocupa?

—Todo es que haga una de las mías, señores, refunfuñó el hidalgo de Marcelle.

Todos se volvieron á él entonces con los ojos brillantes de alegría.

—¡A ello, Enrique de Marcelle!.. ¡á ello! le gritaron.

—¡Calma!.. calma, señores, contestó; no se hizo Monforte en un día.

Biblioteca Nacional de España

—¡Cobarde! corearon los demás.

Enrique de Marcelle encogió los hombros.

—Aquí está Amaro de Vilamelle, dijo uno azucémosle á ver si ese es capaz de vengarnos de Pedro de Tor.

Acababa de llegar en aquel instante Amaro de Vilamelle, y hacía su reverencia á la condesa.

La condesa le correspondió con algunas palabras más que á los que sucesivamente se iban incorporando á su comitiva, dándole gracias afectuosas por la incomodidad que, según ella, les causaba; y á continuar la conversación interrumpida por estos ligeros incidentes.

—Vamos, Amaro de Vilamelle, le dijo Lope de Castillón; vénganos de la rabia que nos va causando ese diablo de Pedro de Tor, tomando para sí solo todas las sonrisas y miradas de la hechicera condesa, que nos pertenecían.

—¡Oh! ¡diablo! contestó Amaro de Vilamelle; eso á nadie mejor podeis encomendarlo que á Mauro de Lecín.

—¡Es verdad!.. ¡la apuesta!.. ¡la apuesta!.. exclamaron todos recordándola.

—¡Adelante, Mauro de Lecín, gritó Lope de Castillón.

Mauro de Lecín los miró sorprendidos, como si tratara de alguna cosa imprevista.

Biblioteca Nacional de España

—¡Diantre! exclamó, ¿á dónde he de avanzar?

—A colocarte entre la condesa y Pedro de Tor, haciéndole experimentar á ese maldito Narciso la rabia qne él nos inspira, colocándose entre nosotros y ella, contestó Enrique de Marcelle.

—Sí... sí... apoyaron la mayor parte; arrebátale la presa de los dientes y ganas los dos mil maravedís.

—Estais locos, ¡diantre!

—¡Pues! ¿y la apuesta?

—La apuesta la he perdido.

—¿Por haberse adelantado Pedro de Tor?

—Eso... por haberse adelantado Pedro de Tor, Enrique de Marcelle.

—¡Cobarde! volvieron á repetir todos.

Se da por vencido á las primeras de cambio, dijo Lope de Castillón. Yo, si hubiera provocado la apuesta con la arrogancia que tú la has provocado ayer noche, lucharía hasta la muerte con el mismo caballero del Findoro... ¡me moriría de vergüenza antes que decir lo que tú dices!

—¡Si Mauro de Lecín es aún más presumido que Pedro de Tor! objetó uno.

Y olvidándose todos que iban acompañando á la condesa de Monterrey, levantaron tal gri-

Biblioteca Nacional de España

tería de improperios contra el buen hidalgo de Lecín, que toda la sangre se le subió al rostro, como si padeciera cruelmente.

En esto llegó el Oso negro.

—¿De qué se trata?.. ¿de qué se trata?.. gritó con voz de trueno; ¿qué ha hecho ese pobre Mauro de Lecín para que así lo acoseis como á un lobo. Eso se queda para mi, verdadero Oso negro, que asusto y devoro á las damas de pro; ¿pero á él!.. ¡á él!.. el segundo Pedro de Tor de los hidalgos!

—Se da por vencido en la apuesta á que ayer nos provocaba, gritó Lope de Castillón.

—¿Se da por vencido de la apuesta?

—¡Sí... sí... se da por vencido! corearon á una todos los hidalgos.

—¿Con que se da por vencido en la apuesta? dijo el Oso negro, revolviendo su caballo para dar frente á Mauro de Lecín.

—Vamos... sí, ¡me doy por vencido de la apuesta!.. contestó éste; ¿qué quieres?

—¿Qué quiero?.. contestó el atleta, metiendo su velluda mano en su escarcela; quiero darte este puñado de maravedís para indemnizarte en algo de los dos mil que pierdes.

Y le arrojó un puñado de monedas á la cara.

—¡Oh! bramó el hidalgo ofendido.

Biblioteca Nacional de España

Y llevó la mano derecha al sitio de la espada.

Pero al encontrarse sin ella, pues ya recordará el lector que aquella mañana se la había dejado á Alfonso de Doáde, una palidez mortal dió una expresión siniestra á su semblante.

—Ves... ¡Mauro de Lecín!.. exclamó éste pesaroso de aquel ultraje que le hacían; más valiera haber calumniado que haber sufrido esto... ¡Esto, y lo que vendrá encima!

—Bien... pues lo sufriré todo, contestó él; Dios toma en cuenta la resignación de los mártires.

—Pero tú no eres mártir de la fe.

—Soy mártir de mi buen corazón.

—Los demás hidalgos celebraron con nuevas risotadas aquel sarcasmo cruel del Oso negro, el cual continuó diciendo:

—¿No hay más monedas, señores?

Y al acabar de pronunciar estas palabras invitadoras, casi todos echaron mano á sus escarcelas para arrojar á su vez un puñado de maravedís en el rostro del pobre hidalgo de Lecín,

Pero éste, que vió venir sobre sí aquella nube de monedas, metió espuela á su caballo con brío y arrancó á todo escape siguiendo el camino del castillo.

Un inmenso clamoreo saludó esta huída.

Biblioteca Nacional de España

—Hidalgo, dijo la condesa Maret á Pedro de Tor, viendo correr de aquel modo á Mauro de Lecín; ¡ese joven es loco!

—Es un pobre diablo, contestó él con una sonrisa almibarada. Le da por apostar á que no hay uno en el mundo más gallardo que él, y esto le hace la irrisión de toda la nobleza del país. Huye ahora por evitar la rechifla á que se hace acreedor por esas bellaquerías.

La condesa, creyendo al hidalgo de Tor, se rió de aquella monomanía que este le atribuía á el de Lecín.

—Dejémosle correr, hidalgo, dijo, y continuemos nuestra discusión pendiente.

Pedro de Tor se inclinó con una galantería demasiado afectada, y dijo:

—Decía, pues, señora, que el hombre en este mundo debe ser tanto más arrojado y emprendedor cuanto más valga lo que apetezca.

—¿Y la mujer, hidalgo?

—La mujer lo mismo, señora condesa. Cuando se va á lograr una dicha, no debe pararse nadie en los obstáculos más que para medir su altura, é idear cómo vencerlos, lo mismo el hombre que la mujer. En esto no debe haber distinción de sexos, porque pertenece al alma, y para mí, señora, en tratándose del alma, igual

Biblioteca Nacional de España

es el hombre que la mujer, porque el corazón no tiene sexo.

—Sois todo un filósofo, señor Pedro de Tor.

—¡Ah, señora!.. Esta filosofía es instintiva, tosca, risible si se quiere; pero yo tengo el defecto de mostrar mis sentimientos tales como son. Acierte ó no, hablo.

Y á mi me place la gente habladora, señor filósofo.

—¡Oh! señora... bien veo que disfruto el honor y el placer de llamar vuestra atención con mis insulsas palabras.

Y se inclinó sobre la cabeza del caballo.

—Sois además de filósofo, galante, hidalgo; dijo ella sin dejar de mirarle un momento.

—¿Os burlais, señora condesa?

—¡Burlarme!.. no, Pedro de Tor, no me burlo. Sentiría que tal creyerais de mí.

—En ese caso, señora, perdonadme si en un momento de expansión...

Estais perdonado; pero no volvais á creer nunca que yo me burlo de vos... ¡Oh, me sería imposible burlarme de vos! ¡Me inspirais sentimientos muy contrarios!

Y alzó los ojos al cielo con tal expresión de amor, que el enfatuado de Pedro de Tor cobró más bríos para una declaración instantánea, co-

Biblioteca Nacional de España

mo si se tratara de cualquiera otra dama de menos gerarquía.

—¡Os sería imposible burlaros de mí, señora! exclamó el hidalgo ¿y á qué deberé esa deferencia de tanto aprecio para los que os aman?

—A que me pareceis muy discreto y galante, caballero.

—¡Y buen mozo!.. dijo para sí Pedro de Tor.

—Sois un hidalgo de altas prendas, continuó ella; y desde el momento en que os vi, adquisteis las simpatías de mi alma.

—¡Oh, señora condesa! me decís palabras que me inundan de placer. Daría toda mi vida por seros útil en algo... ¡Cada una de vuestras palabras cae sobre mi corazón como las gotas de un bálsamo vivificador y delicioso!

Ella le miró con ternura.

—Cada una de vuestras palabras me enloquece de amor, señora.

—¡Hidalgo de Tor! balbuceó ella con emoción.

—¡Oh! ya os lo he dicho antes, señora; tengo el defecto de mostrar mi alma tal como es... el defecto de decir lo que siente; y yo amo vuestra voz y vuestras sonrisas, vuestras miradas y...

—¡Oh, callad!.. callad! ¡pueden oiros!..

—¡No... no; no me oirán, señora! Conceded-

Biblioteca Nacional de España

me una palabra consoladora siquiera, porque yo... ¡yo os amo desde la mañana que os ví en el camino de Monforte!.. ¡Ah, sois tan bella! ¡sois tan amable! ¡sois tan sumamente hechicera, que hechizais á cuantos se os acercan!

Y había tanta pasión en las palabras de Pedro de Tor, que cualquiera creería al oirlas que en realidad amaba á la condesa Maret.

Ella lo creyó así; pero no pudo menos de extrañarse de aquella declaración á quema ropa, por decirlo de esta manera; una declaración inesperada, al menos en el giro que tomaba la conversación que traían.

Pedro de Tor no había podido contenerse por más tiempo en declararse. Y antes de la rápida carrera de Mauro de Lecín, había tratado de hacerlo para obtener allí mismo una prueba de amor que acabara de afianzar su reputación de gran conquistador del bello sexo; y temía por momentos entrar en el castillo y perder por consiguiente una ocasión favorable para ello.

Bueno es decir también que Pedro de Tor, al contrario de Mauro de Lecín, ignoraba cuanto se decía reservadamente del carácter ligero de la condesa de Monterrey; pero bien fácil le fué penetrarse de él á las primeras palabras que ella le dirigió aquella mañana. Además, esta

Biblioteca Nacional de España

conquista la creía él facilísima, por cuanto la condesa á su llegada á Monforte le había mirado de una manera que, aparte de todas sus presunciones, no le dejara duda de que había hecho una gran impresión en ella su figura; y no olvidaba tampoco que al darle el pañuelo que se le había caído á los pies de su caballo, sintió una ligera pero expresiva presión de dedos.

Si Pedro de Tor la hubiera amado desde entonces, tal vez se hubiera contenido hasta más tiempo; pero he ahí la causa principal de su declaración de amor tan accidental. Pedro de Tor no la amaba, y como no la amaba, podía decidirse á hacer lo que había hecho. Si Pedro de Tor la amara como amaba á la condesa Ildara, ya se hubiera mirado antes de ello. El temor de exasperarla le tendría á raya.

—¡Oh, Pedro de Tor! contestó la condesa Maret con una dulzura adorable; ¿qué os podré decir que vos no hayais comprendido antes! ¡Me amais, decís que me amais! pues bien, Pedro de Tor, yo también os amo desde el instante que os vi por primera vez, en el camino de Monforte.

—¡Condesa de Monterrey! ¡será tanta mi felicidad! ¡Oh, Dios mío! ¡dejadme besar una de vuestras manos!

Biblioteca Nacional de España

Y se inclinó hácia ella como para tomárselas.

—¡Oh! no, no, repuso Maret con una entereza visible; ¡apartaos, hidalgo! volveos junto á los demás.

—¡Volverme?..

—Sí, volved junto á los demás.

—¿Es decir que ahora quedo peor que antes?

—Justamente.

—¿Y á qué debo haber incurrido en vuestro desagrado, señora, dulce señora mía?

—A que os amo, á que verdaderamente os amo, no desde hoy, hidalgo de Tor, sino desde que os lo demostré dejando caer mi pañuelo á vuestros pies...

—¡Pues entonces... no comprendo cómo amándome me mandais alejar de vos.

—No comprendeis eso, porque olvidais un punto importante; olvidais que soy casada.

—Pero eso no obsta...

—Pero eso es lo bastante para que con mi vida pública no manche un nombre honroso.

—¡Ah! exclamó el hidalgo, admirado de aquella táctica femenina; es decir que si vuestra vida pública no me pertenece, la privada...

—Es toda vuestra, hidalgo de Tor, es toda vuestra. Mi vida pública es el sol; mi vida privada la luna.

Biblioteca Nacional de España

—Entonces, esperaré á que salga la luna para besaros la mano.

—Esperareis.

—Mirad que será esta misma noche.

—Esta misma noche, no; pasado mañana, jueves.

—¿Iré á vuestra cámara?

—Ella tardó un momento en contestar.

—Bien; ireis á mi cámara.

—¿A las doce de la noche?

—A las doce de la noche.

—Adios, Maret de Sotomayor; adios, pues; hasta la media noche del jueves.

—Adiós, Pedro de Tor, adios; hasta la media noche del jueves.

Y se apartaron. Ella apresurando más el paso de su Gacela. El confundiéndose con los demás hidalgos.

—¿Qué tal? ¿qué tal? le saludaron todos con ansiedad.

—¡Toma! que ha de ser, contestó Pedro de Tor con aire enfático, que he ganado la opuesta.

Y se atusó los bigotes con altivez.

—Y ¿las pruebas? objetaron algunos.

—Las pruebas, contestó con una sonrisa diabólica de puro enfática, las pruebas me las dará el jueves á la media noche.

Biblioteca Nacional de España

—¿En su cámara? preguntó el Oso negro.

—En su cámara; afirmó Pedro de Tor.

—¡En su cámara! corearon todos como asombrados.

VI

PROPOSICIONES

Después de aquella exclamación general que tanta admiración y angustia revelaba por parte de los hidalgos, admiración por la facilidad con que Pedro de Tor había conquistado en tan poco tiempo el amor de una de las condesas más bellas y poderosas del país, y angustia por no participar ellos de sus favores, reinó un momento de silencio particular, durante el cual todos parecían reflexionar, avanzando hacia el castillo feudal con las cabezas bajas.

—Sancho, le dijo quedamente el hidalgo de Tor al Oso negro; acompáñame á Monforte, tengo que volverme precisamente.

—¿Has dejado olvidada alguna cosa?

—Sí. ¿Quieres acompañarme?

Y acentuó esta pregunta con cierto movimiento de ojos.

Biblioteca Nacional de España

—Vamos allá; contestó entonces el Oso negro.

Cuando los demás vieron volver grupas, quisieron preguntarles á qué volvían á la villa; pero ellos, sin duda queriendo evitar explicaciones, se lanzaron á la carrera.

Antes de llegar á las primeras casas, Pedro de Tor detuvo su caballo, lo que obligó á Sancho de Remesar á que á su vez detuviera el suyo.

—¿A qué te paras aquí? le dijo, ¿no entramos en la villa?

—¿Para qué?

—¡Toma! ¿pues y la cosa olvidada?

—¡Rayo del cielo! Sancho. ¿No comprendes aún lo que vamos á hacer ahora aquí, solos?

—¡Voto al diablo! no.

Pedro de Tor metió una mano en su escarcela y sacó el pergamino que la noche anterior había escrito el Oso negro.

—¡Ah, diablo! ¿se trata de eso?

Se trata de esto. ¿Lo habías olvidado ya?

—No, no.

—Pues bien; nunca mejor ocasión que ahora para llevar adelante nuestro plan acusador, Sancho.

—¿Pues cómo?

—¿No nos ha mandado el conde salir esta

Biblioteca Nacional de España

mañana á explorar las cercanías con objeto de dar con la condesa, temeroso de los Guimaros?..

—¡Ah! sí... pero...

—¿Qué, qué quieres decir?

—¿Qué relación tiene eso con la carta?

—Mucha. Esto es interesante. El conde nos ha mandado, pues, que recorriéramos los alrededores de Monforte esta mañana; fuimos, volvemos; y le diremos ahora que hemos encontrado un paisano con este pergamino en la mano; que nos preguntó el paisano si alguno de nosotros éramos Amaro de Vilamelle, y que yo, creyendo que sería alguna carta de amor, le he respondido que sí para descubrir sus amorosos devaneos.

—Basta, basta. ¡Eso es admirable!

—¿Concedes que viene bien lo uno con lo otro?

—Claro está, ¡voto al diablo!

—Entonces no hablemos más de esto, y hablemos de otra cosa.

—Hablemos, pues, Pedro.

Hubo un momento de silencio; y Pedro de Tor continuó:

—Sancho, á mí me acaba de citar la condesa Maret para el jueves á media noche.

—¡Ya... ya! ¡con la condesita!

Biblioteca Nacional de España

—¿Te gusta?

—¡Diablo! ¡no me desagrada! ¿A quién no le gusta una condesa de veinte á veinte y cuatro años, bella y poderosa?

—A mí.

—¡A tí!

—A mí ¡rayo del cielo! Si mi corazón no amara á otra como ama, entonces tal vez no me desagradaría.

—¡Ya... ya! Pero supongo que tu amor á la condesa Ildara sea el mismo que el mío. Amar para poseer.

—¡Oh, no! Tal vez sea el mío distinto, y ame como la ama Amaro de Vilamelle. Amor que no se satisface con la posesión de la mujer, y que si muere esta, sobrevive á su muerte hasta que llega la del corazón.

—¡Hum! ¡hum! refunfuñó el velludo atleta; yo no entendí una palabra de lo que acabas de decir. Yo no sé más que un modo de amar.

Y soltó una carcajada estrepitosa.

—Y yo tampoco supe de otro modo de amar más que ese mismo á que aludes, Sancho, hasta que amé á la condesa Ildara. Ya no es un capricho, un pensamiento de orgullo, lo que me impele á amarla. El capricho y el orgullo ya han muerto en mí desde que la amo.

Biblioteca Nacional de España

—¡Diablo! Hoy no sé como te hallo que me pareces otro; ¡Pedro de Tor!

—¡El hombre cada día es distinto, Sancho!

—¿Con que el hombre es cada día distinto; he? mi querido y hermoso hidalgo. No olvidaré estas palabras por si algún día me convienen.

Y el Oso negro recalcó siniestramente estas palabras.

—Al grano... al grano, Sancho.

—Y bien; tú eres el que has de hablar, Pedro.

—Bueno. Voy á hacerte una proposición ventajosa, para lo cual te he preguntado si te gusta la condesa de Monterrey.

—¡Diablo, si me gusta! Si pudiera ejercer con ella mi sistema de...

—¿Y te agrada más que la condesa Ildara?

—No.

—¿Es decir, que no dejarías la una por la otra?

—No.

—Pero más fácil es que llegues á ser dueño de la de Monterrey que de la de Lemos.

—¿Y en qué te fundas para decir eso? Para mí no hay ninguna mujer mas fácil de obtener, sino entra en ello mi sistema de amor, que ya sabes cuál es; de consiguiente, mi hermoso compañero, la condesa Maret está fuera de mis botes

Biblioteca Nacional de España

de lanza, y como está fuera de mis botes de lanza, te pregunto en qué diablos te fundas para decir que es fácil que llegue á ser dueño de su hermosura.

—Yo lo encuentro muy fácil.

Los ojos del Oso negro chispearon de ansiedad.

—Muy fácil. ¡Acaba, pues, de decir cómo, con mil santos!

—Pues bien, Sancho; si me das palabra de hidalgo de apagar en tu corazón ese terrible amor que profesas á la condesa Ildara, el jueves á media noche serás dueño de la condesa Maret.

Una maliciosa sonrisa animó las horribles facciones del monstruo de Remesar. Guardó silenlencio algunos momentos, y contestó:

—¿Nada más que mi palabra de hidalgo?

—Nada más, Sancho.

—La aventura es interesante para que la rehuse, Pedro. Pero antes de comprometerme á ello, es preciso que me hagas ver claramente esa facilidad con que puede ser mía la condesa Maret... mía, Pedro de Tor... mía, ¡lo entiendes!

Y movió la cabeza con objeto de hacer más espantosa la expresión de sus facciones horribles.

—Esta mañana, dijo Pedro de Tor, me ha da-

Biblioteca Nacional de España

do una cita de amor para el jueves, á media noche. Tú vendrás conmigo hasta su antecámara... y te ocultarás en ella hasta que yo salga. Entonces....

—¿Qué?..

—Cuando yo salga...

—¿Qué?

—Entrarás tú en la cámara...

—¿Y ella al verme?

—Ella no te verá...

—¡No entiendo, Pedro!

—No te verá, porque cuando yo salga, dejaré apagada la luz bajo cualquier pretexto... ¿Comprendes ahora, Sancho?

—¡Diablo! pero.... y después... si me conoce.

—Será cuando ya no pueda mirarte sin palidecer... será cuando caiga á tus pies comprando tu silencio...

—¡No está mal ideado eso, Pedro! admiró el atleta.

Y quedó un instante pensativo.

—En fin, dijo Pedro de Tor, ¿aceptas ó no? ¿Quieres que te conceda la condesa Maret el amor que te prometes de la condesa Ildara?

El Oso negro continuó pensativo.

Vamos, si te decides, volvió á decirle Pedro de Tor, te doy los dos mil maravedís de la

Biblioteca Nacional de España

apuesta que he ganado al necio de Mauro de Lecín y que tienes en tu poder.

—Bien; pero antes de darte mi palabra formal, Pedro de Tor, bueno será decirte que si por cualquier contratiempo, la condesa Maret no llega á ser mía, persistiré en amar á la condesa Ildara, y Dios y mi buena maña serán conmigo.

—¡Rayo del cielo! no me opondré entonces.

—Sea, pues; murmuró el Oso negro.

Y le tendió la mano.

—¡Te doy mi palabra de hidalgo de que no volveré á pensar más en la condesa Ildara! siempre que llegue á ser dueño de la condesa Maret.

En este caso, dijo Pedro de Tor tendiendo á su vez la suya, son tuyos ya los dos mil maravedís, y el jueves serás tan feliz, que no habrá persona que no envidiare tu felicidad, si llegara á su noticia.

Y se apretaron las manos.

Con aquel apretón de manos los dos cerraron un contrato bastante singular. El Oso negro prometía olvidarse de la condesa Ildara, siempre que Pedro de Tor le hiciera dueño de la hermosura de la condesa Maret y le concediera los dos mil maravedís de la apuesta; pero al hacerle esta promesa, pensaba en no desperdiciar tan bella

Biblioteca Nacional de España

ocasión, sin que por eso dejase de continuar alimentando los deseos que le inspiraba la belleza de la primera. Es decir, pensaba engañar á Pedro de Tor.

—Pedro de Tor aceptaba aquella promesa y le concedía ya los dos mil maravedís de la apuesta, jurándole que en la noche del jueves, sería dueño de la condesa Maret. Con esto quedaría solo en el campo; pues de tres rivales, uno, Amaro de Vilamelle, sucumbiría bajo el peso de la acusación que iban á hacerle, y el otro, Sancho de Remesar, se olvidaría completamente de la condesa Ildara en brazos de la de Monterrey. Pero como Pedro de Tor conocía bastante al Oso negro para que cumpliera cuanto se le exigía bajo palabra de hidalgo, también pensaba engañarlo; y engañarlo mortalmente.

—¡Ah! me olvidaba de un punto importantísimo; dijo Pedro de Tor, después del apretón de manos.

—¿Cuál? preguntó el Oso negro con algún temor de que por cualquier evento fuese á perder la gloria de aquella aventura.

—Hablo de nuestro contrato respecto á Amaro de Vilamelle.

El Oso negro se tranquilizó.

—Ese contrato ya no debe existir después de

Biblioteca Nacional de España

haber aceptado yo á la condesa Maret por la condesa Ildara.

—¡Oh! no... ¡entonces no! Yo solo no puedo sostener la acusación.

—Bien; pues compartiremos también la gloria de ella.

—Según eso, ¿te obligas á ayudarme á deshacerme de Amaro de Vilamelle?

—Sí, Pedro.

—Y esta misma mañana... ahora... ¿lo acusaremos de traidor?

El Oso negro se encogió de hombros.

—Bueno, dijo; cuando quieras.

—¿Y para robustecer más nuestra acusación, continuó Pedro de Tor, le diremos al Conde, después que lea la carta, que hemos oído á Amaro defender la rebelión de los Guimaros, esos vasallos naturales de la Puebla del Brollón, que siguen la voz de un tal Guimaro, desafecto á los nobles?

—Bueno....

—Volvamos, pues, al castillo, Sancho.

—Volvamos, pues al castillo, Pedro.

Es de advertir que así como en las corporaciones, compañías ó sociedades tienen algunos modismos que á semejanza de todas las cosas nacen, brillan y mueren, así entre la nobleza del

Biblioteca Nacional de España

país en aquella época estaba muy en boga el que se ve en las últimas palabras del rápido diálogo que entablaron los dos hidalgos y que ya habrán notado nuestros lectores en otros. Hacemos esta aclaración sin pretensiones arqueológicas, tan sólo la dirigimos á la delicadeza de los puristas, para evitarles la repugnancia consiguiente.

Pedro de Tor y el Oso negro se dirigieron, pues, al castillo.

VII

LOS ACUSADORES

Dos horas después, y en uno de los salones más principales del castillo de Monforte, se hallaban reunidos sus condes y los de Monterrey.

Los dos hombres se paseaban lentamente y en toda la longitud de él, entretenidos en platicar de los rebeldes, y las dos mujeres se hallaban sentadas en dos lujosos sillones contiguos á una de las ventanas góticas por donde penetraba la luz del sol alegremente.

De cuando en cuando aquellas dos parejas tan distintas en sus sexos y conversaciones, se jun-

Biblioteca Nacional de España

taban y las fundían en una sola, volviendo otra vez á particularizarse.

La condesa Maret hablaba tan rápidamente, y era tan interesante el juego de sus labios, que se hubiera admirado cualquiera del silencio á que condenaba á la condesa Ildara, la cual parecía oirla con resignación.

—¡Oh, mi querida amiga! ¡qué mañana! ¡qué paseo! le decía. Si hubiérais venido conmigo os habríais distraído muy bien. Figuraos que ya á la salida de la villa empezaba á aburrirme de ir tan sola, pues mi paje Tristán no habla más que por monosílabos, y de repente... ¿á quién creeis que veo delante?

—¿Algún hidalgo de montaña que os convidaba á almorzar en su vieja torre? preguntó la condesa Ildara.

—No... no... Era un hidalgo de Monforte; uno de los doce hidalgos.

—¡Ah, es interesante! ¿iba á saludar á su dama?

—No... no; venía para la villa. ¿Pero no sabeis cuál de los doce hidalgos?

—¡Qué sé yo! Apenas los conozco más que vos.

—Vamos, mi querida condesa, debemos ser más amigas. No debía haber secretos entre nosotras. Es imposible que hasta ahora no hayais dis-

Biblioteca Nacional de España

tinguido á alguno entre todos... ¡de que no lo ameis en fin!

—¡Oh! condesa Maret, ¡me decís palabras que me hacen temblar! No; no he distinguido á ninguno. ¿Para qué? Me han dicho que debo amar á mi esposo solamente en este mundo, y á él solo amo entre todos los hombres.

—¡Cómo huele eso á Evangelio ó á cosa de iglesia, condesa! ¡Quién pretende dominar el corazón como se domina á los vasallos con el látigo! Eso sería estúpido, detestable... El corazón es un rey... Y sinó, querida mía, acordaos de los amores de la condesa de Roade. Su corazón amaba al caballero de Remesil; y todo cuanto hizo para desterrar aquel amor que le consumía, fué en vano. ¡Amó la infeliz hasta su sepultura!

—¡Oh, es verdad! murmuró la condesa Ildara, palideciendo con aquel recuerdo; pero yo en un caso así pondría toda mi confianza en Dios, y lucharía con su auxilio hasta la muerte. La fe fortalece las almas, y la religión es un consuelo para el que padece.

—¡Otra contestación de abad, condesa de Lemos!

Y se rió locamente.

—Vamos, Ildara, decididamente habeis sido

Biblioteca Nacional de España

criada entre monjas, pero líbreos vuestro ángel bueno de amar, de llegar á amar á otro que al conde, porque ni todas vuestras oraciones, ni todos vuestros silencios llamarán la atención de Dios. ¡Dios! ¡Dios! como si Dios no tuviera que pensar más que en nosotras para estar pronto á concedernos cuanto le pidamos.

—¡Oh condesa! ¡qué lenguaje!

—Es el lenguaje de la verdad, mi querida amiga.

Y volvió á sonreirse.

—No continueis en esas ideas de la vida ascética, Ildara, por que os harán pasar una vida de dolor y de martirio. Yo quisiera que me dijerais á qué venimos al mundo. ¿A qué venimos?.. ¿á qué venimos?..

—¡A ser nuestra dicha y nuestro consuelo! gritó el conde de Lemos, sorprendiendo aquellas exclamaciones enérgicas de la condesa Maret!

—¡A hacer la dicha de los hombres! ¿Y quién hace la nuestra?

—Los hombres mismos, contestó el de Monterrey secamente.

—¡Según eso, venimos al mundo unos y otros á gozar; gritó Maret con alegría; venimos á reir y no á llorar!

Los dos condes se separaron sonriendo.

Biblioteca Nacional de España

—Teneis una esposa encantadora. Sancho de Ulloa; le dijo el de Lemos. Siempre está contenta, siempre risueña.

—¡Ah! exclamó Sancho de Ulloa, lanzando un doloroso suspiro.

Y alzó los ojos al techo con una expresión de melancolía, con una tristeza tal, que parecía que se le habían abierto en el alma heridas mal curadas.

—Ea, pues, mi querida Ildara: si llegais á amar alguna vez, dijo la condesa Maret, abandonaos enteramente al amor: ¡Oh, no hay cosa como el amor!

Ildara bajó los ojos ruborizada.

—Voy á continuar hablándoos de mi paseo de esta mañana, mi bella amiga, continuó Maret variando vivamente de conversación. El hidalgo á quien encontré era alto, de miradas de fuego y de una fisonomía en extremo interesante y adorable. Es un hidalgo capaz de trastornar de amor por un instante á la mujer más ascética. Vamos, nombradle; á ver si acertais? No os doy más señas de él, porque entonces no tendría mérito alguno el acertijo. Vamos, pues; ¿quién creeis que era?

—¡Oh! ya os he dicho antes, condesa de Maret, que apenas los conozco. Sólo sé que hay

Biblioteca Nacional de España

uno cuya belleza es grande según todos... un tal Pedro de Tor.

—¡Oh! no... no era ese. Era Mauro de Lecín.

—No le conozco.

—¡Es todo una figura arrogante! Sino fuera por Pedro de Tor, que lo encuentro incomparable, os diría que dificilmente podría hallarse otro Mauro de Lecín.

—Y bien, ¿á su solo encuentro debeis que el paseo fuese en extremo divertido, como habeis dicho vos misma, condesa de Monterrey?

—¡Oh! sí; extremadamente divertido. Me acompañó hasta la torre de Vilamelle... ¡Ah, qué teneis! ¡os habeis extremecido!

En efecto, un ligero extremecimiento había recorrido el cuerpo de la condesa Ildara.

—¡Nada... nada!.. balbuceó; no es nada. Me acordé de una vez que di una gran caída de mi yegua pasando cerca de la torre de Vilamelle.

La condesa Maret se sonrió con desdén y continuó:

—Me acompañó, pues, hasta la torre de Vilamelle, y luego hasta la villa. ¡Si vierais qué cabeza! ¡Oh! hizo el loco muy bien, perfectamente bien; de dos declaraciones que me hizo, una á lo loco y otra á lo cuerdo, la que hizo á lo loco me admiró por sus arranques soberbios. ¡Oh,

Biblioteca Nacional de España

qué lástima!.. ¡qué lástima!.. que después de loco y cuerdo se hubiese vuelto bellaco.

—¿Cómo bellaco?

—Bellaco, completamente bellaco. A la declaración primera que me hizo con el carácter de loco, le contesté con un latigazo; y á la declaración de cuerdo que me hizo en seguida, le contesté con un apretón de manos...

La condesa Ildara la miró asombrada.

Le di una sortija como prueba del amor que en aquel momento sentía por él...

—Más y más creció la admiración de la pobre niña.

—Y por último le di un rizo de mis cabellos.

—¿Pero estais en vos, condesa Maret?.. Vamos, sin duda hablais en broma.

La condesa soltó una de sus carcajadas alocadas.

—¡Os sorprendeis de todo esto, condesa Ildara? le contestó; pues esto es la vida, porque vivir es sentir, y sentir es amar. Pero he aquí, cuando yo lo creía enteramente rendido, da en bajar la cabeza y ponerse pensativo. ¡Pensaba en la dama de Vilamelle! Ved si no se había vuelto bellaco.

—¿Y quién es esa dama de Vilamelle?...

Biblioteca Nacional de España

—La hermana de un hidalgo, un tal Amaro de Vilamelle... el del combate.

—¿Es bella?

—Bastante, mi querida amiga. Es tan bella como amorosa. Tiene dos amantes ya, y no es más que una niña de trece á catorce años.

Hubiera pedido la condesa Ildara más detalles acerca de la torre de Vilamelle y de su dama, pero la sagacidad y viva penetración de la de Monterrey la contenían.

—¿Y á todo eso, dijo, llamais divertiros, condesa Maret?

—¡Oh! ya vereis, condesa Ildara. Como mi amante de tres horas se quedaba pensando en la dama de Vilamelle, cedió mi alegría y quise sondear bien el estado de su alma. ¡Ah, era un verdadero bellaco! me contestó que si yo no iba á buscarlo á él después de lo que había pasado esta mañana, él jamás tendría valor para subir á mi cámara á visitarme.

—¿Y entonces... vos?

—Espoleé á mi Gacela y me separé de él como debía separarme, riendo. Pues qué, ¿no es cosa de reirse una toda su vida de la maldita contestación del hidalgo de Lecín?

—¿Pero... y á eso llamais divertiros? persistió la condesa Ildara.

Biblioteca Nacional de España

—Esperad. Al dejar á Mauro de Lecín, me encontré á Pedro de Tor, y entonces olvidé completamente al hidalgo loco, cuerdo y bellaco. ¡Oh! es que ese hidalgo de Tor es capaz de hacer olvidarlo todo.—Se acercó á mí resueltamente, con esa confianza que tanto me gusta inspirar á los nobles que como Pedro de Tor arrebatan la atención de todas las damas, y después de varias palabras, también se declaró...

—¿Y vos?

—Yo le contesté también que le amaba; y le di una cita para el jueves á media noche.

—¡Señora!..

Y la condesa Ildara se levantó sonrojada de aquel cinismo.

La condesa Maret soltó una carcajada, hija del ademán de aquella, y la obligó á sentarse.

—¡De todo os asustais, mi querida amiga! le dijo; calmaos... sois muy nerviosa... Ya lo he notado cuando hablé de la torre de Vilamelle.

Y recalcando estas últimas palabras cuanto pudo, una sonrisa irónica se dibujó en sus labios, al paso que los párpados de la de Lemos parecieron hincharse prontos á despedir dos lágrimas.

—Figuraos, pues, mi querida amiga, continuó aquella, si me habré divertido bien esta

Biblioteca Nacional de España

mañana. Pero más aún me divertiré el jueves, pasado mañana, haciéndome la gazmoña... pienso hacerme considerar como una santa, educada rigurosamente en un convento de nuestras montañas.

En aquel momento giró la puerta del salón y anunciaron á Pedro de Tor y Sancho de Remesar.

—¡Ah, Pedro de Tor! exclamó la condesa Maret quedamente... ahí está Pedro de Tor, ved sino es capaz de hacer olvidar cuanto existe de bueno en este mundo.

Pero la condesa Ildara parecía no escuchar estas palabras. Había caído en una especie de abatimiento doloroso que abstraía todas sus facultades intelectuales, todas las potencias de su alma.

—Entraron los dos hidalgos en el salón, y saludaron profundamente.

—¿Ah! mis queridas condesas, exclamó el conde de Lemos al verlos, he aquí una cosa digna de ver. He ahí, pues, reunidos al hombre más hermoso del país y al hombre más horrible. Adelante, Pedro de Tor; adelante, Sancho de Remesar.

La condesa Maret miró amorosamente á Pedro de Tor, y tuvo miedo de tener los ojos

Biblioteca Nacional de España

más de un segundo en el espantoso y velludo rostro del Oso negro. El mismo conde de Monterrey participó de este temor.

La condesa Ildara, hacia quien más particularmente se dirigieron los ojos de los hidalgos con una expresión de amor y de inquietud que se confundía con la de un respeto solemne, sintió cierta especie de horror al verlos. Hubiérase dicho que tanto la imponía el rostro de Pedro de Tor como el de Sancho de Remesar. El conde de Lemos, por el contrario, sentía una verdadera complacencia al ver así entrar á los dos hidalgos, complacencia que revelaron las palabras suyas que acabamos de consignar.

—Señor, dijo Pedro de Tor humildemente, venimos á revelaros un complot horroroso.

—¡Un complot horroroso! repitió el conde de Lemos.

Y la sonrisa que había animado sus facciones á la vista de los dos, se petrificó en sus labios.

El conde de Monterrey prestó más atención y clavó sus ojos con ansiedad en el hidalgo que había tomado la palabra. Por su parte las dos condesas también lo miraron con la sorpresa consiguiente á cuanto había proferido. Tan sólo el Oso negro permaneció olvidado, como si en calidad de escudero acompañase á Pedro de Tor.

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh! si señor, continuó éste, un complot horroroso.

—Sepamos, pues, cual es ese complot; dijo el conde de Lemos con la altivez y la serenidad de un rey.

—Esta mañana, dijo Pedro de Tor, hemos salido Sancho de Remesar y yo, como los demás hidalgos de Monforte, á explorar las cercanías para buscar á la señora condesa.

Y se inclinó ante la soberana hermosura de la de Monterrey. En tanto el Oso negro devoraba con sus miradas feroces la angelical melancolía de la de Lemos.

—¿Y bien?.. preguntaron á una los dos condes.

Después de salir de la villa por el camino de Chabaga, prosiguió Pedro de Tor con una importancia que infundía serios temores á los dos reyezuelos, y como á un cuarto de legua de ella, encontramos á un paisano que traía trazas de haber andado mucho en pocas horas... ¿no es verdad, Sancho de Remesar?

Y se dirigió á su compañero.

—En efecto; apoyó este mirando á los condes frente á frente; venía muy cansado, y todo enlodado.

Pedro de Tor le agradeció aquella afirmación

Biblioteca Nacional de España

con una mirada bastante expresiva, como si no hubiera esperado que el Oso negro se expresase así.

—¿Y bien?.. ¿Y bien? volvieron á repetir los dos grandes señores de horca y cuchillo, con una ansiedad creciente.

Este paisano, siguió Pedro de Tor, que parecía provocar á propósito aquella impaciencia para dar sin duda toda la importancia posible á la misión que se había propuesto, se dirigió á nosotros, y nos preguntó cuál de los dos éramos el hidalgo de Vilamelle; y al mismo tiempo mostraba una carta en la mano.

La condesa Ildara se estremeció de temor al escuchar estas últimas palabras del hidalgo de Tor, y la condesa Maret le lanzó una mirada fija que la hizo palidecer bajo la idea de si aquella mujer sabía su amor á Amaro de Vilamelle, por habetlo sorprendido desde el día del combate.

Pedro de Tor prosiguió:

—Como el villano nos mostraba la carta, sospechamos nosotros, ó más bien mi amigo Sancho de Remesar, que la carta era de alguna dama enamorada de Amaro de Vilamelle. ¿No es verdad, Sancho?

Y volvió á dirigirse al atleta.

—Cualquiera lo hubiera sospechado también,

Biblioteca Nacional de España

contestó éste sin inmutarse en lo mas mínimo. Amaro de Vilamelle es uno de los hidalgos más gallardos y más favorecidos de las damas.

Volvió á quedar Pedro de Tor satisfecho del apoyo que daba á sus palabras el Oso negro, pues lo juzgaba muy torpe en materia de intrigas; y otra vez volvió la condesa Ildara á estremecerse ligeramente con los ojos bajos, y otra vez las miradas de la de Monterrey cayeron sobre ella con intención.

Esta vez la habló:

—Amiga querida, le dijo quedamente; no os asusteis tanto porque ese Amaro de Vilamelle sea tan favorecido de las damas, según lo dice aquel monstruo; vos hablareis con Dios y le pedireis que lo dote de un corazón constante para la que más lo adore.

—¡Señora!.. volvió á murmurar la condesa Ildara.

La condesa de Monterrey soltó una risa que ahogó este arranque de indignación de Ildara de Courel.

Pedro de Tor continuó:

—Yo le contesté que sí, que era yo Amaro de Vilamelle, con el fin de hacernos con aquella carta amorosa y reirnos el jueves próximo todos los hidalgos de las quejas ó ruegos de amor que

Biblioteca Nacional de España

contuviera. Sancho de Remesar también persuadió al paisano de que en efecto era yo el hidalgo por quien preguntaba.

—¡Vamos, adelante! clamaron los dos condes veamos ese complot horroroso.

—Pues bien, altos y poderosos señores; el paisano me entregó la carta entonces, y la leímos. No era carta de amor.

Alzó los ojos la condesa Ildara, como si despertara súbitamente de un sueño pesado, y volvió á bajarlos ante la sonrisa irónica de la de Monterrey.

—No era, pues, una carta de amor dirigida á Amaro de Vilamelle, continuó Pedro de Tor lentamente, como si se gozara en la ansiedad de los dos señores feudales, era una carta que nos hizo temblar.

—¡Por Santiago! exclamó el conde de Lemos; vos sí que nos haceis temblar de impaciencia, ¿qué carta era esa, qué decía?

—Era, señor, una carta de Clodio Espasende, antiguo arquero mayor de Amaro de Vilamelle, dirigida á él.

Estremecióse entonces el conde D. Alfonso como una mujer; más vivamente aún.

—Y decía en ella, que el jueves, pasado mañana... caería sobre la villa con su partida de

Biblioteca Nacional de España

rebeldes, y que contaba con él para la entrega del castillo.

Los ojos del conde parecían chispear de furor, los de la condesa Ildara temblaban, fijos en la alfombra del salón.

—Es esto tan cierto, prepotentes señores, afirmó Pedro de Tor con voz solemne, como que todos nos hallamos aquí: ¿no es verdad, Sancho?

—¡Oh, sí! contestó el atleta; y le decía además, que ya había recibido veinte mil maravedís Amaro de Vilamelle por la entrega del castillo, y que el jueves, tan pronto como fuere dueño de él con sus gentes endiabladas, le daría otros veinte mil más.

—¡Es verdad! ¡es verdad! aseguró Pedro de Tor; me olvidaba de esa circunstancia. Amaro de Vilamelle está comprometido á entregar el castillo á los hermanos de Galicia por cuarenta mil maravedís.

—Y le agradeció al Oso negro aquel recuerdo con otra mirada de satisfacción, que él no recogió por haber puesto sus ojos en la condesa Ildara para estudiar el efecto de sus palabras.

En efecto, la palidez de la condesa de Lemos era extrema. Pálida, inmóvil y silenciosa, parecía haber sufrido un fuerte choque que la redujera á aquel estado.

Biblioteca Nacional de España

La condesa de Monterrey se inclinó á su oido:

—Condesa Ildara, la dijo; ese Amaro de Vilamelle no os quería dar muy buena noche el jueves próximo; pero vos rogareis á Dios para que sea aún más perro, es decir, fiel como estos animales al pan que comen.

Ildara de Courel clavó en ella los ojos como pidiéndole piedad.

En tanto los dos condes daban grandes paseos por el salón, con el semblante descompuesto; y en particular el de Lemos demostraba tanto la cólera que lo dominaba, que ésta se revelaba terrible hasta en sus menores ademanes.

—¡Por Santiago! ¡por Santiago! clamaba; ¿quién había de creer semejante cosa del hidalgo de Vilamelle?

—¡Un traidor!.. ¡un traidor entre vuestros hidalgos!.. decía el de Monterrey.

—¡Oh, sí, un traidor! ¡un traidor que yo colgaré esta tarde de la almena á que colgó mi abuelo Lope Alonso de Lemos á Juan de Grian! ¡Por Santiago! ¡por Santiago! que no le va á valer la gloriosa muerte de su antecesor Alonso de Vilamelle, muerto en defensa de mi tío el maestre de Santiago, Vasco Rodríguez de Cornado, cuando un musulmán lo iba á atravesar con su gumia. ¡Le he de hacer pedazos antes!

Biblioteca Nacional de España

Y parecía bramar al proferir estas palabras.

Los dos hidalgos cambiaron una mirada de placer, y la condesa Ildara parecía que juntaba las manos como para orar; pero sin alzar la vista del suelo. La de Monterrey gozaba en su martirio.

Pero de repente se sosegó el conde de Lemos, quedando inmóvil en medio del salón y frente á frente de los dos denunciadores.

—Mis buenos hidalgos, les dijo; os agradezco vuestra delación; pues cumplís con uno de los artículos más preciosos del reglamento, y os lo recompensaré como cumple á mi raza. Pero antes de condenar al hidalgo de Vilamelle por traidor, necesito más pruebas; la carta, por ejemplo.

—Hela aquí, señor, dijo Pedro de Tor con una sonrisa de diablo.

Y metiendo la mano en su escarcela, sacó el pergamino y se lo entregó respetuosamente.

Arrebatóselo el conde con furor y se puso á leerlo; sentándose en uno de los sillones más cercanos,

A medida que recorría aquella carta, lanzaba miradas de fuego sobre los dos hidalgos, y parecía devorarlos con los ojos. Al mismo tiempo se pintaba el mayor asombro en su semblante.

Biblioteca Nacional de España

Todos esperaron sorprendidos á que hablase; pues les extrañaba aquella ira con que miraba á los hidalgos.

El conde de Lemos se levantó tranquilamente al parecer, y se dirigió á la puerta del salón, entre el silencio aterrador de la escena. Allí, llamó al hidalgo de centinela en la azotea principal, que era Fernán de Amande, y con voz temblorosa le ordenó que se presentase en el salón con seis arqueros.

Cuando entró Fernán de Amande con sus gentes, el conde se sentó en el mismo sillón que había ocupado y que daba frente á los dos hidalgos y dirigiéndose á él le dijo:

—Fernán de Amande, atad codo con codo á Pedro de Tor y á Sancho de Remesar.

Todos se quedaron admirados, y en particular los dos hidalgos, pues menos que nadie esperaban aquella extraña peripecia.

—¡Señor! ¡señor ¿qué haceis? pronunciaron dolorosamente en medio del espanto que les causaba aquella medida del conde.

—Prenderos para ahorcaros, contestó D. Alfonso, frunciendo el ceño.

—!Ah, señor! exclamó Pedro de Tor, ¿es delito seros fiel? ¿es delito denunciaros á un traidor? ¿no hemos cumplido con el reglamento?

Biblioteca Nacional de España

—Y bien que cumplís, señores, pues os venís á delatar vosotros mismos.

—¡Cómo á delatarnos, señor! imploró el Oso negro con voz sumamente dolorida, que hacía aún más horrible su figura.

—Me presentais una carta como prueba de traición contra mi buen hidalgo Amaro de Vilamelle, dijo el conde con voz grave, y esta carta es una prueba evidente de que la traición que imputais á Amaro de Vilamelle, es vuestra.

—¡Nuestra! exclamaron á la vez los dos hidalgos, mirándose con el mayor asombro.

En tanto los demás espectadores guardaban un silencio completo, suspensos de las palabras del conde de Lemos.

—¡Vuestra! ¡vuestra, por Santiago! gritó don Alfonso levantándose, y sinó ¿quién de vosotros dos sabe leer?

—Sancho de Remesar, dijo Pedro de Tor, lanzando miradas de estupor á todos lados.

—Leed, pues, dijo el conde, presentando la carta al Oso negro.

Cogióla temblando el coloso, y al prepararse para leerla, se volvió vivamente á su compañero.

—¡Esta no es mi letra! le dijo con una admiración dolorosa.

Estas palabras que imprudentemente se le es-

Biblioteca Nacional de España

caparon, lo hubieran perdido seguramente en nuestra época, más adelantada que aquella en estas averiguaciones; pero entonces ninguno de los presentes pareció llamar la atención sobre ellas.

Al proferirlas el Oso negro, Pedro de Tor tembló como si fuera á morirse, y más y más creció su temblor al escuchar las que aquel empezó á leer con la alteración de un sentenciado á muerte.

—«Puertomarín 24 de Mayo de 1481.—Mis buenos hermanos de Galicia, Pedro de Tor y Sancho de Remesar»...

Los dos hidalgos se miraron aterrados. El Oso negro prosiguió:

—Ya he llegado á este pueblo al frente de los míos; y nos unimos al ejército que trae mi Merino de Mondoñedo, Alvaro García. Sabreis además, mis queridos hermanos, cómo nos hallamos aquí todos esperando las mesnadas del Vizconde de Tuy y de Roque de Monfero, para unirnos á los Guimaros de la Puebla del Brollón y caer sobre el castillo del conde Lemos, de ese tirano que como otros muchos hemos de exterminar bien pronto, porque nuestra causa es la causa del Divino Redentor; el cual predicaba la igualdad y la fraternidad de los hombres. Y como vamos á caer sobre el castillo de ese déspota que, á

Biblioteca Nacional de España

nombre de los reyes de Aragón y de Castilla (con quienes nada tenemos), saquea y asesina á los hombres buenos que cultivan las tierras de nuestro reino; contamos con vosotros para la noche del jueves, noche del gran triunfo de la santa causa de los hermanos de Galicia. Ya recibísteis cuarenta mil maravedís, que es la mitad de lo que llevais por la entrega de él, y el jueves se os darán los otros cuarenta mil consabidos.—El Mariscal, Pedro Pardo de Cela.

—¡Desgraciados de nosotros! exclamó el Oso negro, ¡esto sin duda es un castigo de Dios!

—¡Oh, desgraciados de nosotros! ¡desgraciados de nosotros! dijo Pedro de Tor, tratando de cubrir aquellas palabras que se le volvieron á escapar imprudentemente al Oso negro; el demonio se ha metido en todo esto y ha trastornado las letras de la carta! Ese miserable y traidor de Amaro de Vilamelle, sin duda alguna tiene pacto con él! ¡Cómo explicar entonces esto!

Y continuaron lamentándose.

La condesa Ildara levantó la cabeza, al comprender aquella trasformación de acusadores en acusados, se borró la alteración de su semblante, y todo su ser se sintió tranquilo y feliz como el que acaba de salvarse de un inminente riesgo. La de Monterrey, por el contrario, se

Biblioteca Nacional de España

sintió turbada por la suerte que le esperaba á su amante Pedro de Tor. El conde, su esposo, permanecía absorto.

Don Alonso de Lemos tomó la carta de las manos del atleta, y clavando en los dos hidalgos sus miradas graves é imponentes, les dijo:

—Señores, que os administre un confesor, no quiero ser tan inhumano que os prive de los consuelos de la religión; pero en concluyendo, la almena de Juan de Grian reciba vuestros cuerpos. Vos, Fernán de Amande, me respondeis de ellos con vuestra cabeza; y así que acaben de confesar sus culpas, colgadlos de la manera que he dicho, con un letrero en la espalda que diga: *por traidores*.

—¡Oh, señor! clamaron los dos hidalgos, al escuchar aquella sentencia, cayendo de rodillas á sus plantas, ¡somos inocentes!.. ¡inocentes!

Y en particular Pedro de Tor, imploraba también con su mirada la compasión de las dos condesas.

—¡Ildara, querida mía, le dijo con dolor la condesa de Monterrey; ¿librémoslos de esa muerte con que los amenaza vuestro esposo!

—¡Oh, sí! exclamó Ildara de Courel, movida á compasión por ellos; salvémoslos, salvémoslos, por el cielo!

Biblioteca Nacional de España

Y se levantaron ambas y se arrodillaron á los pies del conde; pero el conde las rechazó con aspereza, entrando rápidamente en su gran cámara.

Entonces las dos condesas se acercaron al de Monterrey, imploraron también su protección para que no fuesen ajusticiados los dos hidalgos, y lo llevaron á donde se había retirado D. Alonso para que uniera sus ruegos á los suyos.

En tanto, vino el confesor que habían mandado llamar de orden del gran señor, y el padre Fray Pedro Sernande, que así se llamaba, y cuyo nombre no debe ser desconocido para nuestros lectores, como autor de una crónica antigua que comprende muchos de los sucesos que hemos narrado y hemos de narrar aún, recogió las confesiones de los dos reos.

Refiere él, que cuando concluyó de recibirlas, y notando la singular armonía que reinaba en ellas, no pudo menos de dirigirse al conde don Alfonso, convencido de la inocencia, y protestar en nombre de Dios contra aquellas muertes; y que gracias á él, y á los ruegos de las dos condesas y de D. Sancho de Ulloa, conde de Monterrey, D. Alfonso los perdonó y los volvió á su gracia; amonestándoles secretamente de que si otra vez volvían á urdir cualquier otra trama

Biblioteca Nacional de España

contra el hidalgo de Vilamelle, serían ahorcados de la almena de Juan de Grian, la almena de los traidores.

Respecto á la sustitución de cartas, afirma con mucha entereza en su citada crónica, que fué un milagro de Dios bien patente para librar á Amaro de Vilamelle de morir inocentemente por traidor.

VIII

ADORACIÓN

Instantes después de haber perdonado el conde de Lemos á los dos hidalgos acusadores de Amaro de Vilamelle, la condesa Ildara entró en su oratorio y cayó á los pies de su crucifijo, dándole gracias por aquel rasgo de piedad que tanto ennoblecía á su esposo, una vez justificada la inocencia de ellos por su confesor Fray Pedro Sernande.

Después volvió con tristeza los ojos á la ventana que ya conocen nuestros lectores, y se dejó caer en un sillón con la mayor angustia.

Permaneció así algún tiempo como luchando

Biblioteca Nacional de España

consigo misma, y por fin se acercó tímidamente á la reja.

Miró con inquietud al centinela que se paseaba por la azotea principal, y al cerciorarse de que no era Amaro de Vilamelle el hidalgo que se hallaba allí, pareció respirar como si saliera de un gran ahogo. En seguida miró al cielo, y uno de aquellos éxtasis, hijos de la contemplación profunda de la naturaleza, embargó sus pensamientos dejándola en una inmovilidad contemplativa semejante á la que la abismaba el día en que la vió Francisco Moure por primera vez, aquel escultor tan famoso de su tiempo que, como ya dejamos dicho, logró perpetuar su imagen.

Dieron luego las tres de la tarde en el reloj del castillo, y al escuchar las campanadas, se sobresaltó algún tanto, como si le hablaran un lenguaje misterioso, dulce y atormentador á la vez. Bajo esta impresión fuerte y apacible á un mismo tiempo, se retiró de la ventana, y fué á caer arrodillada ante el crucifijo de su oratorio.

—¡Señor, Señor! murmuró dolorosamente; ¡aun tal vez sea tiempo de borrar su imagen de mi alma y este amor de mi corazón!.. Para vos nunca es tarde, Dios mío; ¡haced, pues, en mí uno de vuestros milagros, haced que me acos-

Biblioteca Nacional de España

tumbre á oir su nombre sin palidecer como una culpada! ¡haced que me acostumbre á verle sin estremecerme de amor!

Y dos lágrimas brotaron de sus párpados, enturbiando las miradas que elevaba al crucifijo, corriendo por sus mejillas dulcemente. ¡Oh! si así la llegara á ver Francisco Moure, en lugar de un ángel nos hubiera legado una santa, en el retablo mayor de la iglesia del colegio de Monforte; una santa bella y tierna postrada contínuamente á los pies de Dios.

—¡Oh, Señor!.. ¡Señor!.. continuó: borrad ese hombre de mi memoria, pues es tal el éxtasis que subyuga todas mis facultades, que ni la destrucción del mundo, ni el ángel de la muerte tendrán poder para ello. ¡Será posible, Dios mío, que una pasión terrestre venga á destruir el amor que había depositado en tí, aquel amor sublime que embriagaba de una felicidad divina como la que deben experimentar los ángeles que te rodean?

Y esta vez brotaron nuevas lágrimas de sus ojos, que acompañaban siempre á las plegarias que dirigía al Creador todas las mañanas y todas las tardes; se juntaron sus manos, y se dobló su frente de ángel sobre su pecho de estatua griega.

Pasados algunos instantes, aquella belleza celestial de ojos azules y cabellos de oro, se levan-

Biblioteca Nacional de España

tó y se dirigió al sillón en que acostumbraba á sentarse. Desde allí, trataba de tener sus miradas contínuamente fijas en el crucifijo; y como la otra vez que la presentamos á nuestros lectores, parecía que una fuerza irresistible que provenía del corazón y dominaba su voluntad, dirigía sus miradas á la ventana contra su propósito.

Llegó un momento en que se dirigió á ella como si uua influencia magnética la atrajera. Asomó, pues, la cabeza y miró para el centinela. Esta vez era Amaro de Vilamelle.

El pobre joven se paseaba tranquilamente, bien ajeno de la furiosa tempestad que pocas horas antes había bramado sobre su cabeza. Esta misma idea hizo que la mirada que le dirigió la condesa Ildara fuera impregnada de amor y de compasión profunda.

Amaro se estremeció al divisarla en la ventana; y al notar la expresión de sus ojos, se inclinó respetuosamente como saludándola, pero fué más bien para ocultar ó rechazar el impulso de amor que lo arrastraba hacia ella con una fuerza poderosa.

Ella contestó á su saludo con otra inclinación llena de amorosa melancolía. Se creyó Amaro tan feliz entonces, que á semejanza de aquella noche en que se le apareció como un ángel de

Biblioteca Nacional de España

consuelo, todo lo olvidó para pensar tan sólo en la dicha de ser amado por ella.

—¡Hidalgo, le dijo la condesa, vos teneis muchos enemigos!.. ¡os quieren muy mal!..

Aquellas palabras sorprendieron á Amaro; pero pronto comprendió que se las dirigía la condesa por la enemistad que reinaba entre él, Pedro de Tor y Sancho de Remesar, á pesar del juramento de honor exigido por el conde.

—¡Oh! señora... contestó él, acercándose tímidamente á la ventana, tengo enemigos y por consiguiente me quieren mal; pero lo más extraño es que para ellos pase por un amante feliz... cuando soy el amante más desgraciado.

—¿Y en ese caso... á ellos qué les importaría vuestra felicidad?..

—Lo que le importa á un rival la dicha de otro, mucho.

—¡Es decir, que ellos son rivales vuestros!

—Son... son rivales míos, señora.

—¿Pedro de Tor y Sancho de Remesar? prosiguió la condesa.

—¡Oh! ¡sabeis quiénes son, señora! ¿Y cómo lo sabeis? ¡vos, vos!

—Hace poco tiempo... pues hallándome en el salón del conde mi esposo, entraron á acusaros de traidor.

Biblioteca Nacional de España

—¡Ah, ya me lo contó Fernán de Amande, señora! exclamó Amaro, y me contó también que sin vuestra poderosa intercesión y la de la señora condesa de Monterrey, el conde los hubiera colgado de la almena de Juan de Grian, pues por una circunstancia milagrosa se descubrió mi inocencia y se encontraron los mismos acusadores acusados.

—Decid más bien la intercesión de Fray Pedro Sernande, mi confesor y el de ellos, hidalgo. Esta intercesión, que fué la que arrancó el perdón de los labios del conde, fué hija de la confesión que recibió de los dos.

—¡Oh! le confesarían que os amaban, señora.. que os amaba yo también...

Y el hidalgo bajó los ojos, pálido de emoción.

La condesa Ildara también bajó los suyos al impulso de una sensación que esparcía por todas sus fibras un placer dulcísimo que hasta entonces le fué desconocido. Pero se repuso vivamente.

—Que ellos me amaban y que me amais vos y todos, ignoro si lo confesaron, pues es una cosa que creo bastante insignificante en esos casos. Yo no hago mal á nadie, y por consiguiente nadie me debe querer mal.

El hidalgo respiró al ver el giro que Ildara de

Biblioteca Nacional de España

Courel daba á sus palabras, pues había temido haber avanzado mucho. Sin embargo, en medio de su satisfacción sentía un pesar, porque ella no comprendiera el estado de su alma, toda amor.

—¡Seguramente que nadie os querrá mal, señora! dijo él. Sería un delirio imaginarse que un ángel como vos tuviera personas que lo aborreciesen!

—¡Un ángel como yo, hidalgo! exclamó ella temblorosa y esforzándose por sonreir, para dar á sus palabras el valor ó significado que tienen en boca de una mujer lisonjeada.

—Un ángel como vos, señora, sostuvo el hidalgo; pues vos, tanto en alma como en cuerpo, me pareceis un ángel, ¡un verdadero ángel del cielo!... ¡Oh! si supierais, señora, ¡si supierais cómo os consideré una noche y cómo os he amado desde entonces...

—¡Hablad!..¡hablad!.. tartamudeó ella, agitada por las más vivas impresiones.

—Hace pocas noches, señora, que yo me lamentaba de mi suerte y pensaba en la muerte como se piensa en un bien, en una dicha que borra los pesares que se experimentan. Había sufrido aquella noche, y en bien pocas horas por cierto, cuanto puede sufrir un hombre resignado

Biblioteca Nacional de España

á soportar todos los tormentos imaginables. Acababa de saber, señora, que una pobre joven á quien yo amaba con toda mi alma y que la muerte sorprendiera á los quince años, había sido deshonrada por un hombre sin fe y sin corazón; y este mismo hombre me lo decía á mí, señora, ¡á mí que la quería tanto!

Y la voz de Amaro, vibrante de pasión y de ternura, hacía temblar de amor á la condesa Ildara.

—Apenas todas las fuerzas de mi alma desfallecidas por tan espantosa revelación comenzaban á reponerse, y arrojaba el guante de muerte sobre la boca del asesino, otra revelación no menos cruel me abrumó con su punzante peso. De dos hermanas que tenía, señora, una había muerto también joven y también deshonrada por otro hombre. Las dos, amante y hermana, no pudiendo sobrevivir á su deshonra, se habían envenenado.

—¡Dios mío!.. exclamó la condesa.

Y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Se habían envenenado, señora, y habían encerrado en la tumba el secreto de su muerte juntamente con el de su honra. Pero los verdugos se encargaron de descorrer el velo de aquellas misteriosas víctimas, gloriarse de su iniquidad.

Biblioteca Nacional de España

Sin la publicidad no había galardón para ellos en aquella infamia. ¡Los dos me lo revelaron frente á frente, á la luz del sol y en presencia de otros hombres; y el sol no se oscureció, ni los hombres se estremecieron de espanto; antes al contrario, el sol parecía lucir con más brillo, pues á mí me hizo daño su luz, y los hombres lo celebraron con palabras y palmadas de alegría!

—¡Hidalgo... hidalgo!.. ¡oh! ¡qué horroroso es eso! balbuceó la condesa.

Y lloró tristemente, alma sensible y débil, teniendo que apoyarse en la ventana, pues se sentía desfallecer á medida que hablaba el joven.

—¡Juzgad si sufriría mi alma, señora, después de tan crueles revelaciones! Y sin embargo, á Dios no le bastó aquello; quiso aniquilarme más... quiso sin duda que mi corazón se destrozara en mil pedazos al impulso del inmenso dolor que lo agitaba... ¡Oh! ¡qué mal había hecho yo á Dios en este mundo!

Y el enternecimiento del hidalgo se comunicaba al alma de la condesa con la rapidez de la simpatía ó del amor que á los dos los identificaba.

—A Dios no le bastaron aquellas dos revelaciones, cada una de las cuales conducirían á la

Biblioteca Nacional de España

desesperación al hombre menos sensible, y descargó sobre mí el último golpe. Este último golpe, señora, permitidme que lo calle, porque es una vergüenza viva, ¡Oh! ¡si supiérais lo que sufrí aquella noche, señora!.. Después de oir cuanto acababan de decirme, vine á hacer aquí centinela, pues me tocaba; pero yo estaba completamente aturdido, muerto. Por más de una hora me quedé inmóvil, sin pensamiento y sin sueño, en un estado de desvanecimiento que yo mismo no me puedo explicar. Allí me apoyé, señora, en esa almena. Lo que yo sufría... tan sólo Dios, que todo lo ve... tan sólo Dios os lo pudiera referir exactamente. Creí volverme loco... loco... loco!

Calló un momento el hidalgo, y continuó:

—Desde aquellos momentos, señora, maldije mi vida, maldije cuantos seres había en el mundo, y me olvidé completamente de la Divinidad. Tan sólo un instante, un solo instante, me dirigí á ella, elevé los ojos al cielo, y le pregunté qué mal había hecho yo en la tierra para sufrir todos aquellos tormentos que destruían mi razón y me abatían de aquella manera; y cuando mis ojos descendieron á la azotea, os vi ahí mismo, señora, bella y purísima como sus ángeles... os vi ahí, señora, y desde entonces volví á pensar

Biblioteca Nacional de España

en Dios, pues os creí un enviado de Él para consolarme de mis horribles padecimientos!

—¡Ah! ya recuerdo... murmuró la condesa, vivamente afectada.

—Todo cambió entonces para mí, señora. A vuestra vista huyó el dolor de mi corazón, se despejó mi frente, y sólo tuve pensamientos de amor hacia el ángel que era enviado por Dios en mi auxilio, y sólo sensaciones de amor que me embriagaban de una inexplicable felicidad. ¡Oh!.. ¡qué pensamientos!.. ¡qué sensaciones!..

La condesa Ildara ya no lloraba. Pálida y trémula lo escuchaba atentamente desde la ventana, y lo miraba con una ternura apasionada.

—He ahí, señora... por qué vos para mí habeis sido un ángel, y seguireis siendo un ángel toda mi vida. Cada una de vuestras miradas, cada una de vuestras palabras conmueven todo mi ser y lo inundan de delicias inefables. En este momento, señora... en este momento mismo en que os veo triste y sensible á mi voz, mi dicha es la dicha que Dios ofrece á los buenos en el paraíso!.. Todo lo olvido mirándoos... ¡todo! Crímenes y venganzas, todo es nada para mí, y caigo á vuestros pies, no para pediros vuestro amor, señora, porque eso sería una de esas aventuras celestiales que no pertenecen á la tierra, sino pa-

Biblioteca Nacional de España

ra daros gracias por el interés y la ternura con que me habeis oído!

Y cayó en efecto de rodillas.

La condesa Ildara se conmovió tanto, que sus labios se iban á entreabrir para pronunciar palabras de pasión.

—¡Por Santiago, mi querida amiga! dijo el conde D. Alonso entrando de repente en el oratorio; cómo se conocen los días que no son jueves ni domingos, pues parecen más razonables mis hidalgos!

Los dos jóvenes quedaron aterrados.

IX

LOS DOS ESPOSOS

Por una feliz precaución de la condesa Ildara, el conde D. Alonso no pudo ver, al entrar inesperadamente en el oratorio, la amorosa actitud de Amaro de Vilamelle. Al escuchar aquélla su voz, y á pesar del terror que le inspiró en aquellos instantes, corrió hacia él y lo detuvo á alguna distancia de la ventana, y como ésta tenía el alfeizar bastante elevado, el conde no pudo dis-

Biblioteca Nacional de España

tinguir quién era el hidalgo con quien parecía hablar la condesa ni mostró deseos de conocerlo. Su esposa hablaba con el hidalgo de centinela, y esto, lejos de inspirarle sospechas de mal género, le causaba gran satisfacción, pues de esta manera lograría distraerse aquélla de su fanatismo religioso, fanatismo que, como saben nuestros lectores, le inquietaba mucho, y que él trataba de combatir sin oprimirla ni tiranizarla.

—¡Oh!.. ¡señor! ¡señor!.. le dijo ella, echándole los brazos al cuello, ¡no podiais llegar más á tiempo para haceros una revelación terrible!..

—¡Terrible!.. balbuceó el conde viéndola llorar, y leyendo en la alteración que mostraba que padecía mucho la infeliz.

—¡Oh! sí... ¡terrible, señor!.. ¡muy terrible! Dios no quiere oirme. Dios no quiere escuchar los ruegos que le hago día y noche, señor; y vos me oireis... vos me apartareis del espantoso precipicio en que empezaba á descender!..

—Condesa... ¡por Santiago! volvió él á balbucear con una turbación indecible... ¡hablad!.. ¡hablad... ¿qué pasa?

Y la condujo delicadamente á un sillón, donde la sentó; quedándose él de rodillas en frente de ella, la cual no cesaba de llorar y lanzar hondos suspiros, como si su corazón quisiera brotar

Biblioteca Nacional de España

de su cuerpo, depurado en lucientes lágrimas de dolor.

—¡Oh! ¡hablad... hablad! volvió á rogar el conde dolorosamente.

—¡Libradme!.. libradme por vuestra felicidad presente y futura del abismo á que me conduce una pasión loca... profunda... que trastorna mi razón y aniquila mi alma!.. Libradme, señor y esposo mío, de un crímen que voy á cometer... continuando en amar á otro!..

—¡Otro! ¡otro! gritó el conde palideciendo... Luego vuestra melancolía... vuestra enfermedad no era la melancolía del amor á Dios! era la melancolía del amor al hombre!..

—¡Oh! sí... el amor al hombre!..

—¡Amor á otro hombre que á mí!

Ella inclinó la cabeza, como si no pudiera afirmar aquella exclamación del conde; como si todas las fuerzas de su alma se hubieran consumido en aquella declaración singular que le hacía; como si el corazón se le subiera á la garganta.

—¡Dios mío!.. !Dios mío! balbuceó el conde, llevándose las manos al pecho y elevando al cielo sus doloridos ojos!

Y se levantó pálido, trémulo, jadeante... con la mirada vidriosa, fatal y sombría, y la frente surcada por hondas arrugas que revelaban la im-

Biblioteca Nacional de España

presión desgarradora que había sentido en todo su ser.

El momento de silencio que sucedió entonces, tenía algo de solemne y sepulcral en aquella estancia, donde no se veían más que asuntos místicos en las colgaduras y en los muebles que la decoraban, y donde tan sólo existían las dos personas que saben nuestros lectores, y cuyos padecimientos detenían la voz y prensaban sus ademanes.

De repente el acento áspero del conde de Lemos impregnó su espacio de un zumbido más áspero aún y más sepulcral.

—¿Quién es ese hombre, Ildara de Courel?.. dijo volviéndose á ella, ¿quién es ese hombre que ha osado poner los ojos en vos?..

Y crispó los dedos, y se erizaron los cabellos sobre su frente, como si una convulsión violenta fuera á concluir con su existencia.

A esta pregunta imperiosa y tonante como el estampido de un trueno, la condesa tembló por la vida de aquel pobre hidalgo que no cometía más delito que el de amarla como se ama á los ángeles, con adoración y pureza. Levantó la frente con la apacible dignidad de una virgen, y balbuceó trémulamente:

—¡Ah, señor!... él ignora todo esto...

Biblioteca Nacional de España

Miróla el conde fijamente, como si no comprendiese bien el sentido de aquellas palabras.

—¡Cómo!.. ¡decís que él lo ignora!..

—¡Oh, sí, él lo ignora! ¡El mal, señor, está aquí!!..

Y señaló al corazón.

—¡Aquí, señor, aquí!.. Yo le vi y le amé... nada más.

Y entonces...

—Entonces le pedí á Dios, señor, con todo el fervor de un alma devorada por una pasión tan criminal como la mía, que borrase de mi frente el recuerdo de ese hombre!..

—¡Ah! suspiró el conde, mirándola con más amor... ¡por eso no salíais de este oratorio!..

—Por eso, señor, por eso. Aquí me arrastraba á los pies de Dios; pero Dios desoía mis plegarias. Cada vez era más intenso el deseo de ver á ese hombre, y cada vez mayor mi angustia acordándome de vos, señor, que sois tan bueno tan amante, y á quien, sin embargo, yo no amo más que como á mi hermano Pedro de Courel.

El conde se estremeció vivamente.

—¡He sufrido, señor, tanto en las luchas que sostuve entre mis principios y mi naturaleza!.. ¡he llorado tanto, y tanto, señor, á los pies de ese crucifijo, que mis ojos llegaron á secarse, y

Biblioteca Nacional de España

mis labios no encontraron más que sonidos inarticulados al impulso del inmenso dolor que me abatía á los pies de Dios. Este dolor, señor, no era más que por vos, que me amais y que sois bueno, por el nombre limpio y puro que llevais y por el nombre limpio y puro que yo traje al unirme á vos!

El conde se sintió más conmovido.

—¡Cuántas veces, señor, si este dolor no me sujetara como una cadena, me hubiera arrojado á los pies de ese hombre y le hubiera pedido con las lágrimas en los ojos un poco de amor para mí por el inmenso amor que yo le tenía! ¡Cuántas veces, señor, no hubiera enjugado sus lágrimas, porque yo le he visto llorar como un niño!

—¿De amor?

—¡Oh, no señor! Los hombres no lloran de amor. Le he visto llorar por las desgracias que le abrumaban. Al verle llorar así, señor, hubo momentos en que se desvanecía mi cabeza, que todo se borraba para mí, y que nada existía más que él... él padeciendo! Una vez que quise lanzarme en los brazos de ese hombre, me detuvieron mis fuerzas... el alma estaba abatida, enteramente abatida, y el cuerpo apenas podía sostenerse arrimado á esa ventana.

Biblioteca Nacional de España

—¡A esa ventana!.. bramó el conde... ¡luego es un hidalgo!!

—¡Sí, señor... es un hidalgo!

—¡Su nombre!.. ¡su nombre!..

—¡Y á qué quereis saber su nombre, señor!.. ¡qué mal os ha hecho!.. No me hagais arrepentir de haber dado este paso... de haberos descubierto el profundo amor que le tengo, pues sentiría su muerte... ó cualquier desgracia que le sobreviniera por esta declaración, más que vuestra muerte propia.

—¡Ildara!!

—¡Y más que la destrucción del mundo!..

—¡Dios mío... Dios mío!.. ¡vos estais loca, Ildara!!

—¡Qué mal os ha hecho él, señor... si la criminal soy yo en amarle!

—¡Pero nunca le dirigisteis la palabra?

—Sí, señor.

—¡Hablasteis de amor!!

—¡Oh! no, señor... Por eso me arrodillo ante vos...

Y se arrodilló á las pies del conde.

—Y os declaro esta pasión que vos también ignorabais. Os la declaro, señor, para que me liberteis de ella, ya que Dios es impotente para tanto!

Biblioteca Nacional de España

—¿Me decís la verdad, Ildara? preguntó el conde inclinándose sobre la condesa y tendiéndola los brazos con el más vivo sentimiento de amor y de piedad.

—¡Ah, señor! ¡es á mí á quien dirigís esa pregunta!.. ¡Desconfiais de mí... de mí, señor, que me fuera imposible mentir, como le fué imposible á D. Froila de Courel, cuando por una mentira, el cadalso á que subió en Lugo por sus desavenencias con el obispo, se hubiera convertido en un templo de veneración!

—¡Oh, Ildara!.. ¡sois una santa! exclamó el conde alzándola en sus brazos.

Y aquel poderoso señor sintió sus ojos preñados de lágrimas.

Hubo un momento para los dos esposos, tan dulce en medio del dolor que sentían, que ambos se arrojaron en brazos el uno del otro.

—Pero, señor... ¡me librareis al fin de este amor que abrasa mi alma! exclamó ella sin dejar de llorar.

—¡Oh! sí... sí... me dirás quién es ese hidalgo, y lo desterraré.

—¡Y con el destierro de él pretendeis extinguir de mi pecho este amor desventurado, señor!

—Ausencias causan olvido, Ildara.

—¡Ausencias matan, señor!.. Sólo veo un me-

Biblioteca Nacional de España

dio mejor para que pueda extinguirse esta pasión tenaz... Al menos, si no se extingue, señor, estará libre de confundirse con la de él, pues cuando me habla de sus desgracias yo no *oigo* su voz amante, sino que la *siento* vibrar en todo mi espíritu!

—¿De qué medio hablais, esposa mía?

—Señor, á pocas leguas de Monforte, uno de vuestros antepasados levantó un monasterio de monjas Bernardas...

—¿El de Grazan?..

—Ese, señor... yo buscaré en el silencio del claustro la paz del alma que perdí... Dejadme ir á él y abandonar el mundo de ese hombre por el mundo de Dios!

—¡Delirais, Ildara!

—¡Oh! ¿qué quereis entonces, señor?.. ¿Cómo curarme de este amor violento que destruye mi salud y corre peligro de empañar el lustre de vuestra honra?.. ¡Ah! conde, le quiero tanto, tanto, que exhalaría mi alma en un beso de amor sobre su frente!..

—¡Condesa Ildara!

—Conde D. Alfonso, mi fe vacila...

—Es decir que vos, señora, no podeis responder de vuestra virtud!..

—¡Sería una locura, señor!.. En el estado de

Biblioteca Nacional de España

mi corazón será una verdadera locura!.. ¡Oh! ¡á quién he de confesar esto más que á vos!

—Pues bien, Ildara: ni desterraré á ese hidalgo, ni vos ireis al convento de Grazan, ni al de Ferreira, que está aún más cerca de Monforte.

—¡Señor!..

—¡Confío en vos, que sois una santa!..

—¡Señor!

—No me abandoneis nunca, porque yo no podría vivir sin vos. Seguid combatiendo ese amor, que yo deploro, pero que como Dios, conozco que nunca podría extinguir. Encerradlo en el fondo de vuestro pecho para siempre... ¡Oh! ¡para siempre!

—¿Y si revienta, señor?.. Si á fuerza de comprimirlo revienta, ¿qué debo hacer antes de faltar á la fidelidad que debo guardaros?

—Morir... moriremos los dos.

—¡Oh señor... señor!

—Yo trataré de distraeros de esa pasión fatal. El conde y la condesa de Monterrey me ayudarán... no os abandonaremos desde hoy.

—Pero, señor, el secreto de este amor...

—Queda aquí en mi corazón, como una punzante espina. Nadie comprenderá vuestra tristeza más que yo, condesa.

—¡Oh, señor!.. Si abandonada á mí misma,

Biblioteca Nacional de España

esta pasión me arrastra al adulterio, á quién echareis la culpa de mi deslealtad?

—A Dios.

—¡A Dios!..

—Por haberos dado el alma de una santa, y no haberos dado al mismo tiempo la suficiente virtud para rechazar el peligro!..

—Pero me ha dado un esposo para que me guíe y me aleje del abismo que veo abierto á mis plantas.

—Pues bien, el esposo os apartará de ese abismo. Yo sabré quien es ese hombre, y sus ojos jamás se encontrarán con vuestros ojos.

—¡Oh! ¿qué intentais?.. ¿qué hareis de él?

El conde se retiró bruscamente; pero con el semblante descompuesto y las lágrimas en los ojos.

Ella cayó de rodillas á los pies del crucifijo, murmurando con voz doliente y penetrante.

—¡Señor... Señor!.. ¡ven en mi ayuda!.. ¡pero sálvale... salva antes al hombre de mi alma... al hombre que tanto adoro!

Biblioteca Nacional de España

X

LA MONTERÍA

Cuanto acabamos de referir en esta segunda parte, había pasado en todo el día del lunes, de sol á sol.

A la mañana del siguiente día, á penas la primera luz del alba empezaba á iluminar confusamente los objetos, notóse alguna alteración en el castillo á consecuencia de una orden que había dado el conde la noche anterior. Se oían más á menudo que otras veces los ladridos de los perros y los relinchos de los caballos, acompañados de varias voces de la servidumbre, y se veía correr á los arqueros por los patios, como si se hicieran grandes preparativos de batalla ó de cacería.

A medida que iba amaneciendo, crecía más el estrépito y la animación de los centinelas, se redoblaban los ladridos de los sabuesos del conde, los relinchos de los caballos y los gritos de los criados, yendo de uno en otro lado, y sonaban de cuando en cuando algunos cuernos de

Biblioteca Nacional de España

caza; pero como estos se empleaban también en la guerra, dificilmente podría distinguirse si se trataba de una defensa ó de una montería.

Cuando el sol asomó sobre los obeliscos de Cereija, y todo lo inundó en un mar de luz, cada hidalgo pasaba revista á sus hombres de lanza y arqueros en la explanada del castillo, y entonces pudo conocerse que se aprestaban á una cacería, pues en vez de llevar armaduras completas, como acostumbraban cuando se trataba de un combate, vestían sus trajes de diario, con la diferencia de llevar al cinto un cuchillo de monte, en lugar de la espada que continuamente usaban.

Vióse después una lucide jauría, compuesta de treinta perros de presa, salir del castillo guiada por los látigos de los monteros, y muchos caballos conducidos de la mano por algunos picadores; y todos estos personajes principales de una montería tomaron el camino de la villa, quedando los hidalgos y sus gentes en la explanada, como si esperasen por los condes para ponerse en marcha; pero poco antes de llegar la jauría á Monforte, recibieron una orden del conde para que todos la siguieran excepto uno, que le serviría de escolta con su mesnada.

Entonces los hidalgos echaron suertes para

Biblioteca Nacional de España

ver quien había de quedarse, porque todos se disputaban este honor, y resultó favorecido Pedro de Tor. Poco después, los demás descendieron al valle para reunirse á la jauría, seguidos de sus gentes, y tomaron el camino de las montañas de Gundibós, pues la cacería iba á ser en dichas montañas.

Esta elegante cordillera, que rompe desde las orillas del Sil hasta la pintoresca aldea que le da nombre, prolongándose de Sur á Norte con inclinación al Oeste, parece una inmensa cadena de jigantescas pirámides de granito, alzada entre los dos valles más risueños de la tierra.

Paralela á esta, y rompiendo también desde las márgenes del Sil hasta los ventisqueros de Pinol y Amandi, se extiende otra cordillera más recta y elevada, cuyas ondulaciones, dibujándose vigorosamente en el azul del cielo, presentan las más variadas y caprichosas formas.

En el espacio comprendido entre estas dos formidables barreras de montañas, existe un valle sinuoso y encantador, por donde corre un pequeño río, formado por las nieves estacionadasen las cimas de las pendientes que limitan su horizonte.

Es imposible que en toda la provincia de Orense, constituida, como la mayor parte de las del

Biblioteca Nacional de España

septentrión, por elevados montes disparados en todas direcciones, se encuentren paisajes más agradables y sorprendentes que los que se admiran en los bellísimos flancos de aquellas cordilleras, donde brotan los ríos y las flores con todo el lujo de un parterre artificial.

La vegetación más vigorosa y recreadora cubre, borda y embellece con sus colores y sus formas aquellas verdes moles, donde se presentan en vistoso desorden, árboles, casas y rocas; muchas de las cuales, diseminadas por las pendientes en graciosos grupos, como en los paisajes de Alfonso Bott, suelen escalar hasta los crestones más atrevidos, exagerando sus considerables proporciones.

En verdad que en todos sus estados no podía haber elegido el conde de Lemos sitio más á propósito para una cacería. Aparte de la abundancia de gamos, corzos, lobos y jabalíes que pululan entre sus incultas asperezas, la estructura geológica de aquel territorio se presta admirablemente para la caza; pues cuanta se lograse encerrar en el valle, cuanta caía en poder de los cazadores, torpes ó diestros.

Cuando la jauría y los soldados del conde de Lemos llegaron á este paraje, designado por él para la montería, se situaron en una pequeña

Biblioteca Nacional de España

llanura que servía de boca al valle, entre Gundibós y Santiorjo. Desde allí el montero mayor, uno de los hidalgos más jigantescos del país, se propuso distribuir las compañías de arqueros y lanceros en distintas direcciones, pues que con estas había de formar el cordón de hombres que desde las crestas de las cordilleras llevaría la caza al valle al dar la señal de la corrida, señal que debían de repetir á sus gentes los hidalgos de Monforte, pues al efecto llevaban también sus cuernos á la espalda.

Primeramente mandó á Fid de Hortelle, que con sus arqueros y hombres de lanza se internase por el valle hasta una legua y media de distancia, desde donde al dar la señal debía avanzar con ellos hacia el punto en que se hallaban, que fué el que el montero mayor consideró más á propósito para plantar la red de cáñamo, que usaban para coger las reses; una red derecha, sostenida con estacas, la cual, extendida como unos doscientos pasos, era el único punto claro de gente que debía de dejar libre para llamar la atención de ellas al sentirse acosadas por todas partes. Algunos perros y monteros mandó también con él.

En seguida dispuso que Amaro de Vilamelle y el Oso negro marcharan, cada uno con los su-

Biblioteca Nacional de España

yos, hacia las crestas de las montañas por la parte en que debía situarse Fid de Hortelle, extendiéndolos en ala y á la manera de nuestras guerrillas. Después mandó á Rodrigo de Canaval y á Enrique de Marcelle, á cada uno por su cordillera respectiva; y así sucesivamente á los hidaldalgos restantes y á sus gentes, monteros y perros, todos los cuales debían ocupar las cimas de las montañas fronterizas, y al dar la señal de la batida, correr la caza hacia el fondo del valle, ateniéndose siempre al movimiento que debía imprimir á todo el círculo de gente, la compañía de Fid de Hortelle, que era la que él había de dirigir con la mayor parte de los perros, adiestrados ya á batir la caza.

Cuando llegaron los condes, dos horas después de las disposiciones del montero mayor, estaba ya formado el cordón de personas que á la señal debía irse cerrando hacia la red.

—¡Ah, señor!.. gritó la condesa Maret, dirigiéndose al conde de Lemos, al ver así las gentes distribuidas, nos causais una verdadera sorpresa... ¡una cacería!

—Es verdad, dijo la condesa Ildara, no menos admirada que la de Monterrey; nos habeis sacado del castillo, bajo el pretexto de un paseo... hemos manifestado de repente deseos de asistir

Biblioteca Nacional de España

á una montería, y de repente nos la mostrais aquí dispuesta. ¡Oh, gracias! ¡gracias, señor!

El conde D. Alonso miraba á su esposa con la mayor ternura, en tanto que le dirigía estas palabras; y cuando concluyó de hablar, acercó su caballo al de ella, y le besó una mano con todo el amor sincero de su pecho.

Pero aquellas gracias que le había dado la condesa, estaba él muy lejos de sospechar que eran porque con aquella cacería que había dispuesto secretamente, le proporcionaba el placer inmenso para ella de divertirse cerca del hidalgo de Vilamelle. Si el conde pudiera leer en la alegría de su rostro esta terrible verdad, hubiera maldecido mil veces la idea de aquella función con que pensaba distraerla de sus padecimientos de amor; padecimientos que, en su concepto, debían de extinguirse con una vida más animada y recreativa que la que había llevado hasta allí.

Había pensado también D. Alonso que todo esto vendría bien para conocer de una vez el hidalgo á quien ella amaba, ya que había persistido en no revelárselo jamás. Una vez conocido, el hidalgo sería separado bajo cualquier pretexto; lo mandaría con algunos pliegos á la corte, y en tanto que iba y volvía, pasaría el

Biblioteca Nacional de España

tiempo suficiente para que Ildara con una vida más activa pudiera olvidarse de él completamente. Tal era el modo con que pretendía combatir aquella desgracia, que otro tal vez en su caso hubiera evitado de una manera más sencilla; pero como dice el mismo Fray Pedro Sernande en su crónica, todos los hombres no son iguales, ni en rostros ni en ideas; y si todos marcharan á una, no habría acontecimientos que referir, porque la vida del mundo en un día sería igual á la del anterior.

—¡Por mi corona de conde! dijo Sancho de Ulloa, luego que D. Alonso acabó de besar la mano de su señora; también á mi me habeis comprendido en el número de los que pensabais sorprender.

—¡Oh! el de Lemos es á la inversa que vos, mi querido esposo, dijo la de Monterrey con tono picante; piensa y calla; y cuando obra, sorprende. Vos, por el contrario, señor, pensais hablando, y cuando obrais no sorprendeis.

Y se rió para Pedro de Tor, el cual le devolvió otra sonrisa que alarmó al conde de Monterrey.

—Pues bien, mi querida esposa, le dijo don Sancho de Ulloa con los ojos encendidos de furor; desde hoy, cuando piense será callando, y

Biblioteca Nacional de España

cuando obre... ¡oh! cuando obre yo, prometo sorprenderos en regla.

Y recalcó estas palabras siniestramente, mirando á la vez á su esposa y al hidalgo.

—Os esperaré hasta entonces, señor, continuó ella con una sonrisa burlona, y veremos cómo me sorprendeis en regla con otra cacería.

—No será mala cacería... tartamudeó el conde con voz sombría, no os valdrá suplicarme deshecha en llanto como en Monterrey.

Y bajando la voz de modo que solo ella pudiera oirlo, añadió con una sonrisa helada:

—Yo os prometo que en lugar de cuerno de caza, llevaré la daga de Alvaro de Ulloa, y no en vano.

—Señor, dijo á este tiempo el montero mayor, dirigiéndose al conde de Lemos, la batida no espera más que vuestra señal. Sin embargo, podeis antes ver desde ese cerro el orden en que la dispuse por si no es de vuestro agrado.

—Hola, mi bien hidalgo de Bolmente, le contestó el conde, vos siempre envuelto en pieles de oveja y de lobo.

En efecto, la vestidura de este hidalgo colosal no se componía de otra cosa que de pieles de oveja y de lobo, lo que unido á una fisono-

Biblioteca Nacional de España

mía harto repugnante, le daba un aspecto horrible. Era uno de aquellos nobles que no hacían otra guerra que la de las monterías, guerra de fieras, entre abrojos y entre rocas, con el cuchillo de monte en los dientes, y las manos libres para luchar con ellas, ni más ni menos que un gladiador.

—Señora, continuó el conde, sin esperar la contestación del atleta y volviéndose á la condesa Ildara, todos estamos á vuestras órdenes. Vos mandareis la señal para acorralar la caza.

Y empuñó su trompa de guerra.

—No deis la señal aún, mi querida amiga, le dijo en seguida la condesa Maret, lancémonos en nuestras yeguas hacia aquel cerro, desde donde podremos presenciar bien la corrida.

—Mejor sería, señores, contestó la condesa Ildara, que nos dirigiéramos hacia la parte más lejana, allá... donde están los que deben avanzar primero, como hacíamos en nuestras cacerías del Courel y de Mera del Faro.

—Tiene razón la señora condesa, gritó el atleta ásperamente; la señal se debe dar desde donde coloqué al hidalgo de Hortelle, en el fondo del valle, por la parte opuesta á la red.

—Es verdad... es verdad... apoyó el conde de Lemos; de esa manera se oirá mejor y no habrá

Biblioteca Nacional de España

entorpecimiento alguno en el movimiento *estrechador*.

—Seguidme, pues; gritó la condesa, lanzándose por el fondo del reverdecido y serpeante valle en que debía encerrarse la caza.

Y todos la siguieron contentos, dando gritos de alegría, con ese entusiasmo tan vivo que reasume todos los pensamientos y todos los deseos, en el solo pensamiento y en el solo deseo de divertirse con la loca libertad que inspiran las montañas elevadas, desde donde las ciudades se recuerdan como los bellos objetos de un sueño ó de otra vida uniforme y excéntrica.

Pasaron por la pedregosa senda que se dibujaba en el valle, sujeta á los caprichosos giros del riachuelo que parecía marcar su fondo; y los que se hallaban estacionados en las crestas de aquellas dos elevadísimas barreras de granito los veían pasar como los héroes de aquellos cuentos de *encantos* que se refieren aún en el país: héroes lujosos, de extrañas formas, y galopando de contínuo con toda la rapidez de sus caballos fantásticos y de una velocidad sobrenatural, pues, á semejanza de los númidas, los creían amamantados del viento; y los que corrían por el valle los miraban también con esa

Biblioteca Nacional de España

especie de admiración con que se oían las supersticiones poéticas que constituyen aquellos cuentos, en los cuales, á una señal del encantador, brotaban de las alturas numerosos ejércitos de hombres.

La condesa Ildara, en particular, solía mirar más á menudo hacia las crestas de las montañas, con esa ansiedad de la que espera encontrar alguna persona cuya memoria fatigue su imaginación. Ansiaba y temía ver á Amaro de Vilamelle.

A cada hidalgo que distinguía entre sus gentes, palpitaba su corazón con esa amorosa inquietud que, cuando se ama con toda la pureza que ella amaba, forma el encanto más vivo é indefinible del alma.

Cerca del sitio que ocupaba Fid de Hortelle, lo distinguió con el cuerno de caza en la mano, ginete en un soberbio caballo, inmóvil sobre la cima del monte y destacándose en el azulado fondo del cielo como una estatua ecuestre. Entonces latió su corazón con más fuerza, y como para disimular la impresión de su presencia, espoleó más á su yegua, de modo que en bien pocos momentos llegó junto á los arqueros que formaban el cordón de batida.

Una vez allí, y como para vencer los impul-

Biblioteca Nacional de España

sos de su corazón, sofocándolos con emociones nuevas y distintas, suplicó al conde D. Alonso que hiciera la señal de la corrida.

Se inclinó el conde con galantería al recibirla, y llevando la trompa á los labios, moduló ciertos sonidos de caza que llenaron el espacio por un instante con su armonía áspera, y que fueron á retumbar en los antros de las rocas, hasta perderse en las sinuosidades del valle.

Al punto, más de cincuenta trompas repitieron el mismo toque, y oyéronse después los furiosos ladridos de los perros, los gritos de los arqueros de Fid de Hortelle y los relinchos de los caballos alborozados.

Comenzaron á moverse, pues, todas aquellas gentes, que formaban un cordón de dos leguas de circunferencia, avanzando con los arcos y las lanzas preparadas y despidiendo este grito oficial: *¡ahó! ¡ahó!* al compás de los sonidos de los cuernos y de los redoblados ladridos de los lebreles azuzados por los monteros. Los de la parte del valle donde se hallaban los condes y el hidalgo de Bolmente con los arqueros y hombres de lanza de Fid de Hortelle, corrían de frente por el fondo de él, como para llevar las reses que descendieran de los flancos de los montes, hacia la red situada á una legua y me-

Biblioteca Nacional de España

dia de distancia y como á la entrada; y los que se hallaban en las crestas bajaban lentamente ó corriendo, según se hallaran más ó menos aproximados á los que, como dejamos dicho, avanzaban cuanto podían en son de batida.

En medio de aquella animación que impulsaba á todos, los que iban á caballo corrían de un lado á otro caprichosamente, y se confundían sin guardar más orden en la montería que el que ellos querían, cosa que daba á todos los diablos el hidalgo de Bolmente. Veíase á la condesa de Monterrey aparecer y desaparecer por entre las asperezas, seguida por Pedro de Tor, Fid de Hortelle y otros hidalgos rancios del país; y aún á la misma condesa Ildara lanzarse también en distintas direcciones seguida de Amaro de Vilamelle, del Oso negro y de otros cazadores; pero volviendo á replegarse al fondo del valle por donde corrían los condes y el montero mayor.

Mostrábase D. Alonso satisfecho de la alegría de su esposa, y cada vez se felicitaba más y más de aquella idea que le había asaltado para distraerla de su amor fatal, alentándola á que corriese locamente como la condesa Maret.

Bien pronto empezaron á verse algunos corzos que atravesaban el valle de una parte á otra,

Biblioteca Nacional de España

saltando ligeramente y como aturdidos de aquel estrépito con que los perseguían en sus madrigueras. Viéronse también algunos gamos y liebres, y esto aumentó más la algazara y acabó de trastornar á todos de gozo.

—Señora condesa, dijo Amaro de Vilamelle á Ildara, tengo el honor de ofreceros aquel corzo que retoza por las orillas del río y que tiene unas manchas blancas en el lomo.

Y le señalaba uno que cruzaba el valle, se perdía de vista y volvía á cruzarlo de nuevo con mas velocidad que ningún otro.

—¡Estais loco, señor hidalgo de Vilamelle, le contestó ella sonriente, me ofreceis un corzo que se halla libre como el viento!

—Y que ni el mismo hidalgo de Bolmonte, apoyó el Oso negro, como para ridiculizar la oferta de Amaro, se atrevería á ofrecer por eso mismo, ¡qué bravata!

—Pues mayor será entonces mi hazaña, contestó Amaro; ofreciendo un corzo libre y no un corzo estrechado de cerca.

—¡Oh! sí, tendría un mérito grande, dijo la condesa; ¡pero es tan dificil de conseguir eso!

—Yo no lo creo tan dificil, señora, objetó Amaro; en mis montañas de Pantón los he cogido yo solo, sin que nadie más los persiguiera.

Biblioteca Nacional de España

—En vuestras montañas de Pantón y Vilamelle, dijo otra vez el Oso negro con ironía, hay corzos muy distintos á los que vemos; aquellos comen en la mano de vuestra hermana y de las monjas Bernardas de Ferreira, y aquí hay corzo que no ha visto aún la figura de los hombres. Amaro, disparatais.

Y soltó una carcajada.

—No lo hagamos desmayar de sus intentos, señor hidalgo de Remesar, dijo la condesa Ildara; alentémosle si es preciso. Vamos, señor Amaro de Vilamelle, si me traeis ese corzo vivo, os regalo en agradecimiento esta rosa blanca que llevo en mi pecho.

A estas palabras de la condesa, el hidalgo de Vilamelle creyó que el cielo se abría para él y que la voz de Dios lo llamaba á la gloria; y el hidalgo de Remesar creyó que la tierra faltaba bajo los pies de su caballo y que la voz de un demonio lo llamaba al infierno.

Estas dos impresiones tan opuestas, se traducían además en las facciones de los dos hidalgos. Amaro sonreía dulcemente, y Sancho apretaba los dientes y contraía los músculos de su rostro horrible, mucho más horrible en aquel momento.

—¿Y me será á mí permitido, dijo este á la

Biblioteca Nacional de España

condesa, aspirar á ese mismo premio, si consigo lo que Amaro se propone?

—¡Porqué no? contestó ella; cualquiera de los dos obtendreis la rosa, siempre que me presenteis el corzo vivo. Ya lo veis, es aquel que tiene una mancha blanca en el lomo; pero os advierto que no suceda lo mismo que á mi hermano Pedro de Courel, pues en una cacería en las montañas de la Venera, hizo igual ofrecimiento á la condesa de Doncos, y en vez de traer un corzo, vino mordido por un lobo.

En aquel momento apareció cerca de ellos Pedro de Tor y Fid de Hortelle, y enterándose de la historia del corzo y la rosa blanca, se dirigieron á la condesa.

—Señora, la dijeron, ¿nos será permitido también aspirar á la rosa blanca que llevais en vuestro pecho?

—¡Oh! sí, todos, todos. El que traiga el corzo vivo obtendrá la rosa! contestó Ildara alegremente.

Y rápida después como el viento, se volvió junto á los condes.

—Venís muy risueña, condesa, le dijo don Alonso, y cada vez me felicito más de la alegría que os he proporcionado.

—¡Oh, gracias, señor! En efecto que estoy

Biblioteca Nacional de España

muy contenta, casi diría feliz. Mirad, he prometido esta rosa á una porción de hidalgos, siempre que me presentaran un corzo vivo.

—¡Difícil será que se gloríen de obtenerla! exclamó el conde de Monterrey.

—Vedlos como se arrojan de los caballos para perseguir al corzo, dijo D. Alonso; ¡veremos quién es el afortunado!

Y luego, como si le asaltara una idea repentina:

—¡Ah, señora! le dijo á su esposa; ¿quereis concederme á mí el mismo favor que á ellos?

—¡Vos... conde! repuso ella admirada, no, no os fatigueis tontamente. Tomad, la rosa es vuestra.

Y se la presentó con ternura.

—No, no, mi querida Ildara, dijo él rehusándola; quiero merecerla. ¿Me la concedereis, pues, si yo logro traeros el corzo de la mancha blanca?

—Sí, ¿pero á qué exponeros? Mirad que mi hermano Pedro de Courel...

Pero el conde D. Alonso ya no la oía; se había arrojado de su caballo, entregando la trompa al hidalgo de Bolmente, y se había precipitado á todo correr en la misma dirección que el corzo, que tan pronto atravesaba con suma rapidez por el fondo del valle, y tan pronto se quedaba pa-

Biblioteca Nacional de España

rado, como indiferente á los ladridos de los perros, á los gritos de los cazadores y á los sonidos de los cuernos de caza.

¿Y vuestra rosa, condesa? preguntó á su esposa Sancho de Ulloa.

—¡Ah, es verdad! contestó ella admirada y como mirando á todos los lados... ¡se me habrá caído! ¡He corrido tanto!

La rosa de la condesa Maret la llevaba Pedro de Tor sobre el escudo de armas de su gabán.

—De manera que no podreis hacer una oferta como la de la condesa Ildara para animar más la montería después que cojan ese corzo, dijo el conde de Monterrey como disgustado. Lo siento, esposa mía, porque si la ofrecierais por premio de una buena hazaña de caza, yo hubiera aspirado á ella, á semejanza del Conde don Alonso.

—¡Oh, señor! murmuró la condesa Maret, con una sonrisa insultante de puro irónica, ¿de cuándo acá os volveis tan galante?

—Desde que tengo celos.

—¡Celos... vos!.. y en Monforte!

Y soltando una carcajada sardónica, se lanzó al escape y sin dirección fija.

El conde hizo un movimiento de ojos como si lo deslumbrara un rayo; volvió á derramar

Biblioteca Nacional de España

otra sonrisa helada, que esta vez hubiera impuesto algo á la condesa Maret, á pesar de su serenidad y de su vigoroso coquetismo, y siguió trotando tranquilamente al lado de la condesa Ildara.

Más de media legua fueron corriendo detrás del corzo de la mancha blanca, el conde don Alonso y cuantos hidalgos aspiraban al honor del premio ofrecido por su esposa; pero cada vez veían más difícil su captura, por cuanto el corzo perseguido se había unido á otros y á algunos javalíes y lobos que ya bajaran al valle acosados por los arqueros de las alturas.

Sin embargo, ninguno quería desistir de su empeño; y no obstante el cansancio que parecía rendirlos y el copioso sudor que caía de sus frentes, continuaban en su loca persecución con una especie de fiebre que no los dejaba pensar en otra cosa que en el corzo de las manchas blancas.

Hubo un momento en que los ojos de todos brillaron con un fuego terrible. Se había apartado de los demás el corzo que seguían.

Lanzáronse en su alcance por distintos lados, y consiguieron rodearlo en un círculo irregular, si bien bastante claro por algunas partes.

La ansiedad crecía por instantes. Acercáronse

Biblioteca Nacional de España

las condesas al círculo, y empezaron á animarlos con dulces palabras; y entonces aquello ya no fué fiebre, fué locura.

El corzo se hallaba quieto y plantado en medio del círculo, el cual comenzó á estrecharse lentamente.

Era de ver el temor de todos aquellos rostros, su ansiedad y su delirio. Un pintor hubiera hallado en todo aquello un asunto interesante para un lienzo.

Nadie dirigía una voz, ni hacía un movimiento notable; todos se acercaban hacia el corzo con los brazos caídos; los ojos fijos en él, y conteniendo la respiración, como si al respirar fuertemente el corzo se evaporase.

Llegó el instante en que ya cada uno no distaba del animal más que una ó dos varas, y en que casi todos se empezaron á codear. El círculo parecía formado por una barrera de hombres unidos estrechamente por la mano de un mago, y el corzo caería en poder de ellos indudablemente. Al menos todos lo creían así.

Pero he aquí que al alzar sus brazos el conde y precipitarse sobre él, saltó el animal con tanta limpieza por encima de Amaro de Vilamelle, que todos se quedaron como alelados.

Cuantos presenciaron aquello no pudieron

Biblioteca Nacional de España

contener los impulsos de risa que les asaltó, y una carcajada estrepitosa, acompañada de un *ahó* bastante marcado, recorrió la línea, como el eco de un trueno que bramase de repente en las agujas de Villaoscura. El mismo conde de Lemos y los hidalgos que formaron el círculo, no pudieron menos de reirse también, siguiendo al corzo con los ojos, el cual huía retozando locamente.

Sin embargo de esto, volvieron á lanzarse después en la dirección que llevaba. Nadie quiso desistir de coger al animal, y todos parecían sentirse cada vez más animados. Las dos condesas trotaban detrás de ellos.

En la encrucijada de Ontera, volvió otra vez el corzo á separarse de los animales que huían acosados por los arqueros, y á quedarse parado, como si esperase por el conde y los hidalgos para divertirse á costa de ellos. Hubiérase dicho que á unos y otros les agradaba el juego.

Cercáronlo como antes por todos lados, y, como antes, volvieron á estrecharse y á enloquecerse con las palabras que les dirigían las condesas. Inmóvil el corzo, parecía esperar el momento en que hicieran demostración alguna para cogerlo, y entonces volver á saltar por encima de uno. Pero esta vez todos avanzaban

Biblioteca Nacional de España

con los brazos levantados y prontos á agarrarlo, por muy elevado que fuera el salto que diese.

¡Cosa bastante extraña por cierto! De repente, se desvió del círculo Amaro de Vilamelle, y se dirigió rectamente al animal, sin que el animal hiciera movimiento alguno para huir; y cuando estaba á una vara de él, despidió un sonido particular con la boca, y entonces el corzo cayó á sus pies como un perro que desea ser acariciado por su dueño.

—¡Ese corzo es de sus montañas de Pantón! exclamaron todos.

Amaro le condujo de la mano como á una oveja junto á la condesa Ildara, la cual se apeó al instante de su yegua para acariciarlo y recomendárselo vivamente á uno de los monteros para que lo llevase al castillo con todo cuidado.

En seguida la condesa se dirigió á él, y sin murmurar una palabra, le regaló la rosa blanca que llevaba al pecho.

Amaro la recibió inclinándose respetuosamente, y una lágrima de amor brilló en sus párpados.

La mirada que le dirigió entonces la condesa, jamás se borró de la mente del conde de Lemos y de los hidalgos de Tor y de Remesar.

—¡Es ése!.. ¡ése!.. murmuró el conde para sí.

Biblioteca Nacional de España

—¡Rayo del cielo! murmuró Pedro de Tor.

—¡Voto al diablo! murmuró el Oso negro.

Y todos tres sacaron los pañuelos para enjugar el sudor que bañaba sus rostros.

Pero en aquel instante, más de trece lobos desembocaron en la encrucijada, con los ojos enrojecidos, y los pelos erizados, y enseñando los dientes de una manera espantosa.

Por un sentimiento instintivo de terror, todos los hidalgos se replegaron hacia las dos condesas, dejando pasar aquella manada tan terrible; después echaron mano á sus cuchillos de monte en disposición de morir matando; pero las fieras tomaron otra dirección acosadas por los lanceros de Mauro de Lecín y de Rodrigo de Canaval.

Pasados los primeros momentos del peligro, el conde de Lemos se volvió vivamente á la condesa, como si le asaltara un pensamiento repentino.

—Mi querida Ildara, le dijo, ofreced otra cosa cualquiera al que mate un lobo con el cuchillo de monte.

—¡Oh, eso es muy expuesto, señor! exclamó ella un tanto asustada por aquella idea.

—No importa, señora; yo creo que ofrecer no es obligar.

Biblioteca Nacional de España

—Y bien, ¿qué he de ofrecer, señor?

—Una sortija. Esa que os mandó de Braganza vuestro tio el marqués de Falhadal.

—Bien, señor.

—Seré vuestro pregonero, condesa.

Y volviéndose á los hidalgos, y particularmente hacia el de Vilamelle:

—Señores, dijo; la condesa Ildara ofrece una sortija al primero, tanto noble como pechero, que mate un lobo con el cuchillo de monte.

Acogiéronse aquellas palabras del conde con un entusiasmo indecible; y el deseo de poseer aquella prenda de manos de la condesa Ildara, hizo lanzarse á todos en persecución de las fieras que ya habían bajado al valle y llevaban por delante los arqueros de varios hidalgos, obligándolas á tomar la dirección de la red en que debían morir, dirigidos todos por el montero mayor Pelayo de Bolmente, que no cesaba de tocar la trompa con toda la fuerza de sus pulmones.

El mismo conde D. Alonso también se lanzó detrás de ellos cuchillo en mano. Esta vez iba á ser sangrienta la lucha. Se iba á lidiar contra animales verdaderamente feroces, no se iba á lidiar contra animales inofensivos como los corzos.

Biblioteca Nacional de España

Iban corriendo todas las piezas por el valle y en la dirección que hemos indicado. Contábanse más de dieciocho lobos, tres jabalíes, un oso é inumerables gamos y corzos. El hidalgo de Bolmente estaba espantado de tanta caza, y allá para sus adentros no dejaba de hacer algunas reflexiones con unos movimientos de cabeza bastante tristes. Sacó no obstante su cuchillo de monte, y también se lanzó detrás de los demás hidalgos con la trompa en la mano izquierda y el cortante hierro en la derecha.

Era de verlo avanzar detrás de todos tan colosal y con tan extraña vestimenta. Parecía un verdadero padre ó capitán de la antigüedad, guiando sus hijos ó sus soldados al combate.

Entre los primeros se veían el conde de Lemos, el Oso negro, Pedro de Tor, Amaro de Vilamelle y Rodrigo de Canaval, los cuales distaban ya poco de los animales que perseguían con afán de obtener el segundo premio, una sortija que la condesa Ildara hacía tres años que llevaba consecutivamente en el dedo de corazón de la mano izquierda.

Pero de pronto vieron, con gran sorpresa, que todos los lobos los esperaron orillas del riachuelo que tenían que atravesar por una de esas enormes losas que hacen de puentes en

Biblioteca Nacional de España

aquel país, anchas y largas, y que se usan también en los balcones y en los tejados de las casas. El oso estaba con ellos y sobresalía como el hidalgo de Bolmente entre los suyos. Los demás animales seguían en dirección de la red.

Era la disposición del terreno bastante particular también para que no obligase á detener á los perseguidores. Se hallaban unos y otros en la Boca da Serpa.

Llamábase así aquel sitio porque es el único en todo el valle donde dos montañas se adelantan un poco hasta confundir sus bases, cada una perteneciente á las dos barreras que lo limitan. Entre estas dos montañas, que más bien pueden llamarse la boca del valle, no hay más claro que el necesario para que corra el río y el camino estrecho de que hemos hablado, para lo cual ambos se cruzan por la angostura del terreno, teniendo que pasarse el río por el puentecito ó losa que hemos indicado.

La detención de las principales fieras había sido con objeto de proteger el paso de los animales débiles; y aun cuando continuaron así después que lograron esta maniobra tan rara, y de frente á sus perseguidores, como si los desafiasen, fué pocos momentos, pues bien pronto empezaron á desfilar uno á uno y dos á dos.

Biblioteca Nacional de España

Entonces, casi un mismo pensamiento animó á todos los hidalgos y demás que deseaban matar el primer lobo, pues avanzaron cuanto pudieron por la raíz de las dos montañas para arrojarse sobre el último que quedase.

Cuando llegó este instante, cuando ya no quedaban más que dos lobos en el estrecho desfiladero de la Boca da Serpa, Amaro de Vilamelle que era de los primeros y que parecía el más ansioso de volver á conquistar el segundo premio, se arrojó sobre el último con el cuchillo de monte levantado.

¡Oh! lo que pasó entonces pareció horrorizar á todos cuantos lo presenciaron.

En el momento mismo en que el cuchillo iba á caer sobre el lomo de la fiera, fuera que Amaro no se afianzase bien á la losa, ó que alguien de los que se hallaban detrás de él le imprimiera algún movimiento con los pies, Amaro cayó en el río y hacia la parte de Santiorjo, por donde huían los lobos.

Viéronse al mismo tiempo retroceder hacia el puente tres fieras más como para defender el paso, entre las cuales figuraba el oso, y un nuevo grito de horror volvió á escucharse, pues Amaro de Vilamelle sería devorado en pocos instantes.

Biblioteca Nacional de España

—¡Salvadle! ¡salvadle! gritó Rodrigo de Canaval, más pálido que la muerte.

Todos quedaron como enclavados de miedo.

—¡Salvadle! volvió á decir el pobre hidalgo, saltando sobre el puente á pesar de las fieras que lo obstruían; pero tuvo que retroceder ante el oso que se abalanzó á él derecho, terrible, feroz.

Entonces se volvió el de Canaval y llevó los dedos á la boca despidiendo un sonido particular que pudiera tomarse como un signo masónico; y el hidalgo de Bolmente se plantó cerca de él con el aspecto más feroz aún que el del mismo oso.

—Déjalo, le dijo el atleta; uno menos.

—¡Oh! si es el hijo de...

El nombre nadie le oyó, y aun apenas estas aflictivas palabras de Rodrigo de Canaval, porque fueron dichas al oído del hidalgo; pero, al oírlas, abalanzóse el jigante rápidamente sobre el oso, que también volvió á enderezarse para recibirle; y en tanto que los dos se abrazaban como dos verdaderas fieras, Rodrigo volvió á despedir otro silbido igual, y más de treinta arqueros y lanceros se precipitaron sobre las otras. Esta vez iba otro de nuestros conocidos; iba Mauro de Lecín, lanzando desesperados *diantres*.

Biblioteca Nacional de España

Horrorosa fué aquella lucha de lobos y de hombres en el estrecho paso de la Boca da Serpa, en tanto que el conde, Pedro de Tor y la mayor parte de los hidalgos que hasta entonces se habían lanzado tras ellos afanosos de matar el primero, retrocedieron espantados.

Vencieron los hombres, y en menos de diez minutos.

El hidalgo de Bolmente había tendido al oso á sus pies con una puñalada que le dió en el pecho, y Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín habian acuchillado dos lobos, en tanto que los demás lanceaban á los otros dos ó tres que se habían destacado en su defensa.

Pero al rebasar la Boca da Serpa deseosos de librar á Amaro de Vilamelle de los que pudieran haberse arrojado sobre él, le vieron tendido á los pocos pasos en medio del río.

El infeliz yacía sin conocimiento, y tenía una mano devorada por las fieras.

En la otra ostentaba una rosa blanca.

Biblioteca Nacional de España

XI

OTRA CARTA

En la noche que siguió á aquel día tan infausto para el infeliz doncel de Vilamelle y sus amigos, y al dar las dos de la mañana del siguiente, dos hidalgos se hallaban en el salón de su pertenencia, Pedro de Tor y Alfonso de Doáde; en tanto que los demás dormían en sus pequeñas cámaras, descansando de sus agitadas correrías por los desfiladeros de Lobloi y los pedregosos flancos de Gundibós y Santiorjo.

El primero, Pedro de Tor, paseaba lentamente, con la vista en el suelo y los brazos cruzados sobre la espalda, en ademán de graves meditaciones; y el segundo, Alfonso de Doáde, yacía como incrustado en uno de los sillones que rodeaban la gran mesa que se destacaba en el centro, y sumido en uno de esos sueños completos que produce el cansancio de una jornada violenta.

A esta misma hora se abrió la puerta del salón y compareció en él bruscamente el Oso ne-

Biblioteca Nacional de España

gro, lleno de polvo y de sangre, como si saliera de una escaramuza terrible en aquel instante.

—Bien venido ¡rayo del cielo! dijo Pedro de Tor al columbrarlo.

—¡Voto al diablo, y qué estropeado vengo! contestó el de Remesar.

Y se dejó caer en un sillón, con muestras de la mayor fatiga.

—¿Dónde diablos èstuviste con tus lanceros desde el anochecer? prosiguió el de Tor, que por más que te buscaba al regresar á Monforte, y después en el castillo, no podía dar contigo nunca?

—¡Oh! ¡diablo! vengo de la Puebla del Brollón.

—¿Y allí?..

—Fuí á desempeñar una comisión del conde D. Alonso.

El de Tor miró al Oso negro con aire de incredulidad.

—¿No me crees? le preguntó.

Pedro de Tor no contestó nada, y lo siguió mirando del mismo modo.

Entonces el coloso echó mano á su escarcela y sacó un gran bolsillo de monedas.

—¡Y eso, rayos! exclamó el de Tor admirado.

Biblioteca Nacional de España

—Esto es el premio de mi trabajo.

—¡De tu trabajo!..

—Sí. ¿No recuerdas que el conde recibió un pliego muy urgente al concluir la cacería, cuando dispuso que Amaro de Vilamelle fuese llevado á su vieja torre á curarse del brazo?

—¿Y bien?..

—Pues al acabar de leer aquel pliego, don Alonso miró en torno suyo vivamente, y al verme á mí, me hizo una seña para que me acercase á él. Id, me dijo, id volando con vuestros veinte caballos á la Puebla del Brollón; apoderaos de un tal Guimaro, que es el más revoltoso de todos aquellos paisanos que se niegan á pagar el impuesto extraordinario de guerra que decreté, y hacedlo cuartos para escarmiento de los demás bellacos que acaudilla. Yo volví grupa, reuní mis lanceros, y volé á la Puebla del Brollón.

—¿Y lo encontraste, Sancho?

—Lo encontré.

—¿Y se resistió?

—Se resistió; pero tan tenazmente con los demás paisanos rebeldes, que con sus piedras, palos y hoces nos corrieron más de un cuarto de legua.

—¿Y tú, al verte tan villanamente corrido?..

Biblioteca Nacional de España

—Yo, Pedro, no quise entrar en Monforte tan villanamente corrido, como dices con tanta ironía; quise mejor morir en la refriega, y mandando volver grupas en un llano, les dimos una carga tan soberbia y tan á tiempo á los tales Guimaros, que al fin retrocedieron dejando al Guimaro grande en nuestras manos.

—¿Su jefe, eh?

—Sí, su jefe Guimaro.

—¿Y qué hiciste de él, Sancho?

—¿Qué hice?.. lo hice cuartos. Le mandé cortar los brazos y las piernas, cumpliendo así la orden terminante del conde (1).

Y el belludo atleta sonrió satisfecho, y Pedro de Tor correspondió con otra sonrisa de satisfacción.

—¿Y el conde, Sancho? ¿Qué te dijo el conde cuando le diste cuenta?..

—Nada... parecía no oirme cuando le referí todo... jugaba con un látigo muy flexible... y al concluir yo de hablar, mandó darme seis mil maravedís, despidiéndome con la mano, como si

(1) Este hecho histórico horrorizó tanto el país, que á pesar del tiempo transcurrido, se conserva fielmente esta tradición entre las gentes más sencillas, con el nombre de los *Guimaros*, nombre con que aun insultan los naturales de Monforte á los de la Puebla del Brollón.

Biblioteca Nacional de España

no quisiera que yo lo viera arquear tanto su látigo, para soltarlo después contra un halcón, divirtiéndose al parecer mucho en este juego.

—Bueno, dijo Pedro de Tor, se habría cansado ya de reflexionar sobre la cacería, sobre Amaro, la condesa Ildara y la condesa Maret. Y apropósito de las condesas, Sancho, ¡cuánto vale ser hermoso como soy, eh! Si hubiera sido feo como tú, me hubieran colgado antes de ayer en la almena de Juan de Grian; no hubiera tenido dos condesas bellísimas que se hubieran interesado por mi vida.

—¡Voto al diablo! vaya si es bueno ser hermoso como eres, contestó el atleta con socarronería; no sólo ser hermoso, sino tener un amigo hermoso.

—Es verdad, pues sino fuera por el interés vivísimo que inspiré á las dos condesas, no te hubieras tú salvado de esa enojosa muerte en que se muere dando patadas al aire.

—¿Pero á qué diablos debemos achacar la transformación de la carta? ¿Sabes, Pedro de Tor, que, desde el susto que me diósu lectura, no ceso de pensar en ello?

—¡Rayo del cielo! á mí me sucede lo mismo, Sancho. Algún duende tal vez...

—¡Hum! yo no creo en duendes; yo creo en

Biblioteca Nacional de España

hombres. Si tú supieras escribir, Pedro de Tor, hubiera desconfiado de tí.

—¿Por la carta?

—Por la carta.

—¡Rayo del cielo! Sancho ¿pues qué, no me comprometió á mí tanto la carta como á tí?

—Es verdad, reflexionó el Oso negro.

—Si no fuera eso, es decir, si no te viera yo á tí tan comprometido en ella como yo, también hubiera pensado que tú no habías escrito cuanto yo te había dictado, Sancho; hubiera creído que tú fueras el que me vendía de esa manera.

—¿Pero no das tú en quién nos habrá jugado esa partida?

—¿Quién se atrevería á ello? Para eso sería preciso que me arrebatara la carta de mi escarcela, y yo no la dejo nunca lejos de mí para nada. ¡Oh! ¡si por más vueltas que le doy, no veo más en todo esto que una jugarreta del diablo!

El Oso negro calló.

—Pero en fin, Sancho, continuó Pedro de Tor; quiere decir que si el diablo está enfadado con nosotros, Dios está de nuestra parte.

—¡Dios!

—Dios. Me refiero á la cacería.

Biblioteca Nacional de España

—¡Diablo! ¿por la desgracia de Amaro, no?

—Precisamente. Ya no quedamos más que los dos.

Y se sonrió diabólicamente.

—¡Los dos!.. ¿cómo los dos? Pues qué, ¿ha llegado acaso muerto á su torre de Vilamelle?

—No; pero no pasará de mañana: Además, aunque viva después de la amputación que le hagan, ¿quién diablos ha de querer á un hidalgo mutilado?

—La misma por quien se desgració.

Calló un instante Pedro de Tor.

—No... no, dijo; no lo querrá. A pesar de lo mucho que parece amarle, cederá esa pasión de ella y buscará otro ídolo.

Y se atusó el bigote con pedantería.

—Parece que no te disgustaría eso... murmuró Sancho de Remesar con una sonrisa horrible.

—¡Toma! ¡y eres tú quien me hace esa pregunta! Tú, que sabes cuánto la adoro... y que estoy pronto á hacer todos los sacrificios más grandes por obtener su amor.

—¿Y cuentas tú con él á la muerte de Amaro?

—Cuento. Si me ha despreciado un día, fué porque ya lo amaba á él. Ahora, desgraciado ó

Biblioteca Nacional de España

muerto el hidalgo de Vilamelle, no pertenece á los hidalgos de Monforte, pues el conde don Alonso dispuso que lo condujeran á su torre, el mismo día de la cacería, como sino perteneciera ya desde entonces á su guardia de honor; y como no pertenece á los hidalgos de Monforte, por faltarle un brazo, jamás pisará el castillo, Sancho.

—Ella puede ir á buscarlo á Vilamelle, Pedro.

—Por eso he dicho que, si le sigue amando, no será sin gran exposición.

—Puede ir bajo el aspecto de consoladora de la humanidad doliente ó afligida.

—Pero como nosotros sabemos que los dos se aman, el día que la viéramos ir á Vilamelle sin el conde, nos presentaríamos á este y volveríamos á acusar de seductor y traidor á Amaro, porque así empeñaba el honor de los Lemos.

—¡Diablo! ¿y si nos sale tan mal como la acusación de antes de ayer?..

—Quiere decir que entonces no habría remedio posible para nosotros, moriríamos. Pero como estamos seguros de que los dos se aman, conduciríamos al conde á la torre con el mayor secreto y sorprendería sus conversaciones de amor.

Biblioteca Nacional de España

—Eso no sería malo, Pedro.

—Pues eso haremos si es necesario, Sancho.

Volvió á guardar silencio el Oso negro.

—Sin embargo, dijo Pedro de Tor, me parece que no nos será preciso recurrir á ese extremo; pues como te dije antes, un hidalgo sin un brazo, ¡huf!.. ¡quién demonio lo ha de querer más que su hermana!

—¡Cara le costó la rosa blanca!

—¡Rayo del cielo, si le costó cara! ¡Y el diablillo aún quería la sortija!

—¡Ah! ¿no sabes que después que la condesa se enteró de todo, luego que salió de su desmayo, mandó llamar al hidalgo de Canaval, al de Bolmente y al de Lecín y á cuantos arqueros se precipitaron sobre las fieras en la Boca da Serpa?

—¿Y qué rayos les quería? ¿Ver acaso cuál de todos es el más digno por su hermosura para reemplazar en su corazón á Amaro?

—No, ¡diablo! Al hidalgo de Canaval le dió la sortija prometida, al de Bolmente otra, al de Lecín otra, y no teniendo más que aquellas tres, se volvió al mayordomo mayor del castillo y le ordenó que á cada uno de los hidalgos restantes que á los gritos de Rodrigo de Canaval se habían lanzado en defensa de Amaro, les regala-

Biblioteca Nacional de España

se un caballo de los mejores de sus caballerizas, y á cada uno de los pecheros que también arremetieron entonces á los lobos, cuatro mil maravedís.

—¡Rayos!

—Pero he notado en aquel momento una cosa singular, Pedro; que el conde, tan amigo como es de esparramar el dinero por cualquier bagatela, frunció el ceño y puso una cara de condenado.

—¡Si tendrá celos, Sancho!

—Eso me ocurrió á mí, Pedro.

—De esa manera no corríamos gran peligro en acusarlos.

—Ya lo creo; pero convengamos en una cosa. ¿Cómo nos vamos á arreglar nosotros cuando la condesa Ildara no vuelva á acordarse más de Amaro?

—¡Toma!.. ya estamos convenidos; yo quedo solo en el campo.

—¿Y yo?

—Tú te quedas con la condesa Maret.

—Pero si hasta ahora no has acudido á lacita...

—¡Rayo del cielo! mañana acudiré.

—En efecto, mañana es la cita.

—Sí, mañana. Mañana á las doce de la noche, en su cámara...

Biblioteca Nacional de España

—¿Habrá entorpecimiento alguno, Pedro?

—¡Qué entorpecimiento ha de haber, si ella me ha citado para la noche del jueves! ¡Oh! casi te envidio la jornada. ¡Es lindísima!.. Me ha dado algunos besos entre las asperezas de Proendos, que... si no estuviera enamorado, como estoy, de la condesa Ildara, no la cedería por nada... por nada...

—Esa condesa Maret se me figura una gran loca, Pedro.

—Y es una gran loca, Sancho.

—Los hidalgos de la Limia nos envidiarán nuestra dicha.

—Seguramente. Los habrá traído locos como ella; porque un loco vuelve á ciento.

—¿Y el conde D. Sancho?

—Es un pobre conde de cincuenta años, de aspecto grave, y nada más.

—Ya... ya...

—Es decir, mi querido amigo Sancho de Remesar, que quedamos enteramente convenidos en un punto, en que ya no somos rivales.

—Eso... ya no somos rivales, mi querido Pedro de Tor.

Y los ojos del atleta brillaron siniestramente.

—Y que la suerte, por ahora, es á pedir de boca. Tú caerás mañana en los brazos de una

Biblioteca Nacional de España

condesa encantadora, joven y viva como un pájaro que acaba de caer en las manos de un niño; y yo...

—Y tú... continuó el Oso negro, con la misma mirada sombría y temible, mañana ó pasado mañana, en brazos de otra condesa no menos encantadora, ¿no es esto, Pedro de Tor?

—Dios te oiga, ¡rayo del cielo!

—¿Por qué no me ha de oir, siendo tan buen mozo como eres?

Pedro de Tor se sonrió dulcemente y se sentó en un sillón contiguo al que ocupaba Alfonso de Doáde.

—Estoy cansado, Sancho, le dijo; he corrido hoy como un loco.

—Y qué ¿vas á dormirte ahí como ese bodoque de Alfonso de Doáde, que en cualquier sitio se queda dormido?

—Me parece que sí.

—Pero hoy no es jueves ni domingo para que tengas tan poco sentido común, para que prefieras un sillón á una cama.

Pedro de Tor no contestó, como si el sueño que sentía no le permitiera oir cuanto hablaba su compañero. Empezó á mover la cabeza á todos lados y a cerrar los ojos como el que va á aplomarse bajo la influencia de un sueño pesa-

Biblioteca Nacional de España

do; y Sancho de Remesar le volvió entonces la espalda murmurando quedamente:

—Descansa, Pedro, *que las dos* caerán en mis brazos.

Y se retiró á su cámara.

Cuando acabó de desaparecer el Oso negro, Pedro de Tor levantó la cabeza lentamente y registró con los ojos todo el salón, como si quisiera cerciorarse de que tan sólo había en él más personas que él y el otro hidalgo, y cuando concluyó su examen, miró alegremente á su dormido compañero Alfonso de Doáde y volvió á hundirse en un sillón por algunos momentos, como si en efecto se quedara dormido.

Al cabo de estos momentos, tornó á levantar la cabeza; miró otra vez al salón y prestó oído á ver si oía hablar á algunos hidalgos en las cámaras, y como viese que el salón estaba como antes, sin más gente que él y Alfonso de Doáde, y todo yacía en un silencio sepulcral, le dió á éste dos golpecitos en el hombro como para despertarle; pero el hidalgo no se movió.

—¡Alfonso!.. llamo á su oído.

Tampoco el hidalgo dió señal alguna de despertar.

—¡Alfonso! ¡Alfonso! volvió á llamar con más fuerza.

Biblioteca Nacional de España

Esta vez sucedió lo mismo; el hidalgo de Doáde dormía como una piedra, según suele decirse.

Entonces se levantó Pedro de Tor con muestras de mal humor y le enderezó la cabeza, que como dejamos dicho, la tenía inclinada sobre el pecho.

La cabeza del hidalgo se elevó y volvió á caer como la de un cadáver.

Quedóse Pedro de Tor un momento mirándole fijamente, como discurriendo de qué medios se valdría para despertarle de su profundo sueño sin hacer gran ruido. Después, con las cejas fruncidas y los dientes apretados, cogió con sus manos las del hidalgo de Doáde, tiró hacia sí, y el hidalgo se enderezó, pero sin despertar aún de su sueño.

—¡Alfonso! le gritó, sacudiéndole con fuerza; despierta, ¡rayo del cielo! despierta.

Nada. Sus ojos continuaban cerrados, y su respiración cavernosa se dejaba oír acompasada, como si nada pudiera inquietar aquel cuerpo ni aquella alma.

Dejóle Pedro de Tor en su asiento y dió unos cuantos pasos por el salón, murmurando:

—¡Qué bruto! ¡siempre ese sueño de piedra!..

Biblioteca Nacional de España

Volvióse de repente junto á Alfonso, tiró del sillón en que dormía, y Alfonso cayó al suelo.

Pero caer y levantarse precipitadamente todo fué uno.

—¡Los lobos!.. ¡ah! ¡los lobos!!.. exclamó despavorido, creyéndose perseguido por ellos.

—¿Qué lobos ni qué ovejas, rayo! le dijo Pedro de Tor; soy yo, Pedro de Tor, tu amigo, tu querido amigo, que te llama.

—¡Tú!.. ¡es verdad!.. Y bien, ¿qué quieres?.. ¿qué pasa? ¡voto á San Juan!

—Nada... no pasa nada... nada más sino que no podía dormir, y te desperté para que charláramos un poco.

¡Voto á San Juan!.. ¡me gusta! ¡Con que... charlar, cuando me estoy muriendo de sueño, y dentro de media hora tendré que entrar de centinela!

—¡Ah! ¿te toca entrar de centinela luego, eh?

—Sí, á las doce; por eso me quedé aquí, en este sillón: sinó... ¡oh! sinó, ¿quién mas feliz que yo en mi cama?

—¿Serías muy feliz con eso, Alfonso?

—¡Oh! ¡completamente feliz!

—¡Pobre Alfonso! Pues bien, yo quiero hacerte un favor.

—¡Pedro!..

Biblioteca Nacional de España

—Entraré por tí de centinela... Vete... acuéstate.

—¡Voto á San Juan ¿será verdad?

—Como lo oyes, Alfonso.

—¡Oh! deja que te abrace, pues, mi querido Pedro!..

Y le tendió los brazos, estrechándole en ellos con una efusión chocante.

—Pero... Alfonso, dijo el de Tor, como si de repente le asaltara una idea; ponme antes en este pergamino una carta... unas pocas líneas.

—Sí... sí... al instante.

Corrió Alfonso á su cuarto por un tintero, y volvió á los pocos instantes.

—Escribe, Alfonso.

—Dicta, Pedro.

—Señor... no... señor, no. Pon: «Excmo. señor Conde de Monterrey.»

—¡Hola! ¡con que nada menos que al...

—¡Silencio! gritó Pedro de Tor. De lo que escribas ahí no has de volver á acordarte ya en la vida.

Alfonso bajó la cabeza atemorizado. Tenía la voz de Pedro de Tor en aquel momento tanta energía, era su catadura tan imponente, que el débil y soñoliento Alfonso de Doáde quedó como aturdido.

Biblioteca Nacional de España

—Escribe en seguida, continuó el de Tor:

«Como uno de vuestros criados más antiguos...»

—Mas antiguos... repitió Alfonso.

—«E interesados por vuestra honra, Excelentísimo Señor... la honra de los Ulloas...»

—De los Ulloas...

—«Os denuncio los escandalosos amores de vuestra esposa con...»

—Con...

—«Sancho de Remesar... hidalgo de Monforte...»

Tentaciones le dieron al de Doáde de tirar la pluma al escribir esto; pero se acordó del beneficio que le hacía Pedro de Tor, dejándole ir á su cama.

—«En prueba de ello, continuó Pedro, esta noche, á las doce, los encontrareis á los dos...»

—A los dos...»

—«En la cámara de la condesa...»

—¿Qué más, Pedro?

—Nada más, Alfonso; mi bueno, mi servicial Alfonso.

Y doblando el pergamino, se lo guardó cuidadosamente en la escarcela.

—Con que ahora... dijo Alfonso, buenas noches.

Biblioteca Nacional de España

—Sí, Alfonso, buenas noches.

Y se encaminó Pedro de Tor á su camarote.

—¡Cómo! exclamó el de Doáde, ¿y la centinela que vas á hacer por mí?..

¿Qué centinela? ¡rayos!.. repuso Pedro de Tor con dureza. Alfonso de Doáde, si no estás loco, estás hecho un solemne bruto.

Y desapareció para su cámara.

El reloj dió en aquel momento las doce.

—¡Voto á San Juan! exclamó el de Doáde con las manos en la cabeza al ver desaparecer á Pedro de Tor y al oír las doce; ¡razón tienen todos en llamarme bruto!

Y se dirigió al relevo, pues le tocaba de centinela.

XII

EL ORGULLO DE UN NOMBRE

A las diez de la noche del siguiente día, el muy alto y poderoso señor D. Sancho de Ulloa, conde de Monterrey, se encontraba solo en la cámara que ocupaba en el castillo de Monforte,

Biblioteca Nacional de España

y sentado delante de una mesa, donde descansaban dos candelabros de plata, primorosamente cincelados, únicas luces que le alumbraban.

La grave, atlética y majestuosa figura del reyezuelo feudal se levantaba de cuando en cuando del sillón y recorría la cámara lentamente, semejante á una de esas existencias vaporosas de las baladas del Norte, que alimentaban sus odios ó sus amores en la soledad y en la sombra.

En estos paseos lentos y acompasados solía coger una carta que tenía en la mesa y recorrerla con la vista, como si, á fuerza de leerla, brotara de sus líneas alguna revelación incompleta y terrible que él parecía sondear.

Cansado tal vez de este juego, que tan siniestramente coincidía con la austeridad de sus movimientos, tiró temblorosamente del cordón de una campanilla, como si fuera á tomar una resolución que le costara mucho, y un paje se presentó en la cámara.

Este paje era Tristán, el silencioso paje que ya conocen nuestros lectores desde la incursión de la condesa Maret á la torre de Vilamelle.

A la presencia de Tristán pareció estremecerse más y más el conde D. Sancho. Hasta entonces, ni un solo músculo de su rostro se contrajera, por más hondos que fueran los pesares que

Biblioteca Nacional de España

le atormentaran aquella noche; pero cuando el paje compareció ante él con el birrete en la mano, humilde y mudo, sus ojos se cerraron como deslumbrados, agitó los brazos desesperadamente, como si un dolor cruel le abrumara, y se dejó caer en el sillón trémulo, fatigado y conmovido.

—Acércate, Tristán; le dijo, después de un instante de reposo; siéntate á mi lado.

—Señor... tartamudeó el paje, poco acostumbrado á aquellas deferencias.

—Acércate y siéntate; dijo la voz grave del conde.

El paje obedeció, y esperó en silencio á que el conde le hablase; el cual, apoyando los codos en la mesa, y la frente en las manos, parecía aletargado por alguna lucha dolorosa, superior á su corazón y á sus fuerzas.

—Tristán, dijo don Sancho pausadamente; ¿quién de nuestros criados sabe escribir?

—Señor... me parece que nadie...

—Recuérdalo bien, Tristán.

El paje pareció meditar un momento. Después contestó.

—Nadie, señor; nadie, excepto yo.

—Tú... sí, es verdad... tú sabes escribir... pero esta letra no es la tuya.

Biblioteca Nacional de España

Y desdobló la carta que ya conocen nuestros lectores.

Miró Tristán aquellas líneas rápidamente, y no contestó.

—Bien, Tristán; no es tu letra; pero ¿la conoces?.. ¿sabes quién podrá haber escrito esto?

Y le dió á leer la carta con movimientos convulsivos.

Al leerla Tristán, tembló á su vez.

—Señor... no conozco á nadie que haya escrito eso, y la letra me es desconocida.

—Bien, yo indagaré esto más tarde. No te llamo aquí tan sólo para eso... Para lo que te llamo, Tristán...

—Y el conde de Monterrey se detuvo, como si le costara trabajo continuar.

—Mira, Tristán, dijo, después de aquella pausa y con un cambio de ideas propio de las grandes situaciones de la vida, ¿dónde te conocí por vez primera, cuando te hice paje mío?

—¡Ah! señor, en Mourazos. Tenía yo entonces once años.

—Pero ¿cómo estabas cuando yo te conocí?

—Colgado á un arbol, señor, y entre seis inhumanos portugueses de Villanova, que me habían elegido á mí por blanco de sus flechas, un día que había ido á un monte á coger leña para

Biblioteca Nacional de España

mi madre, mi pobre madre. Vos pasabais á caballo, sin paje ni escudero alguno, oísteis mis gritos y no titubeasteis en salvarme, arremetiendo contra mis enemigos espada en mano. Luchasteis, vencisteis, y me desatasteis del árbol; y cuando yo abracé vuestras rodillas, señor, mi libertador, teníais un brazo atravesado por una flecha. Desde aquel momento os interesasteis tanto por mí, que me llevasteis á vuestra villa de Monterrey y me admitisteis en vuestro servicio. Algunos días después, cuando visteis á mi madre, á quien habíais conocido en otro tiempo, me hicisteis paje vuestro, y desde entonces me habeis considerado y hecho considerar por vuestra servidumbre, como el hijo de un gran señor.

—Bien... pero creo que otra vez volví á salvarte la vida... Si no me engaño fué en el Bubal ó en el Támaga.

—En el Támaga, señor. ¡Oh! no debeis olvidarlo tan fácilmente.

Aun no hará un año. Me había acercado á aquel río para dar de beber á mi caballo, y la corriente nos arrastró á los dos por una imprudencia mía. Entonces, ofrecísteis veinte mil maravedís á cualquiera de vuestra comitiva que se lanzara á salvarme, esperándome entre las pe-

Biblioteca Nacional de España

ñas de Oimbra, cien pasos de donde me había arrastrado el río y hacia donde parecía llevarme; pero nadie se movió. Así que visteis esto, os apeasteis, arrojasteis á un lado vuestra armadura y os encaminasteis á las rocas, exponiéndoos mil veces á una muerte cruel. Una vez en las rocas, me salvasteis.

—¿Y qué te dije en el momento de salvarte?..

—«Tristán... van dos. Me debes dos veces la vida.»

—Y tú, ¿qué me contestaste, besando mis pies, anegado en llanto?

—«Señor, os dije, si algún día me mandais arrojar de la torre más alta de vuestro castillo de Monterrey, me arrojaré sin titubear, aunque mi muerte no os reportase bien alguno.»

—Perfectamente, Tristán, perfectamente. Veo que tienes memoria. Toma.

Y el conde le tendió una mano. Tristán la besó respetuosamente.

En seguida se levantó D. Sancho, poseído de la mayor tristeza, y empezó á pasearse tembloroso por la cámara.

Paróse al cabo de unos instantes, y dijo con entrecortado acento:

—Tristán, es preciso que mueras.

Tristán se levantó pálido, pero firme.

Biblioteca Nacional de España

—Pero tu muerte, querido Tristán, no es para satisfacer un capricho de gran señor. Tu muerte salvará mi honor, el honor de mi casa, el honor de los Ulloas tan bajamente ultrajado por una mujer... infame! Escucha; dentro de pocas horas, cuando yo entre en la cámara de la condesa mi esposa, y grite: «*Alvaro de Ulloa,*» entrarás, y... y al retirarme yo, la darás de puñaladas... hasta que expire.

Tristán se estremeció de terror.

—Después te presentarás al conde de Lemos con el puñal ensangrentado, y confesarás tu crimen, pidiendo la muerte. Dirás que la mataste porque la amabas y ella no quiso corresponder á tu amor; y cuando me enteren á mí de esa sangrienta escena, y te mande despeñar ó hacerte cuartos, tu te dejarás matar sin despegar los labios...

—Bien, señor.

—¿Tendrás valor, Tristán?

—¡Oh! ya lo vereis, D. Sancho!

—De esta manera, nadie sabrá por qué muere la condesa...

Unos... todos... todo el mundo creerá que muere por virtuosa, por no faltar á los deberes que se impuso al aceptar mi mano y mi nombre; y al contrario, muere... muere por adúlte-

Biblioteca Nacional de España

ra, por manchar mi frente y mi nombre. Entretanto...

—Entretanto, señor, dejadme dar gracias á Dios por que al fin me presenta una ocasión de poder pagaros mitad de lo que os debo. Primero dejadme besar de rodillas vuestra mano, señor conde.

Y arrodillándose al acabar de pronunciar estas palabras, le besó las manos con un respeto, una veneración ciega.

—Y ahora, continuó el paje, con una resignación admirable, tal era la fe, el agradecimiento y el servilismo de aquellos tiempos; ahora oraré por vos, por mi madre, y por mí.

Y se retiró á un ángulo de la cámara, cayendo de hinojos á los pies de un crucifijo.

El conde se quedó mirándole un momento en la inmovilidad más completa. Después se llevó las manos á la frente y la sintió abrasada. Corrió á la ventana, abrió sus dos pesadas hojas y se asomó á ella con avidez, como si fuera á ahogarse en la cámara por falta de aire.

Biblioteca Nacional de España

XIII

SANCHO DE ULLOA

El reloj del castillo dejó oír en aquel instante once campanadas, que vibraron por algún tiempo entre el silencio de la noche hasta abismarse en la atmósfera del gran valle. Estaba el cielo tachonado de estrellas, y muchas nubes blanquecinas lo recorrían lentamente tomando formas extrañas, algunas de las cuales parecían vírgenes huyendo sobre su fondo azul con luces en las manos; la luna se redondeaba en él como una graciosa ogiva de plata, y las montañas se perfilaban de negro allá en lontananza como jigantescos cuerpos de otro mundo más jigante todavía.

Las miradas del conde se elevaron por algunos momentos, como buscando entre todas aquellas figuras del cielo y de la tierra, la figura superior á todas, la figura de Dios, que él se representaba á su manera y que creía evocar con su dolor mudo.

Cuando se retiró de la ventana, empezó á dar paseos por la cámara con los brazos cruzados

Biblioteca Nacional de España

y los ojos tristemente fijos. En tanto el paje Tristán seguía orando sin derramar una lágrima, cosa que hubiera extrañado á cualquiera que entrara en ella y llegara á sorprender el secreto de sus oraciones.

En uno de estos paseos, el conde Sancho de Ulloa abrió un gran cofre y extrajo de él una daga. La contempló á la luz de los candelabros, y aproximándose á un ángulo en donde se hallaba colgada su trompa de caza, le quitó el cordón y se lo puso al acero, colgándolo de la cintura del mismo modo que si llevara ésta.

Luego volvió otra vez á la ventana, y apoyando los codos en el alfeizar y la cabeza en las manos, que era su posición favorita cuando algún hondo pesar le atormentaba, permaneció así bastante tiempo.

La noche era de las más gratas de primavera, y el valle, rico de armonías en medio de su tranquilidad sumamente poética, elevaba hacia los silenciosos torreones de Monforte las sonoras notas del Cabe y los perfumados suspiros del viento en sus embalsamadas florestas.

Ni una luz brillaba en la villa: su vida era la claridad del día; su sueño la oscuridad de la noche.

El cerro de Piñeira se recortaba entre las ti-

Biblioteca Nacional de España

nieblas que rasgaba de tiempo en tiempo el pálido fulgor de la luna, como un fantasma misterioso que avanzaba hacia el castillo sin movimiento alguno ostensible, y el Ma-rojo, más inmediato, parecía animarse á su vez y desprenderse de la cadena de montañas á que se halla eslabonado como un rebelde, y avanzar también fantásticamente, como si quisiera interponerse entre el Piñeira y el Pino, en aquella lucha de titanes, representada por una ilusión de óptica, aneja á esas horas de fiebre y de dolor mudo en que la imaginación se desvanece en las contemplaciones profundas del infinito.

Al mecer el viento las elevadas arboledas de aquellos enhiestos montes que se destacan en la cuenca del valle de Lemos, la vívida luz de la luna les daba sombras movibles, como si aquellos fantasmas colosales sacudieran sus luengas cabelleras de ramaje para aprestarse á una lucha desesperada y formidable.

Todo parecía agrandarse en aquellas horas, como si lo vivificara el soplo poderoso de una pasión desordenada, pasión de seres tan sobrenaturales, que no pertenecieran á este mundo; y hasta el río, el susurrante y cristalino Cabe, pintaba con sus revueltos y plateados giros una gran serpiente maléfica que se arrastraba á los

Biblioteca Nacional de España

pies del Pino, del Piñeira y del Ma-rojo, infiltrándoles su lúcida y temblante espuma ponzoñosa.

En medio de aquella plácida quietud de la noche, el fatídico, lúgubre y pavoroso graznido del pájaro *da morte,* rasgó los aires é impregnó la atmósfera del valle de un zumbido plañidero y sepulcral (1).

El conde de Monterrey apartó la vista de aquel horizonte, poseído de un delirio horroroso, como si le atormentaran visiones aterradoras.

En aquel momento dieron las once y media, y cerró animosamente la ventana, retirándose hacia la mesa en que descansaban los candelabros.

Una vez allí, volvió á leer la carta fatal, y cuando concluyó de leerla, se alejó de la cámara lentamente, pero agitado como nunca.

Más pálido que uno de esos espectros de Enrique Zschokke y con los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera pasado tres noches sin cerrarlos, lanzóse Sancho de Ulloa por un corredor sombrío y estrecho.

(1) Estas aves grandes y de plumaje negro, las llaman en el país *ó paxaro da morte,* porque dicen que sólo cantan en las ruinas y cerca de las casas donde va á expirar alguna persona.

Biblioteca Nacional de España

Detúvose al cabo de él, y contuvo la respiración, como si de ser oído dependiera la salvación de su alma.

Escuchó atentamente, y oyó hablar á la condesa Maret bastante cerca de la puerta secreta á que él se había pegado como su misma sombra, si una luz brillara de la parte opuesta; y como la persona con quien parecía hablar dulcemente la condesa, tenía voz de hombre, y esta voz de hombre le fuera desconocida, un estremecimiento repentino conmovió todo su ser y llevó la mano instintivamente á la empuñadura de la daga.

Encrespáronse al mismo tiempo sus cabellos, como los de un lobo perseguido de cerca, y llevó la otra mano al resorte de la puerta para abrirla de repente, y de repente aparecer en la cámara de su esposa con su palidez extrema, sus ojos inyectados de sangre, y su daga levantada.

Pero se detuvo. Quiso escuchar cuanto hablaba la condesa con aquel hombre, y convencido entonces de que en realidad era adúltera, castigarla, como había pensado, con la muerte.

Por una fatalidad, que parecía hija del mismo Dios de las venganzas, las risas que menudeaba la condesa llegaban hasta él clara y distintamente, así como sus palabras.

Al escuchar estas risas y estas palabras, mu-

Biblioteca Nacional de España

chas veces volvió á hacer el mismo movimiento para entrar repentinamente y ahogárselas en la garganta con su daga; pero otras tantas volvió á detenerse, como si aún no estuviera satisfecho de su infidelidad, ó como si esperara una palabra de él ó de ella para concebir la esperanza de que no fueran dos amantes los que se hallaban en aquella cámara.

Por otra parte, parecía también que su detención tenía otro agente más poderoso, un pensamiento menos vulgar que el de un gran escándalo.

Detúvose, pues, con el oído atento y la respiración contenida.

—¡Oh, señora!.. señora!.. decía la voz de hombre, estar á vuestro lado es una felicidad que envidiarían los mismos ángeles. Hay en vuestras miradas tesoros de amor que se derraman á torrentes; hay en vuestras dulces sonrisas toda la amabilidad y encanto de las princesas de nuestros cuentos más populares; y hay, en fin, en las palpitaciones de vuestro pecho toda la embriaguez de la pasión que me teneis y del deleite más delicioso.

Y era esta voz tierna, cadenciosa y apasionada, como la que desea oir en sus ensueños amorosos una niña de quince años, uno de esos

Biblioteca Nacional de España

acentos poderosos, irresistibles, que se van infiltrando poco á poco en el corazón, hasta que concluyen por magnetizarle de amor y de emociones desconocidas y hebéticas.

El conde llevó las dos manos á la boca y depositó en ellas el aliento que comprimiera para oirlas, y por algunos momentos fué tan fuerte su respiración, que el pecho se le levantaba violentamente.

—Teneis palabras de amor, hidalgo, dijo la condesa Maret coquetamente, que no hubiera creído hallar en vos. Si continuais así, me vais á fascinar, á enloquecer... ¡sois tan adorable hablando, que todo se puede olvidar por vos!..

—¡Oh! rugió el conde despavorido.

—¡Todo! exclamó el hidalgo.

—Todo... es decir, mis parientes y mis amigos...

—¡Y vuestro esposo, señora!

—¡Eso, jamás!

El conde respiró libremente; pero sin dejar de temblar.

—¿Oh... vos no me amais! dijo el hidalgo.

—Sí os amo... pero amar no es olvidar el honor.

—¡Y qué es el honor para las dichas del amor, señora!

Biblioteca Nacional de España

—Lo que el esposo respecto al amante.

—Señora, dijo el hidalgo fuertemente, como si pretendiera ser oído por otra persona; yo os amo ciegamente, y vos me habéis dicho que también me amabais ciegamente, y en prueba de ello me habéis citado á vuestra cámara ¿no es verdad?

—Bien, es verdad.

—Entonces, señora, yo no comprendo vuestros reparos de honor y rayos...

Se conocía que el hidalgo comenzaba á enojarse.

—Y resueltamente os digo que los habéis de deponer, ó de lo contrario jamás volveré á poner aquí los pies. El amor no admite esa palabra de honor, señora.

Y pareció que se levantaba el hidalgo al decir ésto.

—¡Ah... os vais á marchar por eso! dijo la condesa alegremente.

—¡Y qué he de hacer aquí, rayo del cielo!

—¡Qué habéis de hacer!.. hablarme de amor...

—¡Pues no hace una hora que estoy hablando de amor y vos estáis jugando con mis palabras!

Oyóse una de aquellas carcajadas características de la condesa.

Biblioteca Nacional de España

—¡Venid, hidalgo, dijo después con una voz suave, dulce y extremadamente afectuosa, sentaos otra vez á mi lado... ¡Oh! sí, á mi lado!

—¡Oh! si habéis de volver á proferir el nombre de vuestro esposo... me alejo de aquí y no vuelvo más, señora.

—Vamos, estáis muy enojado y quiero desenojaros. Hace una hora que me estáis pidiendo un beso, y os lo voy á dar... ¡amor de mis amores!.. hermoso como el mismo Díos!

Y al vibrar esta heregía sonó el chasquido de un beso; y palabras indeterminadas, balbucientes por la fuerza de la sensación...

El conde ya no pudo sufrir más, y apretó el resorte de la puerta secreta, empuñando la daga con la mano derecha.

El resorte resistió á la presión de sus dedos, como si por dentro estuviese sujeto.

—¡Miserables!!.. murmuró entre dientes, con los ojos encendidos y los puños enhiestos como para batir la puerta.

Y así permaneció algún tiempo como la estatua de la desesperación, hija del valiente genio de Felipe de Castro.

Entretanto seguía la voz de la condesa redoblando palabras de una ternura que parecía embriagar al hidalgo que se hallaba con ella.

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh, querido mío!.. le decía, todo lo olvidaré por tí... todo! ¡Qué es el honor delante de tí, en la soledad en que nos hallamos, y en medio del amor que nos abrasa!.. Ven... ven; reclina tu cabeza sobre mi pecho latente de emoción... ¡dame tus manos para estrecharlas en las mías!.. Tus ojos son todo amor y placer... ¡arde tu frente y palpita tu corazón como palpita el mío!

Toda la pasión, toda la ternura, toda la amorosa languidez de la esposa del Cantar de los Cantares, parecía encerrarse en cada una de estas palabras de la condesa.

—Tu respiración precipitada...,continuó. ¡Tu boca entreabierta y tus ojos fijos en mis ojos, embargan mi alma y estremecen todas las delicadas fibras de mi pecho enamorado! ¡Sensaciones dulcísimas agitan todo mi ser!.. ¡todas las dichas del mundo se reasumen en la dicha de mirarte, amado mío!..

El conde proseguía como una verdadera estatua.

Ella continuó guardando algunos intervalos llenos de una voluptuosidad que acabaría por trastornar á la organización más gastada:

—¡Dame otro beso!.. ¡Otro beso de tus labios de fuego sobre mis labios trémulos de placer!..

Biblioteca Nacional de España

Ven, ven, deposita en ellos todas las emociones de tu alma. ¡Oh, huyes!.. ¿dónde vas?..

—Temo que nos sorprenda tu esposo, querida mía... y voy á asegurar más el resorte de esa puerta secreta.

—¿Y á qué apagas la luz, encanto mío?

—¡No puedo resistir la ternura de tus ojos, Maret!.. ¡me hacen daño con su fuego!..

Y en aquel momento mismo, el conde sintió andar con el resorte de la puerta; y al tocarlo maquinalmente, vió que cedía bajo la presión de sus dedos, y que la puerta se abría sin ruido.

Al entreabrirla rápidamente, halló oscurísima la cámara.

Entró y se dirigió hacia donde sonaba la respiración agitada de los amantes, con la daga en la mano derecha dispuesta á herirlos de muerte en medio de la dicha que disfrutaban.

Pero he aquí que de repente se sintió cogido por la condesa.

—¡Ven... ven... amado mío!.. le decía ella llevándole al confidente con amorosa dulzura y con cierta morbidez encantadora:—no te apartes de mí! ¿por qué has apagado la luz, y temes que mi esposo nos sorprenda?

Y los dos cayeron sentados.

La admiración reemplazó á las iras de San-

Biblioteca Nacional de España

cho de Ulloa. Se dejaba halagar como si fuera el mismo hidalgo á quien ella amaba.

—¡Oh! ¡cuánto has padecido en una hora con mi desdén, querido de mi alma! prosiguió Maret; ¡pero yo compensaré tu tormento con el placer de estrecharte entre mis brazos!.. ¡Ven, ven, el amor es el camino del cielo!

En aquel momento oyó el conde un rumor de pasos cerca de él, y se desprendió dulcemente de los de la condesa.

Abalanzóse sobre el que se aproximaba, y con una fuerza de jigante lo empujó por la puerta secreta que daba al corredor, cerrándola fuertemente de modo que no pudiera volver á la cámara de la condesa.

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago.

—¿Qué haces? ¿qué es eso? exclamó ella como asustada; ¿adónde vas otra vez, amante mío?

El conde tornó hacia ella en este instante.

—¡Oh! se diría que tanta felicidad te enloquece de veras! estás inquieto, azorado. Esa puerta no te deja sosegar ¿no es verdad? Pues bien, no temas que mi esposo venga aquí, y aun cuando viniera yo lo haría temblar más que tu tiemblas en este instante. Ven, ven, dame otro beso de ese amor que no te deja hablar!

Un grito horrible detuvo estas palabras en la

Biblioteca Nacional de España

boca de la condesa. La punta del puñal que llevaba Sancho de Ulloa había penetrado ligeramente su mejilla izquierda, y la había obligado á desprenderse de sus brazos como si la besara una serpiente en medio de la profunda oscuridad que reinaba.

Corrió en seguida Maret hacia la parte en que su amante había ocultado la luz, y al regresar con ella, volvió á despedir otro grito, quedando inmóvil, pálida y medio muerta mirando hacia el confidente en que se hallaba el conde tranquilo y mudo, pero mirándola también fijamente y con una de sus sonrisas heladas é imponentes.

El silencio que sucedió á la viva claridad de la luz que se esparcía vivamente en aquella cámara, parecía un silencio de muerte.

Era de dibujarse la expresión de aquellas dos figuras que sostenían la escena. Hallábase la condesa Maret derecha en medio de la cámara, con la boca abierta al impulso del grito con que respondió su alma á la sorpresa que experimentó al encontrarse con su esposo en vez de su amante, con los ojos clavados en él como si fueran á saltarle de sus cuencas, con los cabellos erizados sobre la frente y con una palmatoria en la mano. Un hilo de sangre partía de su mejilla izquierda.

Biblioteca Nacional de España

Sancho de Ulloa se hallaba sentado en el confidente, con los brazos cruzados, la frente alta y serena, mirándola y sonriéndose glacialmente, como dejamos consignado.

Hubiérase dicho que aquel hombre se encontraba suficientemente vengado con esto, y que desistía de sus ideas de muerte,

—Venid, señora, le dijo con voz lenta y acompasada; aproximaos á mí, ¿Qué, me queréis menos que á vuestro amante?

Ella no contestó, pero avanzó dos pasos hacia él, algo repuesta ya de su terror.

—Sentaos, señora; continuó él.

Ella permaneció de pie.

—Sentaos, señora; repitió él con acento brusco.

Entonces se sentó la condesa Maret en un sillón contiguo al confidente.

—¡A qué habíais de estar de pie si tengo que hablaros mucho! prosiguió él. En primer lugar, señora, haré lo mismo que en Monterrey, os pondré delante la daga de Alvaro de Ulloa.

La condesa se estremeció por primera vez, al ver la terrible daga.

—Ahora os preguntaré como en Monterrey, si sabéis la historia de esta daga.

—¡Oh, señor!.. imploró ella, ya me la habéis contado muchas veces!

Biblioteca Nacional de España

—Es que yo quiero que vos me la contéis á mí ahora. Hablad.

—¡Señor!..

—¡Hablad! ¿de quién era esta daga?

—¡Oh, señor! de vuestro abuelo.

—¿Cuál fué la última muerte que hizo esta daga?

—La de la condesa su esposa, doña Mayor de Rubianes.

—¿Y qué le ha dicho mi abuelo Alvaro de Ulloa á mi padre Alfonso de Ulloa al entregársela como una herencia?

—¡Ah, señor!..

—¡Hablad, hablad!

—«Que si alguna vez era deshonrado como él lo había sido, con esta daga lavase su deshonra.»

—¿Y qué me ha dicho á mí Alfonso de Ulloa al expirar?

—Las mismas palabras, exigiéndoos juramento delante de Dios, señor.

—Y bien, ¿he cumplido yo este juramento hecho delante de Dios y delante de mi padre moribundo? ¿he cumplido yo este juramento hecho por el honor de mi sangre en Monterrey, cuando os sorprendí como ahora en brazos de otro amante, en brazos de Fid de Lucenza?

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh, señor, señor!

—¡Hablad!

—¡Perdón! ¡perdón, por el cielo!

—¡Hablad! ¡hablad!

—¡No, señor! ¡no lo habéis cumplido! ¡Habéis tenido lástima de mí y llorásteis mi falta!

—¿Qué más?

—«Maret, me habéis dicho, tú eres joven y bella, y yo ya paso de los cincuenta años. No tendré la juventud y la hermosura que ese caballero de Lucenza; pero te amo más que él. Sin embargo de cuanto pasa, si me juras no volver á faltarme más, yo te perdono esta falta, á pesar del juramento que hice á Dios y á mi padre moribundo.»

—¿Y vos qué me dijisteis Maret? ¿qué me dijisteis vos entonces?

—Os dije que sí, señor; os juré delante de un crucifijo no volver á faltar más á la fe que os prometí cuando nos unimos, y vos me perdonasteis.

—Y bien ¿qué debo hacer ahora, señora? ¿Qué debe hacer un hombre como yo, colocado por segunda vez entre su honor que se va desgarrando, y el cariño que le profesa á aquella mujer que así lo deshonra?

—¡Señor!.. ¡piedad!.. ¡piedad!..

Biblioteca Nacional de España

Y cayó de rodillas á los pies de él.

—¡Yo os juro no volver á olvidaros más por nadie! ¡Perdonadme, señor, perdonadme!

—¿Y qué valor pueden tener vuestros juramentos, Maret? ¿qué valor puede tener un juramento vuestro, igual al que acabais de profanar? ¡Maret, vais á morir!

—¡Señor! ¡señor!

—¡Maret, arrodillaos y orad!

—¡Por el alma de vuestro padre, señor! ¡por vuestra misma alma, perdonadme!

—Me es imposible perdonaros, Maret; y vais á morir como D.ª Mayor de Rubianes.

Y se levantó lentamente.

—¡Por el honor de vuestro mismo nombre, señor!.. ¡por honor de vuestro mismo nombre, evitad el escándalo que daríais con mi muerte!

—No daré escándalo alguno, Maret. Tengo muy bien tomadas mis medidas, y nadie sabrá que habéis muerto por adúltera.

Y se dirigió hacia la puerta secreta.

—¡Oh! ¡esperad, señor!.. ¡esperad un instante!..

—¡Ni una palabra más, Maret! Arrodillaos y orad; os doy veinte minutos para disponer el alma á comparecer junto á otro juez más inexorable que yo.

Biblioteca Nacional de España

Y salió por la puerta secreta, cerrándola cuidadosamente.

A los dos ó tres pasos se encontró con la figura atlética del Oso negro, que se dibujaba en la sombra bajo una forma siniestra é imponente.

—¡Voto al diablo con tus citas de amor, Pedro! le dijo al conde, tomándolo sin duda por el hidalgo de Tor. Me dices que entre al apagar la luz, entro y me empujas aquí, donde me encuentro preso.

—Venid, le dijo el conde con voz sombría; seguidme, que yo os empujaré á otro lado mejor.

—¡El conde de Monterrey! tartamudeó el velludo atleta, reconociéndolo por la voz.

Y siguió detrás de él con una admiración estúpida.

Cruzaron en breve el tenebroso corredor, y se encontraron en la cámara, donde se hallaba aun Tristán pálido y tembloroso, como si esperase el instante supremo que le había de indicar el conde.

—Sentaos ahí, le dijo Sancho de Ulloa al hidalgo de Remesar, señalándole un sillón contiguo á la mesa.

El Oso negro se sentó todo turbado.

—Tristán, le dijo el conde quedamente al

Biblioteca Nacional de España

paje, de modo que cuanto hablase no lo oyera el atleta, ¿tienes espada?..

Los pajes del conde de Monterrey usaban espadas, pero cortas, á manera de dagas.

—Si, señor, contestó el paje; vedla aquí.

Y la mostró con la mano.

—Pues bien, Tristán; cuando yo salga de aquí matarás á ese hombre. Los muertos no hablan, y es preciso que ese hombre no hable nunca...

—Señor, ese hombre no hablará nunca.

—Hasta ahora aun no te ha distinguido; permanece así, oculto en ese rincón, y cuando me veas salir, te arrojarás sobre él. Mátale de modo que no despida ni un grito, ni un ¡ay! siquiera.

—Señor, lo mataré sin que dé un grito ni aun un ¡ay!

El conde se dirigió á Sancho de Remesar.

—Hidalgo, le dijo; he encontrado á mi esposa con vos en su cámara y á media noche...

El hidalgo mostró deseos de interrumpirle.

—Callad... callad, se apresuró á decir Sancho de Ulloa; vos no sois delincuente... vos no cometisteis ningun delito... ¿A qué estamos los hombres?.

—¡Ah, señor! exclamó el hidalgo, con una

Biblioteca Nacional de España

alegría ridícula. ¡Dios os inspira esas palabras! Vos habeis sido joven y...

—Y me habré hallado alguna vez en casos semejantes al vuestro, ¿no es verdad?

—¡Eso iba á decir, señor.

—Pues bien; en esos casos, hidalgo, el hombre no es delincuente. ¿Qué culpa teneis vos de haber caído en gracia á la condesa Maret?

El Oso negro calló, turbado, como si lo sentenciaran á muerte.

—Porque vos habéis caído en gracia á la condesa Maret, ¿no es verdad, hidalgo? continuó el conde con voz afable.

—He tenido ese honor... tartamudeó bárbaramente el Oso negro.

—Pero... ¡reparo que sois horrible, hidalgo! exclamó el conde, acercándose á él medio asombrado.

—Señor, repuso el hidalgo, ya sabéis aquel adagio que más bien que nada mejor puede explicaros eso que tanto os admira.

—¿Qué adagio?.. Yo creo que no hay uno que pueda explicar esto.

—¡Más vale caer en gracia que ser gracioso, señor!

Y el atleta se contoneó en la silla con orgullo.

Biblioteca Nacional de España

—¡Ya!.. ¡ya!.. más vale caer en gracia que ser gracioso; repitió el conde, como si oyera por primera vez aquel refrán que el Oso negro aplicaba á su aventura.

—Y si aun no basta esto, señor, continuó el hidalgo descaradamente, os diré una palabra, que aunque no es un adagio, es una verdad como un puño, á pesar de llamarme el Oso negro mis compañeros.

Miróle el conde fijamente según costumbre.

—Decid esa palabra, hidalgo, murmuró.

—Señor; la condesa Maret, *mujer,* se ha enamorado de mí, *hombre.*

Anublóse la frente del conde á este grosero epigrama del feroz hidalgo, el cual empezó á creer que había avanzado mucho con sus palabras de alegría, y arrugó á su vez la suya.

—Os doy la enhorabuena, hidalgo; dijo el conde después de unos cortos momentos de silencio, os felicito con toda mi alma por haber caído en gracia á la condesa mi esposa.

—¡Eh!.. señor...

—¡Oh! es una conquista que os envidiarán muchos condes poderosos. Pero nadie lo sabrá jamás, ¿no es verdad?

—Señor, soy todo un hidalgo.

—Lo creo; y por lo mismo no vociferareis

Biblioteca Nacional de España

vuestra conquista, pues tendreis compasión de un pobre anciano.

El Oso negro no se atrevió á proferir una palabra y fingió un enternecimiento que le sentaba malditamente.

El conde se levantó.

—Confío en vuestra hidalguía, hidalgo, le dijo inclinándose como para despedirse de él.

—Señor... podeis confiar eternamente, contestó el Oso negro levantándose; y aun si quereis que deje de amar á la condesa Maret, podemos convenirnos fácilmente bajo cualquier precio.

Los ojos del conde cayeron sobre el atleta como espantados, el cual viendo que, gracias á la inesperada presencia de aquél, se había malogrado su triunfo sobre la condesa Maret, concibió la idea de resarcirse con algunos miles de maravedís.

—No os comprendo bien, hidalgo, le dijo el conde.

—Quiero decir, señor, que si deseais que yo no vuelva más á presentarme en la cámara de vuestra esposa, no tendreis más que desprenderos de algunas monedas de oro.

—¿Y qué cantidad será bastante para recompensaros semejante sacrificio, buen hidalgo?

Biblioteca Nacional de España

—Poco, señor. Con poco me contentareis. Dadme doce mil maravedís, y todo esto quedará en el mayor secreto.

El conde se dirigió entonces hacia Tristán.

—¡Tristán! le gritó; da á este hidalgo doce mil maravedís y guíalo hasta fuera de mis habitaciones.

Y bajando la voz cuanto pudo, le dijo después, temblando de ira:

—¡Dale doce mil puñaladas!

El paje inclinó la cabeza.

—Señor hidalgo, prosiguió Sancho de Ulloa, ese paje mío os dará la cantidad convenida. Es bastante buena vuestra proposición para que yo no la acepte...

—Mi corazón excelente... tartamudeó el coloso.

—¡Oh! sí, sí, ¡debéis tener un corazón excelente, señor hidalgo!

Y recalcando estas palabras, se dirigió por el oscuro corredor á la cámara de su esposa; corredor que servía de comunicación entre las dos cámaras.

Cuando apretó el resorte de la puerta secreta, vió á la condesa orando silenciosamente y con las lágrimas en los ojos. Estaba muy triste, lánguida y desolada. Nadie hubiera dicho que aque-

Biblioteca Nacional de España

lla belleza era la que pocos minutos antes podía rivalizar con la más voluptuosa creación del poderoso genio de Van-Dick.

El conde se presentó en la cámara, grave y terrible como uno de esos fantasmas vengadores de las supersticiones poéticas de todos los pueblos del mundo, como el demonio del bosque de Glennore, Llam-Dear ó Mano roja.

La condesa Maret, que lo vió entrar lenta y pausadamente, con los ojos encendidos aún, y la mano derecha sobre el puño de la daga de Alvaro de Ulloa, fué de rodillas á su encuentro. Al verlo entrar, se habían paralizado en sus labios las oraciones que elevaba á Dios, y empezó á implorar la compasión del hombre.

—¡Oh, señor!.. ¡señor! ¡os lo suplico de rodillas! ¡con las lágrimas en el rostro y las manos en el corazón! dejadme... ¡dejadme la vida!

Él se quedó parado enfrente de ella, inmóvil y silencioso como una estatua de hierro; pero la expresión de su semblante no disminuía en nada su horrible fiereza.

—¡Dios mío!.. ¡Dios mío!.. murmuró ella estrechando sus rodillas é inundando sus pies de llanto, ¿por qué no me perdonais, señor?.. ¿por qué no os habeis de mostrar tan magnánimo y grande como en Monterrey?

Biblioteca Nacional de España

Una sonrisa amarga, mucho más espantosa que una blasfemia, agitó los labios del conde.

Ella bajó los ojos y la cabeza hasta tocar sus pies con la boca.

—¡Por la memoria de vuestros padres, señor! volvió á implorar con una voz desgarradora.

Pero se interrumpió de repente, porque un estremecimiento visible agitó la estatua de su esposo ante aquel recuerdo que ella invocaba para su salvación.

Hubo un instante de silencio lúgubre; y ella continuó:

—¡Por el amor de Dios, señor! ¡por cuanto más amais en la tierra, sed indulgente como entonces! Yo os prometo ahora firmemente, no volver á ultrajaros más con otra pasión impura! ¡Seré otra mujer, señor! Vos mismo os admirareis de la conducta que observe. No pensaré más que en Dios y en vos, señor. En vos, que me perdonasteis en Monterrey y en Monforte, debiendo matarme villanamente como al último de vuestros vasallos.

El conde levantó en aquel momento su cabeza coronada de cabellos blancos, y sus labios, hasta entonces cerrados, se entreabrieron para hablar.

—Señora, le preguntó fríamente; ¿habéis orado ya por vuestra alma?

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh, conde!!.. ¡conde!!.. exclamó ella.

Y juntó las manos y clavó en él sus ojos empañados de lágrimas.

Él trató de volver los suyos á otro lado.

—¿Estais pronta á espiar vuestra culpa con la muerte? tornó él á preguntar con voz sombría.

—¡Por Dios!.. ¡por Dios!.. balbuceó ella; en nombre de Dios, ¡sed como Él clemente!

El conde desnudó la daga.

—¡Perdón!!.. ¡perdón!!.. volvió á implorar ella, respirando apenas.

El conde levantó la daga.

—¡Oh, Dios mío!!.. gritó la condesa clavando en él los ojos con una expresión de amor y de terror á la vez.

Y viendo que él se detenía un instante en disposición de herirla:

—¡Sancho! ¡Sancho! balbuceó dolorosamente; ¡un beso tuyo antes de expirar! ¡Un beso tuyo por Nuestra Señora de la Limia!

El conde permaneció indeciso.

—¡Un beso, señor! continuó ella como delirando... ¡un beso, esposo mío!

El conde se inclinó. Acercó sus labios á la frente de su esposa y la besó.

—¡Oh, gracias! murmuró ella con el mayor enternecimiento; ¡cumplid vuestro deber ahora,

Biblioteca Nacional de España

señor! Herid á la adúltera, y que Dios tenga piedad de su alma!

Y resignada como una santa mostró su pecho.

Los ojos del conde se cerraron ligeramente como si lo deslumbrara un rayo; y arrojando la daga lejos de sí, llevó las manos á la cabeza, pronunciando estas palabras con doloroso acento:

—¡Perdón, perdón, Alvaro de Ulloa! ¡Alfonso de Ulloa! ¡ilustres antecesores míos! ¡No tengo valor! ¡Soy un vil! ¡soy un miserable! ¡Ah, yo no puedo matarla!.. ¡La adoro tanto!..

Y como avergonzado de haber dejado escapar estas palabras en aquel momento de prueba, él, tan grave, tan austero, tan amante del esplendor de su nombre, salió rápidamente de la cámara por otra puerta que por la que había entrado.

A los pocos pasos, ya no era la vergüenza de su debilidad la que lo poseía; era el aturdimiento, la locura. Ni sabía lo que hacía; ni á donde iba, víctima de una atonía moral producida por la horrorosa lucha que sostenía entre el honor de su casa ilustre, y el amor de aquella mujer adorada aun en medio de su falta.

Al nombre de los Ulloas, á conservar puro y limpio de toda mancha este nombre que recibie-

Biblioteca Nacional de España

ra de sus padres, había consagrado en todos tiempos sus mayores esfuerzos. Enamorado ciegamente de Maret de Sotomayor; casado por su desgracia con una mujer tan desenvuelta como ella, esta mujer vino á ser el encanto y la pesadilla de su vida. Cuando descubrió en Monterrey sus amores con el caballero de Lucenza, juró matarla; pero así entonces como ahora, no tuvo valor más que para perdonarla y para ordenar la muerte del caballero, degollado por traidor en la plaza de Monterrey el 21 de Enero de 1478, cuatro años antes. El amor que profesaba á su esposa, ó más bien la especie de seducción que ella ejercía sobre él con su miradas de un encanto irresistible, hacía de la grave figura de Sancho de Ulloa, tipo de los reyezuelos de los siglos medios, un carácter excepcional, una excentricidad interesante.

Ahora, al sorprender *infraganti* á la condesa por segunda vez, el amor al buen nombre de su casa, parecía en Sancho de Ulloa superior al amor á la mujer. Horas antes, en que á solas con Tristán fraguaba el castigo que debía recibir por culpable, castigo que, según él, salvaba el honor de su nombre, Sancho de Ulloa nada perdía de su inflexibilidad, de su gravedad feudal; se elevaba sobre ella. Mas en el momento

Biblioteca Nacional de España

de llevar á cabo aquel castigo, Satanás le robaba la coraza de insensibilidad que defendía su corazón contra los ruegos, contra la suplicante y encantadora voz de la adúltera.

Desde el instante en que, á solas con ella, le mostraba la daga, la temible daga de Alvaro de Ulloa, que simbolizaba un crimen de familia, semejante al que le trastornaba, su carácter se falseaba; la estatua del noble señor horrorosamente ofendido, se trastornaba, se venía abajo minada por las miradas de amor y de súplica que le despedía la condesa.

Delante de aquella mujer perdía el amor que lo singularizaba; su energía, toda la energía de su alma dura y fría, cedía á aquella voz que penetraba en su pecho como una melodía celestial.

Delirante, loco, sin fin y sin objeto, anduvo errante algún tiempo por las galerías del castillo.

Cuando llegó á su cámara, pareció asustarse de su mismo desorden, y se dejó caer en un sillón, como si buscase en la quietud del cuerpo la tranquilidad de su espíritu vertiginoso, horrorosamente agitado.

En este estado, un grito de dolor vino á expirar á su cámara, como un gemido del viento en las almenas de la torre.

A ese lastimoso y débil grito se incorporó

Biblioteca Nacional de España

todo trémulo, con las facciones desencajadas, despavorido, como si nos upiera lo que le pasaba.

De repente, al asaltarle el recuerdo de Tristán, levantóse y atravesó apresuradamente el corredor que mediaba entre su cámara y la de la condesa.

Antes de llegar volvió á oirse otro gemido sordo, estridente, y dolorosamente aspirado como el último de la vida, y un hombre salió de la cámara al mismo tiempo, veloz y misterioso como un brownien, uno de esos duendes maravillosos de las baladas escocesas del golfo de Corrivrekan.

—¡Tristán!.. ¡Tristán!.. ¡hijo mío!.. le gritó el conde al verlo huir.

Pero el hombre ó la sombra se perdió en la oscuridad.

Entonces sintió que las fuerzas le abandonaban, le pareció imposible dar dos ó tres pasos que le faltaban para llegar á la puerta, y tendiendo sus manos crispadas por los movimientos convulsivos que agitaban todo su cuerpo, se arrojó hacia ella tambaleándose.

Entró... y al registrar la cámara de su esposa de una sola mirada, exhaló un grito dolorosísimo, llevando las manos á la frente como si se le despedazara el cráneo.

Biblioteca Nacional de España

La condesa Maret estaba tendida sobre un sillón, con un crucifijo en las manos y el pecho destrozado á puñaladas. . . . . .

. . . . . .

Lo que pasó entonces en el alma de aquel hombre fué horrible. Una conmoción violenta lo dejó estático al ver que Tristán había cumplido puntualmente su promesa cuando le oyera pronunciar el nombre de sus abuelos, nombre que el infeliz paje interpretara como una señal de muerte, según habían convenido.

De pie, y medio inclinado sobre el ensangrentado cadáver de su esposa, á quien idolatraba más que á su misma vida, aun culpable por segunda vez, su actitud hubiera enternecido á las personas más insensibles; pero sobre todo, la expresión angustiosísima de su semblante pálido y desencajado, y su respiración tan acongojada que parecía que formulaba palabras broncas é indeterminadas de agonía.

Horrorizado de lo que presenciaba, elevó hacia el techo sus empañados ojos, dejó caer los brazos en toda su laxitud, y jadeante y convulso se dirigió á la ventana de la cámara, que estaba abierta, donde se quedó completamente inmóvil contemplando el horizonte.

La noche, pues, era de las más gratas de pri-

Biblioteca Nacional de España

mavera... el cielo continuaba bordado de estrellas que chispeaban en su fondo azul; las nubes blancas que se dibujaban hacia el Oriente parecían agrandar sus formas caprichosas, y la luna, pálida y manchada, tenía la expresión de un rostro sumamente doloroso que irradiase rayos de angustiosa melancolía. Las montañas se perfilaban más distintamente sobre el oscuro fondo del valle; el Cabe continuaba elevando hacia el castillo de Monforte sus notas argentinas y misteriosas; las auras errantes, suspirando amorosamente en las florestas y en las zarzarosas, cuyo aroma agreste se percibía por do quiera; pero de vez en cuando, el pájaro *da morte* lanzaba sus lastimeros y rudos graznidos de fúnebre vibración, dominándolo todo tristemente, cual si hablara el lenguaje de las tumbas.

El conde de Monterrey devoraba con los ojos la oscuridad, como si pretendiera descubrir aquella ave de mal agüero, cuyo canto, redoblado más vivamente en aquel instante, parecía apoderarse de su espíritu con el poder de una influencia maléfica, y abstraerlo en una meditación que le apartara de toda idea aneja á su situación desventurada.

Al extinguirse los graznidos plañideros del ave, el conde dejó caer la cabeza sobre las ma-

Biblioteca Nacional de España

nos, y su respiración era más fatigada y congojosa, y sus estremecimientos más ostensiblemente convulsivos, como si su alma sufriera un choque tan cruel, que fuera á exhalarse en suspiros quejumbrosos de dolor, ó en un torrente de lágrimas de amargura.

Pero de pronto volvió á separar las manos... su rostro se desencajó más que nunca, sus pupilas parecían destellar una luz fosforescente, como si se desvaneciera el poder de su mirada, y entrechocándose fuertemente sus dientes, pronunció estas palabras en una aspiración lenta y sarcástica:

—¡Perdón... perdón... Alvaro de Ulloa!!...

Después, una sonrisa helada se petrificó en sus labios temblorosos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ERRATAS NOTABLES

PÁG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
22	9	colores	columnas
»	15	del Pozo	de Puzo
»	» y 16	autor y actor	autor

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Precio: Tres pesetas

En prensa:

LOS HIDALGOS DE MONFORTE,

Tomo II y último

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001982402
6805385608 6
Biblioteca Nacional de España